

Lizzy Kashougui

Hasta que te
vuelva
a ver

HASTA QUE TE VUELVA A VER

Lizzy Kashougui



Identificador: 1510035349481

Fecha de registro: 03-oct-2015 0:08 UTC

Licencia: Todos los derechos reservados

Autor: Lizzy Kashougui

DISEÑO DE PORTADA

LINDA RODRIGUEZ

CORRECCION DE ESTILO

LETICIA ZWITTAG

MAQUETACIÓN

LIZZY KASHOUGUI

ABRIL ETHEN

ISBN-13:978-1512065831

AGRADECIMIENTOS

Al amor de mi vida, quien ha tolerado mis llantos, mis berrinches, mi estrés, quien me ha apoyado para la realización de esta novela, dándome tiempo, cuidando de nuestros hijos, mi primer lector, mi asesor, mi productor, mi director, mi incondicional amigo y, sobre todo, mi mejor historia. Te amo, Jonathan.

A mi mami Isaura, por siempre estar conmigo. A ti mis respetos, mi admiración, a ti te dedico mis letras, mi ser y mis victorias. Gracias por tanto amor y tanto aprendizaje.

Gracias **a todos mis lectores** beta y a todos los que han contribuido con alguna idea para la creación de este libro y a quienes siempre han estado pendiente. Tengo una lista enorme y si me faltan les debo un beso. Gracias John, Miguel, Tristan, Lorena, Anabely, Laura, Abril, Janhira, Lucy, Afy, Pilarcita, Yesebeth, Claudia, Zayda, Elva, Zulema, Samuel, Libertad, Daniela, Alejandra, Luz, Camille, Hilsa, Andrea, Miriam, Tere, Fernando, Maru y a todos, absolutamente todos los que me leyeron a través de Wattpad. Por ustedes estoy aquí.

A mis amigos escritores Abril Ethen, Francisco Zurita, Andi Cor. Gracias siempre por los consejos.

Y a ti nuevo lector, bienvenido y gracias.

A mis tres fuentes de amor, mis hijos. A ustedes hijos que aguardaban con impaciencia mientras mami escribía. Curiosos se acercaron un día cuando lloraba mientras escribía una escena, me pidieron que les dejara leerla y ver su lágrimas en sus ojitos al terminar, me hicieron que todos mis desvelos y las largas horas sin ustedes valieran la pena.

Los amo Valeria, Christian y Jonathan.

FELIZ LECTURA

LIZZY KASHOUGUI

PRÓLOGO

Valeria ha sido una mujer valiente ante las adversidades que le ha presentado la vida. En ese hermoso y complicado camino de vivir, encontró personas que le dieron grandes aprendizajes y otras tantas grandes lecciones.

“Yo soy la conjunción de lo que otras personas han dejado en mí y lo que muchas se han llevado”.

Valeria una chica real enfrentando desilusiones, enamorándose una y otra vez y superando tragedias, nos adentra no solo en lo complicado o hermoso que es vivir. También nos intriga con un amor prohibido, cuando en una etapa de su vida, ella se encuentra en una posición cómoda dentro de su matrimonio y su familia, y nos comienza a contar su historia con unas intrigantes cartas hacia su amiga y a partir de ahí, narra cómo empezó a vivir su complicada vida amorosa.

Amor, intriga, traición, pasión, pero sobre todo una novela de Fe eso es lo que Valeria nos enseña.

Florenxia, Italia, 2014

Amiga:

¿Para qué sigues sufriendo por algo que no vale la pena? ¿Para qué lo quieres? ¿Para no estar sola? ¿Para sentir que alguien te escucha? Eso puedes encontrarlo en cualquier parte y no hace falta arriesgar todo lo que tienes por una cosa que, bien sabes, es pasajera.

¿Para qué te haces la tonta? estás perdiendo el interés, a ti es difícil mantenerte contenta y motivada. Sabes muy bien que ya se estaba pasando esa magia de la novedad.

Retoma tu vida, sal con tus amigas. Enfócate en el proyecto del libro, vuelve a leer. Toma clases de lo que te guste. Distráete. Estás en una etapa maravillosa de tu vida. Disfrútala. No te dejes opacar. Tienes una familia maravillosa, unos hijos hermosos. Un esposo que, aunque no es perfecto, te ama. Te lo demuestra en cada detalle. Te complace comprando lo que quieres, dándote libertad de ser como eres. No olvides cuánto ha hecho por ti.

Es el papá más responsable, amoroso y perfecto para tus hijos. Cada cosa que hace es por amor a ellos y por amor a ti. Lo hace para que tú estés bien. Por tu bienestar. Te quita responsabilidad no porque no puedas, sino porque eres una princesa a la que le gusta consentir en exceso. Sabes bien que con él no debe faltarte nada, no debes buscar pretextos, no estás sola. Y él te complace en todo. ¿O me dirás que no ha sido tu mejor hombre? ¿El mejor amante que has tenido? ¿Entonces? Amiga, ¿por qué buscas en otro lado lo que tan cerca tienes de ti?

Entiendo que necesitabas un amigo que te comprendiera, que te escuchara y pudiste comparar tu vida con la de otra persona. Pero sabes que lo que estabas sintiendo no es más que una ilusión creada por tu mente. Acéptalo. Amiga, ese supuesto amigo no es real. Confía en lo que Dios te ha dado. Por algo pasan las cosas, siempre se ha dicho. Bueno, pues pide que te ilumine para que puedas discernir que tiene algo mucho mejor para ti. Y sabes bien que traes esa luz divina que él ha puesto en ti.

Querida amiga, no sufras más. Recuerda esa canción que tu madre te cantaba:

“Chiquitita, te quiero. No quiero verte así

Ven aquí, a mi hombro, y dímelo,

cuenta conmigo ya.

Tan segura te conocí y ahora tu ala quebrada

déjame arreglar

la quiero ver curada.

Chiquitita, no hay que llorar.

Las estrellas brillan por ti allá, en lo alto.

Otra vez vas a bailar y ser feliz.

Quiero verte sonreír para compartir tu alegría, chiquitita.”

Querida amiga:

He estado tentada a escribir desde hace mucho tiempo, pero no había encontrado el valor, son tantas cosas las que quisiera compartirte y es tanto lo que tengo que rascar en mi pasado y mi presente, que me es difícil empezar a contarte algo.

Hace años debí haber empezado, pero el universo acomoda las cosas en el tiempo que deben ser, y es ahora cuando debo hacerlo.

Amiga, mi vida ha sido casi perfecta desde la última vez que nos vimos. Este esposo mío es muy bueno. Tengo la casa que quiero, mis hijos van a una buena escuela, tengo mi camioneta de mamá. Mis días se van entre cafés con las amigas, comidas, cenas, clases de piano, la natación, el karate de los niños. La casa, las tareas.

En fin, llevo mis días bastante ocupados, pero en algún momento entre todas esas actividades, cuando te quedas en silencio con tus pensamientos, me siento sola. A veces siento que pierdo mi identidad. Eres la esposa de, la mamá de. Y la mujer que está ahí representando todos esos papeles se ve al espejo y se pregunta: ¿y yo? ¿Qué estoy haciendo para mí?

Me sentía adormecida. Necesitaba encontrar de nuevo algo. Regresar a trabajar era una buena opción, volver a estudiar. Pero me veo truncada por este marido mío tan sobreprotector y posesivo. Pasan los días y yo sólo quiero dormir. No quiero estar en casa, busco cualquier pretexto para salirme, no me gusta estar sola con mis pensamientos. Y ruego por algo, algo que llame mi atención y me saque de este estado en el que estoy.

Y es entonces cuando paso aplicaciones en mi iPad, ¿qué quiero? ¿Qué busco? Y la iluminación me llegó: libros. Que mejor manera de sacarte de tu vida y vivir la de cientos. La lectura.

Comienzo a hacerme una fanática de los libros y de las lecturas conjuntas, me uno a clubes de lectores por Internet, grupos de miles de personas. Me envuelvo en ese mundo y me divierto, conozco gente, compartimos opiniones, frustraciones, apoyamos a nuestros escritores favoritos y, a veces, muchas veces, tenemos diferentes opiniones acerca de un libro o un autor y es así, amiga, que lo encontré. No sé si el universo me dio algo de lo que inconscientemente le pedí o, tal vez, conscientemente lo hice... No lo sé, pero lo puso ahí.

Él.

CAPÍTULO 1

QUERIDA AMIGA

Toluca, Estado de México, 1996

Era inútil tratar con mi cabello rizado, y más con esas temperaturas. Salir de ducharte y no secártelo era imposible, se te escarcharía con este frío y más el mío que, aunque a todo el mundo le gustara, yo lo odiaba.

De cualquier forma, no le veía el caso a esforzarme, sólo me presentaría en la escuela para ver cómo todos mis demás compañeros se subían al autobús a pasarla de lo lindo en el parque de diversiones. Mientras que yo y los otros jodidos a los que sus padres no les dieron permiso o, en mi caso, no les dieron dinero, nos quedábamos a mirar.

Nunca me he quejado de eso, me he ganado casi cada peso que gasto, he trabajado siempre. Pero trataba de enfocarme en ganarme bien esa educación que se me estaba dando, pero dependía económicamente de mi hermana y mi madre. Así que estaba lista para verme humillada en la fila de los que no tenían permiso, ni dinero.

Me alisté y salí rápido, antes de que pasara el autobús, que solía pasar tocando el claxon para los alumnos que vivían en ese fraccionamiento, que sí, bien, no es una zona residencial, era bastante bonito, enmarcado con una gran arboleda y un área que alguna vez fue una hacienda, sólo quedaban las ruinas, pero era conservada como parque donde los niños jugaban, también se podía ver a una que otra pareja sentada en las banquitas, muy acaramelada. Realmente lo bonito era el estilo moderno

de cada casa, grande, con jardines. Un buen lugar para una familia de clase media.

Mucha gente había emigrado hacia ese estado, para tener una mejor calidad de vida, mejor aire y, aun así, estar cerca de la Ciudad de México. Entre esas personas, mis hermanas Juana y Eugenia, quienes optaron por la vida relativamente tranquila de esa ciudad en crecimiento. Y yo, claramente, estaba ahí gracias al enorme fallo de haber sido rechazada de las dos casas de estudio más importantes de México: el Instituto Politécnico Nacional y la Universidad Nacional Autónoma de México. ¿Por qué? Bueno, digamos que durante el último año de secundaria me gustó más trabajar, ganar dinero y andar con mis amigas, que aplicarme a los exámenes de admisión.

La consecuencia: una "chinga" de mi mamá, quien me dio una lección bastante contundente. Sus planes eran dejarme sin educación y ponerme a trabajar en la casa. Por supuesto, debo agradecerle a mi hermana Eugenia, que casualmente llegó esa tarde y evitó un mayor drama. Eugenia me encontró tirada en el piso, toda mojada, pues mi mamá me había arrojado agua para tratar de hacerme reaccionar, porque yo me había privado en mi berrinche, mientras me amenazaba con quedarme en casa y me gritaba que “y o nunca sería nadie en la vida, si no estudiaba”.

— ¡Te quedarás aquí, haciéndote cargo de la casa, de gata[1]! —dijo, con un tono despectivo.

A mí me dolía mucho que me hablara así.

— ¡Si no estudias, no servirás para nada, más que para cambiar pañales y limpiar mierdas!

— ¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca seré gata de nadie, voy a salir adelante, te lo juro, y no limpiaré mierdas de nadie! —grité con todas mis fuerzas, hasta desgarrar mi garganta.

Y me quedé en el piso, entre llanto y rabia. En ese momento llegó mi hermana Eugenia y se ofreció ayudarme, si yo le prometía portarme bien y estudiar mucho.

Y ahí estaba. Iba a mitad del primer semestre de preparatoria. Casi no tenía amigos, salvo aquella chica rara que tenía la cara llena de acné y con quien me senté desde el primer día. Yo era bastante rara también, venía de una secundaria federal, era de otro estado y me consideraba un esperpento en cuanto a moda, durante los cursos de preparación todos iban con ropa casual y a mí se me ocurrió vestirme con la ropa de mi hermana, ya que traje mis pocas cosas de mi casa. Así que una chica alta, delgada, de carita pequeña, nariz pequeña y afilada, cabello rizado y ojos café oscuro vestida como si estuviera lista para ir a la oficina, claro que llamaría la atención, pero desgraciadamente no a favor.

Como en toda escuela, y más en las que son privadas, hay grupos de chicos y en ésta, en particular, los populares se creían los mejores porque vienen de escuelas privadas de Toluca o de la Ciudad de México. Mi compañerita y yo los veíamos —durante los recesos— divertirse, pasear juntos, burlarse de los demás, en fin, lo pasaban bien y, a veces, los envidiaba.

El coordinador indicó que se formaran los que irán al paseo, los que no iríamos empezamos a tragar saliva.

— ¿Cómo? ¿No vas? —preguntó uno de mis compañeros con tono burlón.

—No, es que no me gusta. ¡Bah!

Los privilegiados iban saliendo hacia el patio donde estaban los autobuses que los llevarían al parque de diversiones. A los que no íbamos, nos hicieron la magnífica oferta de quedarnos en la biblioteca unas horas. Me di cuenta de que del grupito de chicos arrogantes se quedarían dos: una chica flaca de buen trasero y su amigo.

Entramos a la biblioteca y prácticamente me quedé paseando entre los pasillos casi vacíos, la escuela era casi nueva, apenas tenía unos años, nosotros seremos la cuarta generación en salir, así que las estanterías estaban casi vacías pero, la verdad, había buenos libros. La profesora de literatura se había encargado de tener un buen acervo. Tomé un libro y lo hojeé. *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco, se convertiría en uno de mis libros favoritos, porque habla con tanta nostalgia de ese México en el que me hubiera gustado vivir.

No sé en qué momento se percataron de mi presencia en aquella biblioteca. Ya habían pasado una o dos horas y los dos fresitas persuadían a la bibliotecaria de que los dejara salir. Él finalmente la convenció, era un parlanchín y parecía un cabildo de la causa, no tardó en convencerla, accedió a que nos fuéramos y no dijéramos nada.

En ese momento, el chico se dirigió hacia a mí.

— ¿Vienes?

Me quedé con los ojos como platos, ¿me hablaba a mí? Miré hacia los lados para ver si se refería a otra persona, pero su mirada estaba clavada en mí.

—Hmmm, no sé, ¿a dónde? —contesté nerviosa.

—Por ahí, a dar la vuelta. A matar las horas, ¿tienes otra cosa que hacer?

Se me hizo extraño que me hablara, ¿a que venía su invitación? Más de tres meses y nunca volteó a verme, pero me levanté y me fui con ellos, por supuesto, su amiga, la chica flaca, no me vio con buenos ojos, pero trató de disimular. Salimos de la escuela y nos dirigimos a una plaza caminando.

—¿Valeria, verdad? —me preguntó sonriendo.

—Sí, Gabriel, ¿no?

—Sí, así es, vente no te alejes.

Yo caminaba atrás, ellos llevaban su ritmo de conversación, hablando de conciertos, ropa, discotecas. Empecé a sentirme incómoda, no encajaba para nada en su plática. A mis 16 años nunca había ido a un concierto, la ropa hasta hacía poco me la hacía mi mamá y jamás había estado en una discoteca, antro o tardeada. Gabriel se percató de mi incomodidad y cambió el tema, me preguntó cuánto tiempo llevo viviendo aquí, con quién vivo.

—Vivo con mi hermana, mi cuñado y sus hijas. Mi mamá me envió a estudiar aquí, casi no conozco nada, ni a nadie —respondí.

Y Gabriel se ofreció a enseñarme la ciudad.

Fuimos por helados, nos sentamos en unas bancas alrededor del quiosco de la plaza. Ese pueblito tenía un centro pintoresco, como los antiguos pueblos de México, una iglesia, su explanada, el quiosco, frente a nosotros estaba el palacio municipal y, al lado, el mercadito. Prácticamente hablamos de tonterías; de los maestros; de chismes de la escuela; de quién sale con quién; de una fiesta que estaban organizando y cosas así.

Noté que Gabriel me miraba mucho, me sonría. Francamente, no me había fijado en él, no de ese modo. Él salía con una chica a la que los demás veían como bonita, sin embargo, no es para nada un galán. Era alto, mucho más que yo, que mido casi un metro setenta, sus ojos preciosos, eso sí, verdes aceituna, pero tenía un poco alargada la cabeza, su boca era grande y carnosa, y no era precisamente un hombre atlético, como los otros chicos con quienes se juntaba, pero es muy inteligente y abierto, se llevaba bien con los profesores, tenía mucho carisma.

Pasamos toda la mañana dando vueltas, incluso entramos al mercadito local y compramos frutas. Diana sugirió de pronto ir a su casa, que quedaba a pocas calles de ahí, pero es obvio que su plan no me incluye. Yo, asumiendo eso, me despedí.

—Iré a casa a tirarme al sillón.

Para sorpresa mía, él se ofreció a acompañarme a tomar el autobús y le aseguré a Diana que volvería pronto. Me despedí de ella cortésmente y emprendimos la marcha.

—La verdad, no voy a regresar. Sólo quiero estar contigo —dijo mientras se me acercaba.

—¿En serio? ¿Por qué? —dije con tono de sorpresa, mientras siento que se me torcía el estómago.

—Porque me parece que eres demasiado interesante para dejarte ir sola y desde hace un buen rato sólo quería verte, sin tener que disimular.

—¿A qué te refieres con verme?

—A eso, a verte, no me había dado cuenta de lo guapa que eres.

Me reí. No me habían cortejado mucho que digamos, pero él me parecía más que abierto, lanzado. Me sonrojé.

—¿Es tu manera más sutil para conquistar?

—No tengo maneras, sólo te digo lo que pienso.

—Ok, lo acepto.

—¿Y si seguimos caminado? ¿Está muy lejos tu casa?

—No tanto, pero por la carretera es peligroso.

—Bueno, iremos con cuidado.

Caminamos juntos. Le hablé de mí, de mi familia, que era muy grande, soy la hija menor de 8 hermanos. Le conté que estaba ahí por una razón: no me había quedado en las preparatorias oficiales de México. Se ofreció ayudarme si necesitaba algo, a fin de cuentas era un alumno destacado. También hablamos sobre música, que canto desde pequeña... Caminamos casi por hora y media en línea recta desde la plaza hasta el cruce de la carretera. Le dije que en medio de ella cruza un ferrocarril y al otro lado encontraríamos la entrada a mi fraccionamiento. Pero ese día el tren estaba estacionado, justo ahí, para hacerme pasar el ridículo. Tendríamos que brincar o pasar por debajo. Optamos por la segunda opción. Con muchos nervios, me agaché con él a mis espaldas, pero en ese momento se escuchó un resoplido, los frenos del tren se estaban liberando. Brinqué del susto y me golpeé la cabeza.

Gabriel me agarró por la espalda y tiró de mí para salir, casi caí al pasto. Nos quedamos de rodillas. Yo me reía de nervios y pena. Él sonreía también. De pronto, me miró, se acercó a mí y me besó.

Su beso era tierno, dulce, parecía suplicarme que no lo rechazara. Y no lo hice. Me dejé llevar. Nunca me habían besado así. Mis primeros besos siempre fueron arrebatados, babosos, fríos. Algunos demasiado subidos de temperatura. Pero era una nena medio inocente todavía. A pesar de que en estos tiempos las chicas son más atrevidas, yo aún tenía en la cabeza las ideas de mamá: "ni se te ocurra entregártele a alguien, porque irás rodando como las piedras".

Este beso, tan tierno, tan suave, me hacía flotar. Cuando abrí los ojos, lo vi mirándome y sonriendo, pero percibí rastro de preocupación.

—Lo siento, desde hace horas quería hacerlo y esto salió de película.

—De película cómica dirás —dije entre risas.

—¿Estás bien, no te lastimaste?

—No, fue más el susto. Gracias.

—Gracias a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por dejarme acompañarte y permitirme conocerte. Espero que me dejes hacerlo más.

—Ok. Hola, soy Valeria, mucho gusto.

—Encantado de conocerte, soy Gabriel.

—Ya lo sabía, ¿eh?

—Yo también, ¿eh? ¿Nos levantamos?

—Claro, ya me duelen las rodillas y las calcetas se están tiñendo de verde por culpa del pasto. Mi hermana me preguntará que dónde ando revolcándome.

Nos levantamos y caminamos otros 15 minutos por la arboleda tomados de la mano, como si lleváramos años juntos. Me dejó en la puerta de la casa.

Saqué mis llaves y llegó a mi mente la pregunta incómoda: ¿nos vemos mañana? ¿Qué seremos mañana? Supongo que el debió pensarlo también, pues volvió a besarme.

—Mañana igual, ¿eh?

—Ok. Mañana igual.

Esa noche casi no dormí, sentía en mi cara esa sonrisa estúpida. Al día siguiente no me dio pereza levantarme, me alisé mejor el cabello y, lo más impresionante, salí a tiempo de casa. Me fui en el transporte y llegué a tiempo a la escuela.

Cuando iba subiendo las escaleras hacia mi salón, levanté la vista y ahí estaba él, con la primera rosa de muchas. No sabía qué hacer, el pasillo estaba repleto de estudiantes. Me acerqué, él me abrazó, me besó y me dio la rosa. Volteé a ambos lados para ver las reacciones. Nadie nos veía, claro. Yo y mi delirio. Conversamos sobre qué tal habíamos dormido. Él también confesó no haber dormido mucho.

Estaba emocionada. Me tenía prendida a él y cuando se acercaron sus amigos, quise alejarme, pero él me tomó por la cintura. Saludó a sus amigos y me presentó.

—Mi novia.

Yo sólo pensaba: ¿en qué momento me lo pidió? Pero estaba feliz y sonreí.

Todos pusieron caras de cuadro, pero me saludaron y me sonrieron. Aquel grupito de chicos, que para mí eran alzados y presumidos, ahora me veían y me ponían atención. Descubrí que eran chicos lindos y que estaban siempre juntos porque eran amigos desde la infancia; los únicos extraños, por así decirlo, éramos, Gabriel, Diana, Homero, el mejor amigo de Gabriel, y yo.

Sonó la chicharra. Se acabó el encanto. A clases. Pero desde ese momento en adelante. Todo fue miel, miel y miel.

Todos los días me llevaba a casa. Me daba rosas, me escribía y me regalaba pequeños peluches. Yo nunca había tenido una relación así. Me enamoré a todo lo que daba. Estudiábamos juntos. Comíamos juntos, andábamos en bicicleta. Tomábamos siestas en aquella arboleda, leíamos mucho y, sobre todo, la pasábamos bien.

Después de casi dos años y conscientes del paso que daríamos. Nos escapamos para vernos en privado. Ninguno había estado con nadie y era para nosotros algo mágico que queríamos experimentar.

Quedamos de vernos en el antiguo casco de la hacienda, donde muchas veces nos reuníamos a leer y estudiar. De ahí, iríamos a casa de una amiga de ambos, una chica universitaria que había sido vecina de Gabriel y ahora vivía en un apartamento muy lujoso en el centro de la ciudad.

Lo vi a lo lejos, mi corazón latía a mil por hora, sudaba, me punzaba la cabeza. ¿Cómo quitarte de la cabeza todo lo que desde niña te habían inculcado? Que debía llegar virgen al matrimonio, que para conseguir un buen hombre debía ser pura y casta, que si te entregas a alguien, esa persona te botará de inmediato. Frases como: "para qué comprar la vaca, si la leche la obtiene gratis"; "una mujer que se entrega a alguien sin estar casados, pierde valor y se va rodando como las piedras". Todas estas cosas pasaban por mi cabeza, ¿me dejaría? De verdad, ¿sentiría que no valía nada?

A metros de mí estaba mi novio, a quien tanto quería, tan dulce, tan tierno, tan caballeroso. Había llegado el momento de decirnos con nuestros cuerpos cuánto nos amábamos. Mi cuerpo comenzó a temblar, sentí calor, empecé a sudar. Sentí una gran arcada y vomité. El corrió a auxiliarme. Vi en su rostro preocupación. Yo seguí vomitando en el césped de aquel parque. No me controlaba, estaba templando. Él recogió mi cabello y sobaba mi espalda. Yo pensaba: ¡Dios! Soy un desastre.

Cuando logré ponerme en pie, con la cara pálida y el rímel escurrido, Gabriel me preguntó qué pasaba, si me sentía bien. Sacó unos pañuelos y me limpió el rostro.

—Lo siento, no sé qué me pasó, me sentí muy nerviosa.

—Perdóname, yo también lo estoy. No pasa nada. Tranquila, vamos a calmarnos y a tomar algo para tu estómago.

Asentí, me tomó de la mano, me alisó el cabello y caminamos para tomar un taxi. Llegamos a una cafetería cerca del apartamento de nuestra amiga. Entramos y pedimos un té.

—Me sentía muy nerviosa, sabes muy bien cuántas ideas te meten las mamás y las abuelas con respecto a esto. Sé que te amo, que eres un chico maravilloso, pero no dejo de sentirme culpable.

—Bien, amor, no voy nunca a presionarte por algo, yo te amo, para mí, tú eres ahora la mujer de mi vida, sé que somos jóvenes para pensar en eso, pero lo tengo claro. Es contigo con quien quiero estar y con quien quiero experimentar el amor en todas sus formas, no quiero que sientas culpas de nada. Si no quieres que hagamos algo, no lo haremos. Tranquila. No quiero que te sientas mal.

—Lo sé, sé que me quieres y que no me presionas, nunca lo has hecho, siempre me has respetado. No sé por qué me puse tan mal.

—Te prometo una cosa no vamos a presionarnos, tal vez ahora no es el momento, pero aprovechemos el rato que tenemos. Vayamos al apartamento de Lis y estemos ahí solitos, dándonos tiempo— me dijo.

—Estoy de acuerdo, además, tiene una colección impresionante de discos, seguro nos entretenemos —le dije con una sonrisa.

Desayunamos en la cafetería, pagó la cuenta y salimos hacia el apartamento de Lis. Él le había pedido ayuda para ambientar el lugar y ella, consciente de lo que haríamos, tapizó la estancia con globos de corazones y colocó un enorme arreglo floral en el centro de la mesa que decía: "Para Valeria y Gabriel, chicos disfruten, lo merecen, son la pareja más tierna que conozco. Los quiero. PD. No quiero mayonesa en mi cama, usen condón".

¡Qué puerca!, peor me sentí. Aunque logró arrancarme una sonrisa, y a él también. Hicimos a un lado todos los globos y nos sentamos frente al aparato de sonido. Empezamos a hurgar entre los discos, pusimos varias canciones, las cantamos, las bailamos. "Always", de Bon Jovi, era nuestra.

Nos acercamos, nos besamos y poco a poco fuimos relajándonos. El beso era más intenso, nuestras lenguas se tocaban, yo empezaba a sentir ese cosquilleo debajo del ombligo, pero se detuvo.

—Espera, no quiero hacer nada, si tú no quieres.

—Estoy bien. Estoy más tranquila.

Me llevó a la ducha, me ayudó a quitarme la ropa, él también se desnudó y el agua borró todas mis culpas y pensamientos.

Ese día descubrí qué tan sublime y hermoso es estar con alguien a quien se ama.

Estuvimos más que enamorados después de eso, nuestros amigos notaban un cambio en nosotros, pero él no les contaba nada, eran nuestros momentos. Yo me sentía la niña más amada, no me faltaba nada. Claro, como en todas las relaciones, había problemas y nosotros no nos libramos de las envidias, ni de las malas lenguas. Cuando te ven tan feliz no falta quien quiera echarlo a perder.

A Diana no parecía agradecerle mucho que su *best friend* anduviera con una chica tan irreverente como yo, desgraciadamente Gabriel la apreciaba y un nefasto día me enteré, por nuestra amiga Erín, una chica delgadita y pequeña, de lindos ojos verdes, de la que me hice amiga cuando conocí a Gabriel, que habían salido a un antro, al que mi hermana no me había dejado ir, y ellos se mandaban mensajes en la pantalla del lugar, que bailaban muy pegados, hasta que se los encontré, cuando salí del baño, en un pasillo, ella le rogaba que la tocara y la besara, y aunque él intentaba zafarse, había cedido.

Cuando Erín me dijo eso, se acabó el cuento de hadas. Corrí horrorizada al baño de mujeres de la escuela. Entre a golpear puertas, me di contra el espejo. ¿Cómo pude ser tan tonta? ¡Me había engañado!

—Cálmate, flaquita, no vale la pena. Te lo dije porque te quiero y ella alguna vez me dijo me se vengaría de ti porque no le caes bien, ella también lo quiere, aunque no le guste. Dice que te crees perfecta y que te portas déspota con ella.

—Pero, ¿cuándo carajos supe yo que ella lo quería?

—Flaquita, él no quería, yo lo vi, pero ella insistía, es su amiga y estaba borracha.

— ¡Me importa una chingada que sea su amiga, debió apartarse!

—Nena, no te pongas así, habla con él y aclaren esto. Tal vez yo vi algo de más.

— ¡No, no, no! Si viste eso, es porque así fue. Siempre supe que a Diana no le parecía bien. ¡Si lo quiere para ella, pues se lo dejo!

Después de llorar y seguir maldiciéndolos, me lavé la cara. Erín me ayudó a maquillarme de nuevo, me reacomodé el uniforme y salí. Caminé aprisa por el pasillo, las aulas tenían grandes ventanales, así que se veía todo lo que pasaba dentro.

Cuando pasé por su salón de clases, no los miré. Noté que él levantó la vista para verme y sonrió, pero en cuanto vio que no respondí, bajo la mirada. Lo vi. Lo había hecho.

Pasé todas clases en blanco no supe nada, cuando sonó la chicharra para el descanso, le dije a Erín que no saldría a comer y ella salió dejándome sola en aquel salón. Gabriel se percató de que no estaba y fue con Erín a preguntarle por mí. Ella le dijo que no me sentía bien y él subió de inmediato.

Lo miré pararse en la puerta, titubeante.

— ¡Ni se te ocurra acercarte! —le grité.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué no saliste?

— ¡Ay, por favor! ¿Qué pensabas? ¿Creías que no iba a enterarme?

—No sé de qué hablas, en serio.

— ¡No jodas, no me digas que no sabes! ¡Gabriel, te vieron!

Y en ese momento tragó saliva y se fue acercando lentamente. Sabía, por supuesto, de lo que hablaba.

—Siento mucho que te hayas enterado así, Diana y yo tuvimos algo que ver hace dos semanas.

¡Madre de Dios! Todo el lugar daba vueltas, sentí cómo la sangre se me subió a la cabeza.

— ¿Por qué carajos me haces esto, Gabriel?

—Discúlpame, ella siempre ha sido mi mejor amiga, yo la quiero mucho y siempre me gustó. Esa tarde, cuando tú no pudiste ir al concierto, porque tu hermana no te dejó; la invité a ella y, al calor de los tragos, pasó lo que tenía que pasar.

Quisimos detenerlo por ti, pero no pudimos y este fin de semana, que todos salimos, me volvió a insistir para que lo intentemos.

— ¿Qué rayos me dices? ¿Cómo es que no te das cuenta? Gabriel, yo sé que a ella yo no le gustaba para ti, pero tampoco tú le gustabas. Lo hace por envidia, pero, ¿sabes qué? Adelante, si tú crees que ella te ama más que yo y te sientes seguro de que la quieres, ¡órale! Vete con ella.

—No quiero que terminemos mal, Valeria. Yo te amo, en verdad, pero estoy confundido. Eres hermosa y detallista, me encanta lo que me escribes y cómo me haces sentir. Pero a veces me siento frustrado de que no podamos estar juntos como quisiera.

— ¿Y exactamente a qué te refieres? ¿A que no me dejan salir? ¿O a que no tenemos relaciones frecuentemente?

—Pues a todo eso. Estoy cansado de que nunca te dejen salir.

— ¿Sabes qué? Vamos a dejarlo así, te doy la libertad de hacer lo que te venga en gana. Nomás una cosa sí te digo, dile a tu amiguita que ahora la novia será ella, yo seré tu amiga, así, igual que ella.

Él me tomó las manos y yo dejé que las besara. Le di un beso en la mejilla y salí del salón. Me despedí de él, pero saboreando lo que sería una linda venganza.

Oportunamente los dioses me ayudaron. Y después de tres semanas en las que supuestamente empezaron a salir juntos, ella se acostó con su mejor amigo, Homero. Y se hizo justicia, pero tuve que recoger las partes fracturas de mi pobrecito novio. La verdad, nunca nos dejamos, sólo dejé que probará, mis amigas se asombraban de que tuviera la cabeza tan fría, de permitir que ellos se pasearan juntos frente a mí, pero Gabriel seguía viéndome por las tardes, para compartir nuestras lecturas, cosa que no hacía con ella y era entonces cuando me salía lo seductora y lo cabrona.

Así, durante esas tres semanas, lo seduje y, aunque la ayuda me vino por otro lado, agradecí a Homero, otro alumno destacado, haberle ayudado a esta amiguita a mejorar sus notas. Y ella aprovechó para acostarse con él.

Lo lamentable fue que para Gabriel esas dos amistades habían terminado. Después de eso nuestra relación se volvió más fuerte. Ya nadie más se atrevió a ponerse en medio. Gabriel se disculpó mil veces conmigo, yo lo quería mucho para dejarlo. Pero esta situación empezó a formar una costra en mi corazón, no es fácil continuar después de un engaño y, aunque uno no lo quiera, las mentiras dejan marcas, pero, sobre todo, aprendizaje.

Asistimos a muchas fiestas, su familia me quería mucho, su madre, su hermana y su cuñado, con quienes vivía, eran tan mi familia, como lo eran mis hermanas y mis adoradas sobrinas. Hablábamos del futuro cuando saliéramos de la preparatoria, de que debíamos conservar nuestras notas para obtener una beca en una de las universidades más caras de México: la Universidad Anáhuac, que subsidiaba nuestra escuela. Cada año se otorgaban cinco becas del cien por ciento a los mejores alumnos y si manteníamos ese promedio, estaríamos en la terna para competir por esos lugares.

Fantaseábamos sobre el lugar donde viviríamos y que algún día tendríamos familia, cuando termináramos la universidad o quizás una maestría. Pero, de nuevo, la vida me daría otra lección, esta vez más contundente.

Aquella tarde cuando telefoneé a mamá para decirle sobre las cuotas de inscripción del siguiente semestre, ella contestó con un simple no.

— ¿Qué dices, mamá?

— ¡No vas a seguir en esa escuela! He decidido que te regreses y busques otra escuela aquí. Ya no podemos seguir molestando a tu hermana. Ya bastante tiene con sus hijas y ella ya no puede contigo, eres demasiada responsabilidad. Ella misma me ha dicho que es mejor que te regreses.

—Mamá, ¿por qué? No voy mal en la escuela.

—Porque me dijo que andas de novia con el fulano ese y que los ha cachado muy pegados. No quiero que vayas a meter las patas.

—Mamá, no hago eso. Él es un buen chico.

— ¿Bueno para qué?

—Mamá, él es muy bueno conmigo, me ayuda en la escuela y con los trabajos, siempre me trae a casa a tiempo.

— ¡No me importa que tan bueno sea! ¡No te inscribirás, he dicho!

— ¡Mamá, no me hagas esto! Estoy cumpliendo con mis responsabilidades, viste mi diploma, estuve en el cuadro de honor, ¡no estoy fallando!

— ¡No voy a seguir pagando para que andes de loca por ahí! Al rato vas a salir con que estás embarazada. No te voy a mandar dinero para que te inscribas, así que mañana mismo vas a la escuela y pides tú baja. Iré por ti en la tarde.

—No, mamá, no lo haré, si no quieres ayudarme trabajaré, sabes bien que no es la primera vez que trabajo.

— ¡Tú no vas a hacer nada y pobre de ti, si haces una pendejada!

—Pues si es lo que les importa, lo haré—azote el teléfono.

Se me vino el mundo encima, había colgado y le había contestado mal a mi mamá. ¿Qué hacer? Si mi hermana le había sugerido que mejor me regresara, significaba que no me quedaría con ella. Me sentí traicionada. Le llamé a su trabajo y le pedí una explicación.

Me dijo que yo era un mal ejemplo para sus hijas, que mi cuñado no veía bien que mi novio entrará a la casa y que estuviéramos solos con las niñas, a quienes yo adoraba como mis hermanitas. Que había visto cómo me miraba él y que, en una ocasión, ella vio, cuando llegó del trabajo, que él tenía una erección, que seguramente era porque algo estábamos haciendo y que no se haría responsable de mí y de mis errores.

Colgué y le llamé a Gabriel. Entre lágrimas le expliqué lo que pasaba, él sólo me pedía que me calmara, que no lograba entenderme con tanto llanto.

Me dijo que me quedara ahí, que iría por mí y que hablaríamos con su mamá. Subí corriendo, mis sobrinas jugaban en su habitación. Abrí el armario y saqué las pocas cosas que tenía. Me iba, me escaparía de ahí.

Salí con una mochila, ellas me vieron llorar y sus caritas me hicieron llorar más. Lili, la mayor, era mi mejor amiga, nos escribíamos cartitas y siempre me aconseja cuando me enojaba en la escuela. Loli era todo un caso, siempre nos hacía reír, pero ambas me vieron marcharme y llorando me preguntaban qué pasaba.

—Pregúntale a tu mamá —contesté enojada.

Salí de ahí caminado hasta la arboleda, para que Gabriel no tuviera que llegar a la casa. Lo esperé entre los árboles una hora. Cuando llegó, le expliqué todo y le dije que había sacado unas cosas, que me ayudara a espantarlas. No estuvo de acuerdo, pero él tampoco quería que me fuera. Él también empezó a sufrir. Lo único que se nos ocurrió fue hablar con su mamá, para que nos aconsejara qué hacer.

Doña Licha era una mujer amable, siempre te sacaba la sonrisa con su inocencia. Y todos nuestros amigos la querían porque decían que era bien buena onda. Cuando llegamos a su casa, su mamá me miró y me abrazó, nos abrazó a los dos. Me hizo un té y nos sentamos a la mesa.

Ella nos dijo que sabía lo que es querer a alguien y no poder estar con esa persona. Ella era la amante del hombre con el que estaba y sabía bien de amores imposibles, si realmente nos queríamos, tendríamos que luchar por seguir juntos.

—¿La quieres mucho? —le preguntó a su hijo.

—Sí, mamá, y haría lo que fuera. No quiero que se vaya.

—Pues tendrás que trabajar. Aquí pueden quedarse mientras terminen la escuela. Pero deberán trabajar, no sólo para pagar la escuela, sino para que ahorren y se vayan a vivir a otro lado.

Nos faltaba 1 año más de escuela, nos parecía muy sencillo. Le agradecí a mi suegra su apoyo y ella me dijo que me ayudaría a hablar con mi mamá. Qué le diría que con gusto me recibiría en su casa.

Por la tarde mi mamá marcó a la casa de Gabriel, aún no sé cómo consiguió el teléfono. Gabriel contestó, mi mamá lo amenazó con llevar a la policía si no me hacía regresar. El negó estar conmigo, a fin de cuentas no supo qué contestar ante los gritos. Colgó y su mamá le reclamó por no haberla puesto al teléfono.

—Nena, tu mamá no se va a quedar en paz. Y tiene todo el derecho de venir a buscarte, yo me pregunto si de verdad quieres esto, porque yo puedo negar que estás aquí, pero si viene con policías las cosas se van agravar.

Estuvimos viendo las opciones, y yo no quería causarle demasiados problemas a aquella mujer. Le dije que mejor pasaría la noche con nuestra amiga Lis, por si mi mamá me iba a buscar, pero de pronto llegó con unos patrulleros. Yo entré en pánico y mi cuñada trataba de calmarme. Me subió a su recámara, desde donde oía los gritos de mi mamá.

Gabriel y su madre ni siquiera se oían. Trataban de explicarle que yo no estaba ahí, pero ella insultaba más y más. No podía escuchar a mi madre así. Me sentía la peor basura en el mundo.

Doña Licha sólo le dijo que no podía estar ahí en su casa amedrentándola y no dejaría pasar a nadie, si no tenían una orden judicial. Mi madre amenazó con conseguirla y regresar. No podía quedarme ahí, ¿en qué problema me había metido? Una patrulla se quedó afuera de la casa de Gabriel para vigilar.

Al no tener otra opción, tendría que saltar por el cuarto de mi cuñada y salir por el patio trasero. Mi destino: el apartamento de Lis. Ésa sería mi última noche cerca de él. Antes de saltar por la ventana tomó mi rostro con sus manos y me prometió resolverlo. Me dijo que me alcanzaría más tarde. Me besó, limpió mis lágrimas con su boca y salté.

Lis me recibió con un abrazo, él le había telefonado para avisarle que iba para allá. Esa noche lloré y lloré, todo me parecía injusto, mi hermana me había echado al decirle a mi madre que no quería ser responsable de mí. ¿Para qué se había ofrecido a ayudar con mi educación, si no podía o no quería? ¿Por qué mi mamá me mandó a estudiar allá, si me iba a truncar después?

Siempre me sentí el patito feo. Siendo la más chica de 8 hermanos, no precisamente era la consentida, más bien me sentía la olvidada, mis hermanas y hermanos ya eran grandes, incluso estaban casados y con familia, yo crecí sola, mi compañera de juegos había sido mi sobrina Ámel, hija de mi hermana mayor Juana, con quien también pasé una temporada en Toluca, pero por celos, o no sé qué, empezamos a distanciarnos.

Ahora que me sentía amada, que le importaba a alguien, me lo arrebataban, me sentía morir, también por todo lo que provoqué. La desesperación de mi madre buscándome me partía el corazón.

Gabriel llegó en la madrugada, helado, con ojos llorosos, nos abrazamos, me dio una carta, la más larga de todas. Me dijo que mi madre había regresado a suplicarle que le dijera que estaba bien. Entendimos que no era la mejor decisión, que si nuestro amor era tan fuerte, seguiríamos amándonos estuviéramos donde estuviéramos. Aunque en mi corazón sabía que sería una despedida, confié en que lo arreglaríamos. Seguiríamos juntos toda la vida.

Por la mañana, después de estar abrazados toda noche escuchando nuestras canciones, lamentándonos de nuestra separación. Me levanté, tomé mis cosas y, en silencio, salimos. Tomé un taxi y no miré hacia atrás.

Cuando llegué a casa de mi hermana, sólo estaba mi cuñado. Me reprimió y me dijo que mi madre no había regresado a casa en toda la noche, que seguían buscándome. Subí a terminar de recoger mis cosas. Al final, volvería con ella y no causaría más problemas.

Sólo una madre sabe del sentimiento de ver a tu hija de vuelta en casa. Aunque te haya hecho pasar la peor noche de tu vida. Cuando entró y me vio, corrió a abrazarme.

Todo el viaje lloré en silencio, no me había despedido de mis amigos, ni mis maestros, no vería más a mi escuela. No vería más a mi primer gran amor.

Se había acabado.

Amiga:

¿Por qué tenemos prohibido volver a sentir? ¿Por qué se nos juzga, si aceptamos cortesías? Y, peor aún, ¿por qué permitimos que lo que tanto amamos nos vaya degradando? ¿Por qué hemos de permitir que se nos deje de conquistar? ¿Por qué se acaba el romanticismo?

Y es justo en ese momento de vulnerabilidad, cuando aparece el destino o el universo o Dios o el diablo, ¡qué sé yo! Y te pone en una situación de la que no quieres irte, pero sabes bien que debes hacerlo, porque no está bien visto, porque está prohibido...

Amiga, no puedo más con este sentimiento, me siento estallar. No sabes el dolor que me causa estar enamorada de alguien a quien no puedo tener y, a la vez, amar tanto a quien está a mi lado, pero temo perder... Él había sido todo en mi vida...

Ciudad de México, 1998

Hace meses que dejé llorar. Nunca pensé que una persona pudiera derramar tantas lágrimas por alguien. Mi vida se volvió un infierno, no me dejaban salir sola, siempre iba con mi hermana, que recién llegaba de Estados Unidos. Fue muy difícil volver a estudiar, no había colegios en el Distrito Federal que llevaran el mismo sistema de educación del estado de México.

Pasé casi 6 meses en total depresión. Lloraba, no comía, me negaba a hablar con la gente, Gabriel me había escrito varias veces, pero sus cartas nunca me llegaron, no podía hablarme porque mi mamá había cancelado la línea telefónica. Más tarde supe que mi mamá le pidió al cartero que regresara sus cartas, cuando mi hermana Oliva al verme tan mal, me compró una tarjeta telefónica para hablarle desde una cabina. Yo había llorado noche tras noche pensando que él me había olvidado. Cuando supe que sí había escrito me sentí mejor, escuchar de nuevo su voz me dio ánimos para salir y buscar una escuela. Prometió venir un fin de semana y así lo hizo.

Debo confesar que mi hermana me ayudó a verlo, le dijo a mi mamá que me acompañaría hacer unas cosas y me llevó a la estación del metro, donde quedamos vernos.

Como si fuera una película, corrimos a abrazarnos. Nos besamos desesperadamente. Y nos pusimos al corriente de todo lo que había pasado, de cómo se habían enterado en la escuela de que me fui; de las suposiciones que hacían; él se había peleado con algunas compañeras cuando insinuaban que estaba embarazada. Me entregó las cartas que me había escrito, eran muchas, y casetes con música que había grabado para mí.

Fue un día hermoso, paseamos por casi toda la ciudad, paramos en La Villa^[2] para pedirle a la Virgen que nos ayudará a continuar. Nos tomamos fotos en una de esas cabinas express. Nos compramos unos anillos de fantasía... En la noche, cuando fue hora de irse, sentí de nuevo la desesperación de dejarlo. Pero él prometió volver.

Volvimos a vernos dos o tres veces más, en los últimos 3 meses, pero en cada visita se iba perdiendo algo. De pronto, me veía frente a un extraño, me hablaba de personas a las que ya jamás vi, personas nuevas a las que no conocía. Ya no hablábamos más de cómo seguiríamos.

Entré a trabajar y a estudiar, gracias a que mi mamá, pese a todo, me ayudó entrar a un instituto que me prepararía en pocos meses para la admisión a la universidad, haciendo con plan libre el resto de mi preparatoria, y comencé a ver las cosas desde otra perspectiva, a conocer más gente, la ciudad. Empecé a desenvolverme yo sola.

Ya no lloraba, aunque no dejé de pensar en él. En momentos en que me sentía más madura, pensaba que podía hacer mi vida sin él. Trabajaba en una empresa de telefonía celular, en el departamento de tele-marketing. Era la más joven de todos, logré conseguir el trabajo pese a mi edad, gracias a un cuñado que me recomendó; mis 17 años no se notaban, me desenvolvía bien con mis compañeros. Después me promovieron a ejecutivo de ventas y me sentía soñada, como gente grande. Al poco tiempo me ofrecieron trabajar con otro distribuidor de telefonía, con más sueldo, pero realizando las mismas actividades y acepté.

Entonces empecé a notar algo más. Estaba creciendo, ya no me veía como niña y lo notaba al ver mis compañeros fijarse en mí, en la calle los hombres me miraban, los clientes me compraban y había uno que otro baboso que me invitaba a salir.

Sentí el poder de una falda. Me maquillaba, usaba medias y zapatillas. Tenía piernas largas, delgadas y en perfecta forma, y, sin parecer presumida, me volví una mujer atractiva.

En una ocasión Gabriel vino a verme a mi oficina. Se quedó boquiabierto cuando me vio convertida en una mujer. La imagen de él ya no se sincronizaba con la mía: él seguía usando jeans gastados, tenis y sudadera; yo traje sastre, medias y portafolio. Llegó un momento en que él mismo reconoció que yo ya no era la misma. Me dijo que me veía más frívola, presumiendo mi trabajo y crecimiento. ¿Cómo podía llevar la escuela y el trabajo al mismo tiempo?

Y entonces lo noté. Ya no sentía aquel amor desenfrenado. Cuando quiso besarme, retrocedí. No sé si fue el dolor por tantas lágrimas que derramé o que simplemente entendí que no era el hombre de mi vida, sólo fue un amor adolescente, mi primer amor.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me rechazas?

—Lo siento, pasaron tantas cosas que me enseñé a encerrarme.

—No tienes por qué cerrarte conmigo, estoy aquí, vine a verte. Deseaba hacerlo.

—Te agradezco que vinieras, pero no me pidas que sea como antes, tú no viniste por mí cuando me fui.

—Valeria, ¿cómo querías que viniera, si tu mamá no te dejaba salir?

—Pudiste haber venido aunque ella te corriera.

—No, no podía, sabes que mi papá sólo va los fines de semana y él no me daba permiso, ni dinero para venir.

—Sí, lo entiendo, pero yo busqué un trabajo y he seguido estudiando para tener algo, me compré un teléfono para que me hables y no lo haces.

—No me dan dinero.

—Yo trabajo, puedes hacerlo tú también y nos veríamos más.

—No puedo trabajar, rendiría menos y sabes que tengo beca, y busco obtener la beca para la Universidad.

—Bueno, pues yo he salido adelante. Ahora me va bien y me siento bien, tal vez mi mamá tenía razón, allá estaría estancada contigo.

Sus ojos se abrieron, noté el dolor que le causé. Vi tristeza, decepción, pero, sobre todo, vi cómo le partí el corazón.

—Lo siento, Gabriel, ahora soy yo quien te pide libertad, juro por Dios que te amé con locura, que todo lo que pasamos lo recordaré siempre, siempre formarás parte de mí. Pero no estamos en el mismo canal, ya no vemos hacia adelante y pensamos que estaremos juntos. Es mejor que sigamos cada quien su vida. Te deseo lo mejor, sigue esforzándote para conseguir tu beca.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, después de lo que vivimos? ¿Así, nada más?

Quiso abrazarme, pero no lo permití. Me porté altiva, sólo giré la cabeza cuando quiso darme un beso. Al despedirnos no lloré, no sentí remordimiento. No sentí nada. Sólo me repetía que era por mi bien y por el de él.

Lo había dejado, lo había lastimado; él no merecía ese trato. Lo humillé, me sentí poderosa al hacerlo y todo ¿por qué? Porque simplemente mis expectativas habían cambiado, porque no le creía que me amaba, si no venía a verme y pensé que no tenía ningún futuro con él. Y ahí terminó el efecto de mi primer gran amor.

...

Aquella tarde tenía una reunión en un bufete de abogados, para venderles a todos equipos de telefonía móvil, o por lo menos ésa era mi intención. Me puse mi falda rosa en línea A, una blusa de cuello *halter* blanca y zapatillas descubiertas. Todo recién comprado en un buen almacén. Preparé mi presentación y salí de casa con entusiasmo... ¡Sería una buena venta!

Estaba nerviosa, rodeada de hombres que me hacían preguntas para comprobar si soy más bonita que inteligente. Para mi buena fortuna, supe salir adelante y aceptaron mi oferta. Estaba que no cabía en mí. Al fin, después de varios meses de buscar una buena venta, se me estaba dando. Era una buena cuenta, dinero para mi solita, listo para gastar.

Salí feliz, dando brinquitos, hablaba conmigo misma en voz alta. Caminé y caminé, pensaba en cómo haría las entregas. Me pavoneaba de lo que le diría a mi jefa. Decidí caminar hasta la próxima estación del metro, no estaba lejos. Caminé por la colonia Narvarte, admirando sus casas viejas, pero hermosas. Me imaginaba que algún día me compraría una casa por ahí o tal vez rentaría un departamento para mi solita.

Cómo habrá sido mi alegría y el semblante que llevaba que logré acaparar varias miradas. Una de ellas era tan fuerte que me hizo voltear. Pasaba justo por un restaurante y en la puerta, junto con dos o tres hombres vestidos de traje, estaba él.

¡Oh, por Dios! Sentí su mirada, pero seguí de largo.

—Dios, un ángel y me he enamorado —dijo el hombre a sus compañeros.

Lo escuché fuerte y claro, me sonrojé, pero seguí mi camino. Eché un vistazo de reojo, guapísimo, un hombre de unos 35 o 40 años, con una personalidad imponente.

Crucé la calle, apurando el paso porque sentía que alguien me seguía. Escuché el rugir de un auto y me sobresalté. El hombre del restaurante me seguía en su auto. Me espanté y caminé más aprisa.

—Disculpa, hermosa, pero estaba con mi amigo y le dije: “Tengo que conocer esa mujer” —me dijo luego de bajar la ventanilla de su auto.

Me aparté pegándome contra la pared.

—Perdón, no es mi intención espantarte. Permíteme que me presente, ¿puedo? Por favor.

Sus ojos suplicaban y yo volteaba a ambos lados de la calle, no sabía si correr o gritar. Él detuvo su auto, un deportivo, por cierto, no sé bien de modelos, pero era BMW. Bajó con calma, casi me dio la impresión de que levantaba las manos como cuando uno quiere mostrar que no va armado. Se acercó cautelosamente y pude ver sus hermosos ojos entre azul y gris; largas pestañas, una nariz un poco grande y boca pequeña. Su cabello entrecano era algo largo y con brillo; alto, delgado y un cuerpo que, aun con su traje sastre azul marino, se notaba trabajado con mucho ejercicio. Piel bronceada. Prácticamente tiré la baba por ese señor.

—Hola, perdóname de nuevo si me acerco a ti así, pero es que te vi pasar y vi un brillo en ti... no pude evitar voltear a verte. Soy José Arozamena.

Sacó de su cartera una tarjeta de presentación. Me acerqué lentamente y la tomé muy despacio para que no tocara mis manos, la tarjeta decía: “Vítro Decoración Arozamena” y él era el director general.

La miré con gesto inexpresivo.

—Tengo 36 años, soy soltero. Y no sabes lo que daría porque me dejaras conocerte. ¿Puedo preguntar tu nombre?

—Valeria —contesté.

— ¿Puedo acompañarte? ¿Te diriges a tu trabajo? ¿A tu casa?

—Voy a mi oficina, pero, gracias, no es necesario y, la verdad, discúlpeme pero no creo que sea correcto y no puedo permitirle que me aborde de esta manera.

Él se adelantó un poco, como queriendo obstruirme el paso.

—Mira, te entiendo, pero no soy ningún loco, en serio, sólo quiero conocerte. ¿Ves allá? —dirige su mirada hacia el otro lado de la calle donde estaban los otros hombres de traje, que nos estaban observando.

—He dejado una reunión con mis socios por venir a alcanzarte, puedes preguntarles si soy una persona de fiar.

Su sonrisa me cautivó y me hizo sonreír también.

—Déjame acompañarte.

—Voy algo lejos.

—Pues, te llevo a donde quieras.

Se adelantó hasta su auto y abrió la puerta. Miré hacia todos los lados, incluso al cielo, como buscando a alguien que me dijera algo. No sé qué rayos me pasó por la cabeza, pero subí al auto.

Le dije hacia donde iba y comenzamos a hablar. Me habló de su trabajo, de su empresa, de su familia. Era divorciado y tenía 2 hijos. No solía salir mucho, era un hombre muy ocupado, las reuniones más sociales que tenía eran con sus clientes y socios, casi no veía a sus amigos. Se disculpó por el arrebató de abordarme así, pero sí no se arriesgaba, se sentiría un perdedor.

Le dije a lo que me dedicaba, que seguía estudiando y entonces me preguntó por mi edad, sin pena le dije: 17 y fue él quien se apenó. Me dijo que pensaba que era más grande y me dio la impresión de que se arrepintió. Pero seguimos charlando. Jugaba tenis en un club y era su deporte favorito, eso y nadar. Me dijo que podríamos jugar un día. Yo sólo me reía, en mi vida había jugado tenis y mucho menos había estado en un club.

Lo único que puedo decir de ese primer encuentro es que me encantaba su manera de hablar, sus ojos me coqueteaban, su sonrisa, su barba partida. Sólo decía “qué bonita eres”, “me has impresionado”, “no pensé fueras tan joven” y bla bla bla.

Llegamos a mi oficina, intercambiamos teléfonos. Me ayudó a bajar del auto y le extendí la mano para despedirme, pero tiró de mí y se despidió dándome un beso en la frente. Me sacudió su ternura.

—Hasta luego, preciosa. Juro que te hablaré.

Y volvió a besarme en la frente. Yo me quedé inmóvil y lo vi subir a su auto, sonreírme e irse. Él fue el primer hombre mayor que me gustó.

Pasó el tiempo, yo seguía con mi trabajo y él no me habló. Le conté a mi mamá sobre él.

—Ni te ilusiones, ¿qué carajos vas a hacer con un hombre mayor? ¿Vas a cambiar pañales de niño y de adulto también?

—Mamá, ¿por qué siempre dices esas cosas? ¿Por qué no puedes ser mi amiga y escuchar lo que te digo?

—Porque soy tu madre, más que tu amiga y tú te vas como los perros, no más a la cara.

— ¡Mamá! Sí, bueno, es bastante guapo, pero no creo que me llame, si le interesara ya habría hablado, cuando le dije mi edad, no pareció agradecerle. Ya seré mayor algún día, tal vez entonces.

— ¡Qué va! Cuando seas mayor, él se buscará otra más jovencita, así son de cabrones esos hombres.

—A ver, mamá. No te adelantes, ni siquiera me ha hablado, tranquila, ni que me fuera a casar o a irme con él, ¡cálmate!

La relación con mi mamá había mejorado mucho, no sé si porque en verdad vio por todo el sufrimiento que pasé, porque sabía que había dejado a Gabriel o porque me veía feliz trabajando y estudiando. Debió ser todo, pero yo empecé a confiarle lo que me pasaba.

Y no nada más con ella, sino con toda la familia, aunque me habían acribillado cuando me reclamaron por lo que les hice pasar aquella noche, cuando me escapé de la casa de mi hermana. Mi hermano Abraham me abofeteó. Mis hermanas, me gritaron. Aquella tarde fue de terror, sólo recuerdo los gritos. Todos mis hermanos en la recámara de mi madre, acusándome de facilista, por haberme ido con mi novio, diciéndome insensata por haberle causado ese pesar a la familia.

Me costó trabajo que volvieran las cosas a su lugar, pero fue mi madre quien detuvo todo aquello. Hizo callar a todos diciéndoles, como en la Biblia, "quien esté libre de pecado que tire la primera piedra".

La familia debe considerarse un hogar, un refugio donde te sientes protegido, pero muchas veces las relaciones humanas no son tan fáciles, ni siquiera por tener la misma sangre. Yo estaba en la mira de mi familia, era la conversación incómoda de mis hermanas con sus maridos.

—Mira a tu hermanita, por no educarla con mano firme ve lo que hizo, a nosotros con menos nos hubieran partido el hocico y, mira, ella se escapa de la casa, se acuesta con el novio y todo en las narices de tu hermana —dijo uno de mis cuñados en alguna reunión.

Mucho tiempo pasé soportando comentarios despectivos. Pero mi mamá me defendía y mis hermanas optaron por aceptar lo que hacía. En esta época, mi padre trabajaba en Estados Unidos en un lugar llamado Kentucky, criando caballos de carreras. Mi padre había estado fuera casi la mitad de mi vida. Le faltaba poco para jubilarse, así que pese a dejar de nuevo sola a mi madre, mi pobre viejito siguió trabajando. Así que mi madre, mi hermana Oliva, quien había dejado a su marido allá, con mi papá, su pequeño hijo y yo vivíamos juntos.

Entre las tres manteníamos la casa, claro que mi papá siempre enviaba dinero, pero mi mamá nos exigía trabajar para pagar lo que necesitaríamos.

Mi hermana cambiaba de trabajos a cada rato, así que ella y mi mamá discutían constantemente. Yo la hacía de intermediario, después de todo, mi hermana me había ayudado con Gabriel y yo estaba agradecida por ello. Cuando encontró un mejor trabajo en una empresa de equipos de bombeo, todo empezó a mejorar.

Aunque Oliva no tenía una buena relación con su marido, al parecer habían tenido una fuerte discusión, cuando vivían en Estados Unidos, nunca supimos bien por qué lo dejó, pero se hablaban, trataban de mantenerse bien para su hijo. De vez en cuando la veía llorar y en seguida se secaba las lágrimas y me ponía buena cara.

En una ocasión llegó con un hombre a una fiesta familiar. Un tipo risueño, algo calvo, de bigote, de ojos grandes y lindas pestañas. Se veía fuerte, pero caminaba raro. Hasta pensábamos que era gay. Lo presentó como su amigo. Rodrigo se llamaba, alegre, gracioso. Tenía su propia empresa, en el mismo rubro en el que trabajaba mi hermana y ahí se habían conocido.

Una tarde, mientras trabajaba por la colonia del Valle, otro de mis lugares favoritos, por sus grandes casas y avenidas, y por lo céntrico que estaban los mejores lugares de la ciudad, venía un poco apurada por una razón: una enorme necesidad fisiológica me estaba molestando. Empecé a caminar hacia una avenida para poder tomar un camión que me llevará hacia una plaza cercana o un restaurante. Pero no pasaba ninguno. Apuré el paso.

¡Rayos! ¿Por qué me pasaba eso a mí? Tendría que tomar un taxi y gastarme mi ganancia, todo porque me estaba meando. Caminé dos calles más sobre la avenida Amores, nada, ningún camión, ningún taxi y, para acabarla de joder, empezó a llover. Me refugié contra la pared de un edificio, con la esperanza de que la lluvia cesara, pero no, parecía que conspiraba contra mí y arreciaba más. Mi vejiga comenzó a hacer una revolución al ver tanta agua caer. ¡Oh, por Dios, me iba a mear! Alcancé a ver un taxi acercarse, corrí a hacerle la parada con el riesgo de que en cada paso algo se me saliera.

—A plaza Universidad. ¡Ahora! —grité al abrir la puerta del taxi.

Pobre hombre se espantó y aceleró, pero, como era de esperarse un viernes a las 7 de la tarde en la colonia del Valle y con lluvia, caos total. En serio, se me salían las lágrimas. ¡No iba a llegar! Pero se movilizaron y el taxi avanzó, por fin. Llegamos a la plaza y salí despavorida, aún llovía, yo ya estaba toda mojada y, antes de llegar a la puerta, el dolor me venció. ¡Putá Madre! Me quedé ahí, paralizada, en medio de la lluvia. Con mi trajecito sastre gris, mi blusa negra, mi faldita entubada a la rodilla, medias negras, afortunadamente, y mis zapatillas. Ahí, paralizada, ¡toda orinada!

Resignada, caminé con calma hacia los sanitarios. El cabello escurrido, el maquillaje corrido. Al pasar frente el área de comidas, me acordé que no había comido. Pero me había gastado el presupuesto del día en ese taxi. Total, entré al sanitario. Me quité las medias, las braguitas, envolví todo y lo tiré al bote de la basura. Traté de secarme lo más que pude con el secador de manos. Y así, sin más, me resigné a irme en el metro, en cuanto terminara de llover.

Salí del sanitario pensando en mi nefasta tarde y me consolaba diciéndome: "Ya nada más puede salir mal". Pero no vi el borde del escalón y fui a dar de bruces contra el piso, casi me golpeé contra una columna. Avergonzada, me levanté, menos mal que caí de rodillas, sino ya me imagino el espectáculo que hubiera dado, enseñando todo el culo. Al ponerme de pie escuché...

— ¿Valeria?

¡Oh, por Dios! Trágame tierra, por favor. Volteé y veo a Rodrigo, el amigo de mi hermana.

— ¡Hola! —saludé avergonzada.

— ¡Hola! ¿Estás bien?

—Sí, sí, no vi el escalón y mira nomás.

—Estás empapada, ¿te agarró la lluvia?

—Sí, caray, andaba por aquí y no la alcancé a librar, por más que corrí.

— ¿Trabajas por aquí?

—Sí, suelo andar por estos rumbos. Y, ¿tú?

—Vivo a un par de calles de aquí, vine a comer algo, no he comido en todo el día.

— ¡Oh! Qué mal.

— ¿Ya comiste o cenaste algo?

—No, la verdad no, también anduve ocupada y no me dio tiempo.

—Ah, pues comamos algo juntos, ¿te parece?

Me quedé callada como pensándolo, no traía más dinero, ¡qué pena!

—Ven, vamos, yo invito.

—No, cómo crees. Ve como ando.

—No, cómo crees tú, vente, vamos a comer. Nadie se va a fijar.

Posó su mano por detrás de mi espalda y caminamos hacia el área de comidas.

Pedimos comida china y conversamos de los trabajos, de cómo había conocido a Oliva, de cómo me iba en el instituto, de mi familia, de qué le había parecido conocerla. El venía de una familia de tres hermanos y ver una familia tan grande lo había sorprendido. Me dijo que era divorciado, que vivía solo y que le encantaba la buena música. Pero a medida que pasaba el tiempo, me empezó a dar escalofrío.

— ¿Te sientes bien?

—Es que tengo frío —contesté.

—Oye, no me lo tomes a mal, por favor. ¿Quieres que nos llevemos a mi casa la comida y te preste un pants o algo?

—No, no, estoy bien.

— ¿Segura? Es que veo que estás sufriendo. De verdad, con toda confianza, si quieres le hablamos a Oliva para decirle que vienes conmigo.

Eso me dio confianza, pero me daba pena. Cómo me iba a ir con la falda toda orinada. Pero la estaba pasando mal con el frío, así que accedí.

Nos entregaron la comida y fue por su auto, me recogió en la puerta porque aún seguía lloviendo. A pocas calles estaba el edificio donde vivía, muy bonito con grandes ventanales de cristal y pequeñas terrazas. Estacionó su auto en la cochera. Casi todo el recorrido me fui levantando las nalgas, para no mojarlo. Me dio la mano al salir y nos dirigimos al ascensor. Me sentía apenada y temerosa. Me decía: “¡Pero, qué coños haces con este tipo! Y si es un asesino en serie, no, no creo, Oliva lo conoce”.

Entramos a su departamento. Tenía una decoración muy rústica, muebles de mimbre, como si fuera una casa de playa. En la entrada estaba la cantina. En seguida un escritorio, una pequeña sala, el comedor y al fondo se veían las recamaras.

—Toma asiento, por favor. Voy por unas toallas. ¿O prefieres darte un baño?

Me hice para atrás inconscientemente.

—No, no, disculpa, es en buena onda, con toda confianza.

—Gracias, así estoy bien.

—Entonces, permítame.

Fue hacia una habitación y regresó con una sudadera blanca, un pants gris y unos Converse azules.

—A ver si te quedan, son de mi hija.

—¿Tienes una hija? —pregunté sorprendida.

—Sí, se llama Arely, tiene 16, ¿y tú?

Sonrei, tragué saliva.

—Voy a cumplir 18 en dos meses, ¿ella vive contigo?

—No, nunca se ha quedado aquí, esa ropa la tengo porque la olvidó en mi camioneta. No tiene mucho de que me enteré que era mi hija, así que no ha habido la confianza de que se quede conmigo. Pero, adelante, pasa, cámbiate, mientras te preparo algo de tomar. ¿Quieres café, té, refresco?

—Refresco está bien.

Ya cambiada, calentita y cenada, le agradecí por todo y me despedí.

—¿Cómo te vas a ir?

—Pues en un camión y luego en el metro.

—¡N'ombre, qué va! Déjame llevarte, ya parece que mi nueva amiga va andar así a estas horas.

Agarró sus llaves, sacó una chamarra del armario a lado de la puerta, me la puso sobre los hombros y salimos. En el camino seguimos conversando de sus gustos, de los míos, de su afición por la pesca deportiva. Era un hombre muy agradable y gracioso, me hacía reír.

—Cuando andes por allá, me avisas y si tienes hambre, te agarra la lluvia, quieres pasar el baño o algo, háblame o mándame un mensaje al biper. Pero, de verdad, ¿eh?, háblame —me dijo en cuanto llegamos a mi casa.

—Muchas gracias, qué lindo, en verdad te lo agradezco, nos vemos.

Otro más que se acercaba y me daba un beso en la frente. Qué tenía o qué les producía para que lo hicieran, pero éste, a diferencia del otro, sí volvió a buscarme.

Amiga:

Me apena mucho que sigas pasando pesadumbres por él, cuando habíamos hablado de que ya no seguirás con esa historia. Me alegro de que hayas tomado la decisión de sacarlo de tu vida, espero que ahora sí sea definitivo. No necesitas más. Acaso no ves todo el amor que te rodea. ¿Por qué no puedes ver lo que otros ven en tu vida?

Mira, ahora lo que ha pasado. Cómo ha estado contigo tu marido, la manera en que te ha cuidado, a todo lo que renuncia por ti. Te adora, eres su reina.

Me parece muy injusto que dejes entrar a alguien más en tu corazón, cuando bien podría estar lleno con todo lo que te da. En verdad, amiga, no te entiendo.

Pero estoy aquí, incondicionalmente. Sé que tomarás la decisión de borrarlo por completo y sé muy bien que lo haces para darle una lección. Quieres parecer más cabrona de lo que realmente eres. Pero ten voluntad, verás que pasarán los días, que no te hablará y que si, bien, no lo olvidarás, dejarás enfriar tu cabeza y lo dejarás ir.

Deséale lo mejor desde donde estés y pídele a Dios por ti, que yo lo haré también.

Querida amiga, quiero verte feliz. Sé feliz. Eres una persona con un corazón enorme, sé que guardas muchos sentimientos en él y que te caben muchos más, pero a éste debes ponerlo en la cabeza y archivarlo.

Chiquitita, no llores más, las penas vienen, van y desaparecen...

Te adoro, nena.

CAPÍTULO 3

¿ME ESTÁS ENAMORANDO?

Era un día perfecto de diciembre, el frío se hacía presente, a mí me encantaba ponerme abrigos, adoraba la ropa de invierno. Tenía pocas citas de trabajo. A veces me cansaba, para tan poco sueldo, al principio tenía un buen esquema de comisiones y después lo cambiaron, eso nos afectaba a muchos. Recorría grandes distancias de punta a punta de la enorme Ciudad de México y al ver mis pagos me desilusionaba, pero estaba bien con ese trabajo, me lo llevaba bien con la escuela. Mañanas en el instituto, dos o tres horas para recibir asesorías de las materias y la tarde para trabajar.

Esa mañana subí a desayunar con dos de mis profesores, el de inglés y de matemáticas. En la azotea estaba la cafetería, adornada sólo de un domo de acrílico y varias plantas colgantes, realmente era muy bonita. El edificio era más bien un casona antigua de la colonia Juárez y parecía un laberinto, las aulas de clases eran lo que solían ser las recámaras, aunque estaban bien adecuadas. Pero esa área de la cafetería era comfortable, me gustaba subir ahí a desayunar con ellos, eran jóvenes, aún estudiaban en la universidad, pero hacían sus horas de servicio en el instituto.

Ambos eran muy divertidos y nos llevábamos bien. Bromeábamos de las cosas que suelen decir sus alumnos. De pronto, sonó mi teléfono celular. Un número desconocido. Contesté.

—Buen día, ¿señorita Valeria Peña? —preguntó la voz de una mujer.

—Sí, diga, ¿en qué le puedo servir?

—La comunico con el ingeniero José Arozamena.

¡Oh, por Dios! Me quedé con la boca abierta y sentí que mi corazón se detuvo. Mis amigos estaban intrigados con mi cara de sorpresa.

— ¿Valeria?

—Hola.

— ¡Hola, preciosa! ¿Cómo has estado? Disculpa que no haya llamado. Estaba de viaje. ¿Estás bien?

—Sí, gracias —le contesté a secas, sin más, mientras sentía cómo se me cortaba la respiración.

— ¿Te he sorprendido?

—Sí, la verdad, sí. Pero me da gusto escucharle.

— ¿Cómo que escucharle?, eso sonó muy serio, ¿te estoy interrumpiendo?

—No, no es eso, estoy desayunando con unos amigos. Pero, dime, ¿a qué debo su llamada?

—Bueno, preciosa, cuando te dije que me habías impresionado era cierto, y no he dejado de pensar en ti. He estado un poco ocupado y he tenido que viajar mucho, pero me preguntaba si podríamos salir a tomar algo. ¿Puedes hoy?

¡Ya! Mira éste, ¿cómo qué se cree?

—Bueno, tengo pocas citas, pero no sé bien a qué hora podría desocuparme.

—¿Estarás libre para las 8?

—No sé, supongo.

—Entonces a las 8, ¿te viene bien el Hotel Real del Sur?

—¿Qué? ¿Cómo dijo? ¿Está usted pendejo? —grité.

—No, no, no me malentiendas. Discúlpame, me gusta el bar de ese lugar. Es todo y está cerca de mi fábrica.

—Pues a mí no —colgué sin escuchar nada más.

Miré con ojos horrorizados a mis amigos, les dije lo que el imbécil ése me había dicho. Ellos se indignaron igual y me dijeron que lo mandara a volar. Volvió a sonar el teléfono, con ganas de aventarlo, pero quería volver a gritarle al baboso este.

—¿Qué? —grité de nuevo.

—Discúlpame, por favor, no era mi intención ofenderte. De verdad que lo he dicho por esa razón, te lo juro. ¿Me disculpas? Dime, ¿dónde puedo pasar por ti? Yo voy hasta donde tú me digas. Pero, de verdad, discúlpame.

—No sé, me siento incómoda.

—Por favor, hacemos como que no dije nada y volvemos a empezar. ¿A dónde voy por ti?

Miré a mis amigos en busca de ayuda. Tapé el auricular y les pregunté, ellos sólo hacían señas como de cortarle el cuello, los miré abriendo más los ojos, pero ellos terminaron por poner los ojos en blanco.

—Dile que en mi Facultad —dijo Raúl, el maestro de Mate—, ahí yo te acompaño.

—Sabe qué, lo veo en la Facultad de Ingeniería, en Ciudad Universitaria. En el edificio A.

—Ok, ¿a las 8 estás ahí?

—Sí, cuando llegue me marca al móvil.

—De acuerdo, nos vemos más tarde.

Colgamos.

—¿Cómo que en tu facultad, qué pitos voy a hacer yo allá? —Le pregunte a Raúl.

—Bueno, te acompaño a trabajar y te llevo para allá, así me aseguro que llegues bien y que me vea el pervertido ese, para que no quiera aprovecharse.

Puse los ojos en blanco, pero había que admitirlo, Raúl tenía razón. Le dije mi plan de trabajo y quedó en recogerme cerca del metro Coyocacán.

Por la tarde Raúl pasó por mí en su coqueto vochito amarillo. Se bajó y me abrió la puerta.

—Cálmate, ni que fuera cita —le dije burlonamente.

—¡Oh! ¿Qué le pasa a las mujeres hoy en día que no saben aceptar una cortesía? ¿Qué no sabes que eres una reina y como tal te deben tratar?

—Ok. Gracias.

Todo el camino me fue sermoneando sobre cómo debo comportarme. Raúl era un buen amigo, y cuando los consejos vienen de un hombre los tomo a bien. Cuando llegamos al estacionamiento de su Facultad, me entró la ansiedad y me empecé a morder las uñas. Raúl me bajó las manos y me pidió que me comportara.

Mientras esperábamos la llamada de José, Raúl me dio un recorrido. Me parecía muy emocionante recorrer los pasillos de esa gran casa de estudio; me pegó en el orgullo no haberme quedado a la primera y que mis posibilidades de entrar se redujeron al no venir de una preparatoria oficial de la universidad. Me costaría mucho trabajo que me aceptaran, pero no me daría por vencida, lo volvería a intentar.

Sonó el teléfono. Lo vi con su flamante BMW azul. Nada, pero nada comparable con el resto de los autos estacionados ahí. Me dio hasta vergüenza lo que pensarían los demás estudiantes cuando me vieran subir con ese hombre mayor que yo.

Me miró salir y bajó del auto. Me abrió la puerta.

—Buenas noches —lo saludó Raúl.

José se sorprendió un poco y le regresó el saludo cortésmente.

—Soy profesor de Valeria y quise asegurarme de que estuviera en buenas manos.

—No se preocupe, créame que lo está. No entiendo la desconfianza, pero le dejo mis datos —argumentó, mientras le entregó su tarjeta de presentación.

Me adelanté para saludarlo, él me tomó de la mano y tiró de mí para darme un beso en la mejilla. Percibí su olor, un rico olor a jabón caro, fresco.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro.

—Ten cuidado, llámame, si estas en problemas —me dijo Raúl entre susurros, cuando me acerqué a despedirme.

—Gracias —le dije entre risas y le di una palmada en el pecho.

Subí al auto sigilosamente y con las piernas bien apretaditas, aunque llevara pantalones medio ajustados, mi blusita negra y un blazer. Mejor así.

La razón para que accediera a salir con ese hombre es que realmente era muy, muy guapo. Me embobada cuando hablaba.

Me llevó a cenar a un restaurante muy bohemio en la avenida Insurgentes. Muy romántico, tipo hacienda, con pequeños jardines privados, donde al centro se encontraban las mesas iluminadas sólo con velas. Si me pidiera matrimonio, algún día, me gustaría que fuera aquí. Un poco alucinada andaba yo.

Me sentía muy nerviosa, pero él me sonreía. Al jalar el asiento para que yo pudiera sentarme, puso sus manos sobre mis hombros.

—Estás templado y no deberías. Ya nos conocemos, ¿no?

—Bueno, por la forma tan bruta de citarme, debería estarlo.

—¡Oh! De verdad lo lamento, no es mi intención. Bueno sí, pero así no.

Me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Me daba gracia su cinismo.

—¿Tienes novio?

—¡Ah! ¿No sabe si tengo novio y aun así me invita a salir? Bueno, si lo tuviera no saldría contigo.

—Eso supuse, pero, ¿sí has tenido?

—Claro, cómo crees que no.

Le hablé un poco de Gabriel, de cómo habíamos terminado y que yo no estaba muy lista para volverme a enamorar, así que, por el momento, sólo quería terminar mi preparatoria y tener un mejor trabajo. Era la primera vez que salía con alguien después de Gabriel y francamente era una gran, gran diferencia.

—¿Cuál es la diferencia? ¿La edad?

—Sí, claro, la edad. Digo, al verme aquí contigo, la gente no debe pensar muy bien —le respondí entre risas.

— ¿Qué importa lo que diga la gente? ¿Qué puedo ser tu padre? A mí no me importa. Que sales conmigo por dinero, tampoco me importa, lo que importa aquí es que tú eres muy hermosa y me alegra que los demás me envidien.

Me tomó la mano y la acarició con su pulgar. Yo no sabía si quitarla o no. La dejé unos segundos, mientras observaba sus manos suaves, muy cuidadas. Su tacto me hacía sentir toques. Retiré despacio la mano y me reacomodé en la silla. Cuando volví la vista hacia él, su mirada había cambiado, se veía más oscura, más seductora. Giré la cabeza y me mordí la mejilla.

— ¿Te estoy poniendo incómoda?

—Sí, un poco, no estoy acostumbrada. Y, siendo sincera, en mi cabeza ronda una pregunta. ¿Qué quieres conmigo?

Suspiró y sonrió.

—La verdad, quiero estar contigo en todas las formas.

Sentí náuseas, pero el camarero llegó muy a tiempo con lo que habíamos pedido. Degustamos los platillos casi sin hablar y sin voltear a vernos. De vez en cuando me preguntaba por mi familia, por mis amigos. Me preguntó por Raúl, si él estaba interesado en mí, yo me burlé diciendo que era sólo un buen amigo y mi profesor. Así pasamos la cena, hablando de temas simples salvo cuando hablamos de que era judío y de sus muy apegadas tradiciones, pero él era un poco rebelde, sin embargo, trataba de acatar las normas porque la comunidad judía se apoyaba entre sí, sobre todo en los negocios y por eso deben estar en sus celebraciones.

Le dije que respetaba sus creencias, pero mi fe cristiana estaba muy cimentada en mí, desde niña. Me parecía irónico que habláramos de religión, cuando hacía un rato me estaba tirando los perros.

Seguimos charlando, yo ya había tomado dos o tres copas de vino y me sentía un poco chispada.

— ¿Nos podemos ir?

—Claro, con gusto. Te llevo a casa, por supuesto.

—Vivo muy lejos de aquí.

—Mejor para mí, así estamos más tiempos juntos.

Pagó la cuenta. Me levantó con delicadeza, me rodeó con su brazo la cintura y me llevó abrazada hasta la salida. Ya no hice nada por alejarme. Cuando salimos de ahí eran casi las doce y hacía más frío. Le dio el boleto al valet parking, yo temblaba de frío y de nervios.

— ¿Puedo darte un beso?

Retrocedí un poco, observándolo. Agaché la cabeza y negué con ella. Me levantó el rostro con la mano.

— ¿No puedo?

Cerré los ojos y apreté los labios.

—Ok, de acuerdo, lo siento.

Todo el camino se mantuvo callado siguiendo mis instrucciones para llegar a casa. De pronto, apoyó su codo en el descansa brazos y estiró la mano para que la tomara. Yo dudé, pero se la di. La tomó y la besó.

—Quiero volver a verte. No sé cuándo, pero quiero hacerlo. Me gustas mucho. Me encantan tus enormes ojos cafés, esa sonrisa que tienes, ese hoyuelo que se te hace al reír y tus pecas, me encantan tus pecas. Pero, sobre todo, me encanta todo esto que tienes.

Me miraba todo el cuerpo. Me estremeí como si pasaran un hielo por mi espalda y di un respingo.

—Gracias. Tú también me gustas mucho y me gustan tus atenciones, pero dame tiempo, no estoy lista.

—Te doy lo que quieras.

Detuvo el auto a metros de llegar a mi casa. Se giró y sin soltar mi mano, me hizo girar hacia él. Me besó. Una sensación extraña me poseyó, un deseo diferente, pero me vinieron a la mente todas las lágrimas que derramé por Gabriel, y sacudí la cabeza.

—No, no. De verdad aún no puedo, José.

Besé su mejilla deteniéndome un poco y tocando su cabello.

—Debo irme. Gracias por la noche.

Abri la puerta del auto.

—No, espera.

Me detuvo agarrándome de la muñeca. Se bajó para abrir la puerta y me ayudó a salir. Antes de irme me abrazó y me besó en la frente.

— ¡Ah! Cómo te deseo, chiquilla. Vete ya.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi madre me regañó por llegar tan tarde, me advirtió que si lo vuelvo a hacer, no me dejaría seguir trabajando.

—Mami, no te preocupes, lo siento se me fue el tiempo, pero todo bien.

— ¿Y qué con ese fulano?

—Nada, sólo salimos a cenar y ya.

— ¡Ajá! ¿Crees que me chupo el dedo?

—Mamá, tenme confianza. No pasa nada, te lo prometo.

— ¿De qué hablan? —interrumpió Oliva.

—De nada —dijo mi madre.

—Anoche salí con alguien, es todo.

—Ah, pues hazle caso a mi mamá.

—Sí, lo hago. Oye, por cierto, se me había olvidado decirte, ¿no te ha hablado tu amigo Rodrigo?

—No, ¿por qué?

—Pues me lo encontré en las peores condiciones, ese día que llegué toda meada. Pensé que te había contado algo.

—Sólo me dijo que te había traído porque andabas toda mojada, ni cuenta se dio de lo otro.

—Menos mal, estoy muy apenada con él. Me dijo que si quería algo, no dudara en hablarle.

—Mejor evítalo, es medio rarito.

— ¿No que es tu amigo?

—Sí, por eso te lo digo, es medio raro.

Mi mamá se levantó como enojada.

—Ya dejen de hablar tonterías. Pónganse a hacer limpieza. Ya vamos a poner el nacimiento. Hay que arreglar bien el patio.

Esas fechas familiares las pasé un poco triste. Recordaba a Gabriel, lo que le dije al irme. Me parecía que debía disculparme, cerrar ese círculo y no volver a sentirme mal por eso. Marqué a su casa, contestó su hermana.

—Hola, nena, ¿cómo has estado?

—Bien, bien, ¿está Gabriel?

—No, nena, no pasó la Navidad aquí. Está en casa de su novia.

De modo que ya tiene novia y yo sintiendo lástima.

—Gracias, sólo quería saludarlo y desearles a todos feliz Navidad.

Colgué y me sentí peor, pues ¿qué esperaba? ¿Qué iba a estar ahí relamiéndose las heridas que le dejé? Obvio no, la vida sigue. Y ya era momento de que yo siguiera adelante.

...

Llegó enero, estaba por cumplir la mayoría de edad. Seguía trabando y estudiando, ya me faltaban sólo unos meses para la preparatoria abierta. Fallé en unos exámenes, pero tenía la oportunidad de presentarlos de nuevo.

El trabajo era cada vez es más pesado, las cuotas iban en aumentando y el sueldo era el mismo. Me urgía tener un trabajo con un salario fijo y no sólo por mis ventas. Mi mamá me ayudaba pagando el instituto, pero a veces no podía. Yo aprendí a no gastarme el dinero en ropita, a veces hasta compraba en el mercado sobre ruedas.

Revisé mis citas, andaría de nuevo en la colonia del Valle. Un largo viaje desde mi casa. Solía hacer hasta una hora y media, entre camiones y metro. Me estaba empezando a cansar. Todos los días tomaba un camión que me llevara al metro más cercano que, para mi desgracia, era el más transitado, a veces dejaba pasar hasta 4 trenes para poder entrar. Iba al instituto que estaba en una de las estaciones más concurridas también, a veces no quedaba otra opción más que levantar los piecitos y dejarse llevar por la gente, como las olas en el mar. Yo digo que a veces te sacaban como torero: cargando. Era una locura, salir de la escuela y volver a entrar en las horas más calurosas; hacer transbordos y transbordos. Para reportarme en mi oficina, que se encontraba por Mixcoac, al sur de la ciudad, debía recorrer norte, centro y sur, y todavía desplazarme hacia mis citas. Terminaba cansada y con hoyos en las suelas de los zapatos, literalmente.

Ese día me di cuenta de que andaba cerca de la calle donde vivía el amigo de mi hermana, Rodrigo. Estaba cansada y acalorada, y me ardían los pies de tanto caminar, así que decidí marcarle.

—Hola, ¿Rodrigo? Soy Valeria, la hermana de Oliva.

— ¡Hola! Qué sorpresa, ¿qué andas haciendo, mujercita?

—Ando por tu casa y quise tomarte la palabra del vaso de agua.

—Pero, claro, ¿dónde estás? ¿Voy por ti?

—Estoy exactamente en la calle de San Francisco.

—Voy por ti, no te muevas.

—Estoy cerca, no te preocupes, sólo atravieso la avenida y llego, creo.

—Bueno, te espero abajo.

Me recibió el portero del edificio y me preguntó a qué departamento iba, le contesté que iba a ver al señor Rodrigo Aldama, pero en eso apareció Rodrigo, me invitó a pasar y, luego de saludar muy amablemente al portero, le indicó que me dejara pasar cuando fuera de visita.

— ¿Cómo andas? ¿Ya comiste?

—No, aún no, estoy un poco cansada y no tengo hambre.

Cuando llegamos a su departamento, se ofreció a prepararme un *omelett*. Entramos a la cocina, me burlé de sus utensilios, todos eran de plástico y sus platos eran más bien envases de yogur.

— ¿No tienes vajilla?

—Sí y muchas, pero las odio, mi exmujer solía poner toda la mesa y a mí eso se me hace una pérdida de tiempo. Además, ¿para qué? Siempre estoy solo, no tengo con quién usarla.

—Bueno, cuando quieras usarla, aquí estoy —dijo entre risas.

—Bien, si quieres usarla, la usamos —dijo con tono de fastidio.

—No, si no quieres, no, comemos en tus platitos de plástico.

—Ahora la usamos, ¿ves esa estantería? Saca la que quieras.

Y vaya que sí tenía vajillas, una hasta con filos dorados y toda la cosa. Agarré dos platos bonitos y sencillos.

—Listo, señor, con eso tenemos.

Puso el *omelette* sobre la mesa y nos sentamos en su comedor de mimbre. Miré alrededor, de día su departamento se veía más amplio, más iluminado. Aun así, muy austero.

— ¿Por qué te gustan estos muebles?

—Porque son cómodos y me encanta la playa... y porque fue lo único con lo que me quedé después del divorcio. Mi mujer se llevó todo. Ella siempre fue ambiciosa y yo siempre he sido más sencillo. Esto que ves aquí es lo que teníamos en una casita en la playa, que también le di. Sólo me quedé con esto.

— ¿Terminaron mal?

—Realmente quedamos en buenos términos, sólo que yo ya era poca cosa para ella.

— ¿En serio? ¿A qué se dedicaba?

—Se convirtió en directora de una empresa farmacéutica y yo sólo tengo este negocio.

—Pero, ¿te va bien?

—Sí, por supuesto, me alcanza para vivir y un poquito más.

— ¿Trabajas tú solo?

—Sí, soy el jefe, el cargador, el mensajero, el vendedor, el cobrador. En fin, todo.

— ¿Por qué no contratas más gente?

—Porque trabajo desde mi casa y no me gusta meter a nadie aquí.

—Ok.

—No me refiero a ti, mi pequeña saltamontes.

—Gracias por la confianza.

Hablamos de nuevo de mi familia, él me platicó de la suya. Su papá y mamá se separaron cuando eran muy jóvenes. Su papá era un señor ricachón, un ingeniero civil ya jubilado que hizo una cantidad impresionante de obras en el Distrito Federal. A su mamá la describió como una linda y despistada señora, era huérfana y fue adoptada por una familia de dinero, le dieron educación, pues para sus épocas ser secretaria era mucho. Así que venía de una familia adinerada, pero a él nunca le gustó lo ostentoso. Vivía con humildad, aunque tuviera millones en el banco.

Su padre, en alguna ocasión, le negó ayuda económica y él nunca le volvió a pedir dinero. Tenía una hermana a la que su papá le daba todo y eso a él le causaba repudio.

En fin, Rodrigo me caía muy bien por eso, por su sencillez, por sus bromas. Me pasé toda la tarde con él. Puso música en su reproductor y escuchamos a Tania Libertad y Armando Manzanero, se sorprendió de que me supiera todas las canciones.

—Crecí entre adultos, así que siempre oía las canciones que escuchaban mis hermanas o los trabajadores de mis papás.

— ¿Tenían trabajadores?

—Sí, tenían un taller de costura y daban trabajo a muchos. Pero, con la devaluación del peso, se fue a pique y mi padre tuvo que volver a irse a Estados Unidos. Mi mamá ha vendido mucha de la maquinaria y hace trabajos pequeños. Pero en su auge les iba muy bien. Yo siempre he sido la consentida, pero mi mamá nos enseñó que tenemos que trabajar.

— ¿Cómo te va en el trabajo?

Le platicué sobre todo lo que pasaba, mi salario y lo que tenía que hacer y, así, sin más, me pidió que trabajara con él. Me quedé extrañada. Decía que no confiaba en la gente, pero me estaba ofreciendo trabajo.

—Piénsalo. Sólo sería un rato y seguirás con tu escuela. Puedes venir por la mañana o por la tarde, como tú decidas. Pero seguro te pago mejor que lo que ganas ahora. Me ayudas con mis llamadas, mis facturas, me ordenas esto.

Miré hacia su escritorio. Vaya que tenía trabajo, había cerros de papeles acumulados.

—No sé, me dejas pensar y consultarlo.

—Claro, me serías de mucha ayuda. Yo te ayudo y tú me ayudas. Todos felices.

—Ok y ¿cuándo tendría que empezar?

—Mañana mismo, si puedes.

—¿Es en serio? —pregunté riéndome.

—Palabra de *boy scout* —aseguró, mientras hacía un ademán con el dedo de cruzar su corazón.

—Bueno señor, lo pensaré. Gracias por todo. Vámonos.

La noticia no le cayó bien a mi hermana, como era de esperarse, insistió en que era muy huraño y raro, no le parecía bien que me invitara a trabajar con él, cuando se le conocía en el medio por ser muy reservado. Ella no lo veía con buenas intenciones.

—Oliva, ¿tú lo conoces o no? Sabes que es buena persona, ¿porque me estás diciendo esto?

—Ya te dije, se me hace raro que te invite a trabajar con él.

—Bueno, pues por ahí no va el asunto, ¡eh! Además, no me va pagar mal. Si vemos que en unas semanas no nos acomoda, lo dejamos y ya.

A mi madre tampoco le gustaba mucho que estuviera sola con él en su casa, pero confiaba en que sabría hacer sólo mi trabajo y que me daría a respetar. Así que decidí trabajar con él. Le llamé para decirle que me presentaría la siguiente semana, ya que tenía que finiquitar todo en mi trabajo. Me despedí bien de mi jefa, de mis compañeros y de algunos clientes. Acordamos que entraría a trabajar en las mañanas, después de salir de clases; tomaría tres horas de clases, de 8 a 11, y a más tardar en 30 minutos ya estaría en su casa-oficina. Y mi hora de salida variaría dependiendo de lo que tuviéramos que hacer. Él parecía agradecido y emocionado.

Llegó el lunes, al terminar mis asesorías con Raúl y Enrique, mi profe de inglés, me despiden deseándome toda la suerte en mi nuevo trabajo. También se les hacía extraño que yo trabajara sola para él, pero ¿qué más da? Ya estaba decidido.

Cuando llegué me saludó como siempre. Me preguntó si había comido algo, le dije que sí, y me invitó un té. Nos sentamos frente a su escritorio, para empezar a darle orden, y me indicó lo que quería. Me asignó otro escritorio pequeño, ubicado al lado de su sala, donde estaba su computadora, bastante viejita, por cierto, pero él sólo la ocupaba para hacer cotizaciones. Empecé por cambiarle los membretes a las hojas de presentación y cotizaciones. A mí se me daba mucho eso de las computadoras, ya que desde niña mi hermano Joaquín me había enseñado en su tan famosa Commodore 64 y luego 128. En un día le modifiqué varias cosas; para poner orden a sus papeles, le pedí que invirtiera en bandejas, así que me propuso que antes de llevarme a casa pasáramos a una gran tienda de artículos para oficina, para que le ayudara a comprar todo lo necesario.

A la hora de la comida, fuimos a un restaurantito ubicado a un lado del edificio, ahí solía él comer. Por supuesto, él pagó, no me permitió ni agarrar mi bolso, me dijo que la comida era parte de las prestaciones del trabajo, también me dijo que si tenía que salir a entregar algo, yo iría con él. Le pregunté si no sería más fácil que yo me quedara a ordenar la oficina cuando él no estuviera, pero me dijo que era necesario que fuera con él, para entender bien el negocio.

Casi a las siete de la tarde, me dijo que eso era todo por ese día, que agarrara mis cosas para llevarme a casa.

—¿Cómo que me vas a llevar a casa?

—Claro, mujercita, ¿no pretenderás que te deje ir en metro y camiones a esta hora?

—Pero ya estoy acostumbrada, no pasa nada.

—De ninguna manera, tómalo como una prestación también.

—A ver, Rodrigo, no me va a pasar nada, puedo irme sola; si te preocupa, te lo agradezco, déjame en el metro, nada más —dije con voz de puchero y el entrecejo ceñido.

—No, no me digas más, es algo así como una orden. Además, me servirá de distracción. Regularmente termino mi trabajo y me encierro, esto me ayudará a despejarme.

—Bien, acepto, pero te doy para la gasolina —dije apenada.

—No me jodas con eso y no lo vuelvas a mencionar nunca. Toma tus cosas, vámonos.

A esas horas, el tráfico en la Ciudad de México era imposible, tomamos Río Churubusco hasta Boulevard Aeropuerto, Oceanía, avenidas de lo más congestionadas siempre. El trayecto nos daba mucho tiempo para hablar. Hablábamos mucho, no sé de donde me salía tanta conversación, de películas, de música, era un melómano de primera. Cuando yo cantaba trocitos de canciones, él se quedaba fascinado con mi voz, decía que mi voz era como la de Tania Libertad, yo me avergonzaba con sus adulaciones.

Así pasaron unas semanas. Hacíamos buena mancuerna, ya me había presentado a sus proveedores, quienes se mostraban sorprendidos de que él llevara a su asistente.

—Cabrón, de qué agencia sacaste a esta asistente tan hermosa, para ir por una —le dijo una vez uno de sus proveedores con tono de broma.

—De la mejor y no sólo es bella, es una niña de lo más inteligente y trabajadora, no creo que se acomode a tu estupidez —le respondió Rodrigo.

Yo me partía de risa. De alguna manera no le agradaba que le chulearan a su trabajadora, pero, a la vez, siempre me presentaba con orgullo. Yo notaba una mirada diferente hacia mí. Tenía unas largas pestañas y unos ojos que reflejaban su estado de ánimo, casi siempre estaba contento y se le notaba. Me miraba y respingaba su gran nariz. No era un hombre muy guapo, pero era simpático, de buen cuerpo, todas las mañanas, antes de llegar yo, iba a correr al bosque de Coyoacán y hacía pesas, para que, según él, pudiera levantar sus equipos. Todo el día sonreía.

El día de mi cumpleaños llegué a trabajar como de costumbre, pero él me dijo que sólo iríamos a ver a dos clientes y que tendríamos la tarde libre para hacer lo que quisiéramos. Sólo le pedí que me llevara a comer costillas a la BBQ.

Comimos en el lugar de costillas más famoso de la ciudad y pedimos unos tragos. Me la estaba pasando muy bien, me contaba chistes, me agradecía por haber aceptado trabajar con él. Yo sólo le sonreía.

Al verlo me di cuenta de algo, no sé si mi cabeza me estaba engañando, pero creí sentir algo por él. No sé si tendría algún problema, sería que era demasiado amable o tenía el síndrome jefe-empleada. No lo sé. Pero también noté que él me miraba más de lo deseado, lo caché observándome, cuando trabajaba. Cuando atendía el teléfono, con voz melodiosa, se quedaba embobado. Nunca me había insinuado nada, siempre se comportó con respeto.

Cuando terminamos de comer, me propuso ir a su casa para tomarnos algo más, me dijo que tenía una sorpresa y se le había olvidado traerla. Llegamos a su casa, por la cual yo ya me movía con bastante soltura, nos servimos unos tragos, nos sentamos de frente en sus sillas mecedoras, que estaban una a cada extremo de la sala, en medio estaba la mesa ratona. Noté que quería decirme algo, pero sólo abría y cerraba la boca. Alcé la ceja, como preguntando.

—¿Nos sentamos en la cantina? —pregunto agitado.

—Sí, claro.

Nos levantamos, su pequeña cantina tenía dos sillas altas, una a lado de la otra. Me acomodé y crucé mis largas piernas. Él se detuvo a verlas.

—Te tengo un regalo.

—¿En serio? —pregunté con tono pícaro.

—Sí, cierra los ojos.

Del armario contiguo a la puerta sacó algo.

—Ábrelos.

Tenía en las manos una caja pequeña, plateada. Al abrirla descubrí un precioso reloj, de esos deportivos, como le gustaban. Sólo vi la leyenda TAG y lo miré asombrada.

—Gracias, está muy padre.

—Es para que te quites ése de correa de plástico, éste es de acero inoxidable y es para bucear. Soporta hasta 100 metros bajo el agua.

—¿Y para qué quiero yo un reloj para bucear? —pregunté entre risas.

—Un día te voy a invitar y lo necesitarás.

—¿Me vas a invitar a bucear? —dije con un tono todavía más pícaro.

—Quiero que vengas conmigo a bucear, quiero que vengas conmigo a pescar; quiero que vengas conmigo a todas partes a donde yo vaya.

Mi corazón estaba latiendo fuerte, sabía lo que seguiría, pero no sabía si sería lo correcto. Me parecía inverosímil que ese hombre tan simpático me estuviera hablando tan en serio.

—Mi niña, eres una hermosa persona, me siento halagado de tenerte aquí. Y créeme que he tratado de evitarlo, pero ya no puedo más. Me estás enamorando.

—¿Te estoy enamorando?

—Sí y no sabes cuánto.

Empezó a acercarse a mí, yo seguía sentada en la silla.

—¿Me estás enamorando?

—Sí, quiero hacerlo.

Se acercó aún más y me besó. No imaginé que un hombre tan brutito besara tan bien. Me levantó de la silla cargándome de las nalgas y me pegó al armario. Mi cuerpo estaba traicionándome. No detuvimos ese beso. Se alargó, se hizo más fuerte y desesperado. Cargándome me llevó hasta su recámara. En todo ese tiempo y yo no la había visto, siempre mantenía la puerta cerrada. Me dejé llevar, aunque mi mente me estaba diciendo: “no, no”. Su manera de besarme silenció los pensamientos.

Me recostó con suavidad y me besó toda. Se detuvo para mirarme con dulzura.

—No me hagas daño —le dije en un susurro.

—Nunca, te lo prometo, nunca te haré daño.

Estaba ahí con un hombre que me arrancaba sentimientos diferentes. ¿Lo quería? Sí, sí lo quería y deseaba eso que estaba pasando. Cerré los ojos. Él me tomó suavemente, sin prisas.

—¿Me estás enamorando? —repetí, mientras lo miraba.

—Siempre, mi niña.

Querida amiga:

Deseo de corazón que los malos entendidos con él se hayan solucionado. Entiendo que quieras evadir esos problemas, porque para el ser humano es mejor dejar pasar esas situaciones, que enfrentarlas. No tengas miedo de decir lo que estás sintiendo. Quizá te estás ahogando en un vaso de agua y realmente, cuando hables con él, lo sabrá entender y podrán darle una solución a esta situación por la estás pasando.

Querida amiga, él te ama y hará todo por mantenerte a su lado. La base de su relación siempre ha sido la confianza, ¿por qué ahora callas todo? Siempre has sido una mujer muy libre y te has jactado de serlo. ¿Por qué ahora callas? ¿Por qué no le dices lo que sientes? ¿Por qué no le hablas con el corazón y dejas de estar sufriendo?

Verás que cuando lo solucionen, no habrá necesidad de buscar en otra persona lo que quieres. Váyanse ustedes solos, tómense el tiempo de escucharse. Apaguen los teléfonos y hablen amiga. Si al final de cuentas no llegan a un acuerdo, tómenlo con madurez y hagan lo mejor para sus hijos.

Querida amiga, propónganse hablar. Sin ninguna ofensa, aunque muchas veces nuestras palabras reflejan la condición de nuestro corazón, traten de evitar alterarse y si vas a decir algo ofensivo, es mejor voltear para otro lado y no lamentarte después.

Esto está sucediendo porque ambos tuvieron una parte de responsabilidad. Asúmanla y arréglenla. Chiquitita, nada me daría más gusto que verte de nuevo fuerte. Arriba la frente, mi valerosa amiga.

Saldrás adelante.

CAPÍTULO 4

DOLOR

Rodrigo era la persona más tierna, cuando de intimidad se trataba. Aunque su personalidad no lo reflejara. Gracioso, rudo y medio bruto, a veces, no le importaba sangrarse las manos trabajando. Tenía una manera peculiar de hablar, muy serena, siempre diciendo chistoretas y con la manía de ser muy puntual. En esa secreta intimidad, se transformaba.

Se desmedía en tratarme bien. Dejamos claro que aunque estuviéramos juntos como pareja, el trabajo que realizáramos, lo haríamos en equipo. Que mi sueldo sería el mismo, por mero trámite, pero que todo cuanto poseía él, también era mío. Y que todo lo que necesitara, se lo pidiera. Pero yo prefería que todo cuanto yo adquiriera fuera por mis medios y no por los de él.

Yo no comentaba mucho acerca de esta relación con mi familia, porque no estaba segura de cuál podría ser su reacción. Él, como todos los días, me llevaba a casa y siempre fue respetuoso de mi petición de no besarme al despedirse.

Toda la semana estábamos juntos, por la mañana trabajado y por las noches siempre salíamos, por un trago, un postre, él era fanático de los dulces. Íbamos al cine. Pasadas las 10 de la noche me regresaba a casa. Ya estaba a dos exámenes de terminar y eso me liberaba un poco, sin embargo, Rodrigo insistía en que no dejara de estudiar. Me pedía que considerara cualquier universidad, porque él me ayudaría.

Mi relación con él era amorosa y en la intimidad éramos una pareja extraordinaria, pero cuando salíamos de esa recámara, se volvía protector, quería enseñarme todo y se volvía mi director.

Hacía días que habíamos estado hablando de que su madre, quien vivía en un pequeño pueblo de Oaxaca, vendría a la Ciudad de México y quería que la conociera a ella y a toda su familia.

Yo estaba ansiosa y emocionada, pero nerviosa a la vez. Estar con alguien que te dobla la edad no es fácil, estás muy expuesta a lo que dirá la gente. Las personas no suelen pensar que si estás con alguien mayor, es porque en verdad lo quieres y tienes una buena relación. La gente pensaba que tenía problemas psicológicos por la falta de una figura paterna o que algo me faltó de pequeña, pero yo no me sentía así.

No estaba con Rodrigo sólo porque me diera trabajo o porque quisiera darme estudios o dinero, estaba con él porque me sentía segura, madura. Porque me divertía, me quería en verdad y me lo había demostrado. Le había cambiado la vida, sí, se la hice más ruidosa, así como soy yo. A él le faltaba un poco de frescura y yo necesitaba disciplina. Nos complementábamos bien.

El día que me llevó a conocer a su familia, traté de ocultar mi edad, sinceramente me vestí más seria, un vestido beige recto a la rodilla poco ajustado y mis sandalias café, me daba un poco de vergüenza. Me imaginaba qué pensarían de mí, pero su mamá me sorprendió.

La reunión fue en casa de uno de sus tíos, en una zona residencial famosa porque uno de los expresidentes de México tenía su casita ahí. La llamada Colina del Perro y cerquita estaba la lujosa residencia. Me sentí intimidada, Rodrigo lo notó, tomó mi mano y la apretó fuerte. Él decía que no le importaban las apariencias, pero con su familia sí, casi siempre andábamos en su camioneta de carga, una pick up con una batea con caja, o en un su otro auto, que no era ostentoso, pero en aquella ocasión usó un pequeño carrito deportivo de dos plazas, descapotable, color plata: su precioso Porsche Carrera.

Tocamos el timbre, ambos nos miramos con nerviosismo. Salió un persona del servicio a recibirnos y nos hizo cruzar por toda esa enorme residencia. La reunión

se llevaba a cabo en los jardines, así que bajamos por el gran salón y luego más abajo.

Cuando llegamos al umbral de la puerta del salón quise irme, me detuve. Todos giraron a vernos. Hubo un instante de silencio que a mí me pareció eterno y luego un gran alboroto. Entre risas y abrazos nos recibían.

Su madre corrió a abrazarlo y llenarlo de besos, entonces giró a verme.

—¿Y esta preciosura?

—Mi novia, madre. Valeria, ella es Graciela, mi madre.

—¡Ay! Pero qué bonita jovencita, ¿cómo estás, preciosa?

—Mucho gusto, señora —dije, mientras estiraba la mano, pero ella me abrazó y me besó.

—Encantada de conocerte, linda, ven, te presentaré a todos. ¿Qué tal el tráfico? ¿Si te acordabas de cómo llegar, mi vida?

—Sí, madre, cómo no iba a saberlo —contestó Rodrigo y puso los ojos en blanco.

Comenzó el desfile de caras y nombres, todos me recibieron muy bien. Personas muy sencillas, muy amables. Y mi suegrita no me soltaba para nada, busqué a Rodrigo con la mirada para que me rescatara, pero él estaba metido en una conversación con sus tíos y primos. Cuando logré hacer contacto visual, lo miré levantado las cejas, pero él sólo levantó los hombros y me sonrió.

—Dime, preciosa, ¿cómo conociste a mi hijo?

—Es amigo de mi hermana, ella también trabajaba en el mismo ramo y ahí se conocieron, después nos presentó y, por azares del destino, un día nos encontramos. Después empecé a trabajar con él.

—¿Trabajas con mi hijo? Que cosa más rara.

—Sí, lo sé, es extraño, pero así empezaron las cosas.

—Ni que lo digas, me da mucho gusto, yo ya notaba un cambio. Es muy serio, siempre lo sido, y míralo ahora.

—¿Serio?, ¿Rodrigo serio?, qué va, si se la pasa riendo.

—Bueno, preciosa, entonces sólo es simpático contigo porque siempre fue muy reservado y huraño, y si me dices que ahora trabajas con él, es porque en verdad le has causado un gran impacto.

Miré a Rodrigo entre la gente, ¿era verdad? ¿En verdad lo había cambiado? Me sentí más enamorada.

Su madre nos invitó a visitarla en aquel pueblo, Tuxtepec, Oaxaca, donde administraba un pequeño hotel, que era propiedad de Adrián, su hijo mayor, ya fallecido. Rodrigo tenía otra hermana con la que nunca hablaba.

Adrián murió de una forma muy estúpida, según Rodrigo. A su hermano le encantaban las armas y las portaba sin más, un día, jugando ajedrez, se puso la pistola en su sien, que para pensar más rápido, y el arma se disparó. Rodrigo decía que era la manera más pendeja de morir y que le causaba mucha rabia que su hermano hubiera hecho esa pendejada. Realmente le afectó mucho la muerte de su hermano era algo que no perdonaba. Dejó un hotel y otros negocios, y su madre se fue a hacer cargo de ellos. En parte por negocio y en parte por salud, Doña Graciela padecía de fibrosis pulmonar y prefirió quedarse allá que seguir aquí, en la capital.

Vivía sola y siempre le pedía a Rodrigo que la visitara, pero él se negaba. Esperaba que yo le ayudara a convencerlo.

A partir de ahí, ella se convirtió en una buena amiga, su hija Verónica nunca le hablaba, a menos que necesitara dinero, así es que cada que venía a la ciudad, me pedía que la acompañara de compras, se desmedía comprándole trajes caros a Rodrigo, que él nunca usaba.

Pasaron cinco meses, eran finales de mayo, yo ya conocía a casi toda su familia y sus amigos, pero aún no les había dicho nada a mi familia. Si por la historia con Gabriel me habían acribillado, que pasaría cuando supieran que Rodrigo y yo teníamos algo. Peor sería.

Quise sondear los ánimos, y el punto de partida era mi hermana, al final de cuentas, ella era su amiga, aunque ya no se hablaran mucho, porque el marido de Oliva había regresado de Estados Unidos y habían vuelto a vivir juntos.

Hubo una fiesta en casa de mi hermana Juana, en Toluca. Oliva y yo teníamos trabajo, así que la familia se adelantó y nosotras quedamos de vernos en una estación del metro, para irnos juntas. Su marido no iría porque también trabajaba. Camino a Toluca, en el autobús, ya de por sí iba nerviosa, tendría que enfrentarme a mis fantasmas, a Gabriel, a mi vida allá. Me costaba mucho trabajo, apenas lo había superado. Rodrigo me ayudaba a olvidarlo. A medio camino decidí por fin tocar el tema de Rodrigo con mi hermana.

—Oye, ya no has hablado con Rodrigo, él no me ha dicho nada.

—No, no hablamos, ¿qué se ha hecho?

—Bueno, nada, trabajar como siempre, ya sabes cómo es.

—Sí, ajá, y ¿qué, cómo te trata?

—Excelente, de hecho es lindo, como jefe y como amigo.

Recalqué mucho la palabra “amigo” para ver su reacción. Ella apretó la mandíbula.

—¿Sí?, ya te dije que tengas cuidado con él, es perverso.

—¿Cómo crees? ¿Estamos hablando de la misma persona?

—Sí y por eso te lo digo.

—No entiendo por qué dices que es perverso. Tienes mala percepción de él. A mí me trata muy bien, ¿a ti no?

Ella se giró para mirarme.

—¿Qué? ¿Acaso no lo ves, no te has dado cuenta? ¡Él era mi amante! —gritó apretando los dientes.

Una corriente eléctrica me recorrió toda la espalda, sentí una puñalada en el estómago. Me quedé quieta, con la mirada hacia la ventana. El dolor, no soportaba el dolor. Estaba paralizada, pero por dentro estaba arañándome la cara y jalándome el cabello, quería vomitar. ¡Hijo de su puta madre!, repetía en mi cabeza.

Mi hermana seguía hablando.

—¿Ves por qué no quería que te relacionaras con él? Lo hace para joderme la vida. Porque no quise seguir con él y sabía cómo partirme la madre: contigo. Dándote trabajo, siendo amable, ganándote, sólo para darme en la madre.

Yo sólo repetía en mi cabeza: ¡estúpida! ¡Estúpida! Mil veces estúpida. Quería estallar mi cabeza contra la ventana hasta rompérmela, pero estaba petrificada. Se me quedó trabada la mandíbula.

—¿Me estás escuchando? ¿Entiendes por qué no lo quiero cerca de ti? ¡Valeria! ¡Contéstame! No tienes nada que ver con él, ¿verdad? Dime.

—No, no tengo nada que ver con él —respondí modulando la voz.

—No se te ocurra nunca, es malo, desde el momento en que te pidió que trabajaras con él, me dijo que así me tendría cerca. Le pedí que no te hiciera daño, que no jugara contigo. Pero tú accediste a su juego sin saberlo. No podía decírtelo antes porque no me atrevía a reconocer que tuve algo que ver con él, que había sido mi amante y ahora que ha vuelto mi marido, nadie debía saberlo. ¡Aléjate de él! Antes de que dé por terminada su venganza contra de mí, por dejarlo. ¿Me estás escuchando, Valeria?

—Sí, fuerte y claro. No te preocupes por mí, yo sabré cómo manejarlo.

—No se trata de manejarlo, sino de dejarlo y ya.

—Ya te dije que lo haré, o tal vez no. Tal vez siga su juego y lo enamore, y cuando ya lo tenga, lo botaré a la mierda.

—No harás eso, te alejarás de él. Tengo miedo de lo que te pueda hacer.

—Ya, bueno, tranquila, pensaré en algo.

No podía con eso. Le pedí que me diera permiso de pasar para ir al sanitario. Me iba tambaleado por el pasillo y, entre los movimientos del autobús y mi mareo, casi me caía. Abrí la puerta, localicé la ventanilla y saqué la cabeza para gritar. El ruido del motor ensordeció mi grito, las lágrimas no paraban, por más que trataba de controlarlas. ¿Por qué no me di cuenta? ¿Por qué no puse atención? ¿Por qué me deje cegar?

¿Cuántas veces le había preguntado por la relación con mi hermana? Él siempre me evadió, sólo me decía que eran amigos. ¿Por qué no insistí? ¡Hijo de puta! Pero me las iba a pagar, me cobraría la traición a mí y a mi hermana. Y yo de ¡pendeja! caí en su juego. ¡Qué magnífico actor! Esa cara que me ponía todos los días, ¡el muy idiota!

Presentarme a su familia. ¡Maldito retorcido! Debía controlarme, ser valiente, como mi nombre. Me lavé la cara, pellizqué mis mejillas, me acomodé el cabello. No debía dejar que Oliva se diera cuenta. Respiré, respiré más, hasta controlar mi respiración. Tranquila. Sabía qué hacer, ya lo había hecho.

Salí del sanitario con la frente en alto. Antes de sentarme, me puse mis gafas de sol. Abrí las cortinas y me quedé mirando hacia afuera.

—¿Te enamoraste? ¿Lo quieres? —le pregunté con serenidad.

—Al principio lo creí, también se portaba amable conmigo, después me di cuenta que sólo me quería para la cama — otro retorcijón en el estomago.

—¿Y tu marido?

—Él no sabe nada, estamos tratando de intentarlo de nuevo, ya no nos llevábamos bien, yo sé que tiene a alguien allá. Pero hacemos lo mejor por mi hijo. Con Rodrigo me sentí protegida, me ayudó en mi trabajo, me enseñó todo, él era cliente mío y cuando quise venderle, me enseñó mejor lo que yo trataba de venderle. Me ha ayudado económicamente. Pero cuando quise dejarlo, se puso como loco, me habló de ti, me dijo: “Mira que tu hermanita se me ha acercado y está bonita y es más joven que tú. ¿Cómo vas a dejarme?”. Por eso nunca me gustó que trabajaras para él. Yo confiaba en que era buena persona, que me lo decía para darme celos, pero que no te dañaría. Veo que no lo ha hecho, pero es mejor que te alejes, antes de que te diga algo.

—¡Tranquila! Ya te dije que no me ha hecho daño alguno y sólo he trabajado con él.

—¿Y por qué llegas a altas horas de la noche a la casa?

—Porque esperamos a que el tráfico baje. Siempre me ha llevado a la casa, pero no más.

—¿Nada? ¿Estás segura? ¿En todo este tiempo no te ha dicho nada?

—No. Ya olvídalo, si tanto daño te causa, prometo que renunciaré para que no sepas más de él.

Me giré hacia la ventana dando por terminada la conversación. Pasaba de la rabia a la tristeza en segundos.

Cuando llegamos a la fiesta, le pedí permiso a mi mamá para ir a casa de mi amiga Erín. Ella me miró desconfiada.

—Mamá, te prometo que sólo la voy a ver a ella, de verdad.

—¿Cómo te vas a ir?, estamos en una fiesta con la familia.

—Sólo será un raro, te lo prometo, tiene más de un año que no la veo, por favor.

—No me parece que te vayas.

Se me escurrió una lágrima y mi mamá la vio.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Mami, ahora no puedo decirte, por fa, déjame ir.

Extrañada asintió y me dejó ir a casa de mi amiga.

Tomé un camión hasta la casa de mi amiga. Recorrí de nuevo toda la trayectoria por la que pasaba cuando estaba en la escuela. Cuando bajé, caminé lento, recordando todo. Miré mi escuela, me detuve en esas rejas y lloré.

Volví a llorar como desde hacía mucho no lo hacía. Yo había sido feliz en ese lugar pese a todo. También me habían engañado, pero no recuerdo que el dolor hubiera sido tan fuerte como el de ahora, será que no tenía la madurez o porque el tipo de amor era diferente. Pensé en Gabriel, pensé en correr a sus brazos, estaba segura de que no me rechazaría; pero él ya estaba con alguien y no era justo que me metiera ahí.

Solté aquellas rejas, despidiéndome de lo que había vivido, de mi primer amor, de mis amigos. Recordé las sonrisas de mis sobrinas, miré la reja por donde mi sobrina Lili me daba cartitas. Yo había sido feliz...

Toqué el timbre de casa de Erín, ella salió a abrir, se sorprendió al verme. Soltó una gran sonrisa, pero al ver mi estado cambió su rostro por la preocupación. Me abrazó y lloré en su hombro. No me dijo nada, esperó a que me calmara.

Durante un buen rato estuvimos conversando, le platicué todo cuanto me había pasado desde que me fui. Me habló de los horrores que vivieron con Gabriel, me dijo que había días que no lograban controlarlo. Que un día había golpeado una puerta hasta tirarla, había sido el día en que mi papá había ido a recoger mi documentación. Gabriel esperaba verme, le había preguntado a mi papá por mí y él le había dicho simplemente que no me volviera a buscar.

Escuchar todo esto más abría las heridas que creía haber curado. Deseaba que se acabara pronto ese fatídico día. Le di a Erin todos mis datos de nuevo. No quería que volviéramos a separarnos. Ella también había sufrido y yo no estuve con ella. Lo lamenté mucho, pero prometimos seguir en contacto.

Regresé a casa de mi hermana más tranquila. Mi mamá me buscaba la mirada, preocupada, y yo la evadía. Todos compartían y bromeaban, Oliva estaba como si nada hubiera pasado. Me refugí en la recámara de mi sobrina Ámel, no me apetecía estar viéndola con su novio. Siempre me habían comparado con ella, y mis hermanas solían ponerla de ejemplo. “Mira, estudia mucho”. “Mira, su novio, tan buen chico”. “Mira, ella es una gran chica”. Y, aunque yo la quisiera mucho, esos comentarios me hacían querer apartarla para que no volvieran nunca a compararnos.

Pasé unos de los peores días de mi vida, rodeada de la gente que supuestamente me quería, pero que no notaba cuánto dolor tenía.

Sólo pensaba en lo que le diría a Rodrigo, ¿cómo clavarle un puñal tan profundo como para que él mismo quisiera terminar con su vida? Eso que había hecho no merecía menos. Pensé mil cosas, era muy impulsiva y no solía controlarme. Ese día, en el autobús, debieron de darme un Óscar por mi actuación, pero sabía que cuando lo tuviera de frente no me controlaría.

Mi plan era saber qué tantas mentiras me diría cuando le preguntara por mi hermana. Le diría que el fin de semana ella me había confesado algunas cosas locas, como que tenía un amante, y esperaría su reacción.

El lunes muy temprano llegué a su casa. Ya había terminado la preparatoria, sólo esperaba mi documentación, así que solía llegar a las 9 de la mañana siempre. En aquella ocasión llegué a las 8. Antes de entrar respire, toqué y salí a abrirme aún en pijama.

—Hola, cariño —saludé, como si nada.

—Hola, mi pequeña preciosa, te extrañé —me dijo mientras me cargaba para darme un beso—. ¿Cómo te fue, mi pequeña?

—Bien, cariño, la pasé ¡uf! No sabes.

—¿Ah, sí? Te divertiste sin mí.

—Claro, me la pasé bomba.

—¿Y por qué tan temprano? Me extrañabas.

—Bueno, más o menos.

—Deja me visto y salimos a desayunar.

Me dio una nalgadita y se fue. Aproveché el tiempo para buscar los recibos telefónicos. Lo primero que quería saber era si ellos seguían hablando. Siempre había pagado yo los recibos, era parte de mis funciones administrativas, pero nunca me fijé en ellos. Nada, sólo unos números de Oaxaca, supuse que eran los de su mamá.

Salió de la recámara y salté para acomodar todo.

—¿Qué haces, pequeña?

—Nada, ¿por qué dejas tiradero en el escritorio?, cuando yo te lo dejo todo arregladito.

—¡Bah!, ya me conoces. Vámonos.

Fuimos a desayunar al restaurante de una tienda departamental. Yo no tenía hambre, sólo quería escupirle el plato, pero no iba a hacer una escena ahí, pedí té y fruta, nada más.

—Cuéntame, ¿cómo te fue con tu familia?

—Tuve una interesante plática con Oliva camino a Toluca —dije mientras le lanzaba una mirada expectante—, no sé qué le pasaría para abrirse así conmigo. Pero la noté mal y ella me confesó algo.

—¿Y qué te dijo tu loquita hermana? —me preguntó mostrando interés.

—Me dijo que tenía un amante.

El frunció las cejas y tomó de su jugo.

—No me digas, pero ¿y su esposo?

—Obvio no lo sabe, Rodrigo. Pero dice que él le quiere hacer daño.

—Mi vida, no te ofendas, pero tu hermanita es medio paranoica.

—¿Ah, sí? ¿Tú la conoces bien?

—Bueno, no muy bien, pero sé que lo es.

—¿Por qué cuando te he preguntado por ella y su relación siempre me has evitado?

—Valeria, porque no había más de lo que tú no sepas. Nos conocimos, salimos como amigos y luego apareciste tú, desde entonces ya no hablo con ella, por respeto a ti.

—Ok, me intriga mucho saber si ella nunca te comentó que tenía un amante.

—No tendría por qué decirme eso.

—Pensé que lo sabías, porque me dijo que tú lo conocías.

Soltó el tenedor y chocó con el plato. Él se acomodó en su silla. Se recostó en el respaldo y se llevó la mano a la barbilla.

—Pequeña, no sé por qué tu hermana dijo eso. ¿A qué viene todo esto?

—Bueno, pues... porque me dijo su nombre.

Apretó la mandíbula, lo observé. Era él. Y no me levantaría de ahí hasta que no lo reconociera.

—¿Y cómo se llama?

Con toda la serenidad y marcando cada palabra suave sin alterarme. Me acerque casi a susurrárselo.

—Ella me dijo... que tú... eras su amante, ¿me puedes explicar eso? ¡Desgraciado hijo de puta! —le dije entre dientes.

—¿Qué? —preguntó sobresaltado—. ¿Qué carajos estás diciendo? ¿De dónde putas saca tu hermana eso?

—Mira, cariño, no levantes la voz y no hagamos una escena. Ahora, contéstame con mucho cuidado. ¿Qué tienes que ver con mi hermana?

—¡Nada! No tengo nada que ver con tu hermana. ¡Por Dios! ¿Qué clase de enfermo crees que soy?

—La clase de enfermo que se mete con dos hermanas al mismo tiempo. ¡Imbécil, hijo de puta! La clase de enfermo que le hace creer a alguien que la ama, sólo para vengarse de otra persona. Esa clase, que me hace querer vomitarle la cara. Esa clase de enfermo creo que eres. ¡Maricón desgraciado! —grité sin poder contenerme.

Me levanté jalando el mantel para tirarle todo en encima. Él, totalmente sorprendido, no sabía qué hacer. Salí a prisa, lo que menos quería era hacer dramas, pero no pude controlarme.

—¡Valeria, ven acá!

Corrí por todo el restaurante hasta salir a la calle. Él corría atrás de mí, el personal de seguridad lo detuvo, seguro por la cuenta, y él les arrojó la billetera. Yo no quería mirar atrás, aceleré el paso.

—¡Detente! —continuaba gritando—. ¿Qué estás haciendo? ¡No te vayas! Hablemos.

—¡No! Detente tú, me dijiste que nunca me dañarías y eres el peor hombre que he conocido.

—Valeria, no soy amante de tu hermana, por favor, déjame explicarte.

—¡No! no quiero oírte, puras mentiras me has dicho.

Rodrigo me alcanzó e intentó abrazarme, pero yo manoteé para que me soltara. Me cargó, pero empecé a patear.

—Por favor, pequeña, cálmate hablemos —dijo con voz quebrada.

Pero yo estaba como cuando quieres echar un gato al agua.

—Por favor, mi amor, cálmate. Respira. Déjame explicarte, te prometo que te diré todo, pero, por favor, no te vayas, déjame decírtelo todo.

Me cargó hasta un árbol y cuando me soltó, volví a tratar de echarme a correr, pero volvió a sujetarme.

— ¡Suéltame, estúpido, me lastimas!

—Lo haré, si me prometes no huir, y deja de insultarme, por favor.

— ¡Suéltame, eso y más te mereces!

—Te soltaré, tranquila. Mírame, hablemos.

Me soltó con calma, pero yo no lograba mirarlo a los ojos.

—Mírame.

—No quiero hacerlo.

—Ok, ¿me vas a escuchar? ¿Vas darme la oportunidad de réplica?

— ¡Habla ya! Y después déjame en paz.

Me sentó en la banqueta junto a ese árbol.

—Valeria, tu hermana y yo sí salimos, nos conocimos en su trabajo. Ella trataba de venderme, pero sabes bien como soy, ella no sabía nada del equipo y no quise comprarle, pero me vendió otra idea. Me dijo que era una madre sola sin dinero para mantener a su hijo, que había dejado a su marido. Me conmovió y le ayudé a entender más sobre los equipos, le brindé mi apoyo, si necesitaba algo. La invité a salir, me hablaba muy bien de su familia y yo me interese más. No te voy a decir que no me gustaba, porque la verdad es que sí. Pero yo no lo veía como algo más y, sin embargo, ella me hablaba constantemente. Me pedía ayuda, a veces me pedía dinero, yo nunca se lo cobré. Ella quería presentarme con tu familia, pero yo sabía que todavía seguía con su marido y no quería ponerme en medio de esa batalla. Accedí a ir a esa fiesta en tu casa porque añoraba conocer una familia así. Sabes bien cómo es la mía. Sólo por curiosidad fui, no porque yo quisiera algo más con ella. Uno de tus cuñados me dejó claro que ella seguía casada y que pronto su marido iba a regresar. Yo no me sentí ofendido, te lo juro, pero sabía que tendría que terminar con ella. No estaba bien. Y, entonces, apareciste tú, ese día te vi, toda alocada, bailando como lo haces y me llamaste la atención. Nunca pensé que algo podría pasar. Hasta ese día, cuando te vi en el centro comercial, toda mojada. En ese momento sentí que no podía dejarte ir. Algo se iluminó en mí. Le hablé a tu hermana, le dije que sería su amigo, pero que no podía ofrecerle más. Tú ya le habías contado que me habías visto y ella se puso celosa, me preguntó si la estaba cambiando por ti. Yo cometí el error de decirle que sí, que me gustabas mucho. Ella se puso mal y me dijo que nunca permitiría que yo me acercara a ti y le dije que no me retara.

—Entonces, ¿lo hiciste por un reto?

—No, Valeria, me sorprende que digas eso, tú sabes bien nuestra historia, las cosas no se dieron así, tú estabas ahí, tú estabas ahí cuando ambos nos enamoramos.

—No te creo, Rodrigo. ¿Me estás diciendo que mi hermana, mi propia sangre me está mintiendo? ¿Cómo te atreves a asegurar eso? Ella es mi familia, no me haría daño de esa forma.

—Valeria, créeme, tu propia sangre también traiciona y yo lo tengo bien claro con mi hermana.

—No, Rodrigo, ella no es así. Ella me ayudó con Gabriel, sólo quiere mi bien y tú te has aprovechado de las dos.

—Por favor, no me estás escuchando. Para cuando tú y yo empezamos este romance, ella ya no estaba en mi vida, salvo porque es parte de tu familia. No sabes la de veces que temí que este momento llegara. No habrías estado conmigo de haberlo sabido. Y no sabes cuánto me arrepiento de no habértelo dicho. Pero de todo esto que vivimos, nunca me voy arrepentir.

—Déjame, Rodrigo, no quiero saber más de ti. Me prometiste nunca hacerme daño y has fracturado mi corazón en mil pedazos. Me has dado con un mazo y no será fácil recuperarme.

Me levanté y lo miré ahí sentado en la banqueta, con la cabeza agachada. Cuando levantó la vista, lloraba.

—Perdóname por romper mi promesa de no hacerte daño. Perdóname.

Él se quedó ahí, con la cabeza entre las piernas. Ya no me detuvo y me alejé.

Caminé y caminé sobre Avenida Insurgentes, desde Félix Cuevas, hasta llegar al metro Insurgentes. Lloraba. Tomé el metro hasta la estación San Lázaro, donde está la central de autobuses. Y me vino una idea. No quería ver a nadie. Revisé mi cartera y, entonces, lo decidí. Huir.

Amiga:

Es tan difícil reconocer que estás fallando. Me siento tan imperfecta en esta vida. Quisiera sólo cerrar los ojos y borrarlo. Olvidar que apareció, pero no puedo.

Necesito un psicólogo, no puedo estar sintiendo esto, caí en este juego y ya no sé cómo salir.

Amiga mi corazón está partiéndose. No puedo...

CAPÍTULO 5

HUYENDO

Tomé esa decisión porque no tenía el valor para ver a mis padres y confesarles esa cruel verdad, pero tampoco podía ocultar lo que me está pasando. No quería reconocer que me equivoqué con él, aunque no sabía quién decía la verdad.

Olivia no podía estar mintiéndome, pero Rodrigo me había demostrado que me quería. Estaba muy confundida y no podía pensar con claridad lo que debía hacer.

No sabía si ese viaje me ayudaría, ni siquiera sabía por qué compré el boleto hacia ese destino. Esperaba llegar y encontrar sólo paz, para pensar, pero quería respuestas, algo que me dictara qué hacer.

Pensaba qué pasaría cuando se enterara de que me había marchado, me regocijaba pensar que le haría falta, porque se lo merecía, pero después me arrepentí, no, no quería hacerlo sufrir. Peor aún, lo que pensaría mi madre. Cuando estuviera instalada le marcaría para rogarle que no se preocupara. Por el momento, no quería que Rodrigo, ni nadie, supiera dónde estaba.

El camino era largo, pero para la noche ya estaría lejos. Me acomodé para sólo mirar por la ventanilla, consideraba una buena terapia admirar aquellos hermosos paisajes. Amo los paisajes de mi México lindo, de pronto estás en un bosque con niebla, luego en un desierto, pasas por grandes montañas rocosas, para volver al bosque y luego cambiar a una selva tropical, me encanta su biodiversidad. Estaba tan exhausta que sólo quería cerrar los ojos y olvidar.

Él está tomándola con la misma delicadeza que lo hace conmigo. Pero ella lo monta y cabalga sobre él con fuerza. Le susurra que goce. Y me miran en el umbral de la puerta, se rien, ella lo mira y dice “no la veas, aquí estoy yo, no le digas nada”.

Me desperté sudando y llorando. ¿Dónde estaba? Me sentía pegajosa y hacía calor. Me costó volver a ubicarme. Sentía los latidos fuertes, casi podía escuchar el bombeo de mi corazón en mis oídos. Miré la ventanilla. Habíamos llegado a la terminal de autobuses en Tuxtpec, Oaxaca.

Me levanté tambaleándome. No tenía ni idea de a dónde iría. Sólo tenía un dato y esperaba que fuera importante. Salí de la terminal y abordé un taxi.

—Buenas noches.

— ¿A dónde la llevo?

—Estoy buscando un hotel que está cerca del río, ¿conoce uno?

—Uy, pues sí, hay varios señorita.

—Tiene unas cabañas y el río pasa por en medio.

—Creo saber cuál es, ¿la llevo ahí?

Le indiqué que me llevaría, total, si no era, seguiría probando. No me fijé por dónde pasé, pero llegamos. El lugar era enorme y muy bonito, tenía una reja con una campanita y luego un jardín. Un camino para los autos y en cada cabaña había un pequeño jardín privado, con cochera.

Toqué la campanita y salió una muchacha, le pregunté si había hospedaje y me llevó hasta una de las cabañas del fondo. Me pidió que esperara ahí para que me atendieran.

— ¡Ay, m'ija! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo estás? —dijo sorprendida la mujer.

—Hola, Grace —le respondí con una sonrisa, hacía tiempo que la tuteaba.

—Pero, ¿qué haces aquí? ¿Cómo llegaste? —me preguntó, mientras miró detrás de mí, para ver si venía con Rodrigo.

—No sé, ahora te cuento todo.

—Pásate, ¿acabas de llegar?

—Sí, recién llegué, pedí me trajeran a aquí, no tenía ni idea, sólo recordaba una foto que me enseñó Rodrigo del lugar y le dije al taxista que me llevara a un hotel por el que cruzaba un río. Es todo.

—Sí, es el único, de hecho. Pero mira qué sorpresa me has dado muchachita. ¿Por qué no me avisaste que venías? hubiera ido por ti.

—Se acabó la batería de mi teléfono, no puede avistarte.

Entramos a su cabaña. Era el más grande y estaba junto a una coqueta piscina. Me recibió un enorme labrador negro, la mascota de Rodrigo. El lugar, todo decorado en blanco y con muebles de madera en tono natural, era muy práctico y bonito. Me invitó a sentarme en una pequeña mesa y me ofreció un café. Yo prefería un vino o algo así, pero me dijo que para el calor, la gente solía tomar café para regular la temperatura.

— ¿Qué pasó? No traes muy buena cara, preciosa. Me da gusto que estés aquí, ¿pero qué por qué has venido? Discutiste con mi hijo.

No podía contenerme más y lloré en silencio. Ella tomó mis manos.

—Tranquila, hermosa, se va a solucionar. ¿Él sabe que estás aquí?

Moví la cabeza en negación.

— ¿Quieres que lo hablemos?

Sin pensarlo, le confesé todo lo que estaba pasando, le pedí que fuera objetiva y que no porque fuera su hijo, le diera la razón, pero tanto ella como yo sabemos en nuestro corazón cuál es la verdad.

—Mira, hijita. Soy su madre y lo conozco. No quisiera que pensaras que podría influir en tus decisiones, pero le creo a él y espero que mires en tu interior y sepas reconocer la verdad. Mientras tanto, te brindo todo mi apoyo en lo que tú decidas. Relájate y piénsalo. No lo hagas sufrir, ya sufrió bastante con su exmujer.

—Grace, no quiero hacerlo sufrir, pero ahora no quiero verlo, no puedo, déjame quedarme unos días, en realidad no sabía a dónde ir, sabes que tenemos una casa en Veracruz, pero eso implicaría pedirle las llaves a mi mamá y vendrían los cuestionamientos. Quiero pensar cómo voy a decirle esto. Permíteme hablarle y decirle que estoy bien. Es todo.

Accedió con gusto y le marqué, me saltaba el corazón.

— ¿Mami?

— ¿Dónde estás, ya es tarde? ¿Qué pasó?

—Mami, no estoy en la ciudad.

— ¿Cómo que no estás en la ciudad? ¿Dónde carajos estás?

—Mami tuve que salir. No te enojos. Estoy en Oaxaca.

— ¿Cómo que en Oaxaca, por qué?

—Má, es una larga historia, pero te voy a pedir un favor: no te preocupes, estoy bien, pero sobre todo no le digas a nadie en donde estoy.

— ¿Por qué me estás diciendo eso? me espantas, ¿qué carajos haces, qué te crees?

—Mami, por fa, no me pidas explicaciones, no estoy secuestrada, ni robada, ni nada, sólo tenía muchas cosas que pensar y necesitaba hacer esto.

—No, Valeria, estás poniéndome muy mal, dime ¿qué haces ahí, y dímelo ahora? sabes cómo me las gasto para encontrarte.

Traté y traté de convencerla, no parecía conformarse, al final tuvo que hacerlo, le juré que estaría bien.

Dormí como una nena esa noche, estaba agotada, era demasiado para un día. Por la mañana, Grace me despertó con un café en mi cama. Me dejó una montañita de ropa que había escogido para mí. Toda me quedó bien, ella en algún momento fue tan delgada como yo.

Desayunamos hablando de su historia, de cómo fue adoptada y por qué era tan desmedida cuando se trataba de consentir a sus hijos y nietas.

Me propuso que me quedara ahí, mientras ella arreglaba unos asuntos. Le agradecí y se marchó.

Me serví otra taza de café y salí a recorrer el lugar. El paisaje era muy hermoso, a orillas del río Papaloapan, uno de los más grandes y caudalosos de México. La región, con vegetación tropical, lo hacía especial, lo jodidamente malo era la temperatura, 38 grados. Era un sauna.

Dejé el café en una mesita, junto a una tumbona, y me dejé caer admirando el río. Le rogué a Graciela que no me delatara con Rodrigo y no le dijera que estaba ahí. Pero, obvio, era su madre y se lo iba a decir, yo sólo esperaba que me diera tiempo.

El calor era demasiado, así que pasé más de la mitad del día en la piscina. Era tan perfecta la temperatura que lo disfruté como nunca, una piscina para mí solita, por supuesto, no tenía ganas de salir. El personal del restaurante me tenía más que consentida. A pesar de todo, la estancia ahí era maravillosa.

Pasaron casi dos semanas, hasta que recibí la llamada de Rodrigo, su linda madre no pudo soportar la angustia de su hijo cuando lo llamó para saber cómo estaba, lo notó destrozado.

— ¿Qué estás haciendo ahí? No sabes la angustia por la que he pasado, he llamado a tu casa todos los días, tu pobre madre está igual que yo, ¿por qué nos haces esto, Valeria? Ya madura.

— ¿Que madura? —solté un risa sarcástica.

—Sí, no puedes estar huyendo siempre. Tenemos que hablar.

—Rodrigo, no se te ocurre que no quiero hablar contigo. Que no quiero saber de ti.

— ¿Y qué estás haciendo con mi mamá, entonces? ¿Para qué te fuiste para allá? La verdad, bendigo el momento en que decidiste ir, por lo menos sé que con mi madre estás bien, pero no sabes la de cosas que pensé, estuve tentado a ir a Toluca y buscarte allá.

— ¿Cómo se te ocurre eso?

—No sé, lo pensé. Y no quiero perderte, regresa y hablemos. ¿Qué es lo que quieres que haga? Haré lo que me pidas.

—No sé, Rodrigo, no sé a quién creerle.

—Valeria, no tengo nada que ver con tu hermana, es ella quien me llama, pero ya no le sigo el juego y te lo voy a demostrar.

— ¿Ah, sí? Pues quiero que hablemos los tres, ¿estarías dispuesto a eso?

—Si eso es lo que quieres, lo haré, aunque sé que tu hermana no accederá y, siendo honesto, tampoco quisiera causarle ese daño. Pero se ha metido conmigo y no

puedo permitir que te lastime, siendo tú la persona que me ha regresado la vida.

—No me digas nada más, por favor. No sé cuándo regresaré, pero lo haré, déjame pensar, déjame sanar. No me llastes más.

—No, no lo haré, no puedo dejar de pensar en ti, estaba preocupado y han sido los peores días de mi vida. Ni siquiera por Adriana había estado así.

— ¡Ya, basta! No digas eso.

—Valeria, es verdad, moviste todo mi mundo. Yo sé que todo esto debería decírtelo en persona y no por teléfono, pero es así, me has movido todo y sé que no tengo mucho que ofrecerte. Estoy consciente de que soy mayor y que entre más pase el tiempo sólo te daré dos cosas: asco y dinero.

—No digas eso, Rodrigo —dije con voz quebrada.

—Pero te amo, es muy fácil enamorarse de ti. ¿Crees que no tengo conciencia, que no sé qué eres joven y podrías tener a quien quieras a tus a pies? Y estoy yo aquí, tomando ese tiempo. Pero así se dieron las cosas, aunque te quise tener cerca nunca pensé que llegaras a quererme. Perdóname por haberte lastimado y, aunque no quisiera perderte, te dejo libre, porque no te merezco.

Se quedó en silencio, volví a sentir dolor. De nuevo volvieron las lágrimas, tampoco quería perderlo, lo quería, pero la situación me sobrepasaba.

—Yo también te amo y quiero que lo arreglemos. Volveré y hablaremos y, si en realidad me quieres, hablaremos con mis padres.

—Lo haremos, pero vuelve ya.

—No, aún no, siempre quise hacer un viaje sola y esta vez lo necesito.

—Está bien, ¿necesitas algo?

—No, nada. Estaré bien, no te preocupes.

—Te esperaré, mi niña.

Pasé casi otras dos semanas más en ese viaje. Grace me llevaba con ella a sus reuniones con los hoteleros de la zona y salimos a un hermoso cenote, llamado Zuzul, me enseñó a conducir aprovechando su paciencia y luego de unos días más me despedí de ella, agradeciéndole todas las atenciones. Me llevé en una mochila un poco de ropa que me prestó y otra tanta que compré, me dejó en la central de autobuses y me fui.

Antes de regresar a la capital, hice un pequeño tour por hermosas zonas de Oaxaca, Monte Albán, Juchitán. Luego fui hacia la costa, pasé por la huasteca veracruzana, San Andrés Tuxtla, Córdoba y, finalmente, regresé a la Ciudad de México.

Cuando llegué, Rodrigo fue por mí. Sólo puedo decir que cuando lo vi ahí, esperando por mí, todo se me olvidó, tampoco puedo decir que corrí, pero sin bajar la vista llegué a abrazarlo. Me recargué en su pecho, mientras él acariciaba mi cabeza y besaba mi frente. Estuvimos mucho tiempo así, sin decirnos nada. Después cogió mi mochila y nos fuimos.

Ahora iríamos a casa y hablaríamos con mis padres.

Les pedí a mis padres que, en cuanto llegara, saliéramos a tomar algo. Mi mamá no quería hasta que no le explicara por qué me había ido, le rogué que me acompañara y le aclaré que no estaría sola.

Llegué, abracé a mi mami, le ofrecí disculpas por ausentarme tanto tiempo, ella estaba más que enojada, me torcía la boca, pero la convencí, bueno, a ella y a mi papá, para que fuéramos a cenar algo.

Salimos y vio a Rodrigo esperándonos en el coche. Se volvió y me cogió del brazo. Papá fue a saludarlo, pero ella me metió de nuevo a la casa.

— ¿Qué hace él aquí? Dime de una vez que es lo que voy a escuchar, porque no quiero quedar como idiota.

—Mamá, ahora te lo explico todo, por favor.

—No, yo no voy a ninguna parte, dime, ¿qué te traes con él?

Me quedé mirándola, esperando que viera en mis ojos la respuesta. Como toda madre intuitiva, lo adivinó.

—No, no puede ser, ¿qué pensabas?

—Mami, acompáñanos.

— ¡Estás loca!, no lo voy a permitir. ¿Acaso crees que no sé quién es él? Oliva me lo ha dicho.

¡Imposible! Ella se lo había dicho, aprovechó mi ausencia y se lo contó. ¿Qué iba a hacer? Debía ser yo la primera que se lo dijera. Todo se complicaba.

—Mamá, lo sabes y ¿no me lo dijiste? ¿Por qué? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes de que te fueras. Le pregunté a Oliva qué te había dicho aquel día de la fiesta y por qué te habías puesto mal. Ella me confesó todo. Pero me dijo que tú no estabas mal, que seguro te acordabas del otro pendejo y que por eso te fuiste. Y por eso te dejé. ¿Qué les he hecho yo para que me hagan esto?

—Mami, lo siento, debí decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo. Te pido que nos escuches y me ayudes. Por favor, escucha lo que tenemos que decirte.

—No voy a hacer una alcahueta, con ninguna, no lo voy a tolerar, dile que se vaya.

—Por favor, Má, ayúdame a tomar una decisión, tú lo veras y me dirás si es sincero o no, pero escúchalo y juzga tu misma. Acompáñame.

Mi madre salió, como se dice, con la espada desenvainada y si Rodrigo tenía que pasar por su navaja, ni modo. Mi papá, siempre bonachón, no sospechaba nada. Rodrigo, muy nervioso, quiso saludar a mi madre, pero ella no le dio la mano. Subió al auto y nos fuimos.

Un ambiente de total tensión estaba viviendo. Fue la conversación más intensa y difícil que había tenido. Rodrigo fue el que comenzó a hablar. Lo primero de lo que habló fue de su relación con Oliva, se disculpó por haber pasado por eso, mi madre arremetió contra él varias veces, diciéndole que era un descarado. Explicó cómo había sido el comienzo de nuestra relación, habló de que sus intenciones para conmigo eran serias, que no quería causarme ningún daño y en todo momento les expresó su vergüenza por ser él un hombre mayor y yo una niña, pero aseguró que en el amor no se mandaba y él estaba ahí, para luchar por lo que sentíamos. Mi padre fue más blando y dijo comprenderlo, no estaba de acuerdo con que me quitara mi juventud, pero quería que su hija fuera feliz, aunque tuviera que encargarse de la otra. Sabía cómo era de berrinchuda y sabía cómo era yo también. Le hizo prometer que se mantendría a raya con mi hermana. Mi mamá dijo que la confianza sólo se la ganaría con sus actos. Que no le pidiera bendiciones de algo que para ella era una aberración, pero también le aclaró que quería mi bien, que me alentara a seguir estudiando y no jugara conmigo, porque detrás de mí, tenía una gran familia que me respaldaba. ¡Ajá!

No pudimos estar en paz durante mucho tiempo, porque Oliva, al verse enfrentada por mis padres, se fue contra mí.

— ¿Cómo pudiste hacerme eso? Te está usando, ¿no lo ves?

— ¡No, eres tú la que no lo ves, él nunca te prometió nada! y no es cierto que haya querido tomar venganza alguna, ¡estás enferma! —le grité a Oliva.

— ¡Tú eres una tonta! y el tiempo me dará la razón, cuando te bote por otra. Su plan ya no le salió porque ya no me tiene y no tardará en dejarte.

— ¡Estás ardida y herida porque te mandó a la fregada! porque no quiso seguirte el juego. Tu veneno ya no me lastimará, no podía creer que tú pudieras hacerme daño, sabiendo todo lo que pasé.

— ¡Tú eres la me daña, quieres joder mi matrimonio siguiendo con él!

—Tu matrimonio ya estaba jodido, no nos culpes a nosotros. Ultimadamente, estoy en mi derecho de hacer de mi vida con quien se me pegue la gana. Tú estás casada y no te importó tu matrimonio. Es tu problema, arrégalo, rómpelo, haz lo que quieras, pero déjanos en paz.

— ¡Pues en paz, nunca estarán!

Y fue así por mucho tiempo. Ella se encargó de divulgarlo, a costa de que eso terminara con su matrimonio, pero quería el apoyo de mis demás hermanas y, desgraciadamente, lo logró. Me hacían sentir culpable de que ella estuviera sufriendo y de que su marido sospechara algo.

En mi familia se formaron bandos: quienes me apoyaban y quienes nos aborrecían. Por supuesto, mis padres nos apoyaban y trataban de mediar entre ambas partes, pero no lo lograban. Mis hermanos Abraham y Joaquín se mantenían neutrales, pero no sólo se trataba de lidiar con mis hermanitas, sino también con mis cuñaditos.

Rodrigo y yo seguíamos con lo nuestro, trabajar y seguir juntos; aunque hablaran mal de nosotros, no nos importaba o yo creía que no me importaba, pero la verdad es que mi familia es importante y sentir que no puedes asistir a una reunión sin ser criticada, es fatal.

Viajamos mucho, fuimos de pesca, como me lo había prometido, varias veces al año nos íbamos a pescar a las grandes y lujosas villas que tenía unos de sus amigos de la infancia. Recorrimos varios destinos buscando los torneos de pesca deportiva, Vallarta para Marlin, Zihuatanejo para pez vela y diferentes especies. Salvo cuando iban en busca de tiburones en el golfo de México, no me llevaba, porque, en primera, era peligroso y no muy legal que digamos; en segunda, era pasar la noche en altamar y eso a mí me daba pánico, y, tercera, sólo iban hombres en el barco.

En esos viajes yo me quedaba con el resto de las novias, esposas o amantes de sus amigos, haciendo compras y cenando caras ensaladas en los mejores

restaurantes de la zona. No puedo negar que era algo impresionante, pero llegaba un momento en que tanto él como yo nos fastidiábamos de ese estilo de vida y regresábamos a México a comer en los mercados o buscar los mejores tacos y tortas.

La salud de Grace comenzó a deteriorarse a pasos agigantados y ya no regresó a Tuxtepec, entraba y salía de hospitales, y la acompañaba cuando podía. Era una viejita alta, rubia y de caderas grandes, pero la enfermedad le había hecho perder peso y cada vez se encorbaba más, siempre pegada a su tanque de oxígeno. Me quería mucho y muchas veces me dijo que le hubiera gustado tener una hija como yo, y no como Verónica, que apenas le hablaba y cuando se enteró que Rodrigo sería el único heredero, le vociferó que entonces se encargara de que alguien le avisara cuándo serían los servicios fúnebres. Eso acabo con la esperanza de reconciliarse con su hija y empeoró más su salud.

Grace murió una tarde de enero. Y desde la muerte de mi abuelo, no había sentido una pérdida. El dolor que Rodrigo padeció, lo padecí al igual que él. Nos consolábamos, yo le animaba todos los días, pero él cambió y no pude hacer nada para detener ese cambio.

La situación con mi familia continuaba igual, mi madre me reprochaba que llegara tarde, me decía que si iba a hacer una vida con él, tomara las cosas más en serio. Cuando Rodrigo y yo lo hablamos, él me sugirió irme a un departamento sola, debo decir que esperaba que me propusiera vivir juntos, pero no lo hizo. Busqué un departamento cerca del suyo, pero el alquiler era muy caro. Terminé rentando un departamento ubicado en la azotea de un edificio de la colonia Narvarte. Lo fui amueblando poco a poco, él me ayudaba a subir cosas o me visitaba a menudo, pero no lograba que se quedara conmigo.

Así que todos días me subía a mi auto, que Grace me había heredado, junto con una caja de seguridad en un banco que contenía muchas de sus joyas y un impresionante guardarropa.

Iba a la oficina, hacía las visitas correspondientes, iba a las comidas y de regreso a casa. Así, todos los días. Dejé de salir con mis sobrinos, pocos años menores que yo, ya no iba a reuniones familiares, incluso pasé, por primera vez, una Navidad lejos de mi familia.

La situación con mi hermana estaba congelada, ni para atrás, ni para adelante. Ella estaba con su marido y verla que se esmeraban en arreglar su matrimonio, me daba alegría.

En una ocasión llevamos ropa cobijas y alimentos a comunidades marginadas. Toda mi familia participó e invité a Rodrigo; mi hermana y su marido también irían y mi mamá nos advirtió que nos comportáramos, que nos uniéramos por una buena causa. No nos dijimos mucho, pero tampoco nos ofendimos y rebasamos esa barrera que nos habíamos puesto.

Empecé a ir de nuevo a las reuniones familiares, ya cruzábamos dos o tres palabras. Empezamos poco a poco a reacomodar las cosas y volví a acercarme a mi familia, pero las cosas con Rodrigo estaban estancadas, pensé que ya no había futuro, cuando le hablaba de mis deseos de casarme y formar una familia, él se molestaba, decía que no lo necesitábamos, él ya había pasado por eso y ya no quería “comer de ese queso”, tampoco quería hijos, la hija que tuvo fue un error en una borrachera, él aseguraba que no era buen padre y que sus padres lo había dejado traumatado.

— ¿Y yo? ¿Pretendes que yo me quede sin vivir esa experiencia?

—Los hijos lo complican todo, Valeria, ya no podríamos viajar como lo hacemos, ni salir a tomar algo.

—Pero si ya no lo hacemos Rodrigo, sólo trabajamos. ¿Cuántas veces te he dicho que vayamos a algún lugar? Quiero salir, trasnochar, pasar la noche juntos y despertar juntos, como cuando viajamos. Hacer un desayuno y pasar un fin de semana entero contigo. Quiero que vengas a misa y me escuches cantar. ¿Por qué te has vuelto así, tan cerrado?

—No sé, Valeria, pero ya no estoy para trasnochar, sabes que me gusta dormir temprano, sentirme fresco al otro día para ir a correr, esperarte a desayunar y trabajar. Sabes que tengo una obligación con mi hija y que los domingos son de ella, por eso no puedo ir a misa contigo.

—Rodrigo, tengo muchas inquietudes.

—Sigue estudiando, Valeria. Enfócate en terminar tu Universidad y no dejarla a medias.

—Lo estoy haciendo, sabes lo que me está costando hacer una licenciatura a distancia.

—Lo haces así porque quieres —me reprochó levantando la voz.

—Lo hago así porque no me siento a gusto entre un puñado de mocosos y no quiero que tú te sientas mal.

— ¡Eres imposible, no quiero hablar más!

— ¡Ése ese problema, Rodrigo, ya no hablamos!

Aquella noche, cuando volvía a mi apartamento, sola, con un tráfico impresionante en Viaducto, en mi Cavalier 96, hastiada. Me sentí molesta por la mujer en la que me estaba convirtiendo; tenía lo que quería, mi apartamento, mi coche, mi dinero, pero empecé a sentirme hueca. Algo me estaba faltando.

Giré para ver un auto que se emparejó al mío, me llamó la atención el ruido de su radio. Era un grupo de jóvenes, quizás todos de unos veinte años o menos; reían, traían cervezas en las manos, bailaban y, entonces, lo comprendí.

Mi vida estaba adelantada por décadas, quizá yo debería estar en ese grupo de jóvenes que salía por la noche y su mayor preocupación era el examen del día siguiente, no las rentas de apartamentos, ni aumentar las ventas y no equivocarte en una cotización o en el cálculo de potencia de un equipo; no querer una familia, pero, sobre todo, estar con alguien con quien crecer y compartir las mismas experiencias.

Rodrigo no quería casarse, ni tener hijos, no quería salir de antro. No quería cambiar en nada, ni siquiera para una posición sexual, no dormíamos juntos. Prefería que cada quien estuviera en su casa, que tuviéramos nuestra libertad, una libertad de una persona mayor. Me miré en el retrovisor. Mi cabello lucía muy corto, pegado con gel. Maquillaje cargado. Unas pocas líneas de expresión en los ojos, vi a una mujer de 30 años o más. Me entristecí, ya no era una jovencita. Aunque trataba de seguir la moda y ser una mujer de revista *Cosmopolitan*. Rodrigo me pedía que vistiera más seria y yo envidiaba a todas esas modelos. Muchas veces me imaginé modelando por las pasarelas, pero Rodrigo siempre dijo que esas mujeres eran huecas y putas... me bajaba de mi nube y seguía con mi realidad: ser la eterna novia de Rodrigo sin compromisos.

En los días siguientes me armé de valor y hablé.

—Quiero que hablemos, necesito pedirte un favor —le dije durante el desayuno.

—¿Qué quieres?

—Tengo una idea que ronda en mi cabeza, más bien es un deseo y si tú me ayudas a cumplirlo, sería más fácil.

—¿Qué deseas? —preguntó poniendo los ojos en blanco.

—¡Quiero modelar! —dije y me mordí el labio para calmar mis nervios.

—¿Qué! ¿Estás loca? ¿Cómo crees que voy apoyarte en eso?

—Tengo esa inquietud y aún soy joven, déjame experimentar, es sólo un trabajo.

—¿Cómo coños me pides eso? Eso es para las mujeres que no tienen cerebro, tú estás cursando una licenciatura, no eres de ese tipo de mujeres. Son putitas que se dejan coger por una posición, por dinero, o ¿qué? ¿Acaso te hace falta eso? ¿Quieres más dinero?

—¡No! ¿Por qué dices eso? No me lastimes, sólo que quiero saber de ese mundo.

—¡Pues conmigo no cuentes, yo no voy a tener una novia que se ande desnudando y posando para otros! —gritó.

—No me grites, por favor, no es nada malo, es un trabajo y no dejaré mis estudios, te lo prometo, pero necesito ayuda para pagarme una academia y hacerme un portafolio.

—¡Ah! Veo que hasta investigaste.

—Pues sí, poquito, y conocí a alguien aquella vez que salí con mis hermanas al centro nocturno.

—O sea que conociste a alguien y me lo dices ahora, ¿qué te ofreció?

—No lo malentiendas, sólo me dio una tarjeta, representaba al grupo que tocaba, pero me aseguró que podía pasar mi portafolio a una agencia importante.

—¿Sabes qué? olvídate de mí, si te atreves a hacer eso —vociferaba al dirigirse hacia la puerta.

Me coloqué frente a él.

—Déjame hacerlo, si no quieres ayudarme, está bien; ahorraré para pagarlo, pero no te enojés —dije, mientras en mis ojos se reflejaba una súplica.

—Eso no es para gente decente, ya te dije. No quiero eso para ti. No quiero que la gente te vea y me cuestionen, no me parece y se acabó esta discusión. Ya te dije que lo que pienso y no vas a prostituirte.

—¡No, no te vayas! Esto no se ha acabado —le dije en tono amenazante—. Voy a hacerlo con o sin tu ayuda. Pero lo haré, te guste o no, soy joven y no tenemos ningún compromiso, así que haré lo que me venga en gana. Si te parece que me voy a prostituir, pues es tu pensar y quédate con lo que quieras. Ya estoy hartándome y quiero vivir las cosas que me tocan vivir. ¡Quédate encerrado viendo tu televisor!

—¿Qué quieres, Valeria? ¿Quieres terminar? ¿Qué te deje libre para hacer puterías?

Le solté una bofetada y se abalanzó sobre mí; me agarró las muñecas y me sacudió.

— ¿Qué carajos haces? ¿Por qué me haces esto? Te he dado todo cuanto has necesitado. Mira cuánto has crecido, todo lo que tienes, ¿por qué lo hechas a perder?

—Porque quiero vivir la vida que tú ya viviste y en la que no quieres ser mi compañía. Si no avanzamos, ¿para que seguimos? Y ésta fue la última vez que me ofendes. No soy ninguna puta y lo sabes; voy a vivir lo que la vida me quiera presentar contigo o sin ti. Debo decirte que te he amado, pero no puedes ser tan egoísta y querer que sólo hagamos lo que tú quieres.

—Pues olvídate de mí y de mi apoyo, no cuentes conmigo, ni con mi dinero.

Eso me ofendió aún más. Me solté para poder llorar, tomé mi bolso, saqué las llaves del auto y se las arrojé. Se sorprendió, pero las agarró cuando casi se le estrellaban en el pecho. Los pendientes que me había dado Grace y su carísimo reloj, los dejé sobre la cantina.

—Nunca estuve contigo por las cosas que me diste, así que nada me llevo. Gracias.

Me apresuré para abrir la puerta, pero ahora fue él quien se puso entre la puerta y yo.

— ¿Por qué eres tan bruja? ¿Cómo puedes haberme hechizado de este modo y dejarme así?

—Déjame salir, no hay más que pueda decirte. Gracias. Mírame — le pedí—, si me quedo, ¿nos casaremos?

Rodrigo bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Entonces, déjame.

Lo empujé para que se quitara y salí. No hizo nada más por detenerme. Me lo imaginé como en las películas, corriendo atrás de mí hasta detener el ascensor, pero no fue así. Se terminó. Sin canciones de fondo, ni imágenes que pasan aprisa y resumen tu historia de amor... Bajé por el ascensor, salí a la calle y regresé a casa de mi madre.

Querida Amiga:

Cómo quisiera que esto que siento desapareciera, pero no puedo y ¿cómo hacerlo?, si la persona que amas cometió el error de descuidar los detalles básicos para mantener una relación. Cuando grita abre brechas por donde otro entra. Cuando uno me humilla, el otro me enaltece. ¿Cómo le haces ver eso?

Amiga, he estado con él, creciendo juntos, apoyándolo en cada momento. Hemos construido esta vida. He sido feliz construyéndola, pero nos descuidamos. Amasamos los bienes y atendimos la educación de nuestros hijos, pero descuidamos los pequeños detalles, esos por los que te enamoraste en un principio, las largas conversaciones, el sinnúmero de mensajes. Cómo añoro esas largas noches susurrándonos, mandándonos besos, cantándonos canciones.

Lo extraño amiga.

Y con él encuentro todas esas carencias. Revivo todo eso que tenía y más porque ha movido fibras en mi corazón que creí que nunca más tocarían. Amo cuando conversamos, sin ningún secreto. Ese compromiso por estar al pendiente de mí. Se ha convertido en mi mejor amigo y ahora no sólo temo perderlo como lo que es, temo perder a mi mejor amigo. Pero sé que no puedo tenerlo todo, estoy consciente que esto tiene que acabarse antes de que lastimemos a alguien...

CAPÍTULO 6

PASARELA

Rodrigo no me había vuelto a llamar, nunca pensé que nuestra relación se terminaría así. No lograba entender su posición, sabía que me quería y el sentimiento era mutuo. ¿Por qué ponerse así? ¿Por qué los hombres no ceden? ¿Es necesario ser tan obstinado? ¿Qué es lo que no les permite ver?

Tenía que seguir adelante y demostrar que podía sola, que no necesitaba su ayuda. Hablé con el chico que representa a varios artistas para que me presentara con los *hunters* de una reconocida agencia de modelos.

Temía que todas las cosas que se dicen del medio fueran ciertas, pero mis padres me apoyaban.

Ellos estaban por mudarse al Puerto de Veracruz, querían iniciar negocios por allá y quedarse a vivir. Me pidieron que me fuera con ellos, pero le pedí a mi mamá que me apoyara en este sueño, de cualquier forma los alcanzaría tarde o temprano, pero necesitaba contar con esa oportunidad. No estaba segura de dejarme sola, pero le prometí que estaría bien.

De nuevo me volvió a ver destrozada y eso le causaba un enorme dolor, qué más daría una madre por ver a sus hijos felices, pero ella bien sabía que esto terminaría tarde o temprano. Las madres lo saben todo, pero nos dejan tener nuestras propias experiencias y darnos contra la pared, para después estar a nuestro lado, lamiendo las heridas.

Tuve que mudarme de apartamento, no sabía cuánto tiempo me llevaría generar dinero. Mi mamá me ofreció quedarme en casa, mientras ellos estaban fuera, y hacerme cargo de administrar los dos apartamentos que construyó en la parte de arriba.

Antes, cuando estábamos todos los hermanos, era una gran casa de 7 habitaciones, pero a medida que se fueron casando, a mí madre se le ocurrió acondicionar 2 apartamentos en la parte de arriba en lo que eran antes nuestras recámaras y el taller de costura para ayudarse con los gastos, mientras mi papá arreglaba su jubilación en Estados Unidos. Yo me quedaría en la Planta baja, donde acondicionó 3 habitaciones, una gran sala, el comedor y la cocina.

Despedirme de mis padres fue muy difícil, aunque siempre tendría su bendición y prometieron venir tan seguido como pudieran, no dejaba de sentirme extraña, y no sólo yo, toda mi familia, mis hermanas y sobrinos. Todos los extrañaríamos. Pero ni modo, después de 40 años de casados, criando hijos y dándoles educación, por fin se habían animado a vivir una vida juntos y alejados de los problemas de los hijos. Y eso habría que valorarlo mucho.

Me sentía extraña al regresar a casa, acomodar las cosas que había traído de esa otra vida que viví. Ver de nuevo a mis vecinos, pero lo más extraño era regresar a casa y que mis padres ya no estuvieran ahí. La sentía enorme y fría. Dormía en la habitación nueva, porque la otra era la de mis padres y la que quedaba era de mi abuela, ya fallecida, y me daba miedo. Muchas noches me la pasé llorando, me sentía sola y temerosa. Estuve tentada de hablar con Rodrigo o con Gabriel. No podía dormir, sólo el sol borraba mis temores.

Después de varias semanas de ir a muchas agencias y dejar mi portafolio, me llamaron de una importante agencia, iría a un *casting* para una pasarela. Estaba muy emocionada, hasta daba brinquitos, aunque no era para tanto.

En el *casting* había otras 20 iguales a mí, con el mismo perfil, sólo que eran extranjeras, en su mayoría chicas argentinas. Las grandes casas de *casting* en México son de gente extranjera, sin embargo, pelean el lugar.

Nunca me había sentido tan frustrada y humillada. Me hicieron pararme frente un grupo de personas; el diseñador o cliente tenía ciertos requerimientos, nos pidió que camináramos, nos observó.

—Ahora quiero que se pongan el bañador —dijo de forma cortante.

Me quedé fría, giré para ver a las demás chicas, que con toda naturalidad se fueron hacia unas mamparas que había en ese salón. Yo me quedé petrificada, no recordaba que me hubieran dicho que iba a ser así.

—¿Qué esperas? —me dijo el director del *casting* con un tono golpeado.

—Disculpe, es que no fui avisada.

—Bueno, puedes usar tu ropa interior, no importa —me dijo, mientras con la mano indicaba que me fuera.

Pero me quedé ahí, de nuevo fría y sudorosa.

—Es que no sabía, yo no...

—¿Quieres o no participar? —me interrumpió, con su voz arrogante.

—Es que no sé si pueda.

—A ver, muchachita, esto es serio, es un trabajo donde se adquieren compromisos. Si no quieres participar, ahí está la puerta. Afuera hay otras más buscando una oportunidad.

Miré a todos lados, las demás chicas tenían una mirada arrogante, parecían disfrutar el que me estuvieran despedazando.

—Gracias.

Me di la vuelta y salí de ahí llorando. Caminé dos o tres calles aprisa. Me senté en la acera y solté por completo el llanto. ¿Pero qué carajos había hecho? ¿Por qué estaba ahí? ¿Cómo pueden las demás soportar esos tratos? Me sentí un vil pedazo de carne con lindas pestañas. Me golpeaba la cara contra mis rodillas. ¿Cómo podía ser tan vanidosa para creer que sería fácil dedicarme a eso? Necesitaba un abrazo, una palabra que me alentara y no tenía a nadie.

Mis padres no tenían teléfono en Veracruz, sólo se comunicaban de vez en cuando. Hablar con Rodrigo no, ¿para qué? Para que me dijera: “te lo dije”. Mis hermanas, tan inmersas en sus vidas, tampoco.

Llamé a Erin a su casa, pero supe que había regresado a vivir a México, me dijeron que le darían mi recado para que ella me devolviera la llamada. Llegué a casa y me tiré a llorar toda la noche.

Desperté como si me hubieran apaleado, era casi medio día. Tenía que tomar acciones. Primero iría al gimnasio, para estar más en forma; segunda, haría dieta, nunca me preocupé por hacerla, siempre pensé que estaba lo suficientemente delgada, pero, para este medio, no era suficiente y, tercera, seguiría repartiendo portafolios.

Hablé de nuevo con Luis, el agente, para pedirle más datos y me los dio con gusto. Le platiqué sobre mi primera experiencia en un *casting*, me dijo que no me desanimara, que aunque suele ser siempre así, uno termina acostumbrándose o retándolos, el problema es que son tan soberbios que no permiten que nadie les diga nada o simplemente no te dan trabajo.

Volví a intentarlo. Fui a una agencia que llevaba actores para comerciales. Me entrevisté con un tipo muy amable, hippie y bromista. Era el dueño de la casa de *casting*, mexicano por supuesto, tenía un gran equipo de reclutadores, pero ese día tuve la suerte de que él estuviera ahí y me invitó de inmediato a trabajar. Me habló de varios proyectos que llevaba y como era una cara nueva, seguro serviría de mucho. Me hizo una pequeña prueba de actuación, que pasé fácilmente y, aunque mi intención no era esa clase de trabajo, fue el que me empezó a dar dinero.

Comencé a trabajar como extra en algunos comerciales. Me parecía de lo más divertido y absurdo que te pagaran por cruzar la calle o mirar hacia un lado. Conocí actores, modelos, que me pasaron algunos datos para repartir mi portafolio. Pero la misma corriente, los mexicanos siempre lindos y amables y los extranjeros, muy engreídos, no compartían nada. Sé que no se puede juzgar a todos iguales, pero ¡qué pesados!

El tiempo de espera para grabar una sola escena en las filmaciones podía ser de horas. A veces el llamado era a las 5 de mañana y grababas hasta las 5 de la tarde, así que si en ese tiempo no me distraían, tomaba mis notas y estudiaba, pero no faltaba el cotilla que se acercaba para hacerte conversación y por no ser grosera, y porque me encantaba el chisme de los artistas, me distraía muy fácilmente. Terminaba la filmación a altas horas de la noche y a tomar el taxi a casa, es ahí cuando me decía: “¡Pero, qué babosa! ¿para qué regresé el auto? Yo y mi estúpido orgullo”.

A veces me llamaban para papeles secundarios en otros proyectos. Me olvidé un poquito de las pasarelas, mientras trataba sin éxito de adelgazar. Me di por vencida por un rato con el asunto del modelaje y seguí con este trabajo; no ganaba los miles, pero me ayudaba a mantenerme.

Un día, en la grabación de una telenovela donde trabajé casi por 2 meses, conocí a Raquel, una extrovertida chica. Exuberante y caderona, morena de grandes pechos, con quien hice clic de inmediato. Me habló de la agencia a la que pertenecía y aunque no era la típica modelo flaca, con ellos tenía mucho trabajo, en expos, ferias, convenciones y demás.

Me invitó a trabajar ahí y me llevó a una tipo academia de modelos, patrocinada por una importante marca de jeans. Me presentó con el coordinador y al fin de semana siguiente ya estaba en unas clases express de modelaje. Me causaba gracia imaginar lo que pensaría Rodrigo. Yo aquí aprendiendo a caminar, ¡qué gran ciencia! Pero cuando veía a las demás caminar como Bambi recién nacido, me burlaba de ellas, aunque cuando me tocaba pasar por delante de todos, también tropezaba. Raquel me ayudaba y, con su gracia para hacerlo, me animaba más.

Lalo, el coordinador y director, nos hacía ponernos las zapatillas más altas, con una cinta al frente y nada más, tenías que caminar con la candencia que nos exigía sin que saliera volando el zapato. Siempre pensé que sería fácil, pero era bastante complicado. Raquel y yo bromeábamos al respecto, decíamos que con esas zapatillas nuestros dedos se harían tan atléticos, que podrían jugar luchitas.

Lalo era un cabrón, ponía aceite sobre la pasarela, agua, jabón, todo... el reto era no perder el equilibrio, pero era inevitable ver cómo volaban las chicas al resbalar. Nos partíamos de risa.

La marca de jeans pagaba instructores, coreógrafos, maquillistas y fotógrafos, con la condición de hacer una pasarela al mes, donde desfilaban sólo los mejores alumnos, además tenían su grupo fijo de modelos, que abría y cerraba sus eventos. Yo me convertí en parte de ese grupo.

Es increíble la adrenalina que se siente, esos eventos se hacían en un famoso centro de espectáculos al norte de la ciudad, con capacidad hasta de 3,500 personas. Era emocionante. Las luces, la música y el bullicio de la gente hacían sentir bien a cualquiera.

— ¡Vamos, salgan! —nos gritaba Lalo, al tiempo que nos nalgueaba y besaba.

Me costó asimilar el ritual de Lalo, eso y cambiarte delante de quince personas en menos 5 minutos. Pero me olvidaba de la pena y salía a lucirme. Cuando el evento terminaba y salías de nuevo para recibir aplausos, sentías cómo tu cuerpo se esponjaba.

Y aunque la paga era mínima, lo hacía por el puro gusto de hacerlo y de sentir la vibra tan fuerte. Además, claro, por los tragos y la fiesta.

Comencé a vivir así. Entre semana una o dos filmaciones, *castings*, tal vez un evento de edecán, y los fines de semana salíamos desde el jueves hasta el domingo. Raquel era una niña rica, trabajaba por gusto y por berrinchuda. Su chofer nos llevaba de antro en antro o cuando teníamos que trabajar. Era la clásica chica que conocía a todos los cadeneros de todos los lugares y aunque llevaba dinero, nunca pagábamos, siempre había alguien a quien conociera y que terminaba invitándonos algo.

Mi vida empezó a ser todo fiesta, pero cuando llegaba a casa, seguía sintiéndome sola. No voy a negar que tuviera una fila de hombres con quienes me besaba. No más. Eran hombres de una noche y ésa era la regla que yo me ponía. Pero no sabía estar sola, una noche le pedí a Raquel que me llevara a casa de Rodrigo.

Toqué la puerta varias veces. Se asomó por la mirilla, pero no abrió.

—Valeria, ¿qué haces? ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

—Rodrigo, ábreme, por favor. Te necesito.

Cuando abrió la puerta, me abalance sobre él.

— ¿Qué haces, estás borracha?

—Calla, no digas nada, sé que me extrañas tanto como yo.

Volví a besarlo con desesperación, lo llevé a su recámara y él no dijo más. Tuvimos sexo como nunca y dormimos juntos.

Por la mañana, cuando abrí los ojos, él me observaba. Me sentí desorientada, me sentí mal. ¿Qué había hecho? ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo permitió?

—Buenos días —saludé avergonzada.

—Buenos días. ¿Se puede saber a qué vino todo esto?

—Te extrañaba y sé que tú también, sólo te di un empujoncito —dije con voz aniñada, mientras me escondía debajo de las sábanas.

—No puedes aparecerte así en mi casa y hacerme cometer locuras.

—Lo siento, si te parece locura... ¿Quieres que no lo vuelva a hacer?

— ¿Cómo que volverlo a hacer?

—Bueno, se me ocurrió que en nuestra relación estaba algo mal, no querías compromisos y yo he entendido, tampoco los quiero ahora. Podríamos ser amigos y pasarlo bien, como anoche. ¿Quieres?

Bajó las sábanas y descubrió mi cara. Me analizó.

— ¿Estás segura?

Asentí y le sonreí, él hizo lo mismo, sus ojos se alegraron.

—Eres el demonio, Valeria.

...

En realidad ya no volví a llamarlo y él lo hizo demasiado tarde, ¿por qué no lo hizo antes? no lo sé, él se lo perdió.

Al poco tiempo localicé a mi amigo Rafael, el que me volvía loquita en la secundaria, siempre nos tratamos como amigos y al irme a Toluca le perdí el rastro, pero encontré su teléfono en una vieja agenda y le llamé. Salimos muchas veces.

Cuando éramos jovencitos, más bien niños, nos hicimos la absurda promesa de que si a los 25 años no nos habíamos casado, él y yo tendríamos que ser esposos por antigüedad. Nos gustaban los mismos grupos de rock y compartíamos también nuestro gusto por la lectura, en esos tiempos andábamos alucinados con *El Lobo Estepario*, *El Loco* y, nuestro favorito, *El Perfume*.

Con él podía ser yo misma, le hablaba de Gabriel o de Rodrigo sin tapujos, me conocía muy bien, lo único que nos hacía falta para ser una pareja perfecta era acostarnos y salir como novios. Pero aunque desees estar con alguien, si no hay conexión física, no se puede. Los que nacen para ser hermanos, aunque se amen. Rafael se convirtió en un hombre importante en mi vida, por ser mi confidente y cómplice, por llenar ese vacío en mí. Estaba más feliz desde que lo había reencontrado, si tenía necesidad de estar con alguien, le llamaba y me quitaba de tentaciones.

Trabajar en este medio sí daba pie a lo que la gente piensa, es fácil perderse, si no tienes una buena orientación o una buena “conciencia”, para mí, Rafael lo era. A veces de forma discreta y otras abiertamente, las drogas, el sexo, el alcohol o el cigarro te son ofrecidos sin pudor.

En largas jornadas de trabajo se podía ver a los directores, camarógrafos, técnicos, actores, modelos pasarse sus tubitos de coca. Me impresionaba cómo de estar tronados de cansancio, de llevar horas grabando sin dormir, con una inhalada volvían a estar arriba. Muchas veces me ofrecieron y nunca acepté, y me veían como un ser extraño.

Me conformaba con mi café y mi cigarro, aunque el alcohol no me faltaba, como tampoco me faltaban las fiestas, ni los paseos. Raquel y yo guardábamos una regla: no tomar hasta perder el *glamour*. Ante todo la compostura, así que si una u otra comenzaba a ponerse más alegre de lo normal, cortábamos la fiesta. Eso lo hacíamos por dos razones, una, porque no era de damitas verse tan pérdida y, la otra, la más importante, cuidarnos de los idiotas, porque cuando eres modelo, abundan. Desgraciadamente te ponen la etiqueta de “ligerita” en la frente, así que debíamos tener cuidado.

Nos cuidábamos y nos corregíamos. Vivimos una temporada juntas, cuando tuvo una pelea con su madre y vino a vivir a mi casa. Yo tenía más cuidado con Raquel, ya que siempre se sentía gorda y tomaba medicamentos para perder el apetito. Ése es otro de los problemas que se ven en este medio: niñas flaquísimas sintiéndose gorditas. Mi querida amiga no era la excepción. La necesidad por competir por centímetros y la exigencia de toda la industria en sí, orillaba a las chicas a tomar cualquier cosa para estar en la talla adecuada y conseguir trabajo.

No puedo negar que me causaba trauma ser catalogada como “gordita”; la talla para pasarela era cero, tres o cinco, Raquel y yo éramos siete y por eso nos costaba más trabajar en pasarelas. Yo lo llevaba bien, pero Raquel no, odiaba su enorme trasero y sus voluptuosos pechos. Realmente estaba buena y yo la envidiaba, y ella a mí. ¡Qué ironías!

Era esa mezcla la que nos hacía prender fuego donde fuera. Luego se unieron al grupo dos amigas más: Sandy, una chica de tez muy morena, altísima y flaca, y Ariadna, una rubia con grandes pechos también. Juntas éramos candela pura. Y, como si no fuera demasiada variedad, a veces también salíamos con Lalo, un norteño con un hermoso rostro, alto, delgado, con cabello rizado, guapísimo, y Dany, un chico hermosísimo, y, por supuesto, ambos homosexuales.

Ellos nos servían de señuelo muchas veces, algunas para atraer y otras para alejar. Nosotras llevábamos a cabo la función de distraer, para que sus familias no notaran su orientación sexual.

Una noche fuimos invitados al *opening* de un antro en Polanco. La marca de jeans con la que trabajábamos era patrocinadora y teníamos una pasarela ahí. El lugar era proyectado como el más grande y lujoso, sólo la gente con mucho dinero entraría.

Fue un evento espectacular, fueron artistas, cantantes, políticos, entre ellos los hijitos malcriados del presidente regente. La pasamos muy bien. Terminada la pasarela, la jefa de relaciones públicas del lugar nos invitó a la zona VIP, nos presentó con el dueño y, claro, nuestra función era adornar su mesa. El señor, al verme, de inmediato me invitó a sentarme a su lado, yo accedí sin vergüenza.

Tomé asiento, crucé mis piernas para no enseñar nada con ese atuendo que Lalo nos hizo ponernos: un vestidito de tela de charol en color beige y corte *halter* con la espalda descubierta.

Me preguntó qué quería tomar, le indiqué que un vodka tonic. Comenzó a ponerse “encantador”. Me causó cierta repulsión, era mayor, pero no feo, sin embargo, odié su olor. Me asqueaban los perfumes con olor a viejito: ese olor seco, dulzón, a madera. Él notó mi incomodidad y me puso los ojos en blanco.

— ¿Te estoy molestando?

—No, tengo calor. Voy al sanitario. ¿Me permites?

Al tiempo que me levanté, él se levantó conmigo, para ayudarme a pasar. Me tomó por la cintura y, enseguida, ergui la espalda, cuando giré para salir del privado, choqué contra alguien.

— ¡Perdón! —me disculpé, sin levantar la cabeza.

—No hay por qué, Valeria.

Giré para verlo, su voz me volvió a erizar la piel.

— ¡José!

—Te vi desde hace rato, pero no pensé que fueras tú —dijo con una gran sonrisa.

— ¡Qué sorpresa encontrarte!

El dueño del lugar se acercó un poco intrigado. Nos miró consternado.

—Es una amiga mía —le aseguró José.

El señor puso cara de derrota.

—Veo que has conocido a uno de mis socios —me dijo sonriendo, luego volteó a ver al hombre—, ¿no habrás querido conquistar a mi amiga, verdad, Alejandro?

— ¿Y cómo no, Josecito? Mira nada más.

—Bueno, pues es mía, con permiso.

José me agarró por la cintura y me llevó hacia el área lounge. Nos sentamos en unas sillas altas y pedimos algo para tomar. Me miró y sonrió, con esa sonrisa que me ponía nerviosa.

— ¿En dónde has estado? ¿Por qué no me llamaste? —me preguntó con sus labios casi pegados a mi oreja.

— ¿Perdón, yo tenía que llamarte?

—Claro, ¿cómo iba a saber que te interesaba, si no me llamabas?

Me acomodé en el asiento y giré la cabeza para mirar el lugar.

— ¿No es así? ¿Debí hacerlo yo?

— ¿Cómo iba yo a saber que estabas interesado? —respondí con sarcasmo.

—Creo que lo dejé claro o ¿no?

— ¡No llamaste en dos años! o más, no lo recuerdo.

—Me disculpo por aguantarme las ganas, además, si bien recuerdo, tú me pediste tiempo.

—Sí, es verdad. ¿Pero tanto? Bueno, pues qué gusto encontrarte.

—El gusto es mío, mira qué hermosa te has puesto, ¿cuántos años tienes ahora?

—Tengo 20, ¿te parecen bien? ¿O te sigo pareciendo una niña? —le pregunté entre risas.

—Siempre me parecerás una hermosa niña, pero estás hecha una belleza de mujer. Cuéntame, ¿qué has hecho? ¿qué andas haciendo por aquí?

—Vengo con un grupo de amigos estuvimos en la pasarela, por si no lo notaste.

— ¿Modelas? ¿Y tus estudios?

—Estudio una licenciatura a distancia en administración. Pero me he retrasado poquito, por el trabajo.

—No lo dejes, esto algún día se acaba.

—Sí, lo sé, y entré demasiado tarde, tengo que aprovechar.

—Es correcto, y el novio ¿cómo le hace para no ponerse celoso?

—No tengo un novio, José —contesté riéndome.

— ¿Entonces varios?

— ¡No! Nadie.

— ¿Y cómo es eso?

—Después de esa relación que te conté, pasé por otra aún más complicada, con un hombre de tu edad, por cierto. Terminamos hace un par de meses.

—Pues qué pena, si era de mi edad, fue muy idiota al dejarte ir.

—Sí, algo así. Parecido a ti.

— ¿A mí? —me preguntó con un guiño.

— ¡No! me refiero a que desapareciste y también me dejaste ir.

— ¡Oh! Eso se soluciona ahora.

— ¿Y tú?

—La verdad, regresé con mi esposa —dijo alzando la ceja.

Yo también levanté las cejas.

— ¡No, qué va! Es broma.

— ¡Qué gracioso eres! —le dije y torcí la boca.

—La verdad es que sí lo intentamos mucho tiempo, ésa es otra de las razones por las que no te llamé, me disculpo, pero al final no funcionó. Llevamos casi 7 meses separados. Y yo ando libre, sin novia, por si te interesa.

—Si serás cabrón —le dije con una amplia sonrisa—. Oye, debo volver, mis amigos estarán buscándome. Y, a todo esto, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo es que eres socio?

—Soy socio minoritario, mi compañía les hizo toda la cristalería y las botellas. Alejandro es un buen amigo.

—Ok, que gusto ¿regresamos?

—Claro, preciosa.

Entramos de nuevo al bullicio y la música, mis amigos me vieron y comenzaron a llamarme. Raquel, casi fúrica, comenzó a reñirme.

—Babosa, ¿por qué te vas sin avisarme?

—Perdón, no te vi.

—Ya me veía dando testimonio a los policías, sabrá Dios con qué loco te encontraste.

José estaba detrás de mí y no alcanzaba a oír con el ruido, pero Raquel casi lo fusila con la mirada. La tranquilicé y le expliqué quién era. Enseguida lo comprendió, y ya tenía antecedentes de él. Le esbozo una hipócrita sonrisa y nos dejó.

Nos pusimos a bailar en el barandal del privado. José, un poco torpe, se puso detrás de mí para protegerme de los que pasaban. Yo tenía un problema que, a veces, me parecía grave: bailaba demasiado sensual. Pero ese día no me importó. Sentí a José detrás de mí y bailé con más candencia, moviendo más las caderas. Él se pegó más a mí y me besaba el cuello. Levanté los brazos y lo agarré por la nuca. Él se agarró del barandal aprisionándose. Bailamos. Hasta que me giró para besarme empujando su cadera contra mí, noté su bulto. Me levantó la pierna y yo estaba temblando. Lo aparté de mí.

— ¿Qué pasa, nena? ¿No quieres? —me susurró al oído.

—Sí.

—Entonces, ¿nos vamos?

—Sí.

Enseguida le tronó los dedos y el camarero le atendió.

—Dile al señor Alejandro que me voy.

Miré a Raquel y la llamé para explicarle que me iba con él.

— ¡Valeria, con cuidado!

—Sí, nena, lo tendré, nos vemos en casa.

Mis amigos empezaron a burlarse y hacer ademanes grotescos. Balanceándose. Yo sólo levanté el dedo medio.

Amanecí en la suite de un lujoso hotel, de la calle de Campos Eliseos. Me froté los ojos y lo vi parado frente a un gran ventanal, admirando la preciosa vista al Bosque de Chapultepec, con su bata blanca y un café en la mano. Me levanté despacio y me miró enseguida. Con la mirada coqueta, se acercó sigiloso, se sentó en la cama y me ofreció café.

—Te ves hermosa cuando duermes.

—Eso no es cierto. Es un cumplido muy trillado —dije entre risas.

—Bueno, preciosa, sí lo eres.

—No me digas nada, me avergüenza.

— ¿Qué te avergüenza? ¿Qué te lo diga? ¿O estar aquí?

—Ambas.

—Pues sepa usted que a mí nada y, al contrario, quiero que se repita.

Me quitó el café de las manos, me besó y se metió de nuevo a la cama.

—José, no quiero sonar tonta, pero quiero que me dejes claro qué es lo que quieres.

—Pasarla tan bien como anoche y repetirlo cuantas veces sea necesario.

—Ok. ¿Nada más?

Resopló, me besó la frente y se levantó.

—No quiero ponerle una etiqueta a esto, no puedo pedirte más de lo yo tampoco te pueda dar. No estoy en edad, ni en el momento para decirte que seamos novios. Pero te prometo que si me quieres ver y, en definitiva, yo te quiero ver, pues hagamos que funcione. Y vemos más adelante qué pasa.

—Ajá, ok. Bueno, ahora me toca a mí. Sí, es cierto, no estamos en condiciones, recién dejamos a nuestras parejas y es pronto para pensar en algo. Sí, me gustas y la próxima vez que quieras verme, no te aguantas las ganas y no esperes que sea yo la que te llame.

—Preciosa, sabes que viajo mucho y quiero volverte a ver. Prometo hablarte, pero hazme sentir también que te interesa salir conmigo. Háblame tú también. Y así todos felices, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Jacuzzi o desayuno primero?

—¡Desayuno!

—¿Bajamos o nos quedamos? —me preguntó con su encantadora sonrisa.

—Obvio, nos quedamos.

Pasamos una maravillosa mañana, fuimos a un centro comercial y compré ropa cómoda para los dos y dimos un paseo por el lago de Chapultepec. Nos alcanzó la tarde sentados hablando de sus mil conquistas cuando era joven, me hacía gracia su cinismo.

Desde aquella noche, salimos con más frecuencia. Algunas veces con sus amigos, muchos otras solos. Las noches siempre terminaban en el mismo lugar: en esa habitación de ese lujoso hotel. Nunca tuvo prisa por irse y eso yo lo valoraba. Pero nuestra relación era así, nos veíamos, la pasamos bien y al siguiente día, cada quien a lo suyo. No había mensajes, ni llamadas.

Yo hablaba mucho con Rafael, y le compartía mi sentir. Si bien yo había aceptado las cosas así, después de meses de seguir viéndolo mi corazón no estaba respetando el trato.

—Habla con él, ¿por qué no le dices lo que sientes?

—No. Rafael, no es así. No quiero verme vulnerable, eso me haría parecer inmadura.

—Valeria, tienes 20 años y no creo que la palabra madurez pueda definirte, y no porque no lo seas, pero tienes muchas cosas que aprender y estás en tu derecho de parecer inmadura. Si no vas a decirle, mejor hazte a un lado antes de que empieces a lastimarte tú misma.

—No sé por qué me tengo que poner tan tonta, por qué no puedo ser más fría, pasarla bien y ya.

—Porque tienes corazón, tontita —me dijo acariciando mi mejilla—. Eres una gran chica, pero debes aprender a no darle tu corazón a cualquiera.

—Ojalá fuera tan fácil, ojalá fuera fácil hablar con él, como lo hago contigo. Sin vergüenza, sin titubear. Pero lo veo y me vuelvo estúpida. No debería.

—Bueno, nena, conmigo lo hablas porque tenemos un algo que nos hace ser así. Estoy seguro de que lo harás bien. Mira, te propongo algo, la próxima vez que se vean, díselo cuando esté más vulnerable y eso, querida amiga, es terminando de hacer sus cositas. Si te responde bien, te sentirás mucho mejor, pero si el muy imbécil te contesta mal, entonces te levantas de ahí, te disculpas por haberlo puesto incómodo y te retiras. Me llamas, voy por ti, nos emborrachamos y nos pasamos la noche maldiciéndolo al pendejo. ¿Cómo ves?

—Qué buena solución me propones, ¡qué tonto eres!

—¿Qué? Te estoy dando una buena alternativa para que no te sientas mal, si se pone estúpido.

—Sale, lo haré. Gracias por estar conmigo, no sé qué haría sin ti.

—Yo sí.

—¿Tú sí qué?

—Yo sí sé lo que haría sin ti. Sería muy aburrido, tú me das esa chispa. Por eso te adoro —me dijo cerrándome un ojo.

Guardé los consejos de Rafael en mi mente, mi mejor amigo sólo quería verme feliz, pero hablarle a José de mis sentimientos no me agradaba, temía sentirme sola y rechazada. Me había reservado el dolor para cuando fuera necesario sacarlo.

Raquel estaba por dejarme. Sus padres la enviarían a estudiar a Madrid y me dejaría sola. Durante todo el tiempo que vivimos juntas, nos hicimos como

hermanas, me partió el corazón cuando ella, emocionada, me confesaba que por fin sus padres habían accedido a pagarle la carrera que quería: diseño de modas, pero tendría que irse a Madrid, la ciudad natal de su abuela. Ese fue otro golpe para mi corazoncito, por supuesto que le deseé suerte. Aprendí muchas cosas de ella, me enseñó a vestirme, a divertirme. Me enseñó a dejarme ir. Y ella se llevó mucho de mí, como amar a su familia, por ejemplo. Con mí arraigada costumbre por la unión familiar. Pase lo que pase, ella aprendió a escuchar y a respetar a su familia. Se reconcilió con sus padres y volvieron apoyarla, eso la había llevado a irse al viejo continente.

Pasamos casi un mes en fiestas de despedida. Y en cada despedida, llorábamos. Ella se fue pasando el nuevo milenio. Pasamos la última noche de los noventa en casa de mis padres, en Veracruz, vimos el amanecer del año 2000 en la playa. Días después la despedí en el aeropuerto.

...

Seguí trabajando, aunque con menos frecuencia, en esta industria si eres cara nueva, te ponen hasta en la sopa, pero estaba dejando de ser fresca y tenía que empezar a buscar otras opciones. Los pagos se atrasaban y empezaba a sentir que no podía. Había meses muy buenos, cuando salía un buen comercial, con buena difusión, pero otro mes nada, otro mes poco y así.

Mi amiga Ariadna había conseguido trabajo como recepcionista en un restaurante, me dijo que la paga era buena y sólo era medio tiempo. Me ayudaría con mis gastos y podría seguir asistiendo a los *castings* y a algunos trabajos más.

Me entrevistaron y me quedé. El restaurante era famoso por tres cosas: caro, cortes de carne y modelos que atendían. En un principio me ofrecieron el comedor, donde se ganaban buenas propinas, pero sólo acepté quedarme en la recepción. Esa decisión la quise compartir con José. Le hablé para pedirle que nos viéramos.

— ¿Por qué quieres hacer eso?

— Bueno, el trabajo ha bajado y no estoy bien económicamente.

— Y ¿por qué no me lo habías dicho?, ¿te puedo ayudar en algo?

— No, no, ni se te ocurra, no te lo estoy diciendo por eso. Sólo comparto contigo lo que me pasa, pero así estamos cómodos y no quisiera estropearlo hablando de los males.

— Pero si son males, hay que remediarlos. ¿Por qué no me lo habías dicho?

— Porque son mis males, no los tuyos, apenas si puedo compartir mis sentimientos contigo.

— ¿Tus sentimientos?

— Sí, mis sentimientos. Los oculto cuando te veo.

— ¿Por qué haces eso? ¿Qué es lo que te pasa?

— Pasa que mi corazón no ha respetado el trato de sólo pasarlo bien y he terminado sintiendo algo por ti.

Su cara reflejó mi temor, lo había dicho y él parecía espantado. Se quedó mudo.

— ¿No me dices nada?

Permaneció en silencio, con la cabeza agachada.

— Bien.

Me levanté de la cama, pero tiró de mí y me hizo sentar.

— Disculpame, no comprendía por qué tendría que haber un sentimiento naciendo de ti, cuando habíamos dejado claro lo que tenemos.

— Pues sí, ése fue el trato, pero ya no. Esto me pasó y tampoco entiendo por qué. No quería decírtelo por miedo a que reaccionaras así y no me equivoqué.

— No, preciosa, mírame.

Me tomó la cara con sus manos y se puso de rodillas sobre la cama.

— Esto que acabas de decirme haría afortunado a cualquier hombre, eres hermosa, inteligente y tienes un gran corazón, y a mí me ha sorprendido. Pero yo apenas vivo en libertad, la he aprendido a valorar y tú mereces alguien mejor que yo. Alguien que esté listo a volver a estar por completo con alguien.

—Tienes razón, sé que merezco a alguien más, pero es a ti a quien quiero en este momento. Pero no te preocupes, ya se me pasará. No te aflijas y no te sorprendas. Ha sido muy rico pasarla contigo.

Lo besé y me levanté, pero él no me soltó.

—No te vayas, quédate esta noche.

Y nos envolvimos entre las sábanas de nuevo, pero en esa ocasión él se portó más tierno y delicado. A media noche me levanté, me vestí e hice lo que nunca en mi vida, tomé dinero de su cartera y me fui.

Llamé a Rafael, que estaba de fiesta con sus amigos y apenas si me escuchaba.

—Raf, pasó lo que dijiste, necesito verte, por favor. ¿Dónde estás?

—Estoy en el *After*, en la Condesa, ¿dónde estás?

—Estoy en Polanco. Voy para allá, ¿me esperas?

—Sí, pero apúrate o me encontrarás tirado.

Abordé un taxi afuera del hotel y cuando llegué al lugar, lo encontré con la camisa desabotonada y haciendo desfiguros en la pista de baile. Me vio me tomó entre sus brazos, me levantó y comenzó a cantarme. No lo había visto así en todos años que tenía de conocerlo.

Rafael me cantaba: “*Tú sabes que yo me muero por ti, mi vida; yo me muero por ti, mi amor, que necesito respiración de boca a boca, porque en tu boca nació mi dolor*”. Una canción de La Cuca un grupo de rock mexicano que a ambos nos gustaba. Me quedé extrañada, me preguntaba si la cantaba porque sí o estaba tratando de decirme algo. Me sonreía, le daba un trago a su vaso y me hacía bailar con él. Yo estaba riéndome de todas sus payasadas. Se mordía el labio y me hacía guiños.

—Estás como loquito hoy, se supone que debería estar llorando en tus brazos y no bailando.

Me tapó la boca con el dedo.

—Sólo baila.

Me hacía rodear su cuello con mis brazos. Me tomaba de las caderas y me hacía bailar.

— ¡Raf! No tengo humor para bailar. ¡Para ya! —le grité riéndome.

Lo tomé de la mano y lo saqué de la pista, pero él prácticamente venía cayendo.

— ¡Rafa! No me jodas, no puedo contigo.

—Tú nunca puedes conmigo, ¿por qué? —hablaba arrastrando las palabras.

— ¿Sabes qué? vámonos, ¿trajiste tu coche? Te llevo a casa.

—Nop, a la tuya. Mi casa nop.

—Genial —le puse los ojos en blanco.

Miré a uno de sus amigos y le pedí ayuda, pero estaba igual de bruto. Llamé a un camarero y metí las manos en sus bolsillos para buscar las llaves.

—Quieta, abusadora.

—Cállate, idiota, ¿dónde están las llaves?

Me señalaba su entrepierna.

—Ya, baboso, en serio.

Metí la mano hasta el fondo y sí, ahí estaban.

Pedí su auto y el camarero, riéndose de mi pericia para treparlo, sólo me deseó “suerte con mi novio”.

— ¡Brincos diera el idiota! —grité.

Conduje hasta mi casa, con un bulto mudo de acompañante, llegué abrí la puerta del garaje y metí su auto. Un Nissan Tsuru que acaba de comprarse. Baje y abrí su puerta, tiraba de él.

— ¡Ash! Ayúdame —le grité.

Pero él apenas abría los ojos. Me dije a mí misma: “¡Bah! Déjalo ahí, nadie se lo robará”.

Me metí a la casa. Me quite las zapatillas, los jeans y me puse un pants y mis pantuflas, pero me compadecí de él y salí.

Empecé a abofetearlo de manera suave.

— ¡Hey! Tú, idiota, despierta.

Nada. Se me ocurrió otra cosa. Me monté sobre él abriendo las piernas.

— ¡Hey! Mira esto.

Me levanté la blusa para enseñarle los pechos.

— ¡Ah! No te despiertas, ¿eh? —le dije mientras me reía.

Comencé a besarlo brutaemente como en las telenovelas. Nada. Caso perdido. Arriesgándome más, pero botada de risa por la travesura que haría, lo cogí del pene, pero de inmediato lo solté, aun así no reaccionaba. Me empecé a preocupar. Lo volví a agarrar del mismo lugar y ahora lo besaba riéndome de él.

—Si serás cabrona —al fin contestó siseando.

Enseguida lo solté. Me partía de risa.

— ¡Anda, ya, párate! No puedo levantarte.

Lo ayudé a salir y se apoyó en mi hombro. Me baluceaba cosas sin sentido. Lo dejé en mi recámara, le quité los zapatos, el cinturón, le desabroché el pantalón, le di un beso y lo deje ahí. Me fui a dormir.

Unas horas después escuché el grifo de la ducha.

— ¿Rafa estás bien? —le pregunté, mientras me asomaba, y lo vi ahí vestido mojándose—, ¿qué estás haciendo, tonto?

—Ven.

—No qué ven, ni que la chingada. ¿Por qué no te quitaste la ropa?

—Ven.

— ¡No!

—Ayúdame, no puedo.

Me dio ternura y gracia verlo todo mojado. Me acerqué para cerrar el grifo. Pero tiró de mí para agarrarme de la cintura y besarme. No me soltaba y yo no sabía si reírme o enojarme. Le daba golpecitos en el pecho y los hombros. Pero me hizo recordar qué bien se sentía besarlo. Era lo más a lo que habíamos llegado, pero ahora era divertido y estábamos los dos en la ducha, mojándonos. Al recordar lo que José acaba de decirme, lo dejé.

Fue difícil quitarse la ropa, pero lo hicimos arrebatadamente. Sin pensar. Pero por más que él se esmeró. No logré llegar al orgasmo... No podía. Nos tendimos un buen rato en la cama y nos besamos. Volvimos a entender que no estábamos hechos para estar así, pero no me sentí avergonzada, aunque él sí, pero si trataba de hablar, yo lo callaba con un beso.

—No digas nada. Me he divertido con este arrebato. Si quieres lo haremos de nuevo, pero después, ¿sí?

—Eso seguro. Me embriagué pensando que tú le estarías declarando tu amor a ese cabrón. Y a mí, que estoy aquí escuchándote, siempre me has negado ese sentimiento.

— ¡No! Eso no es así, Rafael, te quiero, te adoro. Pero tú y yo tenemos tantas confesiones... Tú mismo me has dicho que no podrías con ellas. Te quiero, pero como amigo, pero si quieres que lo intentemos, lo haremos.

—No podría y eso es lo que me da rabia; te amo en verdad, pero no tolero que salgas con alguien más, pero luego me pregunto quién soy yo para impedírtelo, si sabes bien que me gustan las mujeres y que si encuentro a una que me guste, me la tiro. Con qué derecho te diría quédate conmigo, si soy así y no podría faltarte al respeto de esa manera.

—Pues olvidemos que esto pasó y sigamos siendo amigos. No me vayas a dejar ahora que te necesito.

La luz del sol nos despertó. En casi 5 años de conocerlo era la primera vez que dormíamos juntos y la primera vez que hacíamos el amor. O eso intentamos hacer, bueno, no se puede todo en esta vida.

Me sentía triste, se me habían juntado todos los sentimientos, José no me quería, Rafael me quería, pero no me prometía ser fiel. Raquel se había ido.

En las últimas noches, en cuanto salía del restaurante me iba con Ariadna de fiesta. Todos los días. Llegaba casi de mañana, me dormía todo el día; ya no había estudiado, ya no iba a los *castings*. No sabía para dónde iba mi vida. Me estaba cansando. Me divertía sólo si salíamos.

Aceptamos varios viajes de tipos que ni nos importaban. Ariadna era muy audaz cuando se trataba de persuadir a un hombre, me asombraba su capacidad de envolverlos y tenerlos comiendo de su mano. Pero aunque ella se sentía muy cabrona, no lo era, estaba como yo, esperando que un día apareciera el verdadero amor.

Una noche me encontré con un actor con quien había trabajado en un comercial, estaba en el bar, iba bien vestido, parecía un hombre elegante. Era mayor, de cabello cano, grandes ojos cafés y pestañas enormes, se llamaba Rommel, nos reconocimos y hablábamos mucho del trabajo, de la familia. Tomamos mucho y no sé qué pasaba por mi mente, pero le pedí me sacara de ese lugar. Me caía bien y era cortés. Me fui con él a su departamento y después de tener buen sexo, y hablar durante toda la noche, me dejó en mi casa. Sí, nos dimos nuestros teléfonos, pero no le llamaría.

Estaba en modo zombi, mis días pasaban rápido, pero yo no me daba cuenta de eso. Era como si llevara un ritmo lento y los demás corrieran a mi lado. Hacía las cosas por inercia. Quería hablar con José, pero su secretaria siempre me decía que estaba en junta o de viaje.

Rafael acababa de tomar una nueva posición en la compañía de teléfonos en la que trabajaba y no había atendido mis llamadas. Cuando me respondía los mensajes y yo estaba ocupada, dejaba mensajes en mi buzón de voz diciéndome que me quería, que no lo olvidara. Eso más me hería.

Un mañana me tocó trabajar de día en el restaurante y el olor de la carne y la lejía que usaban para lavar los pisos me causó tan repulsión que me la pasé vomitando toda la mañana. Mi jefe me hizo regresar a casa y así me la pasé por una semana. De momentos mejoraba, pero parecía que esa infección no cedía.

Me fui al doctor. Después de una semana de vómito estaba más demacrada y flaca. El doctor me mandó a hacer estudios. Me estaba empezando a espantar.

Cuando salí del laboratorio, abrí el sobre de mi química sanguínea. No le entendía mucho, pero sabía que los parámetros estaban fuera, padecía de anemia y en la hoja de atrás se leía una leyenda:

BETA GONADOTROPINA CORIONICA CUALIT----- ---POSITIVO

Querida amiga:

Si se han perdido los detalles, no es por una sola persona, hay que asumir que también tú te has equivocado. Y aunque sabemos que te has desvivido por brindarle atención, quizás no te has detenido a preguntarle qué es lo que necesita de ti. Haz un acto de amabilidad, ayúdale a ordenar sus cuentas; cuando lo veas cargado de trabajo, prepárale un té; siéntate a su lado y pregunta si necesita tu ayuda.

Y de la misma forma, cuando estés ocupada con los deberes de la casa, o trabajando en ese proyecto tuyo, y lo veas llegar, recíbelo como antes, cuando eran recién casados y corrías a colgarte de él. Hazlo, dile cuánto lo extrañaste y, si puedes, cómprale algo, un pastelito, un postre o algo que le guste y ponle una notita: "Estuve pensando en ti".

Querida amiga, date la oportunidad de arreglar las cosas, y cuando hayas dado hasta la última gota de sangre para que esto funcione, pero sea imposible. Entonces sí, siéntete libre para hacer tu vida con esa persona que quieres y vete con él, estarás libre de remordimientos porque luchaste hasta el último momento y, entonces, sé feliz.

¿Qué era eso que estaba viendo? No podía ser, ¿por qué? ¿Cómo pasó? Mi cabeza iba a estallar. El vómito regresó y no lo pude contener. Temblaba. Me estaba ahogando. Mis piernas no respondían. Sentía que me desmayaría, todo me daba vueltas. Caminé deteniéndome de las paredes, vi una banca en la cuadra de enfrente, en el parque. Cruzé la calle con dificultad. Me senté tratando de controlar mi respiración para que no regresara el vómito.

Detente, respira, Valeria, piensa. ¿Cómo llegaste hasta aquí? José. Tuvo que ser él. Cómo pude ser tan idiota. Algo salió mal y no me di cuenta. ¡Dios mío, no! Cuántas veces deseé que esto pasara con Rodrigo, ¿por qué ahora? ¿Por qué así? ¿Rafael? No, él no. ¿Qué día es hoy? Estuve con los dos esa noche, pero no, no pudo ser él. ¿Qué día es hoy? ¿Cuánto tiempo pasó? ¡Idiota! ¡El tipo del bar! ¡No! De ninguna manera. Me cuidé. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? Soy la peor persona del mundo. Estoy hecha un desastre y traer un bebé a esta vida desordenada. ¿Cómo voy a mantenerlo? Piensa, Valeria, ¿en qué momento pasó?

Subí las rodillas a la banca y me acuné, no pude evitar las lágrimas. Algo crecía en mi vientre y ni siquiera estaba cerca de ser algo bueno para él. Había tomado decisiones equivocadas, me había aventurado sin pensar en nadie más. Había querido vivir todo eso, pero el bebé no tenía la culpa de estar ahí en ese momento. No podía hacerle daño, iba contra mis principios. Cuánto tiempo lo había deseado, fuera como fuera y lo que fuera, tenía que salir adelante.

No me importaba de quién fuera y no me importaba cuánto debía pasar por él. Lo tendría. Solicitaría mi cambio al comedor, para ganar propinas. Trabajaría más. Me pondría en marcha con los estudios. Estaríamos bien. Mi familia me apoyaría, era un hecho. ¿Tener papá? no sería necesario. Yo me ocuparía, pero necesitaba a alguien que me ayudara a pensar qué debía hacer. ¿A quién podía acudir? Esperaría al domingo para hablar con mi mamá, sólo ella me brindaría el mejor consejo. Por lo pronto, me iría a casa, tomaría un baño y me relajaría. Al día siguiente, antes de ir al trabajo, pasaría con el doctor.

—Estaremos bien, bebé. Verás que sí. No seré la mejor madre, pero tendrás una —dije tocándome el vientre—. Levántate, Valeria. Límpiame las lágrimas, eso le hace mal. Hay que seguir adelante.

Esta noche no logré dormir, sólo le daba vueltas a mis pensamientos. Era una semana de diferencia entre ambos. Algo había fallado y no sabía en qué momento había pasado. ¿A quién le debía decir? si es que quisieran saberlo. Empezaría por quien sí me quería. Y quien lo sabía todo. Puse algo de música clásica, Ennio Morricone y Mozart. Por fin me dormí.

Desperté de nuevo con vómito y una sensación de miedo se apoderó de mí. Temblaba de nuevo. Amanecer sabiendo que tenía que enfrentarme a esta situación sola no era para nada agradable. Tomé el teléfono, era muy temprano, seguro lo encontraba aún en casa.

—Hola, Raf.

—Hola, mujer ¿Qué pasa, te caíste de la cama?

—Sí, algo me hizo levantarme.

—Ok, ¿estás bien?

—Más o menos, qué bueno que por fin te encuentro.

—Es sábado, Valeria ¿No saliste anoche?

—No, he estado de incapacidad.

—¿Y eso por qué? ¿Estás enferma?

—Sí, un poco. Oye, Rafa, ¿tendrás tiempo para vernos? Tengo el turno de la noche, entro hasta las 5 ¿Podríamos desayunar?

—¿Te urge mucho? Hoy no pensaba salir.

—¿Crees que te hablaría a las siete de la mañana, en sábado, si no me urgiera, babas?

—Ok, ya te entendí. ¿Dónde te veo?

—Pasa por mí, ¿sí?

—Ok, a las 10 estoy ahí.

—Gracias, querido.

Me bañé, me intenté lavar los dientes, pero vomité dos veces más. Me volví a lavar los dientes. Me puse unos jeans, camiseta y sandalias, me recogí el cabello y traté de verme lo mejor que podía. Estaba temblando, tenía frío, no sé si era por la descompensación o por los nervios de confesarle a mi mejor amigo que estaba embarazada y que, quizás, él era el padre. Tenía miedo de su reacción, pero lo que más temía era perderlo.

Puntal, a las 10, tocó el claxon, salí, le di un beso en la mejilla, aunque él se giró para dármelo en la boca. Yo sólo apreté los labios y tragué saliva.

— ¡Qué cara traes, querida!, estás pálida, sí que has estado mal. ¿Qué te pasó?

—Vomito todos los días.

— ¿Y ya fuiste al doctor?

—Ya, me mandó a hacer estudios, ayer me los entregaron.

— ¿Y qué fue?

—Hoy tengo cita, esperaba que me acompañaras.

— ¿A qué hora es tu cita?

—A las 2.

—Pues no tengo nada que hacer. ¿A dónde vamos? ¿Qué quieres desayunar?

—Algo muy ligero.

—Ya veo.

Tomamos un té en una cafetería y pedí un poco de fruta. El pidió huevos con tocino, hot cakes y café.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué querías salir? ¿Te dijo algo el doctor que te preocupara?

—Sí, pero terminate tus huevos, ahora te cuento, háblame de tu trabajo.

—Me encanta, aprendo cada vez más rápido y ¿sabes qué? ¿Has visto la nueva campaña con Neo, el de Matrix? ¡fue mi idea! Tengo mi propio despacho y presiento que éste es el trabajo de mi vida. Voy a crecer, ya lo verás, no habrá nadie que me detenga. Estoy en mi elemento. La tecnología, lo gerencial y, por supuesto, el dinero. Tú bien sabes cuánto he esperado una oportunidad así.

— ¡Wow! Me alegra mucho oír eso, querido.

Sentí una punzada en el estómago de nuevo. El vómito otra vez.

—Espera, voy al baño.

Salí disparada a vomitar de nuevo. Me mojé la cara y me miré frente al espejo. “Piensa, Valeria, piensa bien lo que vas a decirle”. Él estaba en el auge de su carrera, había trabajado para estar donde estaba, ¿iba a arruinarlo diciéndole que podría ser el padre? Y si no lo era, ¿para qué causarle esa molestia? ¿Y Yo? ¿Debía callarlo entonces? Era mi mejor amigo, sufriría conmigo. ¿Y si no se quedaba? Tenía que arriesgarme. Volví a la mesa con un poco de sudor. Lo notó.

— ¿Estás mal, verdad?

—Sí.

— ¿Qué te dijo el doctor, qué dicen los resultados?

Lo miré, sonreí un poco y agaché la cabeza, no me atrevía a decirlo. El ladeó la cabeza para verme.

—Vamos, dime, tontita, me estás espantando.

Levanté la cabeza, lo miré y tomé aire.

—Estoy embarazada.

Me miró por un instante, abriendo mucho los ojos, echó la cabeza para atrás y se tapó los ojos con las manos. Respiró y volvió a mirarme.

— ¿Estás segura?

Asentí y le mostré el sobre con los resultados. Él los hojeó y los puso sobre la mesa, lentamente.

— ¿De cuánto tiempo estás?

—De 5 a 6 semanas, aproximadamente.

—No puede ser, no, dime que no, que yo...

Se puso de nuevo las manos en la cabeza. Respiraba aceleradamente.

—No lo sé, si es lo que te preguntas —le dije tomando sus manos y bajándolas, para calmarlo.

— ¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé, Rafael, no sé cómo pasó.

Me soltó y cruzó los brazos.

— ¡Pero yo no me vine!

— ¡Lo sé! pero también puede ser y no estoy diciendo que sea tuyo.

— ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Quién más?

—Rafael, sabes que esa noche estuve con José. Pero usé preservativo como siempre.

— ¡Con una fregada, Valeria, eso falla también!

—Lo sé. Y es por eso que estoy tan confundida. No sé en qué momento pasó. Y me siento horrible, la más horrible persona que he conocido.

Me llevé las manos a la cara y lloré. Rafael sólo se quedó mirando hacia otro lado, mordiéndose los labios y los dedos. Tronaba la boca y balbuceaba maldiciones. Pero respiró, soltó el aire y me habló.

— ¿Qué piensas hacer? —me dijo, mientras me descubría la cara y me daba un pañuelo.

No contesté.

—Valeria, dime, ¿en qué piensas? ¿Vas a tenerlo? ¿Vas a abortar?

— ¡No!

— ¡No! ¿No qué?

—No voy a abortar.

—Pero si no sabes ni de quién es.

— ¡Y qué más da de quién sea! ¡Es mío!

— ¡No, no sólo es tuyo! O es de ese pendejo o es mío. ¿En qué estabas pensando? ¡Carajo!

— ¡No sé! Pensaba en sacarte de esa ducha cuando estabas borracho.

—Sí, pero yo estaba borracho y tú no.

— ¡Ah! ¡Ahora soy yo la abusadora! Ok. ¿Sabes qué? Si me atreví a decirte todo esto, es porque eres mi mejor amigo y quería que me ayudaras a pensar y me apoyaras en mi decisión.

—Valeria, esto es horrible, no sé cómo quieres que me sienta. Vienes y me dices “estoy embarazada, no sé si es tuyo, pero apóyame”. ¿Cómo debo reaccionar ante eso?

Yo sólo miraba hacia la ventana y lloraba. El silencio se hacía pesado. Nos quedamos mucho tiempo sin hablar.

—Flaca, ¿qué quieres de mí?

—¿Cómo qué quiero? —le pregunté.

—Sí, dime, ¿qué quieres? ¿Quieres que me haga responsable de un hijo que quién sabe si sea mío?

—¡No quiero que te hagas responsable! Quería que me ayudaras a pensar y si tú no eres el papá, de todos modos quiero que estés conmigo. Eres mi amigo y me quieres. ¡Imagínate! Si tú que me quieres, mira cómo reaccionas, ¿te imaginas lo que dirá José? Él que sólo quiere pasarla bien conmigo, sin ningún compromiso, ¿sabes lo que dirá? No voy a decírselo. Ni a él y ni a ti, aunque fuera tuyo, no les pediría nada. Eso entiéndelo.

—Valeria, si ese bebe fuera mío, sería diferente, sabes bien cómo la pasé cuando mi novia Andrea quedó embarazada y se hizo un aborto sin avisarme. Sabes cuánto lo quería y ella lo tiró sin pedirme opinión. Si este bebe es mío, claro que me haré responsable, aunque esté en pleno crecimiento de mi carrera. Yo también quisiera tenerlo y aún si no es mío, te pido que no lo abortes.

—No lo haré, Rafael. Quiero que me acompañes al doctor, no quiero hacerlo sola y tú, siendo mi amigo, sea o no tuyo, quiero que estés conmigo.

—Sí. Estaré contigo, cabrona, pero ¿en qué lío nos hemos metido?

—En el más grande de mi vida, y ¿qué crees? tú estás en ella.

Paseamos un rato por el centro comercial donde estaba esa cafetería, fue bastante incómodo pasar frente al aparador de una tienda de bebés, y miré de reojo y me apreté mi mano alejándome de ahí. No me soltaba, me miraba, me besaba la mano y me la mordía. Me veía con ternura y luego con coraje. Notaba su confusión, como él notaba la mía.

Llegó la hora de ir con el doctor. Le entregué los resultados, me confirmó que tenía poco anemia, vio los resultados del embarazo y me pasó para hacerme una ecografía.

—Ok, muchachos, aquí se ve un saco confirmando que hay un embarazo, pero no se ve el embrión aún. El saco no se ve muy prendido todavía, hay que llevar un reposo relativo, no cargar cosas pesadas, no hacer esfuerzos, hay que llevarlo con cuidado.

Le preguntamos si podría haberme embarazado sin una eyaculación y nos explicó que el líquido para lubricar puede contener una carga de espermias de una eyaculación pasada, que los espermias suelen vivir hasta 5 días y que es la forma en que más embarazos se producen. Le preguntamos también por la falla de los preservativos, también nos dijo que fallaban debido al mal uso o por el mal almacenamiento, o si no se tiene una buena lubricación, la fricción podría romperlos.

Rafael le preguntó si se podían hacer pruebas de paternidad antes de que naciera el bebé, cuando dijo eso me sentí muy incómoda y el doctor nos hizo una mueca de desaprobación.

—Bueno, muchacho, se puede hacer, pero no en este momento. Se toma una muestra de la placenta o del líquido amniótico, pero es un procedimiento invasivo y sólo lo puede hacer su obstetra, conjuntamente con otros análisis. Además, suele tener un costo muy alto. Pero ahora, yo no lo recomiendo, aún no se ha fijado bien el saco y hacer eso pondría en riesgo al feto.

Miré a Rafael y él me miró apenado. El doctor me recetó más vitaminas y me dio el teléfono de un obstetra. Cuando salimos de ahí, lo tuvimos más claro. La estadística más alta la llevaba él. El bebé sería más de él, pero no podíamos dejarlo así, decidimos esperar y visitar después al obstetra, y preguntarle por esa prueba. Me llevó a casa y me ayudó a recostarme en mi cama, ya no me sentía tan mal. Se acostó a mi lado, ambos estábamos mirando al techo, me tomó la mano.

—¿Qué vamos a hacer, flaca?

—No sé, pero gracias por estar conmigo. Esta situación está como para que te hubieras ido en seguida.

—Pues cualquiera hubiera hecho eso, pero yo no. Tengo el recuerdo de cuánto me dolió que Andrea abortara y no me lo haya consultado, sé que éramos muy jóvenes, aún soy joven, pero no concibo que alguien aborte así, sin pedir opinión de quien lo concibió. Yo crecí sin padre, lo sabes, y mi madre pudo sola con 3 hijos. No veo por qué no tenerlo.

—Tengo miedo y si no fueras tú, y si el papá es José.

—Es más probable que sea yo, Valeria.

—¿Y si no?

—Pues si no es así, ¿qué quieres hacer? ¿Le vas a decir? Le dirás: “fíjate que estoy embarazada, pero no sé si es tuyo, porque esa noche me acosté con otro”.

— ¡No! Así, no.

—Entonces, ¿le mentirás?

—No sé.

—No le digas nada, ya te dije, aunque no fuera mío, yo te apoyo en lo que decidas.

—Tengo una sensación horrible, Rafael, he cometido muchos errores y no quiero cometer más. Antes sentía que todo lo podía, pero ahora me siento menos capaz de hacer las cosas. Se me vendrán encima todos y me dirán “te lo dije”. ¿Cómo voy a hablarlo con mi mamá?

—Así como me lo dijiste a mí, flaca. Te apoyará, ya lo verás.

—Ojalá.

—Ahora, ven aquí. Mírame —me giró para abrazarme—. Tenemos que resolver otro asunto más importante.

— ¡Más importante! Pues, ¿qué es?

—Tú y yo, y lo que tenemos, te has hecho tonta desde esa noche, no me has hablado y no aclaramos nada; mira ahora el lío en el que estamos metidos.

— ¿Qué hay con nosotros?

— ¿Cómo que qué hay? Pues tenemos que hablar sobre cómo vamos a quedar, si seguimos adelante.

—Eso tendrías que decírmelo tú, ¿acaso cambiarás tu estilo de vida? Dejarás a todas tus mujeres.

— ¡Uy! Eso no te lo prometo.

— ¿Cómo que eso no me lo prometes, cabrón? ¿Pues entonces qué carajo quieres que hablemos? —dijo levantando la voz.

—No me regañes, todavía no lo hago.

—A ver, querido, no hay necesidad de que estés conmigo, en serio. Pero entonces no me digas que hablemos de nosotros. Esto será así, a ver si te parece. Tú serás mi amigo, como siempre. No volveremos a acostarnos, nunca jamás en la vida. Serás el papá de mi bebé, si quieres ayudarnos bien y si no, también. Ya me las arreglo. Yo seguiré trabajando y viviremos aquí él bebe y yo, y vendrás a verlo cuando quieras.

— ¡No!

— ¿No? ¿No, qué?

—No quiero que las cosas sean así. Punto número uno, quiero volver a acostarme contigo hasta que te acostumbres a mí.

—No me digas eso.

Me quise levantar, pero no me lo permitió, me abrazó más fuerte.

—Punto número dos, mi mujer y mi hijo vienen conmigo, sea como sea. Y tres... ya se me olvidó, pero te quiero.

Me besó tierna y suavemente. Permanecimos abrazados por un largo tiempo, hasta que me quedé dormida. Cuando desperté ya no estaba, eran casi las 10 de la noche.

¿Carajo, no había ido a trabajar! Y no avisé que no iría. En seguida llamé al gerente y le expliqué que había ido al doctor y que me mandó reposo, que lamentaba no haberle avisado, pero me había sentido mal y me había quedado dormida. Él me preguntó qué tenía, su pregunta me sacudió. ¿Cuánto tiempo podría trabajar ahí? si se les exigía a todas una talla mínima. Le respondí que tenía un virus y que no podría asistir, por higiene. Me explicó que sólo tenía una semana más, de lo contrario tendría que pagarle a alguna de las chicas para que ocupara mi lugar, si no quería perder mi puesto. Le rogué que me esperara, que pronto estaría mejor y que, incluso, quería pedirle que me pasara al comedor. Cosa que me venía proponiendo desde hace mucho, pero yo había rechazado. Me dijo que lo veríamos cuando regresara.

Colgué y marqué a casa de Rafael. ¿Por qué se había ido así? Contestó su hermana, Marina, y me dijo que no había vuelto en todo el día. Me puse la pijama y marqué a su móvil. Nada. Me respondía el contestador. Resignada, regresé a la cama, tenía hambre, pero temía sacarlo todo. Me acosté así.

Casi de madrugada, sonó el teléfono. Me levanté corriendo a contestar. Levanté el auricular y escuché ruido como de fiesta.

—Flaca.

—¿Dónde carajos estás, Rafael?

—Celebrando ¿o no debería celebrarlo?

—¿Por qué te fuiste así y no te despediste? me hubieras despertado.

—No, mi flaca debe descansar y yo, a celebrar.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y dónde estás?

—En el Bulldog. Ya me tomé unas 2 botellas ¡Salud!

—Rafael, no chingues, no hagas eso. Ya vete a tu casa y deja de tomar.

En ese momento escuché una voz de mujer al fondo.

—Ya Rafa, ven aquí y cuelga, amor.

Sentí que me hervía la sangre y me dieron náuseas de nuevo.

—¿Con quién estás?

—Con mis amigos, nada más.

—No me digas y la chica, ¿quién es?

—Ah, es Marina, mi hermana.

—¿Ah, sí?

—Claro, flaca, quién pensabas.

—¡Vete a la chingada! Tu hermana está en tu casa, hace rato me contestó. ¡Jódete!— Colgué.

Pues qué carajos, por qué me mentía y yo por qué me ponía así. Odiaba que me mintieran. ¿Cómo podía pasar la tarde besándome y diciéndome que me quería? y luego irse de parranda y estar con otra vieja. Qué jodida mente retorcida y más retorcida estoy yo, si pienso permitirlo.

Volvió a sonar el teléfono, pero no contesté. Sonó varias veces durante la madrugada y cada vez que sonaba, más me enojaba. Por la mañana me levanté corriendo a vomitar nada. ¡Qué mal me sentía! Me daba asco todo lo que veía en el refrigerador. Me vestí para salir al mercadito a desayunar algo.

Al salir lo vi dormido en su auto. Pero, ¡qué carajos! Di unos golpes en la ventanilla, con fuerza. Se despertó exaltado y abrió la puerta para salir. Me hice a un lado y él, tambaleándose, se apoyó en el auto.

—¿Qué chingados haces aquí? —le reclamé.

—Te vine a ver.

—¿Desde qué hora?

—Después de que te marqué, vine enseguida y aquí he estado, esperando a que me contestaras. Quería sorprenderte, pero me sorprendió más que no quisieras contestar.

—¿Qué querías?

—Disculparme, por ejemplo.

—Mira, Rafa, sé cómo eres, no te detengas a darme explicaciones, nomás te pido una cosa, no me mientas, no tienes por qué.

—Perdóname, estaba contento y me empecé a embriagar, y sabes cómo son las mujeres cuando ven a un hombre feliz despilfarrar en alcohol.

—No, no sé. Y ¿por qué mentirme?

—Porque no quería que te sintieras mal.

—Vamos a dejarlo así. No te voy a pedir explicaciones de tu vida y de lo contento que te pones, no me interesa, pero no te pases la tarde diciéndome que me quieres y luego te largues a buscar putas. Ya me voy, tengo hambre, con permiso.

—Pero, flaca, el doctor dijo que guardaras reposo, ¿a dónde vas? Mejor vamos adentro y te traigo algo.

—No me pasa nada, gracias, no te preocupes.

—Cómo que no, para adentro —me abrazó y empezó a encaminar a la casa, pero yo forcejeaba—. Anda, no te pongas loca, vamos para adentro.

Me dejó en el sillón de la sala.

— ¿Qué quieres que traiga? ¿una Birria está bien? Se me antoja.

— ¡No! La echaré fuera, ni se te ocurra.

—Ok, ya veré.

Desayunamos y pasó el domingo conmigo, tirados en el sillón, viendo películas, a ratos dormíamos, me abrazaba, quería más, pero no se lo permití. Por la noche se despidió.

—Escucha, tengo una semana muy complicada, si te sientes mal o algo llámame, aunque no te conteste, en cuanto pueda te devuelvo la llamada, ¿de acuerdo? Dile a una vecina que te traiga de comer, no salgas. Si puedo, vengo a dormir contigo, aunque sea un día.

— ¡Ah! ¿Vienes a dormir?

—Mamacita, te conozco, sé que nunca quieres estar sola. Así que aquí estaré, me quieras o no.

—Idiota.

—Sí, pero a ti te encantan los idiotas —me dijo mientras me restregaba su cuerpo.

— ¡Ay, ya lárgate!

—Adiós, flaca. Te quiero —me besó y se marchó.

Enseguida me puse a esperar la llamada de mi mamá. Se venía una tormenta encima.

— ¡Mamita! ¿cómo estás?

—Bien, m'ija, ¿cómo estás tú?

— ¡Ay, Má! tenemos que hablar, largo y tendido.

— ¿Por qué, hija? ¿qué pasó, qué tienes?

— ¿Cuándo vienes, mami?

—No, pues, yo creo que dentro de 15 o 20 días, ¿por qué?

—Es que me urge que vengas

— ¿Qué pasa?

—Mami, no quiero decírtelo por teléfono.

—Valeria, dime ahora qué carajos hiciste.

—Mami, es que no puedo decírtelo.

—Ay, Valeria, no me jodas, ¿estás embarazada?

— ¡Mamá! ¿Por qué dices eso?

—Ay, hija, te conozco. Estás embarazada, ¿verdad?

—Sí —respondí apenada.

— ¡Pendeja! Pues qué no pensaste, pero si ya sabía que no debía dejarte sola, lo sentí en mi corazón. ¿De quién chingados es?

—No lo conoces, mamá.

— ¡Ah, o sea, es de un extraño! ¡qué te pasa por la cabeza, Valeria, pensé que ya habías madurado! Cada vez vas más para atrás y, para colmo, todavía ¡metes las patas! Mañana mismo voy para allá. Puros problemas me traes.

Me quedé respirando agitadamente, se me había olvidado cómo gritaba mi madre, y me tocaría otro sermón más. Bien ganado, por supuesto. Cómo pude ser tan tonta para meterme no sólo con José, sino con mi mejor amigo y, peor aún, con el tipo del bar, Rommel, una semana después. Siempre me cuidé, no sé cómo dejé que pasara eso...

Mi mamá llegó por la tarde, me sentí como cuando era niña y sabía que me había portado mal, en aquel entonces me ponía todos los suéteres y pantalones encima, por si acaso me daba un pellizco o me pegaba con el cinturón de papá. Otra vez le había fallado, pero quién mejor que ella, para ayudarme a resolverlo.

— ¿Qué hiciste, Valeria? ¿Por qué no te cuidaste? ¿Cómo pudiste meter así las patas? Ya estás grande. No eres una niña, ni una adolescente. ¡Carajo, Valeria! ¿Me puedes decir cómo le vas a hacer? ¿De quién es?

—Mamá, no sé cómo le voy a hacer, pero saldré adelante.

— ¡Ajá! ¿Con qué dinero? ¿Quién te va a mantener? Porque con ese trabajo que tienes apenas si te mantienes tú, estás flaquísima, se ve que ni comes, estás toda demacrada, ya ni nalgas tienes. Ya no haces *casting*, ya no modelas y ahora quieres meterte de mesera. ¿Qué vas a hacer con esa panza trabajando? Ni siquiera has terminado tu carrera, por lo menos el otro idiota te motivaba a seguir estudiando, ahora ni eso. Ni para cajera la vas a hacer, ¿quién va a querer contratar a una panzona? A ver, dime.

—Mamá, pues hasta donde pueda trabajar, lo haré.

— ¡Sí, claro! Y después, ¿en dónde te piensas alumbrar, con qué dinero? Porque de una vez te digo, conmigo ni cuentas, te sentiste muy madurita cuando te quisiste quedar aquí, pues ahora arréglatelas como puedas o pídele al cabrón al que le abriste las patas. ¿Quién chingados es? Más te vale que me lo digas ya.

—No sé quién fue mamá.

— ¿Cómo? ¿Qué estoy escuchando? ¡Ay, Dios mío! ¡Dime que no es cierto lo que estoy escuchando! ¿Qué, eres puta?

— ¡Mamá! ¡No! —contesté entre lágrimas.

— ¡Ah! Y ahora lloras, no tienes justificación alguna, ¿con quién chingados te andas metiendo, Valeria? ¿Por qué? ¿por qué te has hecho semejante daño? ¿Cómo piensas traer al mundo a un ser que no sabes ni de quién es?

— ¡No sé! Mamá, no me juzgues. Siempre me cuidé, pero algo falló. Y no sé con quién fue.

— ¿Con quién te estuviste acostando?

—Pues con José, mamá, y con mi amigo Rafael, y todavía fui tan tonta para acostarme con un tipo que conocí en un comercial.

—No, no y mil veces no. Es que no puedo creerlo. ¿Y alguno de esos imbéciles lo sabe?

—Sólo Rafael.

— ¿Y cómo te atreviste a decirle, si no sabes de quién es?

—Porque él lo sabe todo mamá y es con el único con quien no me cuidé.

—Ay, Dios mío, explícame, en serio, porque me voy a volver loca.

Le dije a mi mamá todo, le dije cuando había estado con José y la causa de que me fuera de ahí, le dije todo lo que hablamos, le dije que Rafael estaba borracho cuando lo hicimos. Le dije que casi una semana después me había acostado con ese tipo que me había gustado y que me sentía sola, que por eso lo había hecho. Pero que el único que “me quería” era Rafael y que él me apoyaría, pero le conté cómo era, que le gustaba andar de mujeriego, que le gustaba el alcohol y la fiesta. Cuando terminé de hablar, me miró muy seria y respiró hondo.

—No lo tengas, Valeria.

— ¿Cómo? ¿Por qué me dices eso, mamá?

—Hija, ninguno está apto para tener hijos, ese tal José, cuando le digas que estás embarazada, será la última vez que lo veas, ellos no se juntan con otras que no sean de su religión. Habla con ellos y date cuenta de que todos se darán la vuelta. Aunque no sepas de quién es, diles y mira cómo reaccionan. Ese Rafael dice hacerse responsable, pero veras que amará más su libertad para andar con quien quiera y por muy mente abierta que seas, te pesará. Ese tal José te pedirá que lo abortes, cómo crees que tendrás un hijo bastardo, esas familias ricas lo menos que quieren es desprestigio. Cuando se quiere a alguien no importa su religión o raza, y él no te quiere, hija, y tú, creyéndote tan madura, caíste en tu propio juego. La cagaste, hija. Y en cuanto al otro fulano, sondéalo. Fíjate quién pudo haber sido, no puedes dar por hecho que fue tu amigo, si algo salió mal, ellos deben estar conscientes. Y piénsalo antes de que formes ese ser, no lo puedes traer así, no estás lista.

Valeria. Un hijo es una gran responsabilidad y tú no la tienes. No habrá más futuro para ti. Hasta aquí llegaron tus sueños. Vivirás y trabajarás sólo para él, o para ella. No tienes la capacidad, ni moral, ni económica, ni respaldo alguno, eso te lo digo yo. Tus hermanas van a venirse sobre ti. Serás objeto de crítica. Antes de que sea tarde, Valeria, no lo tengas. Dedícate a estudiar, trabaja bien y verás que llegara un hombre con quien puedas vivir esa experiencia, pero no así, hija, sola no. Vendrá alguien que te ame y serás lo mejor de su vida, pero ninguno de ellos es el amor de tu vida y criar un hijo sola no es fácil. Pero dejo todo esto a consideración tuya, me has pedido consejo y es lo mejor que puedo decirte. Si decides tenerlo, hazte responsable, te apoyaré moralmente, pero no me pidas que mire cómo vas a echar tu vida a perder, ni cómo vas a traer al mundo a alguien a quien no le puedes dar una buena vida.

—Mamá, no puedo —le dije mientras lloraba, cada vez más, ella me abrazó—. No sé por qué me he convertido en esto, sólo quería tener a alguien, mi vida no tenía sentido. He perseguido un sueño que ya no me hace feliz, ya no soy feliz con lo que hago, mamá, y tengo miedo de quedarme en la mediocridad, de quedarme sola. No quiero ser juzgada.

—Hija, ve por pasos y toma tus decisiones. Haz que se enteren y luego sácalos de tu vida. Aunque, te aseguro, ellos lo harán primero.

—Mamá, de verdad crees que hemos sido una carga, algo que no te haya permitido realizar tus sueños.

—Hija, amo con todas mis entrañas a cada uno de ustedes, incluso cuando me embaracé de ti, a mis 42 años, los médicos me decían que abortara, que saldrías mal, pero opté por tu vida. Pero no estaba sola, siempre, aunque lejos, estaba tu padre, en cada decisión, buena o mala, ha estado conmigo. Yo quisiera que tú tuvieras eso, un buen hombre que este contigo. Sí, he sacrificado mucho por ustedes, trabajos, sueños, sí, es cierto y ahora sólo me queda vivir a través de ustedes esos sueños que quise para mí. Estoy orgullosa de cada éxito que tienen y me duelen en el alma cada uno de sus fracasos. Hija, acércate a Dios y pídele su ayuda, él mejor que nadie te mandará la respuesta.

—Mami, ¿cómo puedes hablarme de Dios y pedirme que aborte? Eso es contradictorio. No es lo que me has enseñado.

—Pues ya no sé qué te he enseñado, porque tampoco te enseñé a andar con uno y con otro. Ya no te diré nada, perdóname. Sólo quiero lo mejor para ti. Debo regresar mañana mismo, tu padre no sabe nada de esto y no se lo diré, y tú no digas nada todavía. Hasta que lo hayas pensado. Si has de darte contra la pared, de una vez. Ahora, vamos a cenar.

Otra noche más sin dormir, no sabía cómo sentirme. Estaba más temerosa, me sentía segura de lo que quería y mi madre me había abofeteado con crueles verdades. No sabía qué pensar, ni qué sentir. Sólo tomaría en cuenta lo que me dijo acerca de decirles a los afectados y ver cómo reaccionaban.

Mi mamá se fue muy temprano al siguiente día, me dio la bendición y lloró conmigo. Me pidió perdón por haberme dicho que lo arrojara, sólo agregé que cualquiera que fuera mi decisión, me apoyaría. Me quedé sola y debía actuar rápido. Al primero que llamé fue a José, pero su asistente me dijo que estaba de viaje por Israel y que su móvil no tenía señal. Le supliqué que lo localizara y que se reportara conmigo en cuanto le fuera posible. Después llamé a Rommel. Me contestó muy emocionado. Me preguntó cómo estaba, pero yo sólo le pregunté si podíamos vernos, necesitaba hablar con él.

— ¿Por qué, qué pasa? —preguntó con seriedad.

—Bueno, quería hablar contigo de la otra noche, en verdad quería disculparme por mi comportamiento.

—Oye, reina, no tienes por qué, si has sido perfecta.

—No, no lo ha sido y por eso quisiera que habláramos. ¿Puedes?

— ¿Quieres que pase por ti a alguna parte?

—No, ahora no puedo salir, ¿podrías venir a mi casa, recuerdas cómo llegar?

—Lo intentaré, te hablo cuando esté cerca, ¿estarás ahí?

—Sí.

—Entonces, ahora te veo.

Llegó casi a las 6 y lo invité a pasar. Estaba nerviosa y él se veía peor.

—Gracias por haber venido, lamento que no te haya hablado antes, realmente nunca había hecho eso de irme con cualquiera, pero me inspiraste confianza y realmente me gustas, pensé que sólo sería esa noche y que nunca más volvería verte. Tampoco me llamaste, así que di por hecho que sería todo lo que tendríamos que ver, pero se ha presentado una situación y quisiera que lo aclaremos.

Él se acomodó en el sillón, poniéndose más en la orilla, y se entrelazó las manos y se las apretó.

—A ver, dime. Creo saber por dónde vas.

—¿Lo sabes?

—Ya se me hacía extraño que me hablaras. Dime, qué quieres.

—Pues antes que nada, quiero saber si estás consiente de lo que hicimos

—Claro que lo sé, pero también sé que me cuidé. Siempre lo hago.

—Bueno, pues esas cosas también fallan y quiero saber si notaste algo que yo no haya podido percibir.

—Pues no sé, no suelo hacerlo muy seguido, digo, mírame, no soy precisamente un muchacho, y yo, que recuerde, no noté nada extraño. Así que, encanto, si andas buscado quién, yo no soy.

Me dio coraje su respuesta. Me levanté y me puse a lado de la puerta.

—Gracias por venir, disculpa la molestia —y le hice ademán para que se fuera. Él se levantó, se alisó los pantalones y se quedó mirándome en la puerta.

—Discúlpame si te ofendí, lamento que estés pasando por esto, supongo que te sentirás muy mal y no soy nadie para venir a ofenderte. Perdóname.

—No te preocupes, gracias.

—¿Puedo ayudarte en algo? Sabes, tengo una hija mayor que tú y no me gustaría verla en esta situación, ¿necesitas algo?

Mis hormonas no me ayudaban y volví a llorar.

—No llores, encanto, dime si te puedo ayudar. Sé que soy un extraño en tu vida, pero puedes confiar en mí. ¿Qué piensas hacer?

Sólo negué con la cabeza, mientras me limpiaba las lágrimas con mis manos.

—¿Lo vas a tener o no? Mi cuñado es dueño de una farmacia, le puedo pedir algo, si no lo quieres.

Levanté la vista, ¿lo estaba diciendo en serio? Me volvió la náusea. Le agradecí y le pedí que, por favor, me disculpara, que no me sentía bien. El me dio un beso en la mejilla y su aroma me produjo más náuseas. Cuando se fue, corrí a vomitar. Esto era más doloroso de lo que pensaba. Mejor ya no diría nada. No quería volver a sentirme juzgada, era de Rafael y punto.

Pasé toda la semana encerrada, Ariadna y Sandy me llamaban por teléfono constantemente, pero no les dije nada. Ellas sólo querían saber cuándo volveríamos a salir, sólo les dije que, por el momento, no. Rafael no me habló en toda la semana y tampoco fue a dormir, como lo prometió.

El domingo por la noche volví a ir a misa. Desde que me salí del grupo coral ya no había asistido. No puse atención en nada, sólo le rogaba a Dios para que me ayudara. Me sentía muy débil, apenas si comía y lo poco que llegaba al estómago de inmediato salía. Tenía que adelantar mi cita con el ginecólogo, no me sentía bien, pero debía regresar a trabajar, de lo contrario, tendría que pagar guardia y no estaba para eso.

Me presenté el lunes, en mi horario normal. Hablé con el gerente para pedirle que me pasara al comedor. Me hizo probarme el traje de las hostess, mi uniforme era un pantalón de piel ajustado, botas altas y un corsé ajustado, con una cazadora corta, todo negro. Las hostess llevaban minifaldas, un corsé más escotado y botas altas. Me dijo que debí entrar al comedor hace mucho, que seguro tendrían más comensales. Me tomó dos días aprenderme todos los códigos para las bebidas y los

alimentos. Mi función sólo era tomar la orden, ser amable, estar sonriente, el mesero se encargaba de llevar la charola con los tragos y la comida. Nuestra función era servir y hacerles un poco de charla a los clientes. Siempre atenta. Las propinas, en verdad, eran muy buenas, en una sola semana gané lo que ganaba en un mes en la recepción, aunque repartiera propinas con los meseros y los de la barra, siempre me quedaba una buena cantidad.

Le informé a Rafael, en un mensaje, que ya estaba de regreso en el trabajo y que había adelantado la cita con el ginecólogo para el sábado, pero Rafael me contestó que estaba en Monterrey, que lo pospusiera. ¡Carajo! bueno la cambiaría, no quería ir sola.

El viernes por la noche salí agotada de mi turno, abordé un taxi y me fui a casa. Tenía una molestia ligera en el estómago, me tomé un té de manzanilla y me fui a dormir. Por la noche esa molestia aumentó, sentía como un cólico, pensé que el agua de sandía que tomé en el comedor me había caído mal. Volví a recostarme y me puse en posición fetal para aliviar el dolor, pero no disminuía. Al final me quedé dormida. Al despertar y estirarme, percibí de nuevo el dolor. Me levanté y miré mis sabanas manchadas de sangre. No, no, ¿qué era eso? No, ¿por qué? Me levanté en seguida y llamé al doctor, quien me pidió que fuera de inmediato, pero acompañada. Le marqué a mi hermana Briseida, que vivía más cerca, pero no estaba, ni ella, ni mis sobrinos. La siguiente en mi lista era Oliva.

—Oliva me siento mal, debo ir al hospital, pero me han pedido que fuera acompañada.

—Estoy ahí en 20 minutos.

Llamé a Rafael, de nuevo el contestador.

—Rafa, me siento mal y tengo que ir al hospital, me llevo el móvil, márcame.

Mi hermana llegó asustada.

—¿Qué pasa, qué tienes?

—Estoy sangrando, estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿cuánto tiempo tienes?

—Siete, tal vez ocho semanas, apenas iba a ir al ginecólogo.

—¿Cuándo empezaste a sangrar?

—No sé, amanecí así, anoche me dio un dolor, pero pensé que era por el agua de sandía.

—Bueno, no te preocupes, a veces sangras y no significa nada. Vámonos.

Llegamos al hospital y pedí con el doctor que me habían recomendado, era un hospital privado. Me atendió en su consultorio y me hizo otra ecografía. Esta vez vaginal. Pasó un buen rato analizando los resultados, luego nos pasó a otra salita.

—Mira, ese sangrado fue un coágulo debido a que el saco se ve desprendido y sí, se ve el embrión, pero es muy pequeño, no corresponde a las semanas que tienes. Creo que ha dejado de crecer y por eso estás presentando problemas. A mi opinión, no es un embarazo viable y considero que debemos interrumpirlo, el corazón late y eso sería una ventaja para cualquier embrión, pero no considero que avance más.

Trague saliva, sentí un pinchazo en el corazón.

—Entonces, ¿debo interrumpirlo? ¿Qué pasa si no lo hago?

—Bueno, es muy probable que tu cuerpo lo haga solo. Cuando el óvulo fecundado presenta problemas cromosómicos, hay posibilidades de que se produzca un óvulo anembrionario o embarazo anembrionario. En este caso, el óvulo fecundado se implanta en el útero y la placenta, y el saco gestacional comienzan a formarse, pero el embrión interrumpe muy temprano su desarrollo o no se forma en absoluto. En otros casos, el embrión se desarrolla, pero solamente durante un tiempo muy breve, debido a que presenta anomalías que hacen imposible su supervivencia y el desarrollo se interrumpe antes de que el corazón empiece a latir.

—¿Y no podemos esperar, doctor? —preguntó Oliva.

—Podríamos esperar un par de días más y hacer otro examen, si está desarrollándose, seguirá aumentando la hormona de embarazo; pero si la cantidad no aumenta y no aumenta el tamaño, es mejor sacarlo. Tú decides.

Las palabras “viable” y “decidir” retumban en mi cabeza. Sólo puedo pensar: ésa es tu respuesta, ¿eso es lo que me respondes, Dios mío?

Miré a mi hermana y veo en ella preocupación y tristeza. Ella había perdido dos bebés antes de irse a Estados Unidos y compartía mi pena. Ella me miró y negó con la cabeza. No hace falta que me dijera nada, lo veía en sus ojos. Yo sólo me agaché, me tapé la cara y lloré en silencio. El doctor trató de tranquilizarme, me dijo que era joven, que volvería a embarazarme, pero que pondría en riesgo mi salud, si no tomaba la decisión ahora. Mi hermana preguntó cómo sería el procedimiento y el doctor explicó lo que debía hacer y cómo hacer el ingreso, además del costo. Entre mi llanto la miré, y yo no tenía ese dinero.

—Tú tranquila, ya me encargo.

Me ingresaron y, después de prepararme, me dejaron sola en la habitación. Lloré, no podía contenerme. Renegué de la respuesta de Dios. Me dolía pensar que por no desearlo, me lo quitarían. No podía aceptar semejante castigo, me había equivocado y ¿eso era lo que Dios quería para mí? ¿Ésa era mi lección? Dios era muy injusto.

El anesthesiólogo, al verme tan alterada, me dijo que no me preocupara y me aplicó el medicamento. No supe más de mí.

Desperté en una sala oscura, con un vacío en el estómago. Toqué mi vientre vacío y una punzada me atravesó el corazón.

Perdóname, hijo, tal vez pudiste luchar, tal vez podía luchar más por ti. Dios, te pido que esa alma que le asignarías a mi hijo sea para un bebé que llene de alegría un hogar.

México, Distrito Federal, 2014

Querida amiga:

Sigo luchando y lucharé siempre, no puedo dejar a un lado todo lo que he vivido, lo único que quiero es que estemos bien, que ya no permita que sus palabras me hieran, que si, bien, es cierto que deje entrar a otra persona, fue por soledad, por descuido, pero claro que lucharé por este amor, hoy creo más en que el amor lo puede todo, que el amor no excluye, que el amor es tener respeto y admiración hacia la otra persona y eso, amiga, lo estamos olvidando.

Me he sentido desvalorada, olvidada, humillada. Pero confío en que lo resolveremos.

CAPÍTULO 8

LEVÁNTATE

No dejaba de llorar. Sentía dolor en todas mis entrañas. Tenía odio, me odiaba a mí misma. Sentía rencor contra Dios, contra todos ellos. Odiaba a Rafael, a José y al otro imbécil por cruzarse en mi camino. ¿Con qué fin?

No, ellos no eran los culpables, era yo la responsable. Era yo la idiota que jugó a sentirse madura, libre e independiente. Fueron mis decisiones y mis acciones las que me llevaron a esa situación. Me hice un ovillo, quería que terminara todo eso, quería salir de ahí ya. Quería irme a casa. Las enfermeras llegaron para cambiarme de habitación.

—Madre, vamos a llevarla a su habitación, recuéstese bien.

— ¡No soy madre y no quiero! —dije mientras permanecía hecha un ovillo.

—Pero así no la puedo llevar, debo subir los barandales.

—Hágale como quiera.

Las enfermeras se miraron, me pidieron que me recorriera y subieron los barandales. Me llevaron por el pasillo hasta mi habitación, sola.

—Su hermana ha tenido que salir, nos pidió que le dijéramos que regresa pronto. ¿Quiere hablar con alguien? ¿Le alcanzo el teléfono?

—No.

—Bueno, cualquier cosa llamas, aquí está el botón.

En cuanto salieron me di cuenta de que tenía una habitación confortable, un gran ventanal. Ví la ciudad y sus luces por la noche. Me pregunté cuántas mamás estarían dando a luz en este mundo de gente. ¿Cuántas jovencitas estarían embriagándose, teniendo relaciones con desconocidos? ¿Cuántas cometerían los mismos errores que yo? ¿Y cuántas estarían lamentándose, como yo? ¿Estarían acompañadas? ¿O estarán solas, como yo? Pensaba en mi madre y en sus palabras, en lo que quería para mí, ¿por qué no me advirtió cuánto dolor me daría perder una vida? No podía guardarle rencor por lo que me había dicho. Sé que quería mi bien, así como yo.

Muchas veces se dice que sólo Dios sabe por qué hace las cosas y creo que me había llegado el momento de poner atención. Escuché la puerta, debía ser Oliva. Me quedé inmóvil mirando a la ventana, escuché sus pasos entrar lentamente. Se detuvo y me acarició el cabello. Giré para verla.

— ¡Rafael! —aunque no quería saber nada de nadie, me alegré de verlo.

—Estoy aquí —me dijo y se colocó el dedo índice sobre los labios en señal de que guardara silencio.

— ¿Cómo?

—Marqué a tu teléfono, tu hermana me avisó. ¿Cómo te sientes?

Lo miré y lloré, él se inclinó para besarme la cabeza. Me volví a encoger, pero él me abrazó.

—Estoy contigo, Valeria. Perdóname.

—¿Qué te dijo mi hermana? —le pregunté sollozando.

—Me preguntó quién era yo, le dije que era tu pareja. Y me soltó un sermón. Tomé el avión de inmediato. Más valdría venir y que me cortara los huevos en persona. Digo, por si lo quiere hacer. ¿Puedo? —me hace ademán de querer acostarse conmigo.

—Sí.

Me acomodó las sondas y se acurrucó a un lado mío. Me abrazó con delicadeza, me besó las mejillas.

—Lo siento tanto, flaca. Me duele en el alma. Es la segunda vez que se me niega ser papá. Tengo un dolor en la garganta, te siento tan mal y tu dolor me atraviesa el corazón. Saldremos adelante, flaca. Ahora más que nunca quiero estar contigo. Mírame, voy a tratar de cambiar y lo haré por ti —me besó en la nariz—. ¿Sí, pecosa? ¿Me dejas?

—Pecosa me dices tú a mí, si estás igual, querido.

—Pero yo soy sexy —me dijo entre risas.

—Baboso.

—¿Me dejas?

—Sí. Rafa, me duele todo, no sé si mi dolor es más mental que físico. Estoy muy triste. ¿Crees, en verdad, que no hubiera podido con él y que por eso Dios nos lo quitó?

—No, flaca, eres capaz de eso y más. Pero, nena, no era momento, tu cuerpo aún no estaba listo, ya no piensen más en eso. No te tortures. Vamos a echarle ganas, vamos a trabajar y a salir adelante. Haremos las cosas bien.

—No sé siquiera que haré al salir de aquí. Otra vez falté al trabajo y seguro me corren.

—No, verás que no, tú tranquila, además, va siendo hora de que dejes ese trabajo y termines ya tu carrera.

—Es el que me mantiene, Rafael, no puedo dejarlo.

—Bueno ya veremos, puedo hablar con amigos y ver si te puedes acomodar en algo. ¿Te parece?

—Gracias.

—Dejé mi maleta allá abajo, voy por ella. ¿Quieres que me quede?

—No, no te preocupes, mi hermana no tarda.

—No, no, me quedo aquí, mejor manda a tu hermana a casa. Yo me quedo contigo.

—No sé, se portó muy bien conmigo a pesar de todo. Es la única que está aquí, no sé siquiera si le aviso a mi mamá. No sé nada.

—Bueno, pues tranquila. Aquí me quedo hasta que vuelva.

—No te quería ver, ¿sabes? estaba teniendo un lapso de odio contra todos y al verte aquí, has hecho que se me olvide.

—Menos mal que vine. No quiero ser la persona más odiada del mundo. Tu hermana ya lo hace, creo.

—Supongo, pero no debería.

—Oye, flaca, no se me da esto de las palabras, bien lo sabes. Pero te quiero. Te quiero desde que eras una flaca, toda pecosa y desaliñada. Te quiero desde que te vi en ese bosque con tu falda de la secundaria, rodeada de tus amiguitas tontas, que querían ligar con mis amigos. Me volviste loco desde que me dijiste mamón y me retaste con la mirada. Desde entonces te he querido, flaca.

—Mamón, te quedó corto el apodo. Eras soberbio engreído y pedante.

—Bueno, bueno, ya, no lo soy ahora.

— ¿No? Ahora te agregaré lo golfo.

—Ya, contigo no puedo, yo abriéndome para ti y tú, insultándome.

—Lo siento, querido. También te he querido desde entonces, ¿recuerdas nuestras largas charlas por teléfono? Cuando me decías niñita de la voz tierna. Y cuando te hablaba y contestaba tu hermana, te gritaba: “¡Hey, tú, te habla la niña del kínder!”.

—Sí, ¡qué babosa! pero me saltaba el corazón al escucharte.

—Y a mí hablarte, te he dicho que yo les decía a mis amigas que eras mi novio. Porque todas en la secundaria tenían ya novio y yo no. Se burlaban, decían que no era cierto.

— ¿En serio? —me preguntó con una carcajada.

— ¡Sí! hasta que te vieron en mis quince años. Las miré y les dije: “¿No que no, mentas?”. Ahí se me acabó mi imagen de patito feo.

—Sí, lo recuerdo, tuve que esconderme de ellas, me molestaban con sus miraditas.

— ¿En serio? Y ¿cómo no? si eras el chico grande de preparatoria, se les hacía que tenías toda la experiencia del mundo. Cuando en realidad eras más ñoño que nada.

— ¿Ves, flaca? Ya tenemos una historia que contarles a nuestros hijos, si es que el barbón ese que esta allá arriba nos deja.

—Te pasas. Ya cállate.

—Me callo, si me besas.

—No porque me apesta la boca.

—Mensa, de eso ya me di cuenta y de todos modos te quiero besar.

—Mejor consígueme algo.

— ¡Que no me importa, chinga! ven acá.

Me tomó la cara y aunque forcejeaba con él para zafarme. Me besó. Sentí su cariño, me estremecí.

—Ya bájate, menso. No me hagas reír que me duele.

— ¡Perdón, ya!

Se escuchó la puerta, él se puso de pie de inmediato. Oliva entró con una almohada y una manta.

—Buenas noches —dijo muy seria.

—Buenas noches, soy Rafael, hablé contigo —le extendió la mano; ella lo saludó, dejó las cosas sobre el sofá y se dirigió a mí.

— ¿Cómo te sientes? ¿Tienes dolor?

—No, no tengo. ¿Hablaste con mi mamá?

—No, hasta que habláramos —miró a Rafael levantando la ceja.

Él se disculpó, me besó en la frente y se despidió, para que yo pudiera descansar, pero lo tomé de la mano para que no se fuera.

—Tranquila, mañana estoy aquí temprano.

Se retiró y me dejó a solas con Oliva, me sentía muy incómoda, no quería hablar, pero era algo inevitable.

— ¿Así que es él? Es joven, ¿cuántos años tiene?

—23 años.

— ¿Y desde cuándo salen?

—No salimos, es mi mejor amigo y en una borrachera nos acostamos. Bueno, él estaba borracho y yo intentaba ayudarlo...

—Pero se ve que te quiere. Me dijo que eran pareja.

—No, eso quisiéramos, pero no se nos da. Tendríamos que borrarlos la memoria para empezar a hacerlo, sabe todo de mi vida y yo de la de él. Pero sí me quiere, eso lo sé.

— ¿Qué te dijo de esto?

—Dijo que me apoyaba.

—Entonces vale la pena que lo conserves.

—Sí, eso pienso.

— ¿Mi mamá sabe de esto?

—Sí, se lo dije.

— ¿Y qué piensa?

—Me dijo que no lo tuviera.

—No puedo creerlo, ¿eso te dijo?

—Sí, aunque después se arrepintió.

—Y este amigo tuyo se hará responsable de los gastos. Porque no sé en cuánto nos vaya a salir esto. Tuve que pedir prestado dinero, yo no tengo tanto.

—Supongo que sí.

—Bueno, por lo menos algo. Voy a apagar la luz, descansa.

Ya no hablamos de nada más, creí que hablaríamos de Rodrigo, pero ninguna menciona algo sobre él. Francamente sentí alivio de que no lo hiciéramos. Sólo le agradecí por estar ahí, conmigo, a lo que ella respondió: “Es mi deber, eres mi hermana”.

Pasé la noche un poco incomoda con las sondas, pero dormí. Por la mañana pasó el doctor y me dijo que si no hubo fiebre, estaba bien, me daría de alta al mediodía con prescripción de antibióticos y analgésicos.

Rafael llegó casi al mismo tiempo que el médico y mi hermana aprovechó para desayunar. Llegó con unas flores, que en su vida me habría llevado, también traía una bolsita con un cepillo de dientes, pasta y unas mentitas.

—Qué bien y qué gracioso.

—Usted me lo pidió, yo a la orden. ¿Te ayudo?

Me agarró del brazo para levantarme. Me encaminó al baño y, al hacerlo, la bata se descubrió por detrás.

— ¡Qué bonito! ¿Me dejarás probarlo de nuevo?

— ¡Rafael, eres un guarro! Estás viendo la tempestad y no te hincas.

— ¡Perdón! ¿No puede uno admirar las cosas bellas?

Me lavé la cara, los dientes y me sentí mejor. Salí del baño, Rafael se paró frente a la cama para ayudarme y me acarició el cabello tratando de alisarlo. Se inclinó para besarme, pero se detuvo esperando mi permiso. Lo besé y apoyé mis manos en su pecho. Nos quedamos abrazados y besándonos mucho tiempo.

Pasado el mediodía me dieron de alta, mi hermana y Rafael bajaron para revisar la cuenta, fue un poco incómodo cuando mi hermana le pidió que nos ayudara a pagar, pero él accedió sin decir nada.

Mi hermana sugirió que me quedara en su casa, por si me sentía mal, yo no la quería preocupar, se había portado muy bien y no quise despreciarla. Rafael se despidió y me dijo que estaríamos en contacto. Me instaló y estuve con ella casi la semana completa, me hacía de comer, me atendía y borré por completo todo lo que había pasado entre nosotras. Vivía sola con mi sobrino, puesto que después de tratar de rescatar su matrimonio, descubrió que mi cuñado tenía a alguien más en Estados Unidos, así que firmaron el divorcio de común acuerdo. Pero le iba mejor sin él, había conseguido un buen trabajo y estaba saliendo adelante. Me sentí muy bien por ella, a pesar de todo, era mi hermana y me apenaba que nos hubiéramos vistas envueltas en semejante embrollo.

Al término de la semana, y después de hablar con mi mamá y pedirme nuevamente que me fuera con ellos, Oliva me pasó al cuidado de otra de mis hermanas, Briseida, que aunque también formó parte del grupo en contra mía con lo de Rodrigo, ahora me hablaba para que viviera con ella una temporada. Ella también estaba en proceso de separación y vivía con mis sobrinos, quienes se convertirían en mis nuevos hermanitos.

Rafael se mantuvo al tanto de mí durante mi estadía con mis hermanas. Procuraba hablarme todas las noches y pasábamos un breve y divertido rato con nuestras charlas. Una noche me cuestionó sobre José, quería saber si había sabido de él, en realidad yo no había deseado volver a contactarlo, pero sabía que, tarde o temprano, me iba a buscar.

Regresé a trabajar al restaurante, el gerente me hizo doblar turnos por todos los días de ausencia, pero, la verdad, me convenía mucho y me recuperé financieramente. Pagué más materias para terminar más rápido la carrera y, a pesar de que había vivido los peores días de mi vida, pensé que mi futuro sería más sencillo.

José, como lo supuse, habló casi dos meses después de lo ocurrido.

—Hola, hermosa.

—José, ¿qué milagro? —le dije fingiendo alegría.

—Óyeme, ¿qué te crees tú para haberme dejado así la última noche y no volverme a hablar?

—¿Yo? José, no seas cínico, estuve localizándote desesperadamente.

—Pues yo no recibí ningún recado.

—¡Ay, por favor, José! Tu asistente, entonces, es una pendeja.

—Preciosa, te juro que no me dijo nada.

—Bueno, como sea, la urgencia ya pasó.

—¿Urgencia? ¿Qué pasó, nena?

—Estaba embarazada —dije sin ningún titubeo.

—Estás bromeando.

—Es en serio —dije con voz grave.

—¿Cómo? No estés jugando, Valeria.

—¡A ver, José! No estoy jugando.

—¿Cómo que estabas embarazada? ¿Qué? ¿Ya no?

—No, lo aborté.

—¿Cómo? No me puedes estar diciendo esto así. Esto lo hablamos. ¿Dónde estás? ¿En dónde te veo?

—Estoy saliendo de casa y voy para mi trabajo, no tengo tiempo de verte.

—¿Cómo qué no? Pues hazte un espacio, porque esto me lo aclaras ya. Voy a la 5 de la tarde a tu trabajo y me explicarás qué pasó.

—No puedo salir, estoy doblando turnos.

—Valeria, te darás un tiempo ¡así tenga que cerrar el puto restaurante!

Le colgué, ya bastante tenía. No me importaba cuánto se enojara, no había estado ahí, ni para decirme que no era suyo, como el otro tipo. Estaba cansada de él y de que me vieran la cara. Pero obvio no se quedó con las ganas y, previniendo eso, le advertí a mi gerente que me vendrían a buscar. Y así fue.

—Ahora sí me dirás, ¿qué rayos pasó? —su hermoso rostro estaba desencajado, con la mirada más oscura y apretaba la mandíbula.

—Pues lo que oíste, José, estaba embarazada, tú no apareciste y decidí abortar.

—¿Y con qué derecho hiciste eso, si era mío?

—Con el derecho de que es mi cuerpo y yo decido sobre de él.

—¿Por qué me dices eso? ¿Qué clase de mujer eres?

—La clase de mujer que se sentía desesperada y sin una pareja que la apoyara.

—¿Por qué no insististe? ¿Por qué no me fuiste a buscar?

—Tu asistente me dijo que estabas en Israel y que no había manera de avisarte y supuse que sí, porque en tu móvil no respondías.

—Sí, estuve ahí, pero no fue ni una semana. ¿Por qué no me hablaste, Valeria?

—Porque debía tomar una decisión rápida. Me vi mal y era mejor no tenerlo. No sé en qué momento pasó.

—Lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso, pero lo que hiciste va en contra de mis valores. Debiste haberme informado y habríamos tomado una decisión juntos. Esto no te lo perdono.

—Pues lamento oírlo, tus palabras ya no me sirven de nada. Si hubiera visto una pizca de amor o de interés de tu parte, habría esperado. Pero no fue así. Tomé mi decisión y me apoyé en mi familia y mis amigos. Trabajo horas extras para poder pagarle a mi hermana los gastos que esto llevó y seguiré adelante, sin ti en mi vida.

—Pues tú de eso ya no debes preocuparte, me dices cuánto fue y ya.

—No te voy a decir. No estuviste y se acabó.

—No, me dirás y se acabó. Recibirás esto y no volveremos a vernos nunca más.

—No pensaba hacerlo.

—Pues, entonces, ya está, dime y te lo haré llegar.

Sólo pensé en un número, por supuesto era más de lo que me habían cobrado, y se lo anoté en una hoja. Tenía rabia y si quería darme dinero, ya no me importaba. Sólo quería que saliera de mi vida.

Él se levantó de aquella silla del bar donde yo trabajo. Pagó su trago. Le dejó una buena propina a mi compañero, que hizo favor de desaparecer para que habláramos. Se paró frente a mí, vi sus hermosos ojos estrellados y giré hacia otro lado. Él me buscó la mirada y lo volví a mirar.

—Lamento que esto se acabe —su voz ya era más serena—, pero antes déjame aclararte algo, y grábatelo bien por el resto de tus días. Si te quiero, pero no como tú lo deseas. Tal vez ese bebé nos hubiera cambiado, pero tú decidiste echarlo, como ahora me echas a mí. Y eso duele, Valeria.

—¿Tú qué sabes de lo que duele?, si soy yo quien lo ha perdido, y soy yo la que se sintió usada y sola. ¡Vete ya! Es demasiado tarde para haberlo dicho.

—Tenía que decírtelo.

—¡Lárgate ya! —le dije apretando la mandíbula.

—Adiós, Valeria —dijo y se dio la vuelta.

Hubiese querido tener una piedra, para aventársela. En cuanto salió, corrí a los vestidores a fumar y a llorar. ¡Qué cabrón! ¿Cómo viene a decirme que me quiere hasta ahora? ¡Semejante idiota! Pero respiré, me sacudí mi traje de piel y salí a sonreírles a los clientes.

Llamé a Rafael para contarle lo que había pasado, claro que me regañó por haberle mentado y aceptar su dinero, pero le dije que, a fin de cuentas, pagaba por el daño fuera o no de él. Me riñó, pero después cambiamos de tema.

—Flaca, ¿cuándo vas a regresar a tu casa? te extraño, quiero visitarte y en casa de tus hermanas no puedo. Ya fueron muchos cuidados, mejor te cuidó yo ¿no?

—Lo sé, pero apenas si estoy aquí, casi ni la veo, ni a ella, ni a mis sobrinos. No sé cómo decirle que me regreso.

—Pues le dices: “Gracias, hermanita, pero mi novio quiere cuidarme en mi casa y acostarse conmigo pronto”.

—Idiota, tú nada más estás pensando en eso.

—No, claro que no, también pienso en fútbol, en coches y edecanes de los diarios deportivos.

—Lo sé, puros culos tienes en la cabeza.

—No, ahora sólo pienso en uno, y es el tuyo. Así, con tu batita abierta. ¡Uf!

— ¡Cállate ya, idiota!

— ¿Entonces? Sí o sí.

—Rafa, estaré pronto en casa, lo prometo.

Volví a casa después de un par de semanas. Acomodé mis cosas y revisé mis mensajes. ¡Carajo! Rodrigo había llamado, no dejó mensaje, pero su número aparecía en el identificador de llamadas. Pensé un segundo antes de marcarle. ¿Debería? ¿Para qué lo hizo? No sé si debería regresarle la llamada. Lo pensé unas cuantas veces más.

—Hola —lo saludé tímidamente.

—Hola —respondió con seriedad.

—Voy llegando a casa y vi tu llamada, ¿cómo estás?

—Bueno, bien.

— ¿Qué paso? Es una novedad que me hables.

—Pues tú me dijiste una cosa una noche y después te desapareciste, y ahora entiendo por qué.

— ¿Por qué?

—Pues tú dímelo.

—No sé de qué me hablas, ¿a qué te refieres?

—Vamos, dime cómo sigues.

—Estoy bien. ¿Por qué me preguntas eso?

—Pensé que estabas enferma.

—No, ¿a qué va todo esto?

—Estuviste en el hospital, ¿no?

— ¿Cómo sabes tú eso?

—Tu hermana me habló

¡Ay no! Por favor que no le haya dicho nada.

— ¿Cómo? ¿Por qué habló contigo?

—Me dijo que estabas grave y que requerías una intervención. Me pidió ayuda.

¡Carajo!, ¿por qué le pidió ayuda? Eso iba a requerir una gran discusión.

—Bueno, sí, estuve un poco mal.

—¿Qué fue lo que te pasó?

—¿Qué? ¿No te lo dijo ella?

—No, sólo me dijo que a lo mejor era el apéndice.

¡Uf! Menos mal, si no ya le estaría jalando los pelos a mi hermanita.

—Sí, eso fue, podía haberse roto —le mentí.

—Pues me alegro de que estés mejor. Sólo quería saber de ti y decirte que no se preocupen por el dinero. Se lo di de corazón, estuve muy preocupado. Pero tu hermana me advirtió que no me fuera a presentar porque tú ya tenías pareja.

—No —dije con duda—. Bueno sí, es verdad. Tengo una linda pareja.

—¿Sí o no?

—Sí. Te agradezco que nos ayudes, pero no puedo aceptarte el dinero, te lo pagaré, hasta el último centavo.

—Valeria, no te estoy pidiendo eso, por favor, acéptalo y no seas tonta. No sabes la de noches que he pensado en cómo estarás.

—Pues no deberías hacerlo, yo ya no pienso en ti.

—Oye, si no quieres que te hable, está bien, pero no me hables mal. Aunque no lo creas, te quiero y estaba preocupado.

—Gracias, Rodrigo, lo llevaré en mi memoria.

Nos despedimos cordialmente, le agradecí de nuevo por la ayuda y traté de no ser grosera con él. Colgué, me serví un plato de cereal y me tiré en el sillón a ver la tele. Rafael llegó por la noche. No me sorprendió que llegara, lo que sí me sorprendió es que llegara con una pequeña maleta.

—¿Y esa maleta?

—Pues dije que me tocaba cuidarte y aquí estoy. Listo para malcriarte.

—¡Oye! No es que no me parezca genial un poco de compañía, pero no te parece que debes, no sé, pedir permiso.

—¿Quieres que te pida permiso? O ¿a quién hay que pedirselo? ¿A tu mamá? ¿a tus hermanas?

—Por mí hubiéramos empezado.

—Mira, ven acá, vamos a sentarnos, si tengo que pedirte algo, te lo pediré.

Nos sentamos en el sillón, se recostó y me pidió que me subiera en sus piernas, pero sólo me senté y puse mis piernas sobre las suyas, él las acariciaba mientras encontraba las palabras para decirme lo que tenía que decir.

—Flaca, te amo.

—Rafa...

—Es verdad, flaca, siempre ha habido un afecto especial y lo sabes, tú también lo sientes. Ahora que estuviste en el hospital, rebasé la barrera. En mi juicio, no debí ni siquiera de asomarme en lo que pasó. Pero deseaba que tuvieras ese bebé y que fuera mío, y que tú también lo fueras. Si quieres que te pida permiso, lo pediré. Pero lo que quiero pedirte es que me dejes quererte, estar junto a ti con todo lo que lleva una relación.

—¿Crees, en verdad, que lo logremos?

—Quiero estar seguro.

—Rafa, sé cómo eres, te gusta tu libertad, no tienes novia desde Andrea, picas aquí y picas allá. Yo tampoco soy la madre Teresa, pero creo que tarde o

temprano te voy a reprochar algo. No quiero que me lastimes. Tú querrás salir como siempre, a esas fiestecitas que te gustan, para conocer “amiguitas”. ¿Cómo pretendes llevar una relación así? —lo miré y le acaricié la mejilla.

—Pienso que estando contigo no me hace falta nada de eso, ¿puedes, por lo menos, decirme que lo intentaremos?

—Con una condición, aún soy tu amiga, nunca me mientas.

—Nunca, flaca.

Me jaló del brazo para ponerme encima de él y besarme, su erección se fue acrecentando. Nuestra respiración volvió a acelerarse como aquella noche. Volvimos a entregarnos, pero con resultado diferente: esta vez él llegó al orgasmo, pero, de nuevo, yo no.

Él tenía un rastro de preocupación en su rostro.

—Tranquilo, me encantó de todos modos.

Me desperté al siguiente día por ruidos que venían de la cocina. Me incorporé de la cama y me miré al espejo, estaba vestida con ropa deportiva. ¿En qué momento me vestí? Me dirigí a la cocina con paso lento y tambaleante.

Me asomé y vi Rafael lavando platos.

— ¿Qué estás haciendo, Rafa? —le hablé frotándome los ojos.

—Pues lo que ves, ¿cómo es que no los lavas?

—Me da igual, cuando me da la gana, los lavo y tan-tan.

—Pero es que así no puedo cocinar.

— ¿Vas a cocinar?

—Sí, y rapidito porque tengo que irme al trabajo, así que o lavas este tiradero o no te cocinaré nunca.

— ¡Hey! No necesito que me cocines, yo lo hago mejor que tú.

—Seguro que sí, pero por eso me vine acá, a cuidarte.

—Lo abracé por detrás y le besé la espalda.

—Gracias, amor.

Se giró para verme y rodearme con sus brazos.

— ¿Me has llamado amor? —me sonrió.

—Sí... ¿Problemas?

—No, ha sido lo más dulce que he esperado oír desde hacía mucho tiempo.

—Qué mentiroso eres.

—Es en serio, flaca.

—Bueno, amor, termine pronto para que lo salga a despedir, como mi macho que es.

— ¡Qué graciosa! Ven acá.

Me puso sobre la encimera de la cocina y me agarró por la cintura. Yo recargué mis brazos sobre sus hombros.

—Oye, flaca, me siento apenado por lo de anoche.

—Tranquilo, ya nos acoplaremos.

—Es que no quiero sentirme así.

—No pasa nada, mejor apúrate, que se hace tarde.

Me sentí tan extraña de desayunar con él, abrirle la puerta de la cochera para que saliera y despedirlo en la calle frente a los vecinos. Seguro le contarían a mi mamá, viejas chismosas, pero no me importaba, realmente me sentía bien.

Rafael se había quedado conmigo a pesar de todo, no sabía cómo sucedieron las cosas, pero él decidió quedarse y ayudarme, y me levantaría, después de todo debía sentirme afortunada, me amaba. Quizás yo no sentía lo mismo, estaba un poco más conservadora, desconfiaba. Pero sabía que lo quería y pondría todo de mi parte para que eso funcionara.

Estaba apurando el paso para terminar las cuatro materias que me faltaban, luego vendría mi tesis y, por fin, acabaría con eso.

Como lo prometió José, unos días después de su visita llegó un mensajero de su empresa, con un fólter cerrado. Me hizo entrega y se retiró. No me sorprendía que me enviara un cheque, lo que sí me sorprendió fue la cantidad. Lo mantuve en mis dedos, mirándolo, ¿eso era lo que había valido nuestra relación? ¿Con esto me liquidaba?

Moví la cabeza negando y boté el cheque sobre el sofá. ¿Qué debería hacer con él? ¿Guardarlo? ¿No tocarlo? ¿Gastarlo? Opté por pagar.

—Hola Rodrigo —lo saludé con voz apenada.

—¿Qué paso? ¿Cómo estás? —me preguntó sorprendido.

—Bien, oye, antes que nada, quiero disculparme por la última vez que hablamos, no debí ser grosera. Lo lamento.

—No te preocupes, entiendo que no estabas bien.

—Sí, lo siento, estaba un poco enojada por ciertas situaciones. En verdad te agradezco que me hayas ayudado y quiero pagarte.

—¿Me hablaste para eso?

—Sí. Rodrigo, de verdad, no quisiera deberte nada.

—Mira, Valeria, tú no me debes nada. No necesito que me regreses nada, además, mejor ocupa tu dinero en otra cosa. ¿Cómo vas en la carrera?

—Ya voy más avanzada, estoy a cuatro materias y termino, y viene lo más difícil.

—Pues si necesitas ayuda, aquí estoy. Mi amigo Juan me presentó a uno de sus amigos en la última pesca, ¿sabes quién es? Pues el rector de la Universidad. ¿Como ves?

—¡Wow! ¿En serio?

—Por supuesto pensé en ti de inmediato. Así que si necesitas acelerar un trámite, no dudes en llamarme.

—Gracias, Rodrigo, no comprendo cómo fue que terminamos y cómo fue que después de decirme que no me ayudarías, ahora quieres hacerlo.

—Pues me he arrepentido mucho y te he extrañado, mi casa está muy sola, no es lo mismo sin ti. Es difícil tapar tus huellas.

—No me digas eso, me partes el alma, por favor.

—¿Me aceptarías un café algún día?

—No sé, Rodrigo, ahora es diferente. Tengo a alguien y no quisiera faltarle al respeto.

—Disculpa, lo entiendo.

—Lo lamento. Pero me da gusto oírte, de nuevo te agradezco y de antemano gracias por lo del contacto con el rector, lo tendré muy en cuenta.

Nos despedimos, sentí como si me hubieran ayudado a quitarme una gran lápida que traía a mis espaldas. Me sentí libre. Ponerse en paz con los demás es una acción liberadora, es alinear la energía, es reconciliarse con uno mismo.

Tenía mucho sentimiento por mi embarazo, pensaba en por qué no esperé más para tomar una decisión, debí pedir otra opinión. No me perdonaba haberme metido con ellos y verme envuelta en esa situación. Pero debía seguir, tenía apoyo. Todos los días me miraba al espejo y me repetía en la mente: “¡Levántate, Valeria!”. Y ahí estaba, en busca de ser feliz, de sentirme plena y demostrar que podía.

Con el dinero me compré un auto usado para ponerme a buscar trabajo en serio. Aunque me iba bien en el restaurante, el día que terminara mi carrera no sería tan bueno para mi currículo poner que fui mesera.

Recorrí varias agencia de empleos y me colocaron en una empresa que se dedicaba a la salud nutricional, o sea, a adelgazar a la gente, claro, usaban la imagen de chicas delgadas, como yo, para vender sus marcas. Mi función era vender los tratamientos, ganaba un sueldo fijo y comisión por ventas. Por supuesto, el más contento con que yo cambiara de trabajo era Rafael, ya que no le gustaba que los hombres me echaran el perro en el restaurante.

Mi vida comenzó a tomar forma de nuevo. Rafa estaba al pendiente de mí. Pasábamos los fines de semana juntos, excepto los viernes, que se iba con sus amigos a fiestas donde sabía que había viejas, pero me prometía comportarse. Me daba rabia cada vez que me decía “Fiesta del Club de Toby”, porque eso implicaba chavos que sienten que se están comiendo el mundo, contratando *escorts* y presumiendo quien traía a la más buena o a la más bonita. Ése era el círculo de amigos de Rafael y yo trataba de coraje cada vez que se iba a sus fiestas. Pero me hablaba siempre que salía, me informaba cuando llegaba y cuando se iba, para hacerme sentir más confiada.

—Rafael, tú que me pegas un infección y yo que te corto el pito. ¿Me oyes?

—Flaca, ¡no! cómo se te ocurre. Te lo juro que no toco nada, es más, ¿porque no vienes conmigo?

—¿Qué? ¿Para qué me confundan con una de esas putitas?

—¡No! Claro que no, te presentaré como mi novia, si quieres.

—Tus amigos te abuchearán.

—Me vale, ¿vienes? Anda, será divertido. Puedo presentarte como mi novia o podemos fingir y así verás de qué se tratan nuestras reuniones. ¿No te late?

Lo miré con unos ojos traviesos y expectantes a mi respuesta. Me quería reír, pero apreté los labios y me hice la digna.

—¡No! Vete y pórtate bien.

—¿En serio no te interesa ver?

—¡No! Ya no me digas más porque entonces tampoco iras tú.

—Ándale, flaca, ven conmigo, te apuesto que eres la mejor de todas y que ganaré la noche.

—¿Y qué ganas?

—Pues sólo una muy buena y cara botella de coñac.

—¡Qué estupidez! ¿En eso gastas tu dinero, amor?

—Pues sí, en eso y en ti.

—Y luego, ¿qué? ¿Se las cogen?

—Claro, mi amor, no pagas diez mil pesos por agarrarles las nalgas.

—¿Y eso haces tú, cabrón?

—¡Hacía, mi vida, hacía! no lo hago desde que tú y yo estamos juntos.

—¡Qué asco!

—Flaca, son chicas bien, uno se cuida, incluso son hijas de papi, van a buenas universidades, son chicas que han viajado por el mundo, por eso son caras.

—¿Y ganan diez mil pesos por acompañarlos en sus estupideces? ¡Wow! Me sorprenden las fuentes de trabajo que puede uno conocer.

—¿Vamos? Será divertido.

— ¿Hacen esto todos los viernes? ¿De dónde sacan tanto dinero?

—Obvio no, tontita, una vez al mes o cada dos meses. El resto de los días sólo nos vamos de pedos. ¿Vamos? —me atrapó entre sus brazos y me apretó contra él. Me sonrió pícaramente—. Si no te sientes cómoda, nos salimos.

Negué con el dedo, pero con una sonrisa disimulada y él abría y cerraba los ojos, pestañeando.

—Dejarás de hacerlo después, si quieres que vaya.

— ¡Ah! Qué tramosa eres.

—Es la regla.

—Ya veremos.

— ¿Ya veremos? ¡madres! Prométele.

—Lo prometo —me puso los ojos en blanco.

Me arreglé de lo mejor y me puse un minivestido negro de seda. Vaporoso. Mis mejores zapatillas, me alisé el cabello. Cuando salí de mi habitación, Rafael puso cara de poema. Se frotó las manos y aplaudió.

—Ya gané. ¡Ñaca, ñaca!

—Qué baboso eres.

Llegamos al lugar, se trataba de un *penthouse* en un edificio en la colonia Condesa, conocida mejor por ser el centro de reunión de modelos, artistas y gente muy “blof”, gente a la que le gusta presumir. Toda la decoración en blanco, sillones minimalistas y una gran barra de metal con cristal, realmente era un lugar muy bonito.

Mi primera impresión fue de una fiesta normal, chicas que acompañaban a su parejas, y, como dijo Rafael, eran unas niñas muy guapas, no se veían para nada corrientes. Rafael me tomó de la cintura y me hizo pasar por el recibidor.

—No te pongas nerviosa. No te harán nada.

—Si me dejas sola un momento, te mato, ¿me oíste? —le dije entre dientes y fingiendo una sonrisa.

Uno de sus amigos lo saludó efusivamente y me miró de pies a cabeza, me sentí incomoda, me arrepentí de haber ido. Retrocedí un poco, pero Rafael me apretó más.

—Mi hermano, pero qué bomboncito más rico has traído.

—Para que veas qué buen gusto tengo. Por cierto —se acercó para hablarle de cerca y, en secreto, pero logré escucharlo—, es mi novia, idiota, ni se te ocurra, jugaremos un rato y nos vamos.

La cara del amigo cambió e hizo señas para que pasáramos. Los demás hicieron lo mismo, pero a ellos no les aclaró nada, yo sólo no me despegaba de él, me puso el brazo para que me colgara y seguimos en el desfile de saludos, no todos, pero sí muchos, llevaban compañía, las chicas se conocían y hablaban entre ellas, me observaban y cuchicheaban. Yo las miraba frívolamente, por encima del hombro.

Pero definitivamente Rafael no ganaría, un tipo ya más grande llevaba una rubia realmente hermosa, una cara como de porcelana, un cuerpazo, más alta que yo. Al notar que yo la veía, se dirigió hacia mí. No sabía para donde voltear, me pareció muy descortés de mi parte quedarme mirándola así. Caminó seductoramente, ¡oh, por Dios! ¿Qué hice?

— ¡Hola preciosa! —me saludó con un acento extranjero, seguro de Rusia.

— ¡Hola! —la saludé tímidamente, mientras hacía girar a Rafael para que me ayudara.

— ¿Te conozco? Siento haberte visto en otro lugar.

—No, No lo creo —le contesté riendo.

— ¡Hola, preciosa! —la saludó Rafael—, ¿con quién vienes?

—Vengo con Rosendo. Tu amiga es preciosa.

—Gracias, ya lo sé —Rafael me abrazó, ella levantó la ceja, se dio cuenta de que no soy como las demás.

—Pensé que te conocía, tu rostro me es familiar.

Yo sólo negué con la cabeza y sonreí.

—Ella es modelo, te la presento, es Lizzy.

—Hola, soy Christina —nos besó a ambos.

—Gusto en conocerte.

— ¿En qué agencia trabajas?

—En Glenda —le mentí.

— ¡Ah, yo también!

¡Me lleva, para que dije eso!

— ¿Y qué haces aquí?

—La paga y, la verdad, me encanta el sexo, lo hago por afición —nos miró a ambos y Rafael se puso detrás de mí.

—Bueno, ella no es muy de esto, ¿verdad, cariño?

No sabía qué contestarle, sólo tragué saliva, sentí la mirada de ella recorriéndome toda.

—Soy nueva aún.

—Pues relájate, te acostumbras a todo y es divertido.

No podía más con eso, se está poniendo en otro tono, le ofrecí disculpas y jalé a Rafael para que me acompañara.

—Quiero irme, me siento incómoda, esa tipa casi me desnuda con la mirada.

—Flaca, está buenísima, siéntete halagada, mira que llamar la atención no sólo de los hombres, sino de las mujeres más buenas. Creo que sí me llevo el premio después de todo.

—No, Rafa, ya, en serio, casi me viola, ¡mírala!

— ¡La miro! Flaca, si no te la tiras tú, déjamela a mí.

—Imbécil —le di golpecitos en la cabeza.

—Es broma. Si te quieres ir, vámonos, pero te aconsejaría que no fueras tan cerrada.

— ¡Ay pero que gracioso y consejero me has resultado!

—Ven, sólo un trago y nos vamos.

Lo seguí, la fiesta comenzaba a ponerse mejor, la música era más alta y las 15 o 20 personas que había ahí estaban más animadas. Nos pusimos en la barra junto con otro tipo que iba solo y Rafael platicaba con él mientras yo observaba.

Me puse incomoda por lo que veía: una chica le hacía sexo oral a dos tipos en un sillón, mientras le levantaban el vestido para cogerle las nalgas. Me acomodé en el asiento y apreté la mano de Rafael para que viera, él sólo miró, asintió y siguió hablando, como si nada pasara.

La rubia, Christina, bailaba muy pegado con una morena y me miraba. Yo me giré para ver hacia otro lado, pero el escenario era un tipo lamiéndole las tetas a una chica. Me estaba incomodando, pero no para mal. Empecé a sentir un cosquilleo entre las piernas. Sentía calor. Quería irme de ahí, antes de que la rubia me hablara bonito y me hiciera caer.

Le hice señas a Rafa

—Un ratito más, amor.

La rubia volvió a acercarse, notó mi mirada nerviosa.

—¿Qué tomas?

—Vodka tonic.

—¿Te acompaño con uno? Mientras tu pareja termina de hablar.

No sabía cómo actuar, esa tipa me ponía nerviosa. Se sentó a mi lado, tomando su copa. Brindó conmigo.

—Entonces, ¿no te dedicas a esto? —me preguntó acercándose.

—No, sólo acompaño a mi novio.

—Ah, ¿es tu novio? ¡Qué raro! Nadie trae a sus novias a estas fiestas.

—Bueno, pues él sí —lo miré para ver su reacción, pero siguió platicando.

—Oye, ¿te digo algo y no te molestas? —me acomodé en la silla y tragué saliva—, eres muy bonita, me encanta tu vestido, tienes unas bonitas piernas. ¿Cómo es que no te había visto por la agencia?

—Bueno, gracias, dejé de modelar hace rato ya, seguro por eso.

—¿Y no piensas hacerlo más?

—No, ya no.

—Pues deberías, aún estás muy buena para ello.

—Gracias.

—¿Y nunca saliste con una modelo?

—No te ofendas, pero eso no me va —contesté riéndome.

—¿Por qué? No lo has probado. ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

Ella hizo una mueca y observó el salón.

—¿Te gusta lo que ves?

—Fuera de las películas, no lo había visto en vivo.

—Pues esto es lo que me gusta, la sensación de querer ver es lo que me hace aceptar, aparte de que me gusta que me vean hacerlo.

—Bueno, cada quien sus gustos.

—Sí, pero para haber accedido es porque tenías curiosidad, ¿no? Y la curiosidad nos hace cometer ricas locuras.

Me rozó la pierna con su dedo. Sentí una corriente eléctrica. Busqué de nuevo la mirada de Rafael. “*Sácame de aquí*”, le supliqué con la mirada. Él se levantó de su asiento y se puso frente a mí, entre Christina y yo. Me tomó de la cara y me besó con pasión. Ella nos observaba, deleitándose con la escena. Rafael metió sus manos por debajo de mi vestido y tocó mi entrepierna.

—¿Qué haces? —le reclamé entre besos.

—Nada, flaca, te beso y te caliento. ¿Qué? ¿No puedo?

—No, aquí no, vámonos ya.

—¿Segura? Te juro que no diré nada. Y mañana tampoco.

—Vámonos a otro lado, ya.

Rafael miró a Christina como diciéndole: “Lo siento, no quiere”. Pero ella se puso atrás de Rafael y le agarró los brazos, como si fuera una marioneta, y lo hizo acariciarme. El reía perversamente y ella también. Yo no sabía qué hacer y, sintiéndome totalmente extraña, cerré los ojos. Ella tomó su mano y la guio por mis piernas hasta la entrepierna y rozó mis bragas. Di un respingo, pero Rafael me besó para tranquilizarme. Sentí muchos dedos tocarme, los de él y los de ella. Ella lo soltó y él se apretó más a mí, ella rodeó la silla y se puso detrás de mí, mientras él metía sus dedos y me besaba, ella levantó mi cabello para besarme el cuello. Me sentía estallar. Cómo podía estar sintiendo eso. Traté de reprimirme, pero ella lo hacía imposible.

—No, Rafa, esto está mal —le decía entre jadeos.

—No pasa nada, estás conmigo. Yo te cuido.

Bajó su cremallera y toda mi represión desapareció.

Querida amiga:

Hemos hablado mucho, nos hemos dado a la tarea de escucharnos más, conversar de lo que estamos sintiendo en este momento. Con dolor, he escuchado que él piensa que ya no soy feliz a su lado. Y, querida amiga, eso no es verdad, sigo amándolo tanto como aquella vez que, mientras hacíamos el amor, lloramos por el sentimiento tan grande que nos rebasaba. Lo amo con cada célula de mi cuerpo.

Estoy orgullosa de él y admiro cuánto ha crecido. Lo amo porque ha sido el hombre que transformó mi vida, lo amo por cuidar de mí, por entregarse a mí. Pero muchas veces tenemos que tropezar para darnos cuenta de cuánto camino hemos recorrido y aprender a valorar lo que tenemos. No puedo dejarlo, nunca dejaría esto hasta no haber entregado la última gota de sangre. Sé que él es la respuesta de Dios en mi vida y no puedo dejar de lado esto.

Me he cuestionado muchas veces, por qué permití que alguien más entrara a mi corazón; la respuesta siempre es la misma y, aunque duela reconocerla, es lo que es: la soledad.

Tampoco he de mentirte, él sigue aquí, ese hombre que sacudió mi monótona vida, y lo quiero tanto que duele. Pero cada vez veo más lejos la posibilidad de estar juntos. Ambos estamos conscientes de dónde estamos parados y nuestra relación ha crecido para bien, para ser los mejores amigos. He encontrado en él aquello que perdí hace mucho tiempo y pensé que nunca volvería a encontrar: un amigo a quien amo.

CAPÍTULO 9

LA CAÍDA

No podía creer lo que habíamos hecho, recordarlo hacía que me temblaran las piernas. Me desconocí en esa escena y desconocí a Rafael. Nos dejamos llevar y encontramos a otras personas en el camino. Sentía un poquito de remordimiento, pero me había encantado. No sabía si se repetiría, pero para mí, como experiencia, había sido suficiente.

Estaba en la habitación de un hotel; Rafael dormía a mi lado, desnudo, boca abajo. Yo miraba al techo sonriendo estúpidamente por lo que habíamos hecho. Me levanté y le besé la espalda. Corrí las cortinas de la habitación para que entrara la luz; Rafael hacía gestos y balbuceaba. Llamé a la recepción y pedí que nos subieran dos cafés; mientras lo hacía un pequeño pensamiento de los labios de aquella rubia entre mis piernas me hizo erizarme.

—Buenos días, mi amor —me senté en la orilla de la cama y volví a besarle la espalda. El levantó la mano y tiró de mí para recostarme a su lado.

—Buenos días, hermosa pecosa.

—Pedí cafecito, ¿te parece?

—Me parece que lo que ahora necesito es un levanta muertos.

— ¿Estás muerto? yo te veo muy vivo. Y anoche estabas más vivo que nunca —le dije entre risas.

— ¿Te gustó? —me preguntó haciendo un guiño.

—Me encantó tu desempeño, tengo miedo de que necesites verme con una rubia siempre.

—Flaca, me parece que tú lo disfrutaste más, el que debe temer soy yo.

— ¡Cállate! Me avergüenzas.

— ¿Por qué, mi amor? No deberías, ambos lo disfrutamos y ¿te digo una cosa? Jamás en mi vida la había pasado tan bien. Y ¿sabes qué fue lo mejor?

— ¿Qué, amor?

—Que fue contigo, no quería nada más que tocarte a ti. Quería que disfrutaras al máximo. Me siento satisfecho de haberte visto así. Es lo más maravilloso que he visto.

—Rafa, ya no me digas más o harás que me aproveche de ti —me monté sobre él, pero tocaron la puerta—, te salvó la campana, amorcito.

Tomamos nuestro café e hicimos de todo otra vez, no sé qué había pasado pero algo cambió. Me sentía libre de sentir y me dejaba llevar. También llegaba al orgasmo con más facilidad. Empezamos a ser una pareja como debe ser.

Las cosas iban bien, Rafael ascendía a paso acelerado en el trabajo y aunque no nos veíamos entre semana, me hablaba por lo menos 3 veces al día.

Yo pasaba todo el día en el trabajo. Estaba teniendo buenos resultados y mis jefas estaban contentas conmigo; eran cinco supervisoras en toda la República, y me estaban considerando para una supervisión. Estaba contenta.

La relación con mi familia iba mucho mejor, de lo sucedido con el embarazo sólo lo supieron mis hermanas Briseida y Oliva, les pedí que no lo comentaran con el resto, y no porque me fueran a criticar, pero no quería que me juzgaran, sobre todo no quería remover lo que había pasado.

Cuando Rafael y yo estábamos juntos muchas veces nos quedábamos mirándonos después de hacer el amor y, sin decir una palabra, nos comprendíamos. Sentía el dolor que yo sentía, me besaba la frente y cerraba los ojos como diciéndome: “Lo sé, a mí también me duele”, pero no decíamos más, habíamos acordado superarlo y cuidarme más, hasta que estuviéramos listos los dos para embarazarnos.

Desde esa noche con Christina, Rafael ya no había asistido a sus fiestecitas. Decía que estaba completo y no le hacía falta ver, ni tener más, a menos que yo quisiera algo, estaría dispuesto a ser flexible, ¡menudo cabrón!

Por supuesto que yo le golpeaba los hombros, pero la verdad aún recordaba esa sensación y no me desagradaba para nada. El recordar el simple roce de las manos de ambos, me provocaba electricidad corriendo por mi cuerpo. Me sacudía la cabeza y me cacheteaba yo misma. Ya lo viví, ya lo sentí y fin.

Pero esa chica salía hasta en la sopa, su carrera como modelo estaba en auge y la veíamos en *posters*, revistas, televisión y cada que salía o la veíamos, Rafael me codeaba.

—Mira, tu novia.

Yo le respondía con un codazo igual.

— ¿Qué? ¿No me dejarás en paz con eso nunca?

—No.

—Ya, déjame en paz, sí, fue rico y todo, pero ya tan-tan, asunto terminado.

—Amor, flaquita, bonita ya te dije que si quieres, podemos ir de nuevo.

— ¡Ya, *shut up!*

—Pero, qué tiene de malo, es tu sexualidad, puedes hacer con ella lo que quieras, además, no te vas a volver lesbiana por una vez, y si así fuera, ¿qué? Te tomas muy a pecho las cosas.

—Ya, ya sé que es mi sexualidad y es mi derecho, pero déjame en paz.

—Anda, cuéntame, ¿hay algo más que te gustaría hacer?

— ¡No!

— ¿Segura?

—Sí.

— ¡Bah! No estás segura, eso significa que tienes algo más en la cabeza, suéltalo.

— ¡Nop!

—Te prometo que no te hare más bromas, ándale, ¿sí?

— ¿Y qué gano diciéndote mis pensamientos?

—Pues ganas que yo te conozca a la perfección y te haga lo que quieras. ¿Me lo vas a decir o lo adivino?

—A ver, adivínalo.

— ¿Te gustaría dos hombres?

— ¡Nooooo!

— ¿En serio? Es el sueño de toda mujer.

—Pues no el mío. ¿Cómo crees? ¿con quién, aparte?

—Pues conmigo, claro.

—Tú y ¿quién más?

—El que tú escojas.

—No, no y no y aquí se acaba esta conversación, si no puedo con uno ¡ja! menos con dos.

Me levanté del sillón y me fui a la recámara riéndome.

— ¡Ven acá, no huyas! —me gritaba riéndose.

— ¡Ya, déjame en paz, no voy a acostarme con dos, cállate ya! Y ni creas que me calienta esta conversación, ni creas que porque hablamos de eso me estoy quitando la ropa —le grité desde la recámara y escuché cómo se levantaba a prisa y corría por el salón hacia la recámara. Al oírlo cerca, le azoté la puerta en la cara.

— ¡Valeria, cabrona! ¡Ábreme!

—Nooo —le decía mientras me partía de risa.

— ¡Que me abras, chiquita!

— ¿Vas a dejar de molestarme con eso? —le pregunté sin dejar de reírme.

—Sí, pero ábreme ya.

Abrí y terminamos tan cansados que dormimos toda la tarde.

Habíamos pasado un maravilloso tiempo, lo quería con locura, era mi mejor amigo y podía ser yo misma. No había cosa de la que no pudiéramos hablar. Política, religión, música, trabajo, amigos y sexo, mucho sexo.

Empezamos a ir a fiestas con su familia y con la mía; la gente empezaba a preguntarnos qué íbamos a hacer con nuestras vidas, nos preguntaban si nos casaríamos, hasta querían fecha, y aunque los dos nos reíamos y decíamos que así estábamos bien, en realidad habíamos comenzado a pensarlo.

Llevábamos más de un año juntos. Estábamos por celebrar su cumpleaños número 24 y había preparado una escapa romántica a la Riviera Maya para el día de los novios. Me había gastado un dineral, pero quería sorprenderlo y esperaba que el plan saliera bien.

Se acercaba el fin de semana y estaba emocionada por contarle mis planes. Le marqué para citarlo, pero me dijo que andaba muy ocupado y que tal vez no podríamos vernos el fin de semana. Eso me desilusionaba y me estresaba. Tenía que persuadirlo de verme, era importante. Él me decía que lo intentaría, pero yo insistí para que cenáramos juntos o que pasaría por su trabajo. Accedió a que pasara por él. Era un día miércoles.

Salí aprisa de mi trabajo. Tomé mi carrito y conduje hasta su trabajo. Después de casi dos horas llegué.

—Lo siento, ¿me esperaste mucho? El tráfico estaba horrible.

—No te preocupes, flaca, me diste tiempo de terminar pendientes. ¿Qué es eso tan importante?

—Nos vamos a cenar y te lo digo, ¿va?

—Ay, flaca, me das miedo. La última vez que me dijiste que tenías algo importante que decir, ve lo que pasó.

—No, amor, tranquilo. Por ahí no va la cosa. ¿Dónde cenamos?

—No tengo mucha hambre, pero te acompaño. ¿Nos llevamos los dos coches?

—Si quieres o puedes dejarlo y te traigo mañana temprano.

— ¡Ah!, me vas a secuestrar.

— ¡Claro! Que valgan la pena mis dos horas de camino.

Me detuve en un restaurante cerca de su trabajo, por el sur de la ciudad, pedimos unos tragos y ordené una ensalada.

—Bien, ¿me dirás qué pasa?

—Bueno, verás, se acerca tu cumple y quería que festejáramos, pero me dices que estás ocupado y yo tenía algo preparado para ti.

— ¡Oh! Flaca, es que no sé, trabajo hasta el viernes, pero creo que ocuparé el fin de semana.

—Amor, tendrás que hacer algo porque esto —puse los boletos para el viaje sobre la mesa —no es retornable.

Los toma, los observa y comienza a reírse. Yo pongo cara entre seria y sorprendida por su reacción.

— ¡Ay! Flaca, ahora sí me hiciste reír y me haces feliz.

— ¡Ah, vaya! ¿Te gusta la idea o no?

—No lo puedo creer.

— ¿Qué no puedes creer?

—Es que somos tan... iguales.

— ¿Por qué?, no te entiendo —yo me contagiaba de su risa, pero no entendía.

—Por esto —se inclinó para tomar su portafolio y sacó un fólder. Me lo enseñó.

—¿Boletos de avión? ¿A Cancún? Ya veo por qué tu risa. ¿Pero cómo se nos ocurrió?

—No sé, mi vida, pero estamos conectados.

—¿Son para la misma fecha? ¿No que trabajas?

—Eso quería hacerte creer, pero veo que no se puede.

—¡Oh! Amor, ¿y ahora qué hacemos? Yo no los puedo cancelar.

—No te preocupes, yo se los vendo a alguien del trabajo.

—Pero qué mentiroso, ves, qué bueno que te convencí de vernos.

—Sí, pero me sorprendiste mucho, mucho. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que te amo, eres maravillosa y estoy más que convencido de una cosa ¿quieres saber?

—Sí.

—Que quiero estar contigo siempre, *forever*.

—Yo también te amo, y también quiero estar contigo.

—Vamos a pasarla súper. Ya verás.

Esa noche hablamos de lo que haríamos en nuestro viaje. Pasamos una hermosa velada. Terminamos de nuevo en mi casa y casi de madrugada lo lleve a su casa a cambiarse, de ahí a su trabajo y luego al mío. Le platicué a mi jefa mis planes y me dio permiso de faltar el viernes, para arreglarlo todo.

El viernes me alisté y puntuales, a las tres de la tarde, partimos, estábamos emocionados parecíamos una pareja de recién casados. Bromeábamos llamándonos esposos. Cuando llegamos al hotel, hasta me cargó para cruzar la puerta. Por la noche salimos a cenar y a bailar. Al otro día playa y por la tarde un paseo en kayak, de nuevo cena y mucho sexo.

El último día, en el desayuno, bajamos al restaurante del hotel, pero el camarero nos guió hacia la playa, donde estaba montada una pequeña carpa con una mesa para dos. Sólo para nosotros.

—¿Cómo hiciste esto? ¿en qué momento?

—¡Oh! Ya ves, tengo mis contactos.

—Pues qué romántico, me sorprendes.

—No quería pasar nuestro último día sin decirte algo importante.

—¿Ah, sí? —me sentí nerviosa y tragué saliva.

—Flaca, quiero que vivamos juntos. Ya no puedo estar sin ti —se acercó lentamente para acariciarme los labios y yo sentía mi corazón latir a mil por hora. Me sentí en una nube.

—¿Quieres vivir conmigo? —le pregunte incrédula.

—Sí, no tengo una propuesta de matrimonio, lo sé, pero no descarto que lo hagamos, quisiera que antes nos conociéramos más y después tomemos una decisión.

—Me encantara, amor. Aunque sé que estamos bien así.

—Sí, pero ya no quiero pasar la semana separados y vernos sólo los fines. Quiero estar contigo.

—Y yo contigo y ¿te digo la verdad? Si tú no me lo decías, yo te lo hubiera propuesto.

— ¿Ves? Estamos conectados.

—Pero, ¿dónde?

— ¡Ah! Eso sí es importante, he visto unos departamentos y quiero que los veamos. Aunque sea para rentar, por el momento. Ya juntaremos y podremos comprar uno.

—Me haces feliz, después de todo, no pensé que al final estaríamos juntos. Quién iba pensar que después de conocerte en una pinta de la secundaria, que por cierto es lo mejor que hice, acabaríamos así. Gracias por todo el apoyo que me has dado, por estar conmigo incondicionalmente. Por ser mi amigo. Por ayudarme a levantarme. Nada me haría más feliz que compartir contigo nuestros días. Y desde mañana nos pondremos a buscar nuestro nichito. Te amo, pecoso.

—Yo a ti, pecosa, eres tú la mujer que llevaré en mi mente y mi corazón hasta el día de mi muerte.

Las semanas pasaron y encontramos un departamento en la colonia Narvarte, después de años de desearlo, al fin estaba cumpliendo mi sueño de vivir ahí. El departamento era amplio tenía sólo dos recamaras, pero eran bastante espaciosas, una gran ventanal que daba a una terraza, la cocina de azulejos blanca con unos muebles un poco viejos, pero bonitos. La sala y el comedor eran lo más amplio. Todo el departamento estaba alfombrado y tenía dos lugares de estacionamiento, todo por la cantidad de cinco mil pesos al mes, fue una gran suerte. Llegamos casi sin nada, excepto una recamara que él tenía en su casa, una mesa de comedor y una sala. Poco a poco fuimos comprando cositas.

Mi familia, aunque no estaba muy de acuerdo en que no nos casáramos, me apoyó, sobre todo mi mamá estaba en desacuerdo, pero doña Isa había cambiado mucho con el tiempo. Me apoyaba, pero seguía presionando para que acabara mi carrera.

Nuestros días me parecían de ensueño, nos bañábamos juntos, nos cambiábamos y salíamos a trabajar. Por la noche llegaba yo primero y lo esperaba para salir a cenar, porque, a pesar de que cocinaba bien, no me gustaba para nada. De vez en cuando le preparaba algo, pero más bien era él quien cocinaba y hacía las labores en casa, aunque teníamos a una señora que nos ayudaba con la limpieza.

Los fines salíamos alguna parte, nos gustaba patinar, así que nos íbamos al bosque de Chapultepec a pasear en patines. A veces quedamos con mi hermano Joaquín y mis sobrinos para patinar juntos en una pista cerca de la casa de mi mamá. Hacíamos barbacoas con su madre, su novio y su hermana, y muchas veces nos quedábamos en casa viendo películas.

Lo único que no hacía conmigo, era ir a misa. Muchos domingos él se quedaba en casa de su madre, mientras yo iba a casa de mi hermana Briseida y mis sobrinos para pasar un domingo familiar e ir a misa por las noches.

Hacía tiempo que el grupo coral al que pertencí se había desintegrado y no me gustaba asistir a una misa en la que no cantaran, me parecía muy aburrido. Y siempre he pensado que quien canta una alabanza, es como si orara dos veces. Pero mi hermana Briseida me había convencido de ir a la iglesia que estaba cerca de su casa, porque oficiaba un padre portugués que hacía muy alegre las misas. Y en verdad me gustaban, salvo el coro que cantaba, era espantoso. Yo siempre me giraba para tratar de verlos y ver quiénes eran, porque eran pésimos, las niñas cantaban con una voz estrepitosa y sólo una guitarra se escuchaba bien. Pero me divertía con sus equivocaciones. Nunca los vi, ellos, como en las iglesias antiguas, tocaban en la parte trasera y en lo alto. Ni cómo darles una crítica.

Rafael, aunque creía en Dios, no participaba de las ceremonias porque no creía en la iglesia, les tenía manía a los sacerdotes, hablaba mucho del caso de un padre mexicano pederasta y contra eso no podía ganarle. Sólo le hacía ver que uno asiste a la iglesia para estar un ratito con Dios, para dedicarle una hora de tu día, de tu semana, para platicarle qué te pasaba y que si bien la iglesia está regida por hombres, no son Dios y uno no debía alejarse de él. Yo lo respetaba y él me respetaba, así todos felices.

En el trabajo, después de unos meses de entrenamiento, al fin me dieron la supervisión, sólo tendría que supervisar tres sucursales del Distrito Federal, pero con eso me bastaba para llegar tardísimo a casa. Ya ni hambre, ni tiempo de cenar me daba. Llegaba y, como regla, caía en cama.

Con Rafael era lo mismo, cada vez tenía más responsabilidades en su trabajo y casi ni nos veíamos, él había empezado a viajar mucho, era el encargado de buscar nuevas tecnologías en telefonía en México y asesorarse con gente importante de compañías de todo el mundo.

Una mañana de esas en que coincidimos por entrar a trabajar más tarde, hablamos de nuestros trabajos, de nuestros planes para la casa.

—Amor, cuando seamos grandes me vas a comprar una casa como ésta —le señalaba una casa de una revista de decoración.

—Claro, mi vida, ya para entonces tendremos como 20 chamacos y una niñera para cada uno.

— ¡Ajá! Como tenemos tiempo de hacer chamacos. Lo único que veo de ti son los pelos que dejas sobre la almohada, mi vida, te vas a quedar calvo con tanto trabajo.

—Mensa... pero sí, flaca, este trabajo me va a matar.

—Pero no te quejes, amor, que estás donde quieres estar.

— ¡Sí, lo sé! Pero es que a veces de verdad no aguanto. Me voy en unas semanas otra vez a Nueva York, voy a ver a un tipo de la competencia.

— ¿En serio?

—Sí, al parecer va a colaborar con nosotros y sabe mucho de fibra óptica; voy a ir a aprenderle.

—Ok, pues me da gusto por ti, cariño, y por mí, a ver si así ya me cambias mi carrito.

— ¿Para qué quieres otro? Ése no está mal. Además, hay que seguirle echando a la alcancía, para convencer a la dueña del depa para que nos lo venda.

—Sí, pero quiero otro.

—Ven aquí, berrinchuda. Siéntate conmigo.

Me levanté de mi asiento y me subí a sus piernas.

—No sabes cómo extrañaba tomarnos un café juntos en la mañana.

—Un placer, señor.

...

Ese día no sé porque me sentía tan pesada, me costaba trabajo descansar, sentía como si trajera nudos en la espalda. Debía levantarme para llevar a Rafael al aeropuerto.

— ¡Valeria! Por favor, flaca, se me hará tarde. ¡Arriba, floja!

—Voooooy, Raf.

Caminaba como si trajera una lápida sobre la espalda, me mojó la cara y lo vi a él todo bañadito y ya cambiado, con su camisa blanca y su pantalones gris Oxford. Me encantaba verlo así. Lo abracé por la espalda y besé su cuello. Absorbí todo el aroma de su loción.

—Deja te huelo todo para acordarme de ti.

—Loquita.

—No hace falta decirte que te portes bien, ¿verdad? —lo amenacé con el dedo.

— ¡No! Sí me porto bien, te mando un mensaje cada vez que pueda.

—Mejor me hablas. Escribir me da hueva.

—No, mejor mensaje y ya, acostúmbrate.

—Ok, pero pórtate bien, ¿eh?

—Que sí, Valeria, ya te dije: contigo hasta el fin.

—Ok, te amo. Cuidate.

Lo dejé en el aeropuerto, sacó su equipaje aprisa, me besó la frente y yo hice lo mismo. Lo abracé, no quería que se fuera.

—Se me hace tarde, flaca.

—Lo siento, cuidate mucho, espero tu mensaje en cuanto llegues, ¿sale?

—Sí flaquita, nos vemos al regreso. Haremos chamacos.

—Ok. Ve amor, aquí te espero.

Me subí al coche y avancé con lentitud, lo vi por el retrovisor agitar la mano y meterse por la puerta de acceso. Me fui a trabajar, como todos los lunes, me tocaba la sucursal de Lindavista, Mónica, una de mis compañeras supervisoras, me invitó a desayunar al Mc Donalds un burrito y mis hot cakes.

—Te ves cansada, ¿mucho actividad en la noche? —preguntó preocupada.

—No, qué va. Yo creo que necesito vitaminas, me siento pesada y sin ganas.

—Mejor deberías ir al doctor.

—No, tampoco es para tanto, como que necesito descanso.

—Pues habla con la jefa para que te dé unos días.

—Sí, tal vez le pida el día de mañana. Encima, fui a dejar a mi novio al aeropuerto muy temprano, me vino mal la madrugada.

—¿A dónde se fue ahora?

—A Nueva York.

— ¡Qué envidia! deberías de haberte ido con él. ¿Por qué no te fuiste?

—Pues por idiota, huevona y desidiosa. No he renovado mi Visa.

— ¡Qué pena! deberías hacerlo.

—Lo sé.

Pasé todo el día en modo zombi, llamé a mi jefa por la noche, antes de cerrar, le dije que quizá llegaría más tarde al trabajo, que tenía una cita médica. Mentí, sólo quería dormir un poco más.

Rafael me envió un mensaje cuando llegó al hotel.

Flaca, ya estoy en el hotel. Voy a deshacer maleta y bajar a cenar. Mañana tengo mi reunión a las 8:00 am. Es una hora más aquí, así que será temprano para ti, si puedo, te aviso antes de salir del hotel. Buenas noches, amor.

Le respondí.

Buenas noches amor. No te preocupes por la hora. Espero tu mensaje.

Me puse la pijama, prendí el televisor, veía una novela mexicana nada más para entretenerme y ver, de pronto, a actores a quienes conocía. Pero qué malas eran esas novelas, ni pensar que las exportamos al mundo entero. Me quedé dormida en seguida.

Escuché la televisión entre sueños.

Al parecer se trata del mayor accidente aéreo en los últimos tiempos. Aquí vemos cómo sale el humo de la parte superior de este importante Centro de negocios. Es increíble estar viendo esto, las imágenes nos llegan en directo.

Entreabrí los ojos y miré la tele, un edificio estaba en llamas. Me incorporé en la cama, vi la hora: 8:00 am. Me acerque el celular.

Rafa me había enviado un mensaje.

Flaca ya estoy en mi cita esperando a este tipo. Este lugar es impresionante, tenemos que estar aquí, se llama Windows on the World. En el WTC. Te amo, flaca. Dios te bendiga siempre.

Miré el mensaje y sonreí al mismo tiempo que hice conciencia, se me borró la sonrisa. Miré el televisor vi las letras arriba de la pantalla: WTC en Vivo.

Volví a mirar en mensaje. Mi corazón se aceleró.

—No, no puede ser, no, Dios mío, no, no, no.

Tomé el teléfono y marqué. No contestó. Tomé el de casa y marqué. No contestó, una y otra y otra vez.

—Por favor, Rafael, contesta.

Volví a marcar y volví a marcar durante muchos minutos.

En ese momento miré en la pantalla como otro avión se estrellaba contra la otra torre.

— ¡NOOOOOOOO!

Caí de rodillas con los teléfonos en el pecho. Esto no podía estar pasando. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Llamé a su mamá.

—Señora, ¿está viendo eso? —le dije gritando.

—Sí, hija, ¿qué pasa?

— ¡Rafael está ahí, señora!

—No, no, hija, no me digas eso. ¡Ay, Dios mío, no! ¿Cómo lo sabes?

—Me mandó un mensaje hace rato diciéndome que estaría ahí —su madre y yo estábamos llorando y espantadas. Escuché cómo su hermana le preguntó qué pasaba y cuando le respondió, soltó un grito.

Espantada, temerosa al máximo nivel de dolor, traté de controlarme y ponerme al corriente de lo que decían los noticieros.

— ¿Qué hacemos, hija?

—Señora, no sé, no sé si esperar, no sé si tenemos que llamar a la embajada. No lo sé.

—Espera a ver si dicen algo.

Estaba en la orilla de la cama viendo al televisor, me fastidiaba que no tuvieran una información clara. Sólo decían que podría tratarse de un atentado terrorista, no decían si han desalojado el edificio. Una imagen de otro avión estrellado en el pentágono. ¡Dios mío, eso era horrible! Seguía insistiendo en llamarlo, nada. Escuché en las noticias que las líneas estaban saturadas. Llamé a la embajada, nada. Todo saturado. Los vuelos estaban cerrados, nadie saldría de la isla.

—Por favor, Dios, que esté bien, que haya salido antes. Que no haya llegado su cita y se haya salido.

Me tiré frente al televisor. Su madre me volvió a marcar, estaba desesperada.

—Me voy para el aeropuerto, no puedo quedarme aquí.

—Señora, los vuelos están cerrados, no creo que podamos volar hacia allá. Es un atentado terrorista, se pondrán herméticos.

— ¿Qué hago entonces?

—Esperar, quizá se salió antes y están evacuando los edificios. Quizá tiró el teléfono en la confusión, ya encontrará la manera de llamarnos. Dejemos las líneas desocupadas, por si se comunica. Es todo lo que podemos hacer.

— ¿Es que no podemos hacer más?

—No se me ocurre más, pásame a Marina —la puso al teléfono, ella estaba igual de alterada.

—Mari, hay que dejar las líneas desocupadas, por si llama. Los celulares, las líneas de casa. Si una de nosotras sabe algo, de inmediato nos informamos. ¿Me entiendes?

—Sí, Vale, estamos en contacto.

Por qué no me desperté cuando llegó su mensaje, por lo menos debí darle los buenos días. Me dijo: “Dios te bendiga siempre”. Nunca me lo decía. Las lágrimas brotaban de mí, estaba frente al televisor, sentada con las rodillas en el pecho. El dolor y la incertidumbre de no saber me estaban matando, me estallaba la cabeza. La agaché mirando al piso. Escuché una conmoción, los presentadores de las noticias informaban: “*La torre sur se ha colapsado*”.

¡Nooooo! Me puse a patallar, me levanté para golpear con los puños la cama. ¿Quién hijo de puta hizo esto? ¡Malditos! ¡Maldita gente! No, Rafael, amor, ¿dónde estás? Se me vino una idea a la cabeza. ¿Dónde estaba el restaurante? Busqué de inmediato en Internet. Me di cuenta de que estaba en la torre norte. Esa seguía en pie y estaba siendo evacuada. Me controlé.

Volví a marcarle al celular, pero se escucha como si estuviera ocupado. Eso me dio esperanza, quizás me estaba hablando, colgué enseguida, pero nada. Veía las imágenes que repetían y repetían los noticieros, la gente corría y yo observaba si alguna de esas caras era la él. Nada.

Le marqué a su familia, que ya se encontraba reunida en casa de su madre. Les avisé que el restaurante se encontraba en la torre norte. Que esperáramos. Colgué. Seguían las imágenes una y otras vez, cambié de canal. Vi otras imágenes más.

Recorrí toda la habitación de un lado a otro. Volví a marcar. Seguía sonando ocupado. Me di cuenta de que la red debió caerse. Tal vez fuera el mío, lo apagué y volví a prenderlo. Volví a marcar. Nada, igual. Traté de tranquilizarme, pero no podía. Imágenes de él me venían a la cabeza. Sus palabras retumbaban: “*eres tú la mujer que llevaré en mi mente y mi corazón hasta el día de mi muerte*”. Me detuve a ver el televisor. En este momento la torre norte se derrumbó.

Miré derrumbarse el edificio, me quedé petrificada. Ví derrumbarse mi esperanza, nuestra vida y todos los sueños que construiríamos juntos. Todo se derrumbó. Sólo quedaron sus palabras en mi cabeza: “*Te amo flaca, Dios te bendiga siempre*”.

Cerré los ojos, caí de nuevo de rodillas y dejé caer los teléfonos.

— ¡Te amo! —grité con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO 10

ESCOMBROS

Esa mañana entre 500 y 600 personas se encontraban desayunando en el restaurante Windows on the World, cuando el vuelo 11 de American Airlines se estrelló contra la torre norte. Todos murieron ese día. El avión destruyó las vías de escape y las víctimas atrapadas murieron por la inhalación de humo, por el fuego, saltaron o quedaron atrapados cuando la torre se colapsó.

...

Mis intentos por correr a Nueva York fueron en vano, el país estaba hermético. Durante semanas acudí a la embajada para que nos dieran permiso de ir, pero los vuelos fueron cerrados.

Tanto familiares como amigos hicimos una red de contactos en Estados Unidos para pasarnos información. Se colgaron fotos en parques y plazas, pidiéndole que se reportara, que su familia lo esperaba, no podíamos dejar morir la esperanza de que hubiera salido antes o que fuera uno de los sobrevivientes que habían rescatado de entre los escombros. Pero después de semanas y semanas de albergar una esperanza, cada vez que repetían una imagen, un video nuevo, presentaban una investigación, mi corazón sabía que él ya no estaba.

Era imposible creer que alguien pudo sobrevivir y sabía que debía encontrar el modo de resignarme. Sufrí una batalla entre mi mente y mi corazón. Lo veía en el departamento afeitándose, lo escuchaba abrir los armarios de su ropa, abrir el grifo del lavabo. Sentía la luz de las mañanas cuando corría las cortinas. Escuchaba las cerraduras de la puerta abrirse y oía sus pasos por la alfombra. Sentía su presencia y eso me volvía loca, porque si estuviera vivo no me sentiría así. Pero lo sabía, tengo eso que llaman sexto sentido, y sabía que andaba ahí.

Conversaba con mi madre todos los días, ella me preguntaba cómo iba la búsqueda y yo le comentaba que la familia de él aún tenía esperanzas, por lo menos esperaba recuperar un cuerpo, un cuerpo a quien rezarle, un cuerpo que sepultar. Al menos así estaríamos seguros.

— ¡Mamá! Lo veo —le dije llorando.

— ¡Ay, hija! Cuánto lamento oírte así. No llores, mi niña. Dios te mandará el consuelo, acércate a él.

—No, mami, ¡no me entiendes! ¡De verdad lo veo, lo siento en la casa! Siento su presencia.

—Valeria, ¿cómo voy a creer que me estés diciendo que crees en fantasmas?

—No sé si sean fantasmas, Má, pero lo veo. No me da miedo, de eso estoy segura. Escucho cosas y me parece verlo. Y cada vez que eso sucede, quisiera que me hablara.

—Pues hazlo, pídeselo. Si sueñas con eso, pídeselo.

— ¡No, mami! no son sueños.

—Bueno, de todos modos hazlo. Si ves o sientes algo, cierra los ojos y reza por él, dicen que cuando uno muere así, trágicamente, su alma puede vagar.

— ¡Mamá! —solté el llanto.

—Es verdad, hija, lo que tenemos que hacer es enterrarlo, rezar por él y pedirle a Dios que lo recoja.

—Lo sé, mami, de verdad que rezo por él. Pero su familia y yo no lo dejamos ir. Pero no quiero dejar de recordarlo.

—No lo harás, hija, pero háblale en tus noches, dile que estarás bien. Que se vaya, que no se preocupe. Que descanse en paz.

— ¡No! no, no puedo, mami, no puedo decirle que se vaya, lo quiero, mami, lo quiero conmigo. Era mi mejor amigo, mi compañero. Tengo rabia por las cosas que suceden, tengo rabia de que me lo quitaran así, de esa manera, estoy indignada como todo el mundo entero. Pero no puedo pedirle que se vaya, mamita, no puedo.

—Hija, no lo dejarás descansar, si es cierto que ellos lo ven todo, te ve así, sufriendo y lo lastimas también. Suponiendo que así fuera, te gustaría verlo llorando por ti. Viéndote como estás tan sumida en los escombros como él —se detuvo y reflexionó sus palabras—. Perdóname, hija, no quise decir eso. Quise decir que estás mal, te hace falta descansar y debes salir adelante, echarle ganas. Te amamos, hija, toda la familia está preocupada por ti, Briseida me dijo que ya no vas para nada. Aunque sea vete con ellos, sal con los muchachos, son tus sobrinos y te quieren.

—Lo sé, mami, es que no quiero aún. Pero lo haré, te lo prometo. Tengo trabajo todavía y lo haré en cuanto pueda.

—Hija, no eches en saco roto mis palabras. Préndele una veladora al Señor del Encino y reza, hija, pide por él y por ti.

—Gracias, Má.

Mi madre siempre me daba los mejores consejos, pero sentía que no me entendía, no estaba lista para dejarlo ir. Muchas veces, estando en el trabajo, revisaba el teléfono para mirar si no había mensajes, alguno que se hubiera quedado atorado en la línea, no sé, algo que me dijera que estaba bien.

En casa era peor, escuchaba su voz en la contestadora una y otra vez. Sacaba su ropa sólo para olerla. Como el día en que se fue y me acerqué sólo para olerlo. Me tiré en la cama para arroparme con su ropa aún impregnada de su fragancia y entre los bolsillos se asomó una hoja de papel. La tomé en mis manos y la abrí, era una cita de Gabriel García Márquez, otro de sus escritores favoritos:

“Si supiera que ésta fuera la última vez que te vea salir por la puerta, te daría un abrazo, un beso y te llamaría de nuevo para darte más. Si supiera que ésta fuera la última vez que voy a oír tu voz, grabaría cada una de tus palabras para poder oírlas una y otra vez indefinidamente. Si supiera que estos son los últimos minutos que te veo diría ‘te quiero’ y no asumiría, tontamente, que ya lo sabes. Siempre hay un mañana y la vida nos da otra oportunidad para hacer las cosas bien, pero por si me equivoco y hoy es todo lo que nos queda, me gustaría decirte cuánto te quiero, que nunca te olvidaré”.

¿Le habré dicho cuánto lo quería? No lo recuerdo, él sí me lo dijo, lo sé. Pero de haber sabido, no lo hubiera dejado partir. Le hubiera dicho cuánto lo amaba en verdad, a veces decimos “te quiero” sin sentido, sin pensar lo que significa cada letra. Daría lo que fuera por volver a decirle un “te amo”, un “buenos días”. Prepararle un café y haberle cocinado algo. Siempre esperamos una buena ocasión para tener un detalle. Pensaba “algún día le cocinaré una rica cena, le daré un masaje y le anunciaré que seremos papás”. No llegó ese tiempo y me pesaba en el alma.

Los días pasaban igual, no comía bien, casi no dormía. El trabajo no me importaba ya. Estaba al pendiente siempre de la información que se manejaba en los noticieros. Me fastidiaba el amarillismo. Estaba en duelo, junto con el resto del mundo, pero odiaba la política y las campañas que se hacían en torno a eso.

La casa era un desastre. Las plantas que él solía regar estaban marchitas, me daba pena haberlas dejado morir. Si estuviera aquí, seguro me regañaría. Pensaba comprar unas nuevas.

No estaba bien de la cabeza, comenzaba a pensar que necesitaba un terapeuta, no dejaba de llorar y seguía durmiendo con su ropa sobre la cama. Sólo la hacía a un lado para acostarme. Mis hermanas trataban de persuadirme para hacer algo, tomar un café o salir con la familia. Yo no accedía, ponía de pretexto el trabajo. Mis sobrinos, aconsejados por mis hermanas, me invitaron a ir a un parque de diversiones. Me decían que era la tía favorita y que estaría súper si los acompañaba. No me sentía con ánimos de ir, pero Nando, Tomás y Orlando, hijos de Briseida, con mucha ayuda de mi sobrina Lili, me lograron convencer.

Pasé un día maravilloso a lado de ellos, todo fue risas y tonterías. Me sacaron de mi encierro mental. Me alentaron a seguir saliendo con ellos, después de todo no nos llevamos mucho en edad salvo Lili, que tenía 16, pero Nando era más chico que yo por 3 años y era el cabrón más ocurrente que conocía. Después de ese día acepté salir más con ellos, a sus fiestas o paseos. Me empecé a sentir de mejor ánimo.

Pero las noches aún estaban cargadas de tristeza, mis miedos y reproches florecían por la noche. Aún lo percibía y me sentía como una loca. Seguía escuchándolo y cuando me asomaba, con la esperanza de encontrarlo, decepcionada regresaba a mi habitación. Oía los ruidos que hacía por la mañana antes de irse, el agua del grifo, el armario. Todo era lo mismo. Me torturaba con eso. A veces me sentaba en el sillón de la sala y observaba todo el departamento, esperando tener visiones de él. Me quedaba en silencio, cerrando los ojos.

—Ven —lo llamé temerosa. — ¿Estás aquí?

Me quedé en silencio. Las paredes tronaban a veces o escuchaba un goteo. Pero nada de voces.

—Te extraño.

No se escuchaba nada. Me levanté y me fui a tirar en la cama. Me recosté y prendí el televisor. Me estaba quedando dormida, abría y cerraba los ojos, tiré el control de la TV y me acosté boca abajo. Comenzaba a sentirme pesada. La puerta de la habitación se entreabrió. Abrí los ojos y me quedé paralizada, sudando. Sentí a alguien ahí, alguien que me miraba mientras estaba recostada, pero no podía voltear, una fuerza no me lo permitía.

— ¿Eres tú? —pregunté insegura.

Sentía mi respiración agitarse al formular la pregunta, sentía correr la sangre en mis sienes con el golpeteo de mi corazón. No me contestó, pero sentí como si alguien se hubiera sentado en la orilla de la cama. Solté un grito ahogado que no se escuchó. Quería girarme para verlo, pero no podía.

—Sí —me susurró al oído.

Solté otro grito, esa vez más fuerte, me levanté en el acto. Horrorizada, me cubrí la cara y al quitar las manos, vi que no había nadie. Comencé a llorar. ¿Qué me pasaba? Debía dejarlo ir, esto no podía ser, mi cabeza me estaba traicionando. No podía estar así. Miré toda la habitación y salí a la sala. Desde ahí tenía la vista completa del departamento. Mi corazón no dejaba de latir aprisa. Me repetía en mi mente: “*Cálmate, Valeria, esto es producto del cansancio y de tu mente, es un efecto del sueño, respira*”. Me tranquilicé un poco y me recosté en el sillón. Cerré los ojos.

—Si estás aquí, no me asustes, quiero saber que estás bien. Quiero sentirte de nuevo, te extraño —dije con suavidad.

Con los ojos cerrados permanecí en silencio hasta que me ganó el sueño. Soñé con él, no recuerdo qué fue, sólo sé que amanecí mejor.

Me pasé varias noches haciendo lo mismo, llamándolo, invocándolo. Pero no siempre sucedía algo. A veces sólo veía sombras pasar de una habitación a otra. Me daba escalofríos, pero me sacudía y seguía adelante. Cualquiera pensaría que estaba loca, hasta yo misma lo creía. Aunque la sensación era extraña, no quería dejar de sentirla.

Ni siquiera a su familia le conté sobre esos sucesos, porque hubiera sido como decirles que ya no era necesario buscar, que Rafael estaba muerto. Aunque yo ya lo sabía.

Por las mañanas, mientras me arreglaba, conversaba con él como si estuviera ahí; le pedía opinión sobre qué falda usar, si se veía bien mi cabello. Y cuando me subía a su coche, le prometía no golpearlo.

Me había pasado meses así; la navidad fue una tortura, pensar que la pasaríamos juntos, en familia, me hacía mucha ilusión. Durante la cena me la pasé escondiéndome, por temor a que alguien me preguntara por él o que dijeran algo de lo que pasó, una nueva noticia o investigación. Me lastimaban y lo sabían, pero yo trataba de dar buena cara, sonreír, aunque mis ojos reflejaran otro sentimiento. Mi madre y mi hermana Briseida me acaparaban para preguntarme cómo iba, yo siempre les decía que bien, pero Briseida insistía en lo contrario.

— ¿Por qué no nos hablas, Valeria? ¿Por qué no sacas lo que traes dentro? Somos tu familia, soy tu hermana, puedo escucharte. Sácalo.

—Sí, hija, no te quedes con ese dolor —agregaba mi mamá.

—Estoy mejorando, ya les dije —respondí dándole énfasis a mis palabras.

— ¿Cómo nos dices que mejoras, si vemos que no? —insistió Briseida.

—Yo sólo quiero que ya no me pregunten por él. Bastante tengo con mi cabeza y mis alucinaciones.

— ¿Cuáles alucinaciones? —preguntó intrigada mi hermana.

—Nada, olvida lo que dije.

— ¿Sigues viéndolo? —intervino mi madre con preocupación.

— ¿Cómo que lo ves? —exclamó mi hermana—. ¿Cómo espíritu?

— ¡No! No lo sé. Sólo sé que lo siento y me parece verlo, incluso pensé que me había hablado.

—Valeria... —dijo mi hermana con el rostro desencajado y sorprendida se lleva la mano a la boca—. Hermanita, eso está mal, no puedes seguir así, necesitas ayuda.

— ¡No necesito ayuda!

—Hija, creo que sí estás mal, te dije que rezaras, que pidieras por él, pero no te atormentes así. Déjalo ir.

—Es que no quiero, mami —dije con la mirada hacia abajo, mis dedos jugueteaban con mi blusa—. Sé que quizá sólo lo alucine, pero quiero verlo. Al principio me dio miedo, pero ahora trato de invocarlo.

—No, Valeria —me interrumpió mi hermana—. Eso que haces no es normal, tienes que tomar un curso de tanatología o ir con un terapeuta. No puedes estar así. ¿Sabes que más puedes hacer? Acércate a Dios, hermanita, vamos a la iglesia, antes te gustaba ir y lo has dejado de hacer. Háblale de lo que te pasa.

—Sí, hija, no hay mayor consejero que él, tal vez tiene las respuestas que quieres oír, pero hay que estar atentos a sus respuestas. Hija, te suplico que te dejes ayudar, hazlo por él, ya te lo dije. A él no le gustaría verte así.

— ¡Pero no estoy mal, mamá! Así quiero estar, ¿por qué no me dejan en paz? —les grité.

Mi sobrino Nando, que escuchaba a lo lejos, se acercó.

—Sí, bicha, hazles caso —me sorprendió abrazándome—. Debes seguir tu vida, bichita, eres como una hermanota para nosotros y ya no queremos verte así. Ya fue demasiado dolor para ti, libérate.

Escuchar a mi sobrino alentándome, me partía el corazón, me di cuenta de hasta donde estaba afectando a mis seres queridos. No pude evitar que volvieran a correr las lágrimas, pero las enjugué y asentí.

—Lo prometo, se los prometo.

Me dieron un abrazo entre los tres y lloraron conmigo, pero les prometí seguir adelante.

Terminé las materias que me hacían falta y metí los papeles pertinentes para la culminación de mi carrera. Arreglé el departamento; vendí mi auto y pagué sólo 3 meses más de alquiler. Accedí a irme con mi mamá y mi papá a Veracruz. Me parecía que debía estar con ellos, estaban montando un negocio de ropa y accesorios para mujer y requerían mi ayuda. Esta vez lo haría, los necesitaba.

Pedí 3 meses para dejar el trabajo y que encontraran un remplazo. Durante ese tiempo seguí sintiendo a Rafael. Le daría otra cara a la gente, pero a él no lo soltaría.

Antes de terminar el mes de abril, más tranquila con la imagen que le daba a la gente, sentí que era hora de salir de los escombros, hablando espiritualmente, y asistí de nuevo a la iglesia. Sentí un peso en los hombros cuando entré, cada paso que daba hacia el altar era un nudo más en la garganta, cada paso que daba era un recuerdo de él. Me senté dos bancas antes del altar, la iglesia aún estaba vacía, me arrodillé, miré la cruz y en seguida brotaron las lágrimas.

—Estoy aquí, Dios, porque quiero que me sanes. Señor, ayúdame a no sentir más dolor, sé que me he vuelto a alejar de ti, pero estoy aquí y aquí está mi vida, tómala y hazla de nuevo, si es necesario. He sufrido por mis decisiones y por las pruebas que me has mandado, pero ayúdame a superarlas, dame la mano y sácame de aquí. Yo sólo he querido amar y ser amada. Señor, escucho lo que tengas que decirme. Pon en mi vida las cosas y las personas que sean necesarias. Ya no quiero sufrir. ¡Oh, Dios mío! Mándame consuelo. Dios, te pido por él, es tan injusta la vida que le diste, pero sólo tú sabes por qué lo permitiste, no te reprocho, ayúdalo a llegar a ti y ayúdame a dejarlo ir. Señor dame una señal de que escuchas. Dime qué debo hacer, hacia dónde debo ir. Eres grande y yo me siento tan pequeña, quítame el peso que llevo. Sáname, Señor, cura mis heridas.

Escuché una guitarra tocar armoniosamente una melodía triste. Miré para buscar de dónde provenía y vi que a lado del altar, como en una especie de capilla privada, se encontraba alguien. Asomé más la cabeza, pero sólo pude percibir la silueta de un chico. Él tocaba la guitarra, quise levantarme y acercarme, pero me quede deleitándome de su melodía.

La gente había comenzado a entrar, se oficiaría una misa. Y pues ya estando ahí, me quedé a escucharla. El chico que estaba en la capilla canto solo, me gustaba su voz ronca y fuerte, y me gustaba cómo la armonizaba con la guitarra. Sentí consuelo al escucharlo. Escuché la ceremonia con atención y me sentí liberada.

Cuando terminó me quedé un poco más de rodillas mientras se vaciaba la iglesia. Con la cabeza agachada, seguí orando. Al escuchar unos pasos, levanté la cabeza y lo vi. Un chico blanco con hermosos ojos verdes, cabello rubio oscuro, labios carnosos y rosados. Vestía una playera negra con las mangas dobladas, enseñando sus bíceps, jeans y su guitarra. Muy guapo, a mi vista parecía un ángel.

Pasó a lado mío, me sonrió y me hizo un guiño. Yo agaché la cabeza, me avergonzó verlo. Al oírlo salir giré para mirarlo y al tiempo que lo hice, él también volteó. Me giré de inmediato. Me sonrojé y me di un golpecito en la frente.

Esa noche llegué al departamento y me dispuse a hacer aquello a lo que tanto me había resistido. Apagué las luces, encendí unas velas que había comprado afuera de la iglesia y las puse en la mesa de centro de la sala. Me senté y observe de nuevo el departamento. Respiré hondo.

—¿Estás aquí? —hablé casi en un susurro—. Ven, necesito hablarte...

Silencio.

—Rafael, quiero decirte algo. ¿Estás aquí?

Algo movió las cortinas, como si la ventana estuviera abierta, pero no lo estaba. Cerré los ojos y me toqué mi acelerado corazón para calmarlo.

—Si eres tú el que está aquí, sólo quiero decirte que te he extrañado mucho. Hubiera deseado haberme despertado aquel día, darte los buenos días y decirte que te amaba, mi querido amigo y amor. Esto es lo más horrible que nos pudo haber pasado y perdóname por lo mal que he estado, pero te prometo que estaré bien. Me levantaré de entre los escombros de mi vida y saldré adelante por ti. Gracias por los momentos que me diste, por las risas que compartimos, por las peleas, que fueron pocas, pero, sobre todo, gracias por haber estado conmigo cuando me sentí tan sola y aunque la soledad me duela, estaré bien. Te lo prometo, mi amor... Te perdono, si es que crees que me hiciste daño o no me dijiste algo que hubieras querido decirme. Te perdono y te libero, y es lo más duro que he de decir. Decirte adiós me duele, pero ve a donde tengas que ir, amor. Ve con Dios, porque tu lugar está allá. Yo estaré bien, te lo prometo. Te amaré siempre. Vete, amor. Te esperan, yo te libero.

Mis lágrimas se secaron cuando me quedé dormida. Sentí una gran paz, dormí serena. Entre sueños, lo vi, se acercó despacio, me besó la frente y me dijo adiós con una gran sonrisa...

Se había ido.

CAPÍTULO 11

HASTA QUE TE VUELVA A VER

Decirle adiós fue algo que me dolió en las entrañas, pero tenía que hacerlo para poder continuar con mi vida. Cada acción que hacía, como guardar su ropa, sus zapatos, tirar su cepillo de dientes, guardar sus balones, sus discos, era un pedazo de mí que se desprendía. Acordé con su madre donar su ropa y sus objetos. En cada caja que recolecté iban muchos momentos vividos y muchos sueños que no se cumplirían. Me preparé para dejar el departamento, cada día iba guardando cosas. Poco a poco mejoré.

Preparaba a mi sustituta en el trabajo y estaba en proceso de graduarme. Me iría a vivir con mis padres para ayudarles en el negocio y aprovecharía ese tiempo con ellos, como nunca lo había hecho. Debía seguir adelante y lo haría por él.

Mi hermana Briseida me llamaba para ir a su casa y pasar los fines de semana; así lo hice. La pasaba bien con mi familia, con las ocurrencias de mis sobrinos, con mis hermanas. Me sentí conectada de nuevo con todos. Asistíamos a los partidos de fútbol de mis sobrinos, íbamos al parque a jugar básquetbol, aunque siempre terminábamos en el suelo, éramos muy brutos para jugar. Íbamos de compras, al cine o nos quedábamos en casa a ver películas. Los domingos hacíamos carne asada, bebíamos unas cervezas y por la noche asistíamos a la iglesia.

Desde aquel día que me había acercado a la iglesia, me sentía mejor, me sentía liberada, me sentía sana. Sentía una enorme necesidad de presentarme en la iglesia, como si algo me empujara. Asistía con gusto y escuchaba lo que Dios tenía que decirme, sé que él lo hacía a través de alguien, pero muchas veces no ponemos atención. Me gustaba escuchar al coro y cantar con ellos, a veces, sin querer, cantaba igual de fuerte. Cerraba mis ojos y estaba cantando un canto que me hacía sentir muy bien.

“En ti Señor, encontré la respuesta a mis dudas.

Diste consuelo a mis angustias

Y alegría en mis momentos, de soledad.

Contigo señor, tuve mil momentos de felicidad

Aunque a veces tuve que llorar

Tú lo sabes, nunca te dejé de amar.”

Sentí una mirada sobre mí. Entre abrí los ojos, pero no había nadie, seguí cantando. No pude contener las lágrimas.

“Sólo tú, Señor, me diste una razón para existir,

me diste una razón, para vivir

y me mostraste el camino

para encontrar la verdad.

Sentí un codazo y salí de mi trance, era mi hermana Briseida, la miré extrañada y molesta, pero ella hizo una señal para que mirara hacia enfrente. El chico del coro me sonreía, sonrojada, de inmediato, miré hacia otro lado, mientras Briseida levantaba las cejas y lo señalaba con los ojos. Le hice una mueca y le abrí los ojos como diciéndole: “¿Qué te pasa?” Ella se reía y yo puse los ojos en blanco. Pero fue imposible no notar que el chico me miraba y si nuestras miradas coincidían, él tragaba saliva y sonreía levemente; yo me sacudía un poco.

En casa las burlas de mi hermana no se hicieron esperar.

— ¡Eh! ¿Viste cómo te miraba ese muchacho?

— ¿Cómo no iba a hacerlo? Si ahí estabas tú, enseñándomelo.

— Está muy guapo el muchachito.

— Ajá, y ¿qué?

— ¿Cómo qué y qué, mensa? Pues que no te quitaba la vista de encima, le gustaste. Eres bonita.

— Sí, ajá, ¿eso qué? —pregunté con tono de molestia.

— ¡Ay, Valeria! no es para que te molestes. Eres joven y no tiene nada de malo que se fijen en ti y no tiene nada de malo sentir algo de nuevo.

Levanté la mano para que se detuviera.

— Hermanita, no te sientas mal. Piensa en esto: él quería que fueras feliz y donde esté, quiere que lo seas. No te estoy diciendo algo descabellado, no te digo que sea ahora, pero no te cierres a las posibilidades. No se trata de que te vayas con el primero que encuentres, sólo no dejes que tu corazón se endurezca...

— No estoy lista, ¿ok? —la interrumpí.

— De acuerdo, tómate tu tiempo, pero ¿te digo una cosa? cuando uno tiene una pérdida debe poner un tiempo para lamentarse; algunos psicólogos dicen que el tiempo máximo para recuperarse es de seis meses y tú ya estás llegando a ese límite. Así que, hermanita, no te encierres. Estoy segura de que Dios tiene un plan nuevo para ti.

— Está bien, pero no me presionen, por favor.

— Nadie te está presionando. Yo sólo observé a ese muchacho, me pareció que le encantaste y, no te hagas, también te vi nerviosita, ¿no?

— Sí, ajá.

Discutir con Briseida era imposible, era muy obstinada. Así que le hice parecer que tomaba todos sus consejos. Pero no iba a engañarme, ese chico tenía algo que me ponía intranquila y eso me pesaba, sentía como si le faltara al respeto a Rafael. Antes las mujeres guardaban luto a sus maridos durante años. Pero ¿cuánto tiempo debes hacerlo? ¿Llegará algo que te indique que es momento? No lo sé.

Antes de irme a Veracruz quería terminar con los trámites para finalizar mi carrera y que me dieran mi carta de pasante. Fui a trabajar un rato a la sucursal de Lindavista, que era la más cercana a mi casa, y luego iría a las oficinas de profesiones. Hice mis pendientes, revisé las ventas, apenas si desayuné y salí corriendo. Mi auto estaba en el taller, así que debía tomar el metro. Caminé aprisa, eran unas cuatro calles para llegar a la estación. La gente de la Ciudad de México siempre tiene prisa, siempre va corriendo. Entré rápido a la estación.

Llegó el tren y apuré más el paso; se abrieron las puertas y corrí a meterme, la gente salía a empujones y no me quedaba otra que hacer lo mismo o no entraría. Empujé para entrar, pero mi tacón se atoró en el borde, entre el tren y el andén, me quedé atrapada; sonó el pitido que anuncia que se cerrarán las puertas. ¡Maldita sea! jalé el pie sin lograr nada, un señor tiró de mí para ayudarme. Se cerraron las malditas puertas y mi zapatilla salió volando hacia afuera, yo me quedé adentro, con el pie levantado como garza. ¡Me llevaba la chingada! Vi cómo iba dando giros por el piso hasta llegar a los pies de un tipo que lo levantó.

¡Ay, Dios mío, no podía ser! Era él. Lo miré por la ventana y golpeé el vidrio; él, extrañado, miró hacia ambos lados para ver de dónde venía el sonido.

— ¡Hey, es mío! —grité mientras golpeaba la ventana.

Me miró y, sorprendido, lo sostuvo agitándolo y riéndose. Le hice señas.

— ¡Guárdamelo! —le grité al tiempo que el tren se ponía en marcha.

Él se lo colocó en el pecho, como si fuera su tesoro, y lo acunó. Me reí. ¡Qué vergüenza! lo que me faltaba. Me quedé mirándome en el reflejo del cristal, me sorprendí sonriendo. Miré a los demás, todos me miraban con cara de pena. Sólo levanté los hombros y rogué para llegar rápido a la siguiente estación y regresarme por mi zapato. ¡Carajo, por qué me pasaban esas cosas! Sacudí la cabeza.

Llegué a la siguiente estación y me bajé cojeando, sentía las miradas y las risitas detrás de mí. ¿Qué? ¿Nunca han visto a alguien quedarse sin zapato? ¡carajo! Bajé y subí escaleras para pasar del otro lado y tomar el tren de regreso. ¡Qué momento tan penoso! Tomé el siguiente tren y llegué de nuevo a la estación, lo busqué del lado donde se quedó, pero no estaba. ¡Ay, no, pero qué carajos! ¿dónde se había metido? Se abrieron las puertas y lo vi ahí, a pocos metros de mí. Le sonreí y agité la zapatilla en el aire.

— ¿Buscabas esto?

Me acerqué, cojeando, avergonzada.

— ¡Ay, Dios, gracias!

—Menos mal que fui yo, ¿no?

— ¡Oh, sí!, no pudiste ser más oportuno.

—Pues aquí tienes. ¿Te ayudo?

—No, gracias —tomé la zapatilla para ponérmela, pero me desequilibré un poco y él me agarró del brazo—. ¡Gracias! Ya quedó.

—Un placer, señorita Cenicienta —me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Vi sus ojos. ¡Dios, qué bonitos ojos! Entre verdes y azul cielo.

— ¡Qué vergüenza! En esta ciudad se puede ver de todo.

—Pues estoy encantado de presenciar esta leyenda urbana. Está para contarla en las historias del metro de la ciudad.

—Tienes razón, muchas gracias por rescatar mi zapatilla. Tengo que irme.

— ¿Trabajas por aquí? —me preguntó apresuradamente, como si no quisiera que me fuera.

—Sí, aquí cerca, debo irme, llevo prisa y mira lo que me pasa.

—Mira, qué bien, yo estudié en el Politécnico y nunca te he visto por aquí.

—Es que ya tiene mucho tiempo que no usaba este transporte.

— ¡Oh, vaya!

—Bueno, gracias. Me voy.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Valeria.

—Adiós, Valeria. Yo soy Christian.

—*Bye*, mucho gusto.

Me alejé para volver a tomar el tren, pero vi que me siguió.

— ¿Qué? —le pregunté extrañada—. ¿A dónde vas?

—También voy a tomarlo en esa dirección.

—Ok.

— ¿Vas lejos? —me preguntó con mirada expectante.

—Algo, voy hasta Insurgentes Sur.

—Yo voy a un par de estaciones, ¿nos hacemos compañía?

—Ok.

Él levantó su mochila y me pidió mi bolso para ayudarme a cargarlo, pero se lo negué. Se colocó detrás de mí y a un lado, como si me resguardara de la gente que caminaba detrás de nosotros, sin siquiera rozarme. Observé como estiraba su mano para protegerme y abordamos el metro con empujones que él daba, para darme lugar a mí. Me rodeaba con los brazos, sin tocarme, sólo me protegía. Me llevó al fondo del vagón, arrinconada contra las puertas que separan los vagones.

—Gracias, ¡qué fácil es entrar así! —le dije con una sonrisa.

—Un placer, cuando gustes —me contestó con su voz ronca, casi en un susurro.

Me sonreía mientras yo pegaba mi espalda a la puerta y él me rodeaba con sus brazos por encima de los hombros, apoyándolos sobre el cristal de la puerta. Demasiado cerca, tanto como para percibir su aliento olor a Tic Tac de naranja. Después de un rato, aunque él miraba por encima de mi cabeza para no hacerme sentir incómoda o no sé, yo no podía desviar la atención de su boca, rosada, lubricada. En un instante presioné los ojos e hice una diminuta sacudida de cabeza. Christian se mantuvo callado, mirando hacia los lados, pero no a mí. Sentí su incomodidad también y quise romper ese aire tan tenso.

—¿Qué estas estudiando? —pregunté animosamente.

—Una ingeniería —me contestó con tono seco.

—¡Oh! ¿Y es pesada? ¿De qué es?

—Químico Industrial —respondió mirando hacia otro lado y sin decirme más, de pronto su rostro cambió y se separó de mí. Se giró dándome la espalda, como ocultándome. Me quedé un poco sorprendida, incluso traté de mirar si había visto a alguien, pero su espalda no me dejaba ver.

—Bueno, me bajo en esta estación. Pasa buen día. Y cuidado con las zapatillas.

Salió aprisa y quedé haciendo una gran “O” con mi boca, ¿Qué fue lo que pasó? ¿Hice algo de lo que no me di cuenta? ¡Bah, que tipo tan bipolar! Al partir el tren, lo busqué en el andén, sólo lo vi correr por el pasillo, al parecer tras una chica que manoteaba. ¡Vaya, ahí estaba el motivo! Pero, ¡qué tonta era!

El resto del día me la pasé ocupada entre trámites y filas. Regresé casa a tirarme en el sillón, después de cocinarme un enorme plato de pasta con carne. Pero al acostarme y cerrar los ojos, volvió la imagen de ese chico. *¿Qué te pasa, Valeria, por qué no te lo sacas de la cabeza?* Algo me hizo sentir, tal vez no sea nada, quizá sólo era mi mente jugándome una treta, confundíndome. Pero al recordar su cercanía, sin que me tocara, la casualidad de encontrármelo. Me hizo pensar que sí me gustaba, pero lo recordé corriendo tras esa chica y me sentí mal por doble partida: por la chica y, más importante, por el recuerdo de mi Rafa. Estaba muy mal, tenía que dejar de pensar en él.

La semana transcurrió igual y sólo esperaba el fin de semana para salir con mis sobrinos a dar la vuelta o irnos de antro. Me divertí haciéndole de Celestina con ellos. Miraban a una chica, como no se animaban a hablarle, terminaba haciéndolo yo y ¡claro! soy la que les da el visto bueno: que sean guapas y buenas niñas. Pero no siempre los hombres escogen lo mejor y mis sobrinitos eran como camiones de construcción, levantaban desde azulejo hasta cascajo. En cambio con mis sobrinas era de lo más celosa, nunca les hacía buena cara a sus pretendientes. ¡Pobres! Y no nada más yo, también mis sobrinos. Siempre les echábamos la fiesta a perder. Pero era por su bien, ésa era nuestra justificación.

Era domingo y había llegado la hora de asistir a la iglesia; consciente, o inconscientemente, me arreglé mejor. No quería que se notara para que mis hermanas no me molestaran, pero sabía que lo vería. Cuando estaba cantando me sentía muy bien, me liberaba, y si de reojo lo miraba observarme, como siempre, aunque me pusiera nerviosa, lo disfrutaba. Habían pasado varias semanas y estaba recuperada, más positiva. Había comprendido que Dios le pone las más difíciles batallas a sus mejores guerreros, y yo me consideraba uno de ellos. Casi había terminado de empacar todo, estaba lista para irme con mis papás, lo único que me detenía era ese sentimiento extraño por el chico que siempre me observa, que me sonreía, pero que desde aquella vez en el metro no me había hablado. Salió de la iglesia, y aunque sonrió cuando pasó a mi lado, de inmediato se fue.

—¿Qué pasó con ese chico, qué le hiciste? —me cuestionó Briseida.

—¿Yo? Nada.

—¿Cómo no? Se veía muy interesado y, de pronto, nada.

—Claro que no, tiene novia.

—¿Ah, sí? ¿Cómo sabes?

—Porque lo vi y no sigas, ya habíamos hablado.

—Y qué con que tenga novia, ¿es más bonita que tú?

— ¡Ash! ¿Eso qué? Tiene novia y punto, se acabó.

—No, pues de todos modos te sigue echando ojitos, así que contento con ella no ha de estar.

—Pues lo que sea. No me interesa.

— ¿Segura?

—Segura.

—Ay, mi niña, te conozco. Si a ti también te gusta, ¿crees que no me doy cuenta de que hasta te arreglas para ir a la iglesia?

—Claro que no, babosa, soy así siempre.

—No, mi niña, mira —levantó las manos, separó los dedos y se metió uno a la boca—. ¿Cuál quieres que me chupe? Si no nació ayer.

—Bueno, como sea, tiene novia y yo todavía no supero lo de Rafael.

— ¡Qué miedosa te has vuelto!

— ¡No soy miedosa, chingá!

— ¿Cuánto a que no lo conquistas?

— ¿Eso qué? No lo voy a hacer.

—Sólo estamos probando. Apuesto a que no haces que se fije en ti.

—Él ya lo hace y no hace falta. Ya déjate de pendejadas.

Mi hermana me picaba la cresta, como dicen por ahí, pero la ignoraba. Un día, cuando salía de la iglesia, la chica que había visto en la estación de metro estaba esperando afuera, en el jardín delantero de la iglesia. Al verme me recorrió con la mirada de pies a cabeza y me torció la boca. ¡Ja! ¿Pero qué le pasaba a esa idiota? Yo no le hice nada. ¡Vieja loca!

Días después, trabajaba en la sucursal de Lindavista, de nuevo, mi oficina tenía un ventanal en forma de escuadra en la planta baja y me gustaba correr las cortinas para que entrara el sol por las tardes y ver a toda la gente pasar detrás de mi escritorio; estaba atendiendo una llamada, enrollándome el cable del teléfono en los dedos y reclinada sobre el respaldo de la silla, las piernas cruzadas y jugueteando con mi zapatilla, cuando escuché un golpeteo. Me asusté, el teléfono casi voló y lo vi ahí, de frente a mí, saludándome. Sonriente de haberme tomado por sorpresa. Me levanté enseguida y le indiqué que se adelantara a la entrada del establecimiento.

— ¡Qué susto me has dado!

—Lo siento. Pasé por aquí y te vi, no pensé que fueras tú, pero reconocí esas zapatillas.

—Mira, qué bien. Bueno... ¡Hola!

— ¡Hola, Valeria! —dijo y yo sentí una punzada en el estómago al escuchar mi nombre con esa voz.

— ¿Qué tal, cómo te va?

—Bien, gracias, de maravilla. Sólo te vi y quise saludarte.

—Gracias, chico. ¿Cómo va el coro?

—Bien, bueno, y a sabes, ahí vamos. ¿Trabajas aquí, entonces?

—Sí, por unas 3 semanas más.

— ¿En serio? ¿Y eso?

—Me iré a vivir con mis padres.

— ¿No vives con tus padres?

—No, vivo sola, pero ya va siendo hora de volver.

—Oye... —se llevó la mano a la nuca y se la frotaba—. Siento mucho lo del otro día.

—¿Qué, de que hablas? —pregunté como si no entendiera su pregunta.

—Del otro día, que me fui precipitadamente.

— ¡Ah eso! No, no te preocupes.

—Creo que debo una disculpa, por no despedirme adecuadamente.

—Te digo que no hay problema, creo entender por qué fue, lamento si tuviste un problema.

—No, no fue así; sólo quería disculparme.

—No pasa nada. ¿Gustas pasar? Estaba en una llamada.

—Mejor no, te dejo trabajar.

—Bueno... —dije con un poco de desilusión—. Que tengas buena tarde.

Le extendí la mano, la cual él tomó con delicadeza y sentí una descarga eléctrica cuando su dedo hizo un leve roce sobre mi piel. Luego me apretó y jaló de mí para darme un beso en la mejilla. Su boca se detuvo por una milésima de segundo sobre mi piel; yo cerré los ojos y para cuando los abrí, él aún sostenía mi mano y sus ojos se posaban en mí.

—Encantado de verte de nuevo. Nos vemos luego. ¿Irás a la iglesia?

—Sí, claro, como siempre —dije nerviosa.

—Pues ahí te veo —se fue alejando caminando hacia atrás, con una sonrisa—. ¿Sabes qué? Te he oído cantar, tal vez deberías unirtenos... si quieres.

—Gracias, pero ya no podré. ¡Cuidate!

Entré rápido a mi oficina, antes de que las chicas de recepción me dijeran algo. Me senté en frente a mi escritorio, apoyé los codos sobre la mesa y me cubrí la cara. Negaba con la cabeza. ¡Esto no podía estar pasando! Me di una sacudida. Ese chico me estaba haciendo algo y no podía permitirme sentir nada en absoluto. Debía alejarme de él pronto. No más iglesia, iría a otra, si era necesario. Y así fue, el siguiente domingo propuse ir a la Villa. Asistimos a una ceremonia muy bonita. Pasamos a ver a la Virgen y recordé a Gabriel, las promesas que hicimos a sus pies, me causó nostalgia, me dio pena. Pensé en discúlpame con él, era justo que lo hiciera, si algún daño causé, debía arreglarlo. Nos dio tiempo de almorzar, de subir al cerrito y todavía llegamos a casa de mi hermana a ponernos la ropa deportiva y salir a jugar básquetbol.

Jugábamos mi hermana Briseida, Oliva, mi hermano Joaquín y su esposa Alma. Mis sobrinos Nando y Orlando, hijos de Briseida. Todas contra ellos, bromeábamos sobre que no podían contra nosotras, los jalábamos, les picábamos el estómago para quitarles el balón, los pisábamos. Un juego nada limpio, pero nos divertíamos.

—No se vale, estamos en desventaja contra las viejas, nos falta un hombre —comentó agitadamente Nando.

—Sí, tramposas, canallas —respondió Joaquín.

— ¡Qué chillones! —les dije—. ¿A poco no pueden, si somos unas damas?

—Vamos haciendo equipo con alguien más, porque ustedes están muy cabronas —dijo Joaquín.

— ¡Ay, ajá! ¿Con quién quieren jugar?, aun así les ganaremos —dijo Alma.

Todos reíamos, mientras tomábamos agua.

—¿Qué tal con esos chavos? —señaló Nando a un grupo que se acercaba.

Miramos todos hacia donde se dirigía y ¡oh, sorpresa! ¿Por qué me lo tengo que encontrar? Christian de nuevo, con otros tres tipos, al parecer sus hermanos. De inmediato, mis hermanas lo reconocieron y animosamente aceptaron invitarlos.

— ¡No! —grité.

— ¿Por qué no, bicha? —preguntó Nando, extrañado por mi respuesta.

—Porque no y ya.

—No inventes, Valeria, no te va a pasar nada —intervino Briseida.

Pero Nando, sospechando de qué se trataba, me ignoró y con sonrisa pícaro fue hacia ellos. No nos habían visto hasta que Nando se acercó y habló unas palabras con ellos. Christian fue el primero en acercarse y saludar.

—Buenas tardes, ¿jugamos?

—Claro —dijo Briseida—. Creo que ellos no podían con nosotras, pero te advertimos que somos buenas.

—Ya veremos, señoritas —dijo mientras me miraba.

Quise retirarme, pero Briseida me hizo regresar sutilmente pellizcándome el brazo.

—Ay, babosa. Me lastimas.

—No te pongas tonta y juega.

— ¡Ok, ya! —puse los ojos en blanco, me remangué la sudadera y me até bien la coleta del cabello—. ¡Venga, a darle!

Hicimos los equipos. Alma, Briseida, Oliva, Nando y yo, contra Joaquín, Christian y sus tres hermanos, dos señores, no muy grandes, rubios como él y otro moreno.

Comenzamos el partido entre él y yo. De inmediato gané el balón para nuestro equipo, Oliva lo cogió y pasó a Briseida, que era bastante buena para anotar y empezamos a ganar. Sin trampas, ni pellizcos, jugamos limpio. Pero cada que me tocaba llevar el balón, Christian era el que le hacía de poste y no me dejaba pasarlo. Me lo quitaba y hacia una sonrisa torcida, como burlándose. Me estaba provocando. En un pase para canasta brincamos los dos al mismo tiempo y le gané el balón y anoté, pero mi cuerpo cayó sobre el suyo rozándole con mis tetas la cara; él me detuvo por la nalgas para no caer directo al suelo. El momento más electrizante e incómodo que he vivido, a ambos se nos pintó la cara de mil colores. Los demás pudieron notar la tensión, porque se quedaron mirándonos. De inmediato me separé y me acomodé hasta las bragas porque todo se me movió.

Él tragó saliva y se disculpó en voz baja, agachó la cara y se puso al otro lado de la cancha. Pedí tiempo y fui a tomar agua. Me senté mientras ellos seguían jugando, pero él no me dejaba de observarme aunque fingía mirar hacia otro lado, me di cuenta de que me miraba porque le lanzaron un pase que lo golpeó en el hombro. Sus hermanos le reñían, para que pusiera atención y los míos para que regresara a la cancha. Decidida de una vez por todas a dejar de atormentarme con lo que estaba sintiendo. Entre a la cancha, para retarlo a que me dijera algo.

Le arrebaté el balón a su hermano moreno y de inmediato él se propuso quitármelo, pero lo esquivé e hice que viniera de nuevo hacia mí; yo, manipulando el balón de un lado a otro frente a él, cara a cara, le solté una sonrisa provocativa.

— ¿Me lo vas a quitar? —pasaba mi lengua por mis dientes. Por supuesto esto lo sorprendió, pero me siguió el juego.

—Claro, a la una, a las dos y las tres —manoteó.

Pero giré mi cuerpo para quedar con mi trasero casi pegado a él.

—Venga, quitámelo.

—Lo que tú digas —volvió a manotear y volví a esquivarlo.

— ¡Qué lento eres! —le dije mientras corría para hacer un pase que mi cuñada recibió para anotar.

Choqué las palmas con mi equipo y, al pasar junto a él, le di una palmada en la espalda.

—Más rápido para la otra, querido.

Él negó con la cabeza apretando una sonrisa. Seguimos el partido. Y en un pasé que él agarró, me abalancé para quitárselo, pero me dio un ligero empujón, que me agarró mal parada y fui a dar de nalgas. Preocupado y apenado, se apresuró a levantarme. Me tomó por los brazos y me puso en pie. Yo, apenada y entre risas, le di un leve puñetazo en el pecho.

—Qué bruto eres —le dije sonriendo.

— ¿Querías provocarme, no? — me lanzó un beso al aire y me hizo un guiño.

Tomó el balón y lo volvió a pasar para anotar. ¿Qué? Ya estuvo bueno de este juego. Mientras los demás seguían jugado me enfrente a él.

—Bueno, ¿qué traes?

—Yo nada y ¿tú? —sonreía y no dejaba de mirar la jugada.

—Ah, ¿nada? —levanté las cejas y apreté los labios—. ¡Oh, bien! con que a esas quedamos. Ok.

— ¿Qué quieres que te diga?

—No sé, por ejemplo, por qué te andas apareciendo por todos lados.

—No sé, lo mismo me pregunto yo. ¿Me estás siguiendo?

—No seas tonto.

—Entonces ¿qué? ¿el destino?

—No me hables de destino, no estoy contenta con él.

Me lancé por el balón que venía hacia a mí y, esquivando a todos, anoté. Volví a mi posición y él se acercó.

—¿Por qué no estás contenta con el destino?

—Bueno, porque sí. No es momento para hablarlo, ni el lugar.

—Pues hablemos cuando quieras y donde quieras.

—No sabes quién soy, ¿me estás invitado a salir o algo así? —pregunté riéndome.

—Claro, mujer.

—Creo que te estás equivocando.

Se acercó velozmente a mí y, a escasos centímetros de mi cara, se inclinó para hablarme.

—No me estoy equivocando, ¿a dónde quieres ir?

—No sabes el tipo de lugares que me gustan. No podrías.

— ¿Ah, sí? Pues ya verás. ¿Cuándo?

—No, de verdad, lo siento, no puedo.

— ¿Por qué no?

—Porque no, ya déjalo así —dije y me adelanté para seguir jugando.

Terminamos el partido y ellos ganaron. Les agradecemos por jugar y mis hermanas no perdieron la oportunidad de hablar con Christian. Le preguntaron que si tocaba en la iglesia y él contestó que sí. Le dijeron que nosotros también teníamos un grupo, pero que hacía tiempo lo habíamos dejado. Briseida le dijo que yo canto muy bien y él aseguró que ya me había escuchado y que podíamos ir cuando quisiéramos. Luego de agradecerles el partido, a él y a sus hermanos, se despidieron muy amablemente.

Yo me alejé hacia unas banquitas para descansar. Christian les dijo unas palabras a sus hermanos y ellos se retiraron. Mis hermanos estaban guardando todas las cosas, preparándose para partir.

Christian, se acercó a mí. Apoyó su pie sobre la banca y recargó su codo sobre la rodilla, poniendo su mano sobre su mentón. Lo miré desde los pies hasta su lindo rostro con sus ojos sonrientes y su hoyuelo en la mejilla.

—Entonces, ¿dónde hablaremos del destino? —me esbozó una linda sonrisa.

—No hablaré del destino contigo — contesté queriendo parecer seria.

— ¿Por qué no? Dame una buena explicación.

— ¿Te parece bien la respuesta: no quiero?

—No, ésa no me gusta y no es válida. Dime otra.

—Hmmm... ¿Te parece bien: tengo novio?

—Eso no es cierto.

—¿Cómo que no es cierto? ¿Tú qué coños sabes?

—Si tuvieras novio, tendrías otro semblante y yo noto que estás triste.

— ¡Claro que no!

—Mírame a los ojos y desmíenteme —buscó en mis ojos y no esperó una respuesta—. ¿Ves como no tienes?

—Bueno no, no lo tengo ahora, pero si me disculpas, no quisiera contarte, lo siento.

—Como quieras, entonces. Pasa buena tarde.

Y se alejó. ¡Estúpido! ¿Cómo se atrevió? Eso me estaba irritando. Miré a mi familia y les señalé con el dedo que mejor se callaran. Pero claro, no se callaron. Me reñían. Sobre todo mis hermanas.

—No seas tonta, Valeria, date una oportunidad. ¿Por qué no entiendes que no estás haciendo nada malo? Deja de autoflagelarte. No eres culpable de todo lo que has vivido. No armes un boicot contra ti —Briseida trataba, desesperada, de hacerme entender.

—No me flagelo, ¿a ver, qué caso tiene, si ya me voy?

—Aunque te vayas, a lo mejor encuentras a alguien más, lo que trato de decirte es que no te cierres.

Sabía que mi hermana tenía razón, sólo que me sentía tonta para pensar siquiera en volver a querer alguien. Me parecía inverosímil.

Empezó la semana con complicaciones, ya que el viernes iría la mudanza para llevarse los pocos muebles que teníamos a casa de la madre de Rafael. Ya no quedaba más. Cerraría la puerta, entregaría las llaves y dejaría los cortos y maravillosos meses que viví con él. Me dolía porque pensaba que lo dejaría ahí, encerrado, cuando saliera por esa puerta. Era indescriptible la pena y el dolor que sentía, como fuego en el estómago.

El miércoles me hicieron una despedida mis compañeras, el lugar más cercano a la sucursal de Lindavista era un pequeño bar de trova. Llevé un cambio de ropa para no parecer oficinista. Me puse unos pantalones ajustados negros, mis botines, una blusa color arena y mi chaqueta de piel ajustada a la cintura. Me solté el cabello y mis rizos se hicieron presentes. El lugar era muy bohemio, mesitas pequeñas, todo a media luz, lo único iluminado era el escenario. Cuando entramos un tipo no muy grande, con coleta, tocaba amenamente su guitarra.

Nos unieron las mesas en un rinconcito y nos sentamos las pelotudas de mis compañeras y yo, y digo pelotudas porque todas eran argentinas. Creo que con ellas cambié mi opinión, todas me hicieron sentir maravillosamente en el tiempo que compartimos, nada que ver con las modelitos pesadas que conocí. Incluso una de ellas, Mónica, me invitó a pasar unas vacaciones en Buenos Aires.

Compartíamos animosamente, eran un poco escandalosas. No hacíamos caso del pobre trovador que cantaba canciones de Serrat. Tomábamos unas cervezas enormes y me llegó la urgencia, fui al sanitario, me retoqué un poco el maquillaje y salí de nuevo. Me senté y escuché las notas de una canción que me encantaba “Ojalá”, de Silvio Rodríguez. Interpretada maravillosamente. Hice callar a las pelotudas y me asomé al escenario. Quise llorar, no sé porque. Lo hacía tan bien que me llegaba al alma, pero lo que más me hizo vibrar era el simple hecho de que era él. Christian. Mi corazón se agitó, sentí el sudor en mis manos y frente, estaba temblando.

Esto de encontrármelo tan seguido era como planeado por alguien y no sabía quién. No sabía qué hacer, ¿agachar la cabeza y hacer como si no lo hubiera visto? Él no me había visto, no sabía si debía hacerme ver y decirle algo. Opté por hacer como si no lo hubiera visto y dejar que me descubriera, si es que lo hacía.

Christian concluyó, recibió aplausos, se levantó para agradecer, hizo una reverencia y, al levantar la vista, me vio. Se sorprendió tanto o más que yo, hizo su cuerpo para atrás. Su mirada era fuerte y pícara a la vez. Volvió a sentarse en su banquillo.

—Buenas noches a todos, bienvenidos a este rincón, agradezco a mi amigo Manolo que me haya invitado esta noche, porque veo que hay gente muy bonita. Me sorprende ver tanta mujer tan hermosa —se dirigió hacia nosotras—. Así que vamos a brindar por todas ellas. Y en especial por ti, que estás aquí, volviendo loco mi destino.

Sus palabras retumbaron tanto que ni los aplausos escuché, las pelotudas me manoteaban para llamar mi atención, pero yo estaba en shock. Miraba la sombra que se dibujaba bajo sus ojos por los reflectores y vi sus ojos, tan hermosos como siempre, mirándome, incitándome. Tomó su guitarra, sin dejar de verme, pude percibir el temblor en su mano. Resopló un poco y comenzó a tocar. Unas lindas notas emanaban de su guitarra. Reconocí la canción y me estremecí.

*“Soy vecino de este mundo por un rato
y hoy coincide que también tú estás aquí,
coincidencias tan extrañas de la vida,
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio... y coincidir*

*Si navego con la mente en los espacios
o si quiero a mis ancestros retornar,
agobiado me detengo y no imagino
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio... y coincidir*

*Si en la noche me entretengo en las estrellas
y capturo la que empieza a florecer,
la sostengo entre las manos más me alarma
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio... y coincidir*

*Si la vida se sostiene por instantes
y un instante es el momento de existir,
si tu vida es otro instante... no comprendo,
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio... y coincidir.”*

No puede más, las lágrimas corrieron, no sé qué me pasaba y por qué me sentía tan triste. Cantaba con él quedito, Mónica me sobaba el brazo. El no dejó de mirarme, vi su rostro, también vi tristeza en él. Terminó la canción, me disculpé y me fui al sanitario de nuevo. Mónica se levantó conmigo, pero la detuve. Entre al servicio. Me miré en el espejo. Mis lágrimas brotaban otra vez arrasando con el rímel. La emoción era incontenible, las notas de esa canción me hicieron explotar. Pensar que Christian estaba ahí, coincidiendo conmigo en un espacio. Un espacio que aún no estaba vacío. ¿Cómo llenar un vaso cuando está lleno?

Así estaba mi corazón, no podía entrar alguien, si no lo vaciaba antes. Y dejar claro, sin recriminarme, qué es lo que estaba sintiendo. Así que me limpié la cara de nuevo y enumere mis pensamientos hacia él.

Me gustaba.

Creía en Dios.

Me encantaba cómo tocaba la guitarra.

Sentía mariposas en el estómago cuando lo veía.

Un simple roce me erizaba la piel.

Su cortesía y luego su desprecio me volvían loca.

Sabía que no le era indiferente.

Bastaba con mirarme para desnudar lo que llevaba dentro.

Su boca me tentaba.

Mejor me callaba ya.

Mejor enumerar los contras:

Rafael.

Rafael.

Era un niño.

Pero Mónica interrumpió mis pensamientos.

— ¿Estás bien, flaquita?

—Sí, nena, perdón. Me sentí triste, pero ya estoy bien. Vamos

— ¿Segura? ¿No querés hablarlo?

—No, de verdad, estoy bien. Vamos afuera, no hagamos esperar a las demás.

Abrimos la puerta del sanitario y por el pasillo, recargado sobre la pared, estaba Christian. Me cortó el paso. Miré a Mónica y le pedí que se adelantara. Christian de inmediato se abalanzó sobre mí para arrinconarme contra la pared, encerrándome entre sus brazos, sin tocarme, y lo hizo tan rápido que me asustó. Cerré los ojos y me pegué más a la pared.

— ¿Qué haces aquí, Valeria? —me preguntó exaltado.

—Lo mismo me pregunto — le respondí en el mismo tono.

—Me invitó un amigo a tocar, su compañero no asistió hoy. Y ¿tú?

—Es una reunión de despedida —le dije con voz más calmada.

—Oh, ¿la tuya?

—Sí.

— ¿Por qué te vas?

—Necesito tiempo con mis padres, necesitan ayuda y porque es preciso, lo necesito.

— ¿Por qué lo necesitas, de qué huyes?

—Del dolor.

— ¿Tanto dolor tienes? ¿Tanto daño te hicieron?

—Nadie me hizo daño, fue el destino.

—Sólo contéstame para entenderte, perdona si te molesto, pero tú has estado en mi cabeza más de lo que me llegué a imaginar. Te he visto en la iglesia y he pensado ¿qué te habría llevado hasta ahí? para que yo te conociera. Sólo dime, ¿qué te tiene tan triste?

—Mi novio murió —le dije de golpe.

— ¡Oh, vaya! Discúlpame —se llevó una mano a la cabeza. Avergonzado me miró y vi su compasión, su ternura—. Lo siento, pensé que alguien te había tratado mal. Me siento apenado por pensar así.

—Bueno, supongo que no es común. No te preocupes. Discúlpame si he sido grosera contigo. Es que simplemente no sé cómo actuar.

—No, no hay por qué, ya lo tengo claro. Me siento mal por haberte juzgado. ¿Me podré reivindicar antes de que te vayas?

—Claro. Aún no me voy.

—Oye, dime otra cosa, ¿tiene mucho que pasó?

—Menos de un año.

— ¡Cuánto lo siento! Supongo que no estás lista para muchas cosas.

—Eso no lo sé. ¿Cuándo se está lista? Todo es nuevo para mí.

—Escucha, debo subir de nuevo al escenario. ¿Me permites invitarte algo cuando termine?

—No sé, vengo con mis compañeras y no creo que sea apropiado.

—Pues, entonces, les invito un trago a todas tus compañeras y aprovecho la oportunidad para hablar contigo y escucharte.

— ¿Qué te hace pensar que quiero que me escuchen?

—Esto... —me tomó de las manos al tiempo que llevaba las suyas hacia mi pecho—. Sé que ahí dentro tienes algo que quieres sacar, lo puedo sentir, permíteme escucharte. Por favor. Vuelvo en un rato.

Me quedé sin respiración, mi corazón latía fuerte, tanto que dolía, pero no de tristeza, era más bien una sobredosis de emoción. Me tomó unos segundos recuperarme. Tomé asiento con mis compañeras, pidiendo el lugar que daba al escenario. Me quedé contemplando a Christian, su manera de tocar la guitarra y su voz ronca. Parecía que todas las canciones que interpretaba estaban dedicadas para mí. El brindaba conmigo y me mandaba besos descaradamente.

Por supuesto mis compañeras lo notaron y al final tuve que decirles que era un viejo amigo que hacía tiempo que no veía y me había pedido tomarme algo con él. Ellas me animaban y me hacían burla.

—Ándate, que el tipo está como melocotón.

—Vos serás pelotuda, si no te lo tiras.

—Alto, delgado, mozo, a que lo tiene hermoso.

Las hacía callar, riéndome, pero creo que no estaban alejadas de la realidad. Este niño estaba moviéndome fibras y me gustaba. Observaba la sombra dibujada bajo sus ojos por los reflectores. Me hechizaba, observaba sus dedos deslizarse con tanta perfección sobre las cuerdas y su boca, fantaseaba con su boca. Aunque enseguida, me daba un trancazo yo misma.

Al terminar su actuación, tomó su guitarra, agradeció al público, se despidió de su amigo y bajó, con paso decidido, dirigiéndose hacia a mí. Se presentó con las muchachas; todas estaban embobadas ante tal figura y me uní al embobamiento. Sus jeans desgastados negros, botas, su camisa negra, un pendiente de aro en el oído y su hermoso rostro. Tenía una pinta de chico bueno-malo.

— ¿Estás lista, princesa? —me dijo al oído. Me ayudó a levantarme, me despedí de mis compañeras y me volví a disculpar.

— ¿Quieres que nos quedemos aquí o prefieres ir a otro lado? —Christian me tomó suave por la cintura, mientras hablaba.

—Si quieres, a otro lado.

—Podemos cenar algo, tengo hambre, ¿está bien?

—Claro, lo que tú quieras.

Salimos del lugar, pedí mi auto, me abrió la puerta, se aseguró de ponerme él mismo el cinturón de seguridad. Subió al auto, se puso el cinturón y se santiguó. A mí me dio risa.

— ¿Qué haces?

—Me persigno, no sé cómo conduces, por si las dudas.

—No te preocupes, estás con Fittipaldi.

—Por eso mismo, mejor me aseguro.

—Bueno, ¿quieres conducir tú?

—No, no sé conducir, mejor así.

— ¿Cómo qué no? Debes hacerlo.

—Conduje una vez y me estrellé, no lo volví a hacer.

—Puedo enseñarte, si gustas.

—Prefiero que me enseñes otra cosa.

—Conversación terminada, finito.

Conduje unas pocas calles hasta el restaurante del búho. Ordenamos la cena y unos tragos. Me sentía muy nerviosa y un tanto tímida, por el hecho de salir con él y por el asunto por el que llegamos hasta aquí, no estaba segura de querer desnudar mi alma ante él. Pero Dios me ayudó.

—Supongo que te costará trabajo hablar con un desconocido, así que déjame presentarme. Y después tú haces lo mismo, ¿te parece?

—Gracias.

—Bueno, señorita, mi nombre es Christian Kuri, tengo 20 años. Estudiante de Ingeniería Química Industrial. Orgulloso Politécnico. Micro, pequeñísimo empresario, tengo un negocio de computación, con el cual pago mis gastos y mis gustos. Soy el menor de una familia de 6 hermanos, a los hombres los conociste el otro día y 2 hermanas. Mis padres están juntos y soy un hombre de familia. Me gusta la fiesta, los tragos y las mujeres, aunque también me gusta quedarme en casa a componer mis propias canciones, cosa que hago como pasatiempo. Me gusta la lectura, me gusta la novela negra. Edgar Allan Poe es mi escritor favorito. Amo la música, tanto que se la ofrezco a Dios. No tengo novia... por si estabas interesada —me apuntó con el dedo y yo me reí—. Sí, he salido con muchas, pero nadie me ha atrapado y estoy aquí porque la mujer que tengo frente a mí me encanta y quiero desenmarañar sus misterios.

— ¿Mis misterios? —me reí—. No tengo misterios. Gracias por la presentación, en verdad interesante.

—Te toca.

Le hablé de mi familia, de mi trabajo, de mis gustos, de mi decisión de irme a Veracruz y, lo más importante, le hablé de Rafael. Christian se cubrió la cara cuando le hablé del ataque a las torres gemelas. Se agarró el cuello cuando le hablé de que lo veía y relajó los hombros cuando le dije que lo había dejado ir.

—Te ha tocado duro, lo siento mucho. Eso sí que fue una tragedia para el mundo entero. Nunca pensé conocer a nadie tan cercano a eso y mira. En verdad me apena mucho. Supongo que será muy difícil para ti poder superarlo escuchando tantas noticias por todas partes.

—Es verdad, pero ya no veo noticieros, dejé de verlos hace mucho tiempo, antes los veía porque guardaba una esperanza de que estuviera vivo, pero después de meses me di cuenta de que no volvería; prometí seguir adelante y aquí estoy.

—Y haces bien, te felicito. Cuando pasan este tipo de cosas uno le cuestiona a Dios ¿por qué a mí? Cuando debe ser ¿para qué a mí? Todo es parte de un propósito. A veces nos quita algo, pero nos da algo mejor. Debes confiar en él.

—Lo sé y en verdad confió en él, sé que nunca me ha abandonado. Es por eso que estoy aquí, en pie.

—¿Sabes? Me hubiera gustado conocerte antes de que tu mirada fuera triste, pero me alegro de haberlo hecho ahora y te ofrezco mi amistad sincera —extendió sus manos para que se las tomara y, titubeando un poco, lo hice—. Te agradezco que confiaras en mí, lamento que tengas que irte, ojalá tuviéramos más tiempo para conocernos bien. Te deseo lo mejor y que encuentres lo que estés buscando.

—Gracias por tus palabras, no pensé que fueras tan maduro y que hablaras así.

— ¿Cómo me creías entonces?

—No sé, eres muy joven.

— ¿Joven?, pues ¿cuántos años tienes, ancianita?

—23, pero he vivido diferente.

—No sé a qué te referías, pero eso no importa.

—Oye, dime una cosa, la chica por la que corriste en el metro, ¿no es tu novia?

—No, es una niña con la que salgo, pero no somos novios.

—O sea, ¿sales con ella ahora?

—Sí, pero ya voy a cerrar esa cuenta.

— ¿Por qué? Si se puede saber, claro.

—Porque no siento nada por ella y por celosa, eso no va conmigo.

— ¿Celosa?, pues ¿qué haces para que lo sea?

—Se pone celosa y sabe que no debe, porque en realidad no somos novios.

—Entonces, ¿qué son?

Solté sus manos, pero él las apretó.

— ¡No! no me sueltes, no sabes cómo he disfrutado tenerte entre mis manos. Pensé que lo habías olvidado.

—Bueno, sí, la verdad es que se me olvidó que me tenías de las manos.

—Es porque te sientes cómoda conmigo, ¿verdad?

—Tal vez... Pero no me has terminado de contar lo de tu amiga.

—Salimos y ya.

—Bueno, esa vez, en el metro, parecía que te interesaba más.

—No, no fue así. Me vio contigo y asumió una cosa...

— ¿Qué cosa?

—Se puso celosa de ti.

— ¿De mí? ¿Por qué? —casi le grité.

—Por cosas que dije.

— ¡Ay! ¿Qué cosas?

—Pues llegaste un día a la iglesia y, bromeando, le dije que serías mi próxima novia.

— ¿Cómo le dices eso? ¡Qué cabrón!

—A veces bromeamos cuando queremos decir la verdad.

Me solté y me retraje sobre la silla.

—Escucha, es verdad. Sé que quizá no sea adecuado, pero me gustas y sé que a ti también.

— ¿Cómo sabes eso?

—Por qué lo siento. Siento el sudor de tus manos, veo cómo te sonrojas cuando me miras y lo sé porque hasta tus pezones te delatan.

¡Oh, niño! En verdad se estaba pasando. Lo peor de todo es que tenía razón. Me cruce de brazos, cubriéndome, y me encogí en la silla.

—Pero te respeto y, como te dije, si quieres un amigo, aquí estaré.

—Y yo, en verdad, te agradezco. Me sorprendes... y... —quería decirle también que me encantaba, pero no me atreví.

—Ya no digas más, te entiendo. ¿Nos vamos? —dijo un poco seco.

— ¿Quieres irte ya, ahora? —dije casi en un susurro.

—Las niñas buenas se acuestan temprano.

—Ok —dije un tanto desilusionada.

—Porque a las 12 deben estar en su cama... —torció una sonrisa.

—¿Cómo?... —me quedé pensativa—. ¡Ah! ¡Ya! no te entendí, ¡qué gracioso!

—¿Nos vamos?

—No te equivoques, niñito. Por ahí no va, pero vámonos.

En el camino hablamos de música, de grupos. Habíamos asistido a la misma secundaria y compartíamos algunos viejos amigos. Hablamos de películas y nos sorprendimos al volver a coincidir en gustos. Por la música, por las películas, por la comida y hasta por los juguetes. Llegamos casi a la puerta de su casa, el bajó para abrirme la puerta y despedirnos. Me recargué sobre la puerta de mi auto y quedé frente a mí.

—Encantado de conocerte, princesa —me tomó una mano llevándosela hasta su boca para besarla y luego soltarla delicadamente.

—Encantada de conocerte, mi niño.

—¡No soy tan niño!

—Lo siento. Christian, espero verte cuando vuelva.

—Claro, estaré aquí. ¡Mucha suerte! Y no te olvides de mí.

—Seguro que no lo haré.

—Lo sé.

— ¡Ah! ¿Lo sabes?

—Claro, porque me encargaré de que no lo hagas.

— ¿Y cómo vas a hacer eso? —dibuje una sonrisa.

—Con esto... —se acercó a mí lentamente, subió sus manos para tomarme la cara, despacio acercó sus carnosos labios a los míos, mientras sus dedos tocaban mis encendidas mejillas y acariciaba mi cuello. Solté un leve gemido—. Y con esto...

Bajó una mano para acariciarme la pierna, me empujó sobre el auto al tiempo que levantaba mi pierna para hacerme sentir su miembro contra mí. Posó sus labios en los míos, apenas tocándolos.

—No me olvides, Valeria, porque guardaré todo esto que siento por ti **hasta que te vuelva a ver...**

CAPÍTULO 12

A VARIOS CIENTOS DE KILÓMETROS

Aún podía sentir sus labios rozando los míos, haciéndome desearlos. Tocaba mis labios cada vez que lo recordaba, esa sensación de hormigueo que no podía olvidar. Su beso en mí frente al despedirse, su mirada tan tierna y fuerte a la vez. Son imágenes que no conseguía sacar de mi cabeza. Como tampoco podía olvidar ese primer correo electrónico que me envió al día siguiente.

Princesa:

Me prometí no molestarte y darte el espacio que necesitas, pero no puedo evitar dejar de pensar en ti. Quiero disculparme por irrumpir así en tu vida, aunque pude sentir que me dejabas entrar, debo hacerlo porque quizás me he aprovechado de tu vulnerabilidad y no deseo eso. Deseo que pienses en mí cuando estés lista y que no te sientas presionada. Prometo, como te dije, que todo lo que estás haciendo en mí lo mantendré aquí, clavado.

Mucho éxito. Que Dios te bendiga.

Con cariño, hasta que te vuelva a ver.

Christian

Él me había declarado sus sentimientos y me había dejado con las piernas temblando; yo aún no tenía el corazón para decirle que no lo hiciera, porque en verdad me estaba ayudando a sentirme viva de nuevo, pero no estaba preparada. Aún sentía dolor.

El día que al fin llegó la mudanza y se llevó todas las cosas de Rafael y las mías fue otro de los más dolorosos y lo peor es que lo que me imaginaba que sentiría,

pasó. Estaba abandonando los días vividos ahí, las noches tan divertidas que pasamos y las mañanas apresuradas, corriendo al trabajo. Me despedí de esos recuerdos y salí por la puerta con la cabeza agachada. Me derrumbé de nuevo, me deslicé por la puerta para hacerme un ovillo. Volví a llorar, me sentía tan culpable. Y le hablé, le prometí seguir adelante, pero tenía miedo, le pedí ayuda, que intercediera por mí y le pedí perdón. ¿Cómo debía seguir adelante? Es tan difícil que mi mente dijera “no, no lo hagas” y mi corazón pidiera a gritos un último intento... *Dios, ilumíname*. Me quede ahí con las rodillas pegadas a mi pecho, hasta sentir la fuerza que me hizo levantarme. Salí del edificio y me fui a casa.

...

Llegué a ese hermoso puerto. Mis padres me recibieron con bombos y platillos. Mi mami no se cansaba de presumir que su hija había vuelto con ellos. Estaban tan felices y yo también, me volví a sentir la niña más consentida del mundo. En seguida me puse en marcha en el negocio, mis padres tenían una pequeña boutique de ropa, zapatos y accesorios, en un pequeño centro comercial. Mi labor era administrarla y hacerle mejoras, en cuanto a decoración y renovación de toda la mercancía. Las primeras semanas me la pasé redecorando todo, comprando nueva estantería e iluminación.

Con un calor como nunca lo había sentido en Veracruz, terminaba bañada en sudor, no me estaba acoplando al clima. El local no contaba con aire acondicionado y yo corría a otros locales sólo para refrescarme. Días después descubrí que había un Café Internet con aire acondicionado, yo pagaba por estar ahí aunque fuera media hora, dependiendo de los turnos que nosotros mismos nos asignamos: yo abría, papí cerraba, mami abría y yo cerraba, y así. Aparte de refrescarme me mantendría en contacto con mis sobrinos, ya que en casa de mi madre no había Internet. Y necesitaba saber de él, pero pasaron varias semanas sin ningún correo.

A mi mami, por supuesto, le conté lo que había pasado con Christian y, aunque me riñó poco, al final fue ella la que me animó a escribirle. Pero escribirle haría denotar que estaba sintiendo algo por él y sería desnudar mis sentimientos; tenía miedo de reconocerlo, pero me toqué el corazón, noté que aún estaba viva y puedo sentirlo. Me sacudí el miedo y lo hice. No sé cuántas veces empecé y borré todo lo que había escrito, pero, respiré, me calmé y comencé.

Querido Christian:

He estado tentada a escribirte desde el momento en que recibí ese correo, pero no había tenido el tiempo, ni el valor para hacerlo. Quiero decirte que también he pensado en ti, te agradezco tus palabras y ahora que estoy aquí, a una distancia considerable de ti, aún te puedo sentir.

Tenías razón, esa manera tuya de hacerte recordar, no se me olvida. No sé si hago bien o mal, pero ya no puedo contenerlo. Perdona que te lo diga ahora, pero es cuando lo siento. Por otra parte, quiero contarte que estoy instalada en casa de mis padres, me han recibido como la hija pródiga, y ya estoy trabajando. Encontré un Café Internet para comunicarme, así que si aún piensas en mí, por aquí estaré.

Un beso.

Valeria.

Le di enviar y me quedé con las manos temblorosas, no esperé una respuesta inmediata, así que cerré mi sesión y volví a casa. Llegué con un bote enorme de helado y una sonrisa un poco nerviosa. Mi madre, al verme, sonrió extrañada.

— ¿Qué traes tú, por qué tan sonriente, qué hiciste?

— Nada, Má. Traje helado, ¿quieres?

— Sí, poquito, pero suelta, ¿qué traes?

— Le escribí — dije con una sonrisa tímida y retorciéndome.

— ¿Ah, sí? Y, ¿qué te dijo?

— Nada, sólo le escribí, no esperé respuesta, pero sentí que todo me temblaba.

— Ay, Valeria, qué te puedo decir, por lo que dicen es buen muchacho. Espero que no te des contra la pared, no quiero verte sufrir nunca más.

— No lo sé, mami, sólo sé que por más que he pensado que no está bien, no puedo dejar de pensar en él. No puedo cegarme y decir que no pasa nada, después de encontrármelo a cada paso que daba. No lo sé, pero la he pensado bien y quizá si dejo que haya una amistad, tal vez después florezca algo nuevo.

— Pues haces bien, dile que serán amigos y que si, más adelante, las cosas se dan de otro modo, bueno ya verán qué hacer.

Hablar con mi mami siempre me reconfortaba y luego estaba mi papí, quien siempre que llegaba me ponía en sus rodillas para que me acurrucara con él. Le ronroneaba como gatita y me daba palmaditas. Definitivamente, volví a ser niña. Los domingos cerrábamos temprano y salíamos de paseo. Íbamos por un helado al Malecón o a turistear, como si no conociéramos. Paseábamos por las bellas calles de Veracruz, admirando sus hermosos edificios, bien conservados, de la época virreinal. Tomábamos café en el famosísimo Café de la Parroquia y asistíamos a misa en su hermosa catedral. Al salir veíamos los danzones en la plaza principal, frente al Palacio de Gobierno. Nos quedábamos viéndolos o escuchando las marimbas en los portales.

Luego, la semana en la tienda, ordenando, atendiendo, en la casa las labores domésticas que compartíamos entre los tres. Veíamos novelas por la noche, cosa que odiaba, ¿por qué eran tan malas?, pero me gustaba burlarme de las actuaciones falsas y, claro, también veía a dos o tres conocidos y me causaba gracia. Ni pensar que

andaba yo ahí, haciendo el oso, pero bueno, lo viví, lo disfruté, aprendí y me salí.

Todavía no conocía a nadie, salvo a la señora que nos llevaba de comer al local, y a las amigas de mi madre que me presentaba cuando andaba en sus juntas de vecinos o luchando por unos terrenos que quería comprar. Mi madre siempre ha sido una luchadora, siempre ayudando a los demás, le encanta la política, si por ella fuera sería diputada o hasta presidenta, pero mi papi siempre la celó mucho y no dejaba que trabajara. Era un tanto conformista, de hecho las iniciativas de los negocios que han tenido han sido por mi madre.

Así que, bueno, vivía entre personas muy adultas, convivía con las amigas de mi mamá, señoras entre los 60 y 70 años. Mi único contacto con gente joven eran las clientas o cuando iba al Café Internet y estaba en el chat con mis sobrinos.

Siempre esperaba encontrar un mail o verlo conectado en el chat, pero nada, desde que le había enviado el correo, no había ninguna novedad. Me ponía nerviosa revisar mi correo y ver que no había nada. Lo pasaba mal. Pero ni modo, tal vez no era tan real lo que estaba sintiendo.

Me arriesgué a preguntarle a Nando por él, sabiendo que me sacaría información, aun así estaba dispuesta a dársela a costa de que me dijera lo que sabía. Pues resulta que mis hermanos se habían unido a su grupo. ¡Vaya! ¡Qué bien! Y yo ni por enterada. Sabía que nos habían invitado a participar ese día que jugamos básquet, pero no que habían aceptado...

Así que él estaba conviviendo con mis hermanos y no me escribía, peor me intrigó el asunto, ¿le habrían dicho algo? ¿Se habría arrepentido? ¡qué sé yo! Pero estaba intranquila.

A media semana con ese calor infernal, después de comer, fui al Café Internet. Si esta vez no había escrito nada, ¡ya! Le daría carpetazo. Pero lo que encontré terminó por derretirme, aunque hubiera aire acondicionado.

Princesa:

Discúlpame por no haber escrito antes, pero verás, el colmo de tener un negocio de computación es que mi propia computadora falle y, encima de todo, en casa se cayó la línea telefónica. Me tiré de los cabellos cuando vi tu correo, que era de varias semanas atrás. Lo lamento tanto. Pero ya están todas las comunicaciones arregladas, me siento muy avergonzado por no haberte contestado a tiempo, espero que no sea tarde y que no estés enfadada o te hayas hecho una mala idea de mí.

Ahora sí, déjame ponerme serio (cara de serio y perdidamente estúpido). ¿Ya me viste? Nunca pensé que unas líneas me harían brincar por toda mi habitación, y lo digo sin ninguna vergüenza, porque en verdad así fue. Brinqué como loco. Tus palabras me han hecho sentir un hombre afortunado y feliz.

He pensado tanto en ti y me he torturado pensando que eras inalcanzable y saber que sientes algo por mí me ha hecho muy feliz. Quiero decirte que valió la pena que hasta ahora me lo hayas dicho, porque en este tiempo que he esperado, has hecho que creciera el anhelo de saber de ti y que esto que siento no es en vano.

En cuanto a la manera de cómo me despedí de ti, no sabes la de noches que me he quedado deseando haberte tocado más. Ese pequeño gemido resuena en mi cabeza y era mi esperanza de que no me olvidaras. Ese gemido me hace desearte más. Muero de ganas de volverte a tener cerca y concluir ese beso que tan deseoso quería darte, sentir por completo tus labios y mirar de cerca tus hermosas pecas. ¡Ups! Creo que voy muy rápido o, al menos, en mi cabeza va más rápido, lo siento.

Princesa, quisiera que habláramos de esto. Me siento flotando, pero quiero saber qué más piensas. Mientras tanto esperaré tu respuesta. No tardes mucho y, por favor, perdóname lo de la mala comunicación, desde ahora estaré más pendiente de mi mail.

Te espero. Hasta que te vuelva a ver.

Christian.

¿Flotando? ¿Él flotando? Yo estaba flotando. ¿Cómo puede hacerme sentir así sin verlo? Estaba emocionada y no pensé que podría sentirme así de nuevo. Estaba entrando en mi vida y ya le había abierto la puerta por completo. El miedo que sentía se estaba esfumando. Me gustaba esa sensación. Tomé el teclado, con manos temblorosas, y le escribí.

Christian:

No sé qué decirte, sólo puedo manifestarte que, al igual que tú, también he brincado de emoción cuando encontré tu correo. Pero yo no corrí por mi habitación, porque estoy sentadita, tratando de calmar mis piernas para no salir brincando por todo el salón del Café Internet.

Lo que puedo decirte es que tenía miedo de sentir, pero ya no. Debo confesarte que me sentí intranquila al no saber de ti, pero ahora lo entiendo y mi preocupación se ha disipado.

No sé qué clase de hechizo me lanzaste, pero ¡qué rápido te me has clavado! Es poco lo que te conozco y ya he abierto mi corazón para que entres. No tengo miedo de apostar por esto que estamos sintiendo. No sé qué viste en mí, aparte de mis pecas, je. Pondré todo de mi parte para que esto funcione. La distancia será complicada, pero siempre tendremos este medio para seguir adelante.

En cuanto a lo de la despedida que me diste, es curioso que menciones cuántas noches has pensado en eso, porque me ha pasado lo mismo. ¿Qué me has hecho,

mi niño?

Me despido de ti, por ahora, esperando saber de ti pronto. Y, Christian, confió en ti. No me lastimes.

Un beso

Valeria.

Ya estaba hecho, lo había aceptado y esperaba no equivocarme. Aunque quise decirle que lo aceptaba únicamente como mi amigo, ¿para qué seguirme engañando? La verdad es que sentía algo por él, aún no era amor, eso lo sabía, quizá sólo era aprecio o un cariño de importante magnitud. Y, encima, teníamos distancia de por medio y eso me ayudaría a asegurar si era real, o no.

Pero mientras lo descubría, ya no me cerraría. Si era Dios quien había hecho que nos cruzáramos, valdría la pena dejar de dudar. Me daría la oportunidad y seguiría orando para que Dios me iluminara y me llevara por el camino que él quisiera.

Corrí a contarle a mi mami todo lo que nos habíamos escrito y, aunque abiertamente no me lo decía, veía en sus ojos alegría por mí. Mi papi nos escuchaba cuchichear, pero se mantenía alejado y cuando me veía, sólo sonría con sus ojos. Estaba feliz, me sentía bien de haberme liberado de la presión que sentía en mi pecho. No me olvidaba de dónde venía, ni por lo que había pasado. Había asistido a la iglesia y, en oración, había pedido por mí y por Rafa.

En las noches lo pensaba y le había dicho que nunca me olvidaría de él, porque sabía que me amaba y deseaba siempre mi bien. Fue un ángel en mi vida y, aunque se hubiera ido, me dejó en sus últimas palabras una bendición y así debía tomarlo.

Desde que llegué a Veracruz, valoré más la relación con mis padres, habíamos sacado varios sentimientos, como cuando hice sufrir a mi madre aquella vez que hui con Gabriel, me disculpé con ella y le hice saber que, aunque ella pensaba que estaba mal, para mí, en ese momento, era mi vida y quería a Gabriel y ella no debería sentir ningún reproche por él, porque, como todo en la vida, pasó por una razón. Mi madre desnudó también conmigo todo lo que le provocamos cuando Oliva y yo le hicimos pasar ese mal trago, a causa de Rodrigo. Ella nos amaba a las dos y no quería que ninguna sufriera. Me hizo entender que Oliva también sufrió y yo, a pesar de haber pensado que tenía el derecho de hacer mi vida como quisiera, lamenté el sufrimiento de mi hermana. Pero di gracias a Dios de que ella estuviera bien, rehaciendo su vida y con nuevas esperanzas.

También sanamos ese pequeño resentimiento cuando estuve embarazada y mi madre me sugirió abortar. Ella me dijo que fue lo más horrible y difícil que había tenido que decir en su vida. Lamentaba mucho que no haber sabido darme el consuelo que necesitaba. Nadie sabía mejor de pérdidas que ella, con tres bebés muertos sabía del dolor y se arrepentía de no haber estado conmigo. Pero nos perdonamos, nadie le enseñó a ser mamá y mucho menos a pasar por las penumbras que le hice experimentar. La perdoné por haberme hecho sentir mal, para mí era la mejor mujer del mundo. Después de todo, siempre me aconsejó, aunque lejos, siempre ha estado conmigo.

Doña Isa, mujer de fuerte temple, es la persona más valiente que conozco. Se casó con mi padre a escondidas porque se embarazó y en sus tiempos ¡vaya que estaba mal visto! Dejó su trabajo y su vida de rica por irse con mi padre, un pobre chofer de autobuses. Mi madre lo amaba y era, para ella, el hombre más guapo del mundo. Una gran historia de amor, de pobreza, de duros golpes de la vida, pero triunfó siempre el amor, la bondad y el fraternalismo°. Siempre quise que mi esposo tuviera un poquito de mi padre, con esa forma de conquistar “a como diera lugar”. Me enamoraba la idea de quedarme con alguien hasta hacernos viejitos, crecer juntos, tener mi propia familia, criar, educar, viajar y llegar al final tomados de la mano. Y para llegar a eso por algo tenía que empezar.

Otra semana más, se me hizo tarde cerrando el local, pero llegué a tiempo al Café Internet. Abrí mi sesión de Hotmail y me brincó el corazón al ver su correo.

Hola mi princesa:

He estado ocupado con la escuela, estoy terminando mi segundo semestre y tengo unos horarios muy complicados, tengo clases por la mañana y por la noche. Pero aquí estoy de nuevo emocionado de escribirte y me siento inflamado de sentimientos cada vez que lo hago. Sólo quisiera volver a verte, llenarte de besos y caricias. Mis dedos desean tanto sentir tu piel. Mirarme en tus ojos es lo que más deseo. No importa que estés tan lejos, porque estoy consciente de que lo que estoy sintiendo por ti atraviesa toda esa distancia y sé que me sientes, como yo a ti.

Como tú, también tenía miedo. Miedo de que me rechazaras, algunas veces me porté seco por temor de que supieras que me gustabas y he sido duro para mostrar mis sentimientos. Nunca me he enamorado, para que no me lastimen, siempre lo evité. Y te entiendo perfecto cuando me dices que no te lastime y créeme, princesa, no lo haré. Me pareces una mujer que, aunque aparentas ser muy fuerte, tiene dentro una niña deseando ser mimada. Yo lo veo y quiero estar ahí, cuando la dejes salir.

Sé que es muy pronto, pero te quiero. Te quiero junto a mí.

Y en cuanto al asunto del que hablamos cuando salimos de cerrar la “cuenta”. Ya está hecho. Te debo respeto.

Ah, por cierto, seguro ya lo sabes, pero tus hermanos se unieron a mi grupo, tu hermano Joaquín me cae superbién. Excelente guitarrista, nos hemos acoplado bien, y tus hermanas... ¡Uf! Me gusta cómo cantan, tu hermana, la chaparrita, creo se llama Oliva, ha tratado de educar a mis chicas, pero creo que es una labor titánica. También han venido tus sobrinos. No me ven con buena cara, no sé si les hayas dicho algo, pero me he comportado al margen. No diré nada, si tú no me dices que lo

diga. Aunque, ¿te confieso algo? Me dan ganas de preguntar por ti, pero me da vergüenza.

Bueno, princesa, me despido no sin antes decirte que no te olvides de mí. Que te pienso durante mi día y te sueño por mis noches.

Princesa. T.Q.M.

Christian.

Terminé de leer y enseguida contesté.

Hola, mi niño:

Pero qué facilidad tienes tú para envolverme, ya, dime, ¿hiciste pacto con alguien? Es increíble cómo se me enchina la piel cada vez que te leo. Gracias por confiarme también tus sentimientos y, no te preocupes, están seguros conmigo.

No sé qué decirte sobre la “cuenta” cerrada. Supongo que debo decirte “gracias”, porque entonces estás conmigo y estás siendo fiel a lo que sientes. Aunque entendería si, de pronto, cambias de opinión, pues la distancia puede causar eso. Pero si eso llega a ocurrir, por favor, dímelo.

En cuanto a mis hermanos, sí, lo sé, me lo han contado mis sobrinos y me alegra que se unan, hacía años que queríamos volver a tocar en la iglesia, qué bueno que fue contigo con quien se animaron. Un día de estos, cuando vuelva, les daré una visita.

Volviendo a lo nuestro, quiero que sepas que me hace mucha ilusión saber de ti y ver que me has escrito. Se me había olvidado qué se sentía recibir una carta. Gracias.

He de contarte que por acá todo está bien, lo que venía a hacer aquí está funcionando, hacía mucho tiempo que dejé de ser la niña de mis padres, desvié un poco el camino. Me apresuré a vivir cosas que no me correspondían y dejé de lado a mi familia, ahora valoro mucho pasar tiempo con mis padres. He vivido cosas difíciles y estaba lejos de ellos.

No quisiera contaminarte con los malos momentos que he vivido, pero quiero que sepas que, aparte de lo que te conté de mi novio, he pasado duros tragos. No quisiera que comenzáramos algo sin que sepas quién soy yo. Me gustaría que un día lo hablemos. Por ahora te mando un beso. Y, como me dejaste la última vez, recíbelo apenas rozando tu boca. ¡Toma ésa!

Valeria.

En seguida me contesto

Princesa:

¿Por qué me quieres torturar así? ¿Acaso no te basta con que piense en ti todo el día? En serio me estás afectando, no me concentro, las fórmulas químicas no me quedan bien. Sólo estoy pensando en llegar a ver mi correo electrónico. Te estoy comenzando a extrañar. ¿Me puedes explicar cómo se extraña algo que aún no se tiene? Pero esperare aquí, en mi balcón, como doncella... je, je, je. Hasta el día que vuelvas. O quién sabe, un día de estos me voy a verte, ya me dijo tu hermano que cuando quiera me invita. Claro, no le confesado que su hermana me trae loco. A lo mejor y me manda a volar ji, ji, ji. Espero con ansias volverte a ver.

Hablando de lo que me has contado de tu pasado, te voy advertir algo: estoy loco por esa mujer que entró a la iglesia con mirada triste, supe que habías sufrido algo y ahora que lo sé, lo entiendo. Sé de ese dolor que llevas todavía, lo respeto. Pero lo que hay más atrás, Valeria, a mí no me interesa. Me has confiado tu pena y sólo quiero que vuelvas a ser feliz y si yo puedo colaborar para que vuelvas a serlo, me darás una dicha enorme. Pero si hay más cosas atrás de eso, en serio, princesa, no quiero saber. Y ¿sabes por qué? Porque sería demasiado, no quiero que te sientas mal. Tengo un oponente que aún está en tu corazón y no pretendo despojarlo por completo y no creo poder tampoco. Con esta delicada situación me basta, no nos compliquemos. De corazón te digo que desde el momento en que entraste a mi vida es lo único que me importa. Espero que me entiendas.

Por otra parte, me alegra mucho que estés bien con tus padres, en verdad, son lo más valioso. Yo nunca me he alejado de ellos, debe ser difícil. Así que aprovecha tu tiempo con ellos.

Y, por último quiero, darte un consejo: sé libre, princesa. Que no te ate nada de tu pasado, cualquiera que fuera. Rompe cadenas, si es necesario, y cierra círculos.

Te veo en mis sueños, princesa.

Con amor... Hasta que te vuelva a ver.

Christian.

Christian tenía mucha razón, no debía ponerme cadenas y lo que fuera que hubiera vivido, debía dejarlo atrás para mi bien y el de los que me rodeaban. Me derritieron sus palabras. Saber que estaba presente en los pensamientos de alguien que me importaba es lo mejor de lo mejor. No sabía cómo rayos este niño le había hecho para hacerme sentir fuera del mundo cuando lo leía. En verdad que me desconectaba, sólo quería hacerle saber que era correspondido.

Christian, mi niño:

Yo no sé tampoco qué haces para mantenerme así, tengo certeza de algo: te quiero, y te prometo que haré todo para cerrar lo que hay detrás de mí. Eres una linda persona y me estremece cómo quieres ayudarme. Gracias. Todo cuanto me dices lo guardo en mi mente y mi corazón.

Me haría brincar de gusto que te des una vuelta por acá. Cuando quieras, te espero con los brazos abiertos, no le hagas caso a mi hermano Joaquín, aunque sé que no te diría nada, si acaso lo llega a saber, a su debido tiempo.

Concéntrate en la escuela, no quiero ser la responsable de que termines en exámenes extraordinarios. Te recuerdo, mi niño, que te llevo ventaja y debes ponerte listo. Me gustas inteligente y quiero que seas exitoso.

Cuidate mucho, de nuevo: gracias, que Dios te bendiga.

T.Q.M

Valeria.

Le di enviar y me fui a casa. El fin de semana iría a dar una vuelta por ahí. Mi mami me decía que saliera sola, que para qué cargaba con dos viejitos. Casi siempre salíamos ella y yo, nos tomábamos un café en la plaza o íbamos por una de las famosas nieves del Malecón.

Ese día tenía ganas de un trago y había un bar en la costera que siempre me había llamado la atención. Me arreglé bien, tomé el auto y me fui.

El lugar era precioso, un lindo pórtico y un jardín al lado, con grandes palmeras iluminadas, estaba rodeado de cristales, del suelo al techo. Una barra de madera y mesas coquetas con lamparitas. Me sentí extraña de entrar sola a un bar, opté por sentarme en la barra. Miré a mí alrededor, uno que otro tipo estaba observándome, ¡que ni se les ocurriera hablarme, porque les pondría una patada en los huevos! No estaba ahí para ligar, sólo quería tomarme un trago, escuchar música y ya.

El cantinero me preguntó que bebería y le pedí una cerveza con limón y chile.

— ¿Vienes sola, preciosa? —me preguntó esbozando una sonrisa.

—No, espero a una amiga —le mentí y le di la espalda.

Miré los videos en la pantalla, tarareaba las canciones y me tomé otra cerveza. Después de un rato el cantinero volvió a hablarme.

—Creo que tu amiga te dejó plantada.

—No, seguro no tarda.

— ¿Estás segura?

—Bueno y a ti, ¿qué te importa?

—No nada —levantó las manos en señal de rendición—. Pero te vi solita...

— ¿Te parece que quiero que me hables? — torcí los ojos.

— ¿Gorda?

Giré hacia donde escuché esa voz conocida.

— ¿Erín?

Nos fundimos en un abrazo interminable y dimos brinquitos de alegría.

— ¿Qué tal, gordita, cómo andas? ¡Qué maravillosa sorpresa! —le dije muy entusiasmada.

—También me alegro de verte. Estoy bien. Cuéntame, ¿cómo estás?

—Bueno, nena, vivo acá con mis padres.

— ¿En serio? ¡Wow! Cuánto tiempo sin verte.

—Te busqué, pero me dijo tu mamá que habías regresado a vivir a México.

—Sí, gordita, allá hice la universidad, ya terminé.

Un joven se acercó a nosotras carraspeando.

— ¡Ay, mi vida! perdón —se disculpó Erín y le dio un beso al joven apuesto —. Nena, te presento a mi prometido.

—Mucho gusto —le estiré la mano.

—Encantado, José Manuel Escandón, para servirte —se presentó con galantería.

—Mi vida, ella es Valeria, mi amiga de preparatoria —le aclaró Erín.

— ¡Oh, qué bien! Pues más gusto de conocerte.

—Gracias, igualmente. Así que... ¿prometidos? —pregunté con emoción.

—Sí, nena, ya casi un año, ya estamos por casarnos.

—Pero cuéntame, ¿qué haces aquí? —pregunté con interés.

Nos sentamos en una mesa reservada para ellos. Ella me contó que se conocieron en la universidad y que enseguida hicieron clic. Me contó a grandes rasgos que ya vivían juntos, la familia de él era de la alta sociedad de Veracruz, desde los años 30 y estaba maravillada de haberlo encontrado.

Le conté un poco de mí, desde la última vez que la vi. No le dije nada de Rafael, no era el momento. Pasamos una noche increíble, se nos unieron después otras amigas de ellos. Terminamos la noche bebiendo en la gran barra, que es la costera. Era el *after* de Veracruz. Quedamos en comer juntas y contarnos todo.

Nos vimos en un café en Plaza Las Américas. Con varios frapuchinos y galletas, nos contamos todo. Me sentí más compenetrada con ella, porque cuando yo me embaracé, ella también lo hizo. Las dos perdimos a nuestros bebés, ella con más semanas de embarazo, se vio muy grave. Lloramos juntas. Ese novio suyo se había quedado con ella pese a que se había embarazado de su ex, tal como lo hizo Rafael. Le desnudé toda mi alma, todo cuanto pasé, las cosas malas que hice, el dolor y ahora la ilusión que me hacía volverme a enamorar. Y, a partir de ahí, ya no nos soltamos.

Mi vida comenzó a fluir positivamente con su amistad, con el amor de Christian y sus preciosas cartas, siempre diciéndome que me esperaba, que ya no podía estar sin mí y lo más importante: que me amaba.

Mi princesa:

Me da mucho gusto que te hayas reencontrado con tu amiga. Tengo curiosidad por conocerla, te siento contenta y eso me llena de felicidad. Aunque no te veo, sé que estas mejor y agradezco a Dios que te encuentres bien.

Me voy a poner celoso de que andes por ahí, desfilando con la alta alcurnia de Veracruz, paseándote en botes y asistiendo a las galas a las que te invita tu amiga. Me dan celos de cómo te han de ver los jarochos, tú tan hermosa, con tus pecas divinas. Contoneándote con tu hermosa figura, tus piernas largas, ¡aaaah! mejor no lo pienso, porque me vuelvo loco y quiero tenerte... hundirme en tus cabellos, aspirar el aroma de tu perfume, que, por cierto, lo compré sólo para recordarte. Quiero posar mis manos en tus caderas y apretarte contra mí. Aunque, ¿te digo una cosa? El día que vuelvas seguro me pondré todo estúpido por tenerte cerca. Deberás perdonarme si lo hago, je, je, je.

Bueno, princesa, te cuento que he estado bien, el negocio va bien, estoy pensando en alquilar un local en una plaza especializada de equipos de cómputo y programas. En cuanto a la escuela, ya me concentre más y voy pasando, con dificultad, pero no me dejaré vencer.

Ahora, mi princesa, voy a ponerme a hacer unas cosas que después te enviaré. ¡Sorpresa!

Y, Valeria, lo más importante que te quiero decir en esta carta, no sé por qué, sólo lo siento y no voy a contenerme: **A varios cientos de kilómetros** puedo sentirte y no hay distancias grandes para este amor, puedo sentirte tan cerca aunque estés tan lejos.

Te amo.

Christian.

Estaba convencida de que estaba enamorada de él y gracias a su amor, a la amistad de Erín y el amor de mis padres mi vida estaba floreciendo de nuevo, pero se acercaba una fecha importante y era momento de volver...

Querida amiga:

Las cosas con él van bien, nos hemos recordado cuánto nos hemos amado desde que nos conocimos. Los detalles que teníamos, la manera en cómo nos conquistamos y mi amor hacia él sigue ahí.

A veces miramos el camino que hemos dejado atrás y nos detenemos a pensar si seguir o parar, pero este amor, aunque nos hemos equivocado en no fortalecerlo cada día, está ahí. Hay días de lluvia y hay días de sol, pero está ahí.

Hay que tener valor para seguir luchando por esto y no concibo mi vida sin él, pero tampoco puedo sacar de mi vida a quien se va vuelto tan importante. Es él quien me escucha llorar, es mi refugio, donde me he vuelto a sentir libre. Tal vez no me puedas entender, pero lo quiero tanto que me quema por dentro.

Todos los días estoy en una constante guerra entre mi corazón y mi mente. Y peor aún, los dos ocupan un espacio en ambas partes. Siento algo tan profundo que no tiene explicación. Los necesito a ambos, me complementan.

Me cuesta tanto contarte esto, sobre todo porque te dije que lo dejaría, pero no puedo. Eres la única en quien puedo confiar. ¿Qué hago?, estoy entre dos amores. No me di cuenta en qué momento pasó. Sólo sé que ninguno lo planeó, se dio solo y cuando quisimos dar marcha atrás, era tarde. Ya nos amábamos. Y créeme, amiga, hemos querido dejarlo, nos hemos propuesto una y mil maneras de hacerlo. Con lágrimas nos hemos despedido una y otra vez, y no pasa un largo tiempo cuando volvemos a buscarnos. Es un magnetismo que no logramos cortar.

Y seguimos con nuestras vidas, cada uno con su pareja, sin lastimar a nadie, callando este amor. Sólo nosotros dos sabemos cuánto lo necesitamos. Amiga, sólo espero que el tiempo nos ayude, porque ni la distancia nos ha separado...

CAPÍTULO 13

ENCUENTRO

Tuve que volver por una razón que me partía el alma: se cumpliría un año de la tragedia de las torres gemelas y la embajada norteamericana organizó una ceremonia para los desaparecidos. La hermana de Rafael me envió la invitación para asistir y celebrar una misa que mandó a pedir su madre. No pude negarme.

Estaba temerosa de que su familia me preguntara como lo llevaba. ¿Qué pensarían de mí, si se enteraran que había otra persona en mi vida? No quería ni pensarlo, me avergonzaría y volvería a cargar el bulto de la culpa. Así que tomé unas cosas y regresé, no le dije nada a Christian, no quería. Estos momentos tenía que vivirlos sola.

La madre de Rafael me recibió con mucha cortesía, como siempre, nos quedamos enredadas en un abrazo y volví a llorar. Ella estaba devastada; fue un año largo entre la esperanza y la desesperanza. Todo el proceso fue duro. Lo único que ella pedía era un trozo de su hijo, de otra forma no encontraría resignación. Y si yo fuera madre, haría lo mismo que ella.

La ceremonia fue muy bonita, asistieron las familias de otros desaparecidos. Al final, partimos a casa de su madre para una comida. Me sentí extraña e incómoda, me cuestionaron sobre cómo me había ido desde que me fui y, en general, les dije que estaba bien. Les di recuerdos de mis padres. Marina, su hermana, me abordó para hablar de lo que no quería.

—¿Cómo vas después de todo? —me dijo con tono fraternal.

—Voy bien, hermosa.

—¿Estás segura?

—Sí, nena, lo llevo bien, como tú y todos; he sufrido, pero sé que él nos amaba y que no descansaría bien si lo siguiéramos lamentando y no haciendo nada para estar bien nosotros. O es lo quiero pensar, no lo sé.

—Tienes razón, mi hermano siempre se quejó de que la gente se pasara la vida lamentándose por una pérdida y que se olvidaran de vivir, ya sabes lo cabrón que era.

—¿En serio pensaba eso?

—Cuando mis padres se separaron; él vio tan mal a mi mamá, que se enojaba y eso solía decirle; que no se olvidara de vivir, ¿qué caso tenía seguir llorándole a alguien que ya no estaba en tu vida? Mi mamá cambió mucho gracias a él. Claro que ahora es diferente, ¿cómo no vamos a lamentarnos cuando nos fue arrebatado tan miserablemente?

—Ni que lo digas, he tenido tanto rencor por eso, y cuando más teorías salen más coraje me da.

—Sí, son puras cosas de conspiraciones, ¿viste que publicaron unos videos en los que se ve que fueron detonaciones programadas?

—¡No! ése no lo vi —contesté incrédula— ¿Es en serio? ¿Cómo si la hubieran hecho derrumbar a propósito?

—Sí, eso andan diciendo.

— ¡Dios mío, qué pasa en este mundo! —dije sorprendida y asustada.

—Son teorías de conspiración. No se sabe, se dicen muchas cosas.

—Hace tiempo que dejé de ver noticieros y todo el espectáculo que armaron. Sólo hacían que me doliera más. Y en este momento lo que quiero es superarlo.

—Pues haces bien, Val. Todos debemos seguir con nuestra vida. Tú tienes todo el derecho de continuar como tú desees.

—No me digas eso —respondí avergonzada.

—Val, es verdad, ¿crees que no hemos hablado de ti, de que tarde o temprano encontrarás a alguien?

—No dudo que sea así. Pero ante todo les debo respeto a ustedes —hablé pausadamente.

—No tienes por qué decirnos eso. Haz tu vida y de verdad, de mi parte y, por lo que sé, por parte de mi mamá, no tendríamos por qué criticarte. Hiciste feliz a mi hermano en sus últimos días y por eso eres valiosa para mí.

—Gracias —las lágrimas volvieron a brotar y la estreché entre mis brazos—. Gracias, nena. Lo lamento mucho, prometí dejarlo ir y no llorarle más, pero a veces es inevitable. Siempre lo guardaré en mi corazón y te agradezco tus palabras, porque si un día rehago mi vida, lo menos que quiero es sentirme culpable.

—No lo hagas, Valeria. Sé feliz, eso te deseamos.

Por la noche asistimos a misa, el sacerdote no sólo menciona a Rafael, sino a todas las víctimas de ese atentado. Se guardó un minuto de silencio y oramos por todos. Cuando salimos, su madre me agradeció haber asistido, a lo cual contesté que era algo que debía hacer, que no me agradeciera. Nos abrazamos un buen rato.

—Dios te bendiga siempre, Valeria —me dijo como si fuera mi madre.

Quitar el curita que tenía mi corazón lo hizo sangrar otra vez. De nuevo me sentía culpable. La lucha entre lo que debería ser y mis sentimientos me llenaba de confusión. Pero ¡basta ya! no estaba bien que me estuviera compadeciendo. Me di un jalón de cabellos y p'adelante.

Aprovecharía mi estancia para comprar mercancía nueva para la boutique. Llegué a casa de mi hermana Briseida para saludar a todos. Me alegré de que en esa casa siempre hubiera fiesta, mis sobrinos parranderos siempre tenían algo que hacer aunque fuera miércoles. Llegué con los ánimos por los suelos, pero siempre lograban sacarme no una sonrisa, sino una carcajada. Me hablaban del grupo y de Christian, siempre esperando que yo les dijera algo, pero no me sacaban nada. Pasé la noche ahí.

Al día siguiente todos a sus labores y yo a las mías: ir de compras. Cosa que me sirvió de distracción, di un paseo por las calles de Centro Histórico de la Ciudad de México. Sus calles adoquinadas, los edificios coloniales me hacían sentir en otro país. Lo único feo es que estaba atascado de vendedores por todas partes. Negocios de todo tipo, ahí encontrabas todo en un solo cuadro.

Me encantaba la Catedral Metropolitana, construida en un cruce de calzadas que conducían al centro espiritual de la capital azteca. Para su construcción se utilizaron piedras que formaron parte del Templo Mayor de la Gran Tenochtitlán, antes de que fuera destruida. ¡Ese Hernán Cortés y su gran idea! En fin, a un par de calles de ahí estaba mi destino, la calle de Soledad, ideal para comprar todos mis chunches.

Pasé todo un día de un lado a otro, llevaba costales como si fuera Santa Claus, sólo quería tomar un bendito taxi, porque ni loca entraría al metro, y llegar a casa.

La casa de mi madre estaba toda empolvada y, ni modo, con toda la pereza que me daba tenía que hacer limpieza, por lo menos en mi habitación.

El sábado fui hasta la casa de mi hermana Olga, en el Estado de México. Para ir al tianguis de mayoristas de ropa, en Chinconcuac. Me acompañó oportunamente porque era muchísimo lo que compré y, al regresar, fuimos a casa de Briseida. Y, ahora sí, habiendo terminado mis compras, sintiéndome mejor, no cabe duda de que comprar es la mejor terapia para una mujer, haría otra cosa que me llenaba de emoción: darle una sorpresa a Christian.

Los sábados ensayaban con el grupo, así que me les uniría sólo por curiosidad, según les dije a mis hermanos. Ya quería ver su cara. Estaba muy nerviosa y emocionada, se me iba el aliento en cada paso que daba, íbamos caminando de casa de mi hermana hacia la iglesia, Oliva y Briseida hablaban de montar un negocio y Joaquín iba tarareando una canción, no se percataban de que yo estaba tambaleándome de la emoción.

Mi estómago, tan sensible, me indicaba siempre cuan nerviosa estaba, esas náuseas de nuevo. Me sudaban las manos. Mi corazón se aceleraba casi para parecer una taquicardia, sentía retumbar la sangre en mi cabeza. Nos íbamos acercando a la Iglesia, la rodeamos para entrar por el patio trasero, donde se encontraban los salones para impartir el catequismo. Escuchaba ya su guitarra y su voz, me detuve. Mi respiración estaba descompasada, dejé que entraran ellos primero, escondiéndome un poco. Lo miré levantarse de su silla para saludarlos, con su sonrisa implacable. Los invité a tomar su posición, me adentré en el salón, a pasitos, la espalda de Joaquín me cubría, pero me cedió el paso y lo vi. Quisiera haber tenido una cámara para grabar el más hermoso rostro.

Abrió los ojos a todo lo que daban, me sonrió al instante y en un segundo ya estaba frente a mí. Yo, con la sonrisa más grande que pude darle y mordiéndome el labio, alcé los hombros y le di la mano, la cual jaló para abrazarme.

— ¡Viniste! —me quiso besar en la boca, pero se contuvo. Yo pasé saliva y sonreí.

—Sorpresa —dije tímidamente y casi en un susurro.

— ¿Por qué no me dijiste? —me dijo al oído, mientras me soltaba lentamente.

—Ya te contaré.

Soltándonos lentamente, miré a mí alrededor y todos nos miraban. ¡Dios, qué pena! Él giro su mirada hacia un rincón y yo la seguí, la chica estaba ahí, pero tronó la boca y salió disparada del salón. En seguida busqué los ojos de Christian, pero el sólo los cerró y negó con la cabeza. Me aparté hacia un lado de él y vi la cara de sorpresa de mis hermanas, levanté una ceja y negué con la cabeza.

—Ni se les ocurra decirme nada ahora —dije entre dientes.

—Ni creas que no nos vas a decir —me dijo Briseida en voz baja.

— ¡Ajá, eh! ¡Cogesí! —murmuraba Oliva.

—Cállense o no les digo nada.

Christian, nervioso, daba vueltas buscando hojas, acomodándose la guitarra de un lado a otro. Me miraba y agachaba el rostro, pero veía felicidad en sus ojos. Yo estaba temblorosa, agitada y con cierto escalofrío. Me llevé una silla casi al fondo del salón para verlos ensayar. ¡Pobrecito! estaba tan nervioso, todo tiraba. Carraspeaba para dar indicaciones, se le iba la voz y dos o tres veces se le cortó el aliento. Noté su pecho, tan firme, sumirse y levantarse agitadamente.

Pasé una hora vibrando entre miradas y sonrisas. Si sentía que no lo veían, me hacía un guiño y me lanzaba besos. Yo me sumía en la silla y apretaba mis piernas. Sentía una gran tensión y esa chispa que me provocaba mirarlo.

Al terminar el ensayo, y malévolamente, Briseida lo invitó a cenar. Pero Christian no accedió escudándose en que tenía una cita. Me sentí molesta y salí sin despedirme. Tomó su guitarra se despidió de su séquito de niñas, unas 5 o 6 escuincas que lo miraban como cachorritas y trataban de hacerle la plática. Al vernos marchar, se apresuró a alcanzarnos y me tomó de la mano.

—No te vayas, la cita es contigo —se apresuró a decirme con una mirada suplicante.

Miré a mis hermanos y, como si supieran lo que quería decirles, se esfumaron.

— ¿Damos una vuelta? —preguntó nervioso.

—Sí.

— ¿Me acompañas a mi casa a dejar mi guitarra?

—Sí, claro.

Me tomo de la mano y caminamos un par de calles hacia su casa.

— ¿Por qué no me dijiste que venías? ¿Sabes cómo me has puesto cuando llegaste?

—Sí, lo vi. Bueno, ésa era la intención.

—Pues qué mala eres.

—No soy mala.

—Sí lo eres, aparte te presentas así, toda linda —me miró de abajo hacia arriba. Yo vestía unos pantalones negros ajustados y una blusa lila pegadita, escotada de los hombros; botas altas, a la pantorrilla, y mi cabello estaba alisado.

—No me hagas reír.

—Es verdad, ¡mira qué hermosa! —me besó la mano y me sonrojé.

— ¡Ya Christian, me chiveas!

— ¿Qué? ¿Cómo que te chiveo? No estoy haciendo nada.

—Sí, me haces que me sonroje.

Largos silencios nos acompañaron, no sabía qué decirle, apenas abría la boca, me arrepentía. Llegamos al edificio donde vivía. Un complejo de unos 8 apartamentos, 2 en cada piso, unidos por escaleras descubiertas con balcones. Me preguntó si quería subir o lo esperaba. Decidí esperarlo. Lo seguí con la mirada y vi que entraba a uno de los de hasta arriba, parecían más grandes. Después de unos 15 minutos bajó, con sus jeans negros, una camisa beige y una cazadora de piel marrón. Se veía muy guapo, parecía que se hubiera bañado.

—¿Nos vamos, princesa? —estiró la mano para que se la volviera a dar.

—Ajá —dije en voz baja.

—¿A dónde quieres ir?

—No lo sé, pero debe ser cerca.

—Ok, a donde tú me digas.

—Bueno, tomemos un taxi y vayamos a tomar algo, conozco un lugar.

Fuimos a un bar por Lindavista. En casi todo el camino apenas hablamos, cruzábamos miradas y en seguida nos girábamos a ver hacia otro lugar. Después de todas las cartas que nos enviamos, estando de frente, no lográbamos articular palabras.

El lugar era pequeño, pero muy concurrido. Nos dieron lugar en la barra, me senté en una silla alta y él apartó la suya para quedarse parado frente a mí. Pedimos un trago y otro, y otro; le hablaba animosamente de Veracruz, de cómo lo pasaba con Erin, le pregunté por su familia y por su apellido, Kuri. Me explicó que su abuelo era un hombre rico, perteneció a familias importantes de Coyoacán, pero mantenía a sus hijos en la pobreza, siendo él un fabricante de calzado, sus hijos andaban descalzos en una humilde vivienda. Al final, el hombre perdió hasta el último centavo en apuestas y los hijos se tuvieron que abrir camino sin recursos.

Me habló orgulloso de su padre y eso me dijo muchas cosas de él. Eran una familia humilde, pero trabajadora. Me habló de sus sueños de trabajar como ingeniero y regresarle un poco de lo que su padre, tan esforzadamente, le había dado a él y a sus hermanos. Luego hablamos del motivo por el cual yo estaba ahí, él se intimidó un poco y se puso incómodo, lo tomé de la mano y le hice saber que estaba bien, que seguía doliendo, pero que gracias a muchos factores yo estaba superándolo.

—¿Qué factores?

—Bueno, sin duda, Dios me ha ayudado, mi familia, mis padres y... tú.

—¿En serio? —me dijo acercándose.

—Sí... me has ayudado. Ahora estoy controlada, si bien no he sanado del todo, porque comprenderás que es difícil, estoy mejor gracias a ti y a lo que siento por ti, como dijiste al destino que juega con noso...

No me dejó terminar, puso su mano en mi pierna y la deslizó un poco hacia arriba, sorprendida le detuve la mano, aprovechó mi distracción y se lanzó a besarme. Me tomó por la cintura con la otra mano, sus labios eran tan suaves, como tantas veces imaginé. Apoyé una mano en su pecho. Lo sentí firme y emanaba calor. Se separó y me sonrió, yo me quedé sin palabras. En seguida pidió otro trago, sonriendo, dejándome petrificada, me había besado, nuestro primer beso y lo hizo inesperadamente. Siguió su charla acerca de la música, me preguntó si sabía bailar.

—¿Tú qué crees? ¡Claro! —le contesté en cuanto recuperé el aliento.

—Perfecto, porque me encanta hacerlo. ¿Bailamos?

—¿Aquí?

—Sí, ¿qué tiene? mira, hay otros haciéndolo.

—Pero, ¿esa canción? ¡No inventes! —sonaba un canción espantosamente pegajosa de unas españolas llamada “Aserejé”.

—Sí, mira.

Empezó a bailotear chuscamente, moría de risa, me hizo levantarme a bailar y ambos hacíamos payasadas o, más bien, el ridículo, aproveché para sacudir mi entumecido trasero. Hacía mucho que no bailaba y esa noche recordé cuánto me gustaba hacerlo. Luego pusieron otra canción aún más espantosa, pero igual de pegajosa.

—Pero que música tan fea están haciendo sonar —grité.

—Vamos, princesa, que los bailarines tenemos que saber bailar de todo.

La canción era graciosa, no recuerdo el nombre del grupo, unos llamados quién sabe qué Valderramas, la canción decía algo así como “a mover el coloo, a mover el coloo”. Nosotros chocábamos nuestras caderas y movíamos el culo. Se giró para mover su trasero frente a mí.

— ¿Qué haces?

— ¡Anda, trasero con trasero!

— ¡Nooooo! Eres todo un caso.

— Anda, no seas fresa.

Accedí, me giré para quedar espalda con espalda y pegamos nuestros traseros, me aventaba levantándolo y salía disparada. Yo hacía lo mismo, pero él se ponía rígido y no lograba moverlo. Envueltos en carcajadas, me hizo girar sobre mis pies y me tomó de nuevo por la cintura, bailamos muy pegados, con cadencia. Yo levantaba las manos y, aunque estábamos riéndonos, nuestras miradas se volvieron más profundas y oscuras. Me cogió del cuello, acercó su boca a la mía.

— ¡Oh, princesa, cuánto he deseado tenerte así! ¿Puedo? —y antes de esperar respuesta me besó.

Mis labios quedaron aprisionados en los suyos, sentí un leve roce de su lengua. Me abracé a él colgándome de su cuello. Él apretó más el abrazo hasta sentir todo mi cuerpo contra el suyo. No nos separamos por un buen rato, ya no bailábamos, me entregué en ese beso, dejé que con él se limpiaran mis heridas y dejé que el amor contenido saliera a flote. A partir de ese momento todo fue beso, palabra, beso, palabra. Bailar, tragos. Hasta que me empecé a sentir mareada, me disculpé para ir al sanitario, pero me escoltó y esperó afuera, mientras yo me mojaba la cara y me miraba al espejo. “¿Cómo estás Valeria? Estoy bien, ¿estoy lista para esto? No lo sé, tal vez no”. Me acomodé la ropa, el cabello y salí. Le pedí que me llevara a casa, ya estaba cansada. Extrañado, pidió la cuenta y salimos a buscar un taxi.

Me abrazó en el camino a casa, pasamos frente a un hotel, el cual miró de reojo, pero yo, con sonrisa pícaro y sin decir nada, negué con la cabeza. Él hizo un puchero que calmé con otro beso. Llegamos a mi casa, bajó del taxi para ayudarme a bajar, me acompañó a la puerta y se despidió.

—Princesa, me ha encantado esta noche, gracias.

—A mí también... ¿te vas ya?

—Me espera el taxi, después ya no encontraré.

Desilusionada, pero avergonzada, no sabía cómo hacer para que se quedara, me daba pena pedirselo y tampoco estaba segura de querer hacerlo.

—Bueno, seguiremos en contacto. Mañana me regreso a Veracruz.

— ¿Cómo? —exclamó.

—Tengo mi boleto de vuelta para mañana.

— ¿Por qué, en toda la noche, no me lo dijiste?

—No sé. Se me olvidó.

Miró hacia el taxi y luego a mí. Se rascó la cabeza, miró hacia la casa.

— ¿Dónde duermes? —preguntó.

— ¿Cómo? —hice una mueca.

—Sí, dime dónde duermes.

Señalé una habitación que daba a la calle.

—Vengo por la mañana, muy temprano. Deja abierta tu ventana y ten miedo de mí.

— ¿Qué dices tonto?

—Así como la canción y deja abierta tu ventana.

— ¿Cómo? Caraj...

Otra vez me silenció con un beso.

—Descansa un rato, nos vemos.

Se marchó con el taxi. Me quedé pasmada. ¿A qué venía su actitud? ¡Carajo! ¿Pues qué tenía que hacer? bueno, era mejor así.

Me metí a bañar para calmar mi “inquietud”. Me sequé el cabello y me puse la pijama. Me metí en mi cama, pero me quedé pensando en lo de la ventana. ¿Lo habría dicho en serio? ¡Naaa, no creo! Pero, empujada por la intriga, me levanté y la abrí. Volví a la cama, me acurruqué y, con el efecto del alcohol, me dormí en seguida.

Soñé que estaba bailando, que me tomaba en la barra de ese bar. Vi unos ojos hermosos y sentí mis labios húmedos, los lamí. Sentí un aliento caliente y algo aprisionándome. Abrí los ojos y me sobresalté, estaba ahí, sobre mí, en mi cama.

—¿Cómo le hici...? —me puso el dedo sobre los labios.

—Tengo mis mañas, te advertí que me tuvieras miedo.

—Pero, ¿a dónde fuiste?

—Princesa, te deseo... tanto

Volvió a besarme y sus labios tenían un sabor a naranja, lo agarré de su suave cabello, me aprisionó más. Lo jalé para que estuviera totalmente sobre mí. Una estremecedora sensación comenzó a encenderse entre mis piernas. Inquieta traté de quitarme las mantas de encima. Christian me ayudó sin dejar de aprisionarme con su boca. Posó su codo sobre la cama, sutilmente tocó mis pechos y empezó a desabotonar mi pijama. Metió su mano y aprisionó mi pezón. Solté un gemido. Separándose de mi boca empezó un lento recorrido por el cuello hasta mis pechos, se detuvo en mis pezones por un buen rato, hasta dejarlos endurecidos. Me sentí desvanecer. Era increíble, esa química.

Quise quitarle la camisa, pero me detuvo y continuó su lento recorrido de besos por todo mi cuerpo hasta llegar a mi vientre, me bajó los pantalones y me avergoncé un poco.

—No, preciosa, no las cierres.

Me tomó una pierna y comenzó a besarla hasta llegar a centímetros de mi sexo. Levantó la mirada para observarme, como si me pidiera permiso. Vi sus ojos encendidos y pasé saliva, apreté un poco mis piernas. Él agarró mis braguitas y las bajó suavemente.

—¡No! espera, no —me levanté un poco asustada—. No sé si estoy lista.

—¿Por qué no, mi princesa? Tranquila.

Volvió a besarme tiernamente, me rodeó de besos, en la boca, en la nariz y en la frente.

—Valeria, está bien. Te amo.

Palabras mágicas que me relajaron. Lo besé con más ímpetu, tomándolo del cuello. Su respiración agitada. Le quité la camisa y quedamos desnudos de arriba por completo. Volvió a besarme la cara, los brazos, mis pechos, mi vientre. Tomó mis bragas y las hizo a un lado para darme un beso. Mi cuerpo se contrajo. Notando mi reacción, tiró de ellas con los dientes hasta que las bajó. Comenzó entonces con su deliciosa e incesante veneración.

En mi vida me habían hecho sentir así. El deseo, la ternura y la pasión. Me sentía liberada y estaba deseosa de tenerlo. Lo detuve, lo besé, probé mi sabor en sus labios. Me lo quité de encima para montarme en él. Lo seguí besando, mientras mis manos buscaban lo que tan ansiosa deseaba, lo sentí duro, grande. Le bajé la cremallera y se liberó. ¡Oh Dios, era tan perfecto! Lo tomé entre mis manos, lo acaricié, sentí su suave textura. Miré a Christian, sus ojos brillaban, no sentí más vergüenza y le devolví el placer.

Estaba a punto. Lo quería. Me detuve, él tiró de mí y me recostó, dándonos todo el tiempo para seguir aún con el beso. Se estiró para coger su camisa y sacar un sobrecito plateado.

—Tuve que ir por ellos —me dijo sonriendo.

En un segundo ya estaba sobre mí. Lo sentía tan cerca, se recargó casi rozando la entrada de mi anhelante sexo. Me estaba volviendo loca.

—Princesita.

—Mi niño.

—Me encantas.

—Y tú a mí.

—Te amo.

Me abrió más las piernas y se hundió en mí.

CAPÍTULO 14

APUESTO POR TI

Si tuviera que describir gráficamente lo que Christian me hizo sentir, no podría. Lo que sí puedo decir es que es maravilloso y delicioso. Sería difícil sacarme de la cabeza esa escena. Ha sido tan... perfecto.

Si estaba dudando de lo que sentía, ya no, me había entregado por completo. No podía creer que me hiciera tocar el cielo en una sola noche. Caía laxa en sus brazos, tocaba su pecho y hacia rulos con unos pocos vellos que tenía. Desnudos, sin avergonzarnos, como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Estás bien, princesa?

—Sí, mi niño.

—¿Sigues pensando que soy un niño?

—¡Noooooo! —una sonrisa maléfica escapo de mí—. Eres... ¿cómo te digo? Rico.

—¿Sólo eso?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé, lo que quieras.

—No sé si deba decirte, quizás luego te creas de más —mi sonrisa era pícaro—, pero te voy a decir algo, mi niño, me encantas y no pensé que fueras así y que me hicieras explotar así como lo hiciste. ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Amarme?

Despedirnos fue difícil, más por todo los sentimientos que afloraron, por esa entrega. Pero, ¿qué hacía? Les debía eso a mis padres, debía regresar. Me acompañó a la terminal de autobuses, me ayudó a documentar toda la mercancía que llevaba a Veracruz. Me pareció tan breve el tiempo que estuvimos juntos. No quería despedirme de él. Desde esa noche todo era beso tras beso. No me podía despegar de él, era como una reacción química, cada vez que tocábamos nuestros labios no podíamos parar. Fue él quien retomó la cordura y me soltó para encaminarme a la salida. A metros del andén, frente a los cristales, me despidió con desesperación.

—Lámame —me besó—. No se te olvide.

—Nunca —lo besé—. Ahora que tengo tu teléfono, te arrepentirás de habérmelo dado.

—Eso nunca, ¿me oyes?

—¿Qué haremos ahora, Christian?

—Ya te dije, amarnos —me abrazó fuerte por la cintura.

—En serio.

—No lo sé, princesa, esperar a que vuelvas. No tardes mucho, tal vez sea yo quien te visite.

—¿Irás por mí? —pregunté con mirada de borreguito.

—Claro, princesa. Ahora tengo el doble de razones.

—¿Ah, sí? Dime cuáles —le acaricié la cara.

—Ahora no sólo tengo curiosidad por probarte, pues ya lo hice y me encantó. Es oficial, mujer, me tienes total y estúpidamente enamorado de ti. Vete ya, antes de que no te deje ir y te lleve al baño.

— ¡Estás loco! ¡Qué cosas dices!

—Por favor, recuerda todo esto. Te lo imploro... **hasta que te vuelva a ver.**

Me faltaba el aire, el viaje de regreso fue complicado. Dejé mi razón con él, acostumbrarme a vivir así, lejos, sin duda, sería difícil.

Emocionada y sonrojada se lo confesé a mi mami, mientras cocinábamos.

—Ay, Valeria, pero tú no entiendes, ¿por qué abres las piernas luego, luego?

—Mamá, eso no fue así, fue... lo mejor.

—¿Y en qué quedaron?

—En nada. No hablamos de eso, no tuvimos tiempo.

—Pues cómo no, si te la pasaste debajo de él.

—No, Má, yo encima —dije entre risas.

— ¡Cabrona descarada, lárgate de aquí antes de que te dé un chingadazo! —me amenazó con la cuchara grande de la cocina.

—Cálmate, mami. Para la otra no te cuento. ¡Qué espantada!

— ¡Cállate ya!

—Está bien, me callo —me quedé quietecita jugando con una ramita de cilantro.

—Y ¿qué, se te declaró? —permanecí callada—. ¡Te estoy hablando! ¿no me vas a contestar?

—Pues me dijiste que me callara —me eché a correr riéndome de ella.

— ¡Demonio de muchacha, ya verás! —agarró un limón y, no sé cómo carajos a su edad sigue teniendo tan buena puntería, me dio en la espalda.

— ¡Mamá! Me ensuciaste la blusa.

—Pa' que se te quite andar de graciosa.

—Y, sí, mamá, me ama, si eso querías saber —me subí a mi habitación, pero pude ver su sonrisa.

Ahora me quedaba plantearme, ¿qué iba a hacer ahí, si mi corazón estaba en otro lado? Debía ir paso a pasito, no quería tomarme las cosas tan profundas y que después me desilusionara. Christian era más joven que yo, estaba estudiando, tenía su pequeño negocio y se le notaban su entusiasmo por salir adelante, pero aún tenía un futuro incierto y es imposible que nosotras, las mujeres, no pensemos siempre en alguien y en nuestro futuro. Pero, como fuera, estaba más que embobada con él, tenía facilidad para hacer que las piernas se me pusieran como de goma.

El mismo día que llegué recibí un correo. ¡Ay, mi niño! Si hubiera un programa para proteger la escritura caliente en los correos electrónicos, ¡por Dios que hubiera saltado!

Princesa:

¡Dios, eres tan bella! Ese hermoso rostro, tu piel tan lisa, tus preciosos ojos y esas pecas que son dignas de adorarse. Ese cuerpo tan frágil y perfecto. ¡Oh, Dios, me vuelves loco!

Debo decirte que me sorprendiste mucho cuando llegaste, me pusiste al borde de la desesperación. Yo quise abrazarte y besarte delante de todos, y quizás te debo una disculpa por no haberlo hecho, pero es que no sabía cómo reaccionarían tus hermanos. Y luego estaba Fiona, y o ya no tengo nada que ver con ella, pero parece no importarle y sigue asistiendo a los ensayos.

En fin, princesa, quería decirte que me la pasé muy bien en ese bar. Me encanto bailar contigo, eres muy graciosa. Pero lo que más, más, me encantó fue que hayas dejado abierta tu ventana. Esa era mi señal de que te importaba y de que me querías, lo hiciste y me siento complacido.

¿Sabes todas las peripecias que tuve que hacer para llegar a tu habitación? Pero soy un chingón y logré brincar la barda. Encontrarte así, durmiendo apaciblemente, me hizo desearte aún más. Gracias por recibirme con fervor. Y, princesa, esos pezones tuyos los amo, quiero volver a recorrer tu cuerpo con mi boca, y esa parte tan dulce que tienes, quiero volver a probarla, sentir tu calor en mi lengua mientras la introduzco.

Y eso que hiciste conmigo, oh, princesa, casi hacías que me viniera en tu boca. Quiero que vuelvas a estallar todas las veces que quieras. No me imaginé que me volverías tan loco, bueno, la verdad, si me imaginé que serías así de... no sé cómo decirlo sin que se escuche vulgar, tan “explosiva”, pero a ese nivel, no. Lo mejor de todo es que en verdad te quiero y que más allá de este episodio tan extraordinario, deseo verte como la mujer que eres, con una linda mirada y esos pequeños hoyuelos. Te quiero, princesa. Estar contigo, en la intimidad, es lo mejor que me ha pasado. Eres mi diosa.

Simplemente, ya no sé qué voy a hacer sin ti.

Christian.

¡Ay, por Dios! ¿Qué clase de hombre escribe eso? Christian debe ser de otro planeta, o haber leído novelas rosas para hablarme así. Ni siquiera me atreví a contestarle con la misma “explosión”. Me ruboricé de pensarlo.

Nos escribíamos casi todos los días, me comían las ansias de salir a comer o salir de la boutique para correr al Café Internet y ver mi correo. Seguíamos sin coincidir en los horarios, cuando yo me levantaba, él estaba dormido, luego yo me iba al trabajo y él se levantaba. Cuando yo salía a comer, él estaba alistándose para irse a la universidad, y cuando salía de trabajar, él estaba en clases hasta las once de la noche.

Pero cuando nos encontrábamos en el chat del Messenger, que era muy raro, así como saltaba la notificación de que estaba en línea, así me brincaba el corazón. Chateábamos, nos contábamos lo que había pasado en nuestros días. Me enviaba videos en MySpace de él tocando la guitarra, dedicándome canciones. ¿Cómo no iba a enamorarme? Y cuando podíamos hablar por teléfono, era aún mejor. Escuchar su voz me hacía sentirlo real, después de que llegara de la escuela, nos daba la madrugada. Varias veces mi mamá tuvo que levantarse para decirme que colgara.

¿De qué hablábamos? No lo sé, podíamos hablar de series de televisión que nos gustaban, los artistas y grupos que adorábamos. Coincidíamos mucho, compartíamos las cosas que pasaban en nuestras grandes familias, los juegos que solíamos jugar de niños, de lo que no hablábamos mucho es de sexo, eso sólo me lo escribía y no sé por qué me sentía tan tonta cuando salía el tema. Parecía una chamaquita, me daba pena y no debería, ya no era inocente, pero con él todo era diferente. No había llevado un romance así, de cartitas, videos, llamadas y me encantaba. Me sentía una niña o, quizás, me sentía de mi edad, estaba viviendo lo que tenía que vivir una chica normal, y yo, por tonta, me adelanté demasiado.

Erín me hacía partícipe de todos los eventos que tenía con su novio, estaba feliz de que tuviera a alguien por quién soñar. Aunque los amiguitos de su novio me tiraran los perros, yo pasaba por completo. No me interesaba nadie y aunque era cortés con todos, tuve que dar uno que otro portazo en la cara a algún payaso que quería pasarse.

Cuando estás así, como yo lo estaba, no hay ojos para nadie más que para tu amor. De nuevo el amor, mi Christian. Aunque mis ojos no lo podían ver, ni mis manos podían tocarlo, lo podía sentir.

A medida que pasaban los días, las semanas y los meses, mi necesidad constante de saber de él, me volvía loca, lo extrañaba y no encontraba el momento de regresar. Me sentía culpable por querer estar de vuelta, después de que la había pasado muy bien con mis padres y mi amiga. Pero Christian me enamoraba en cada carta y mi deseo de estar con él era tan intenso que resultaba incomprensible.

Mi princesa:

Te he extrañado mucho, estás siempre en mi pensamiento, asisto a la escuela pensando que por la noche hablaremos, me ilusiona escuchar tu tierna y sexy voz. Eres como una droga que me hace querer probarla a cada instante.

Te he de confesar que cuando te conocí, mi pensamiento era más carnal, quería poseerte físicamente, pero ahora quiero todo de ti, nunca he ido por la vida buscando amor, todas las relaciones que tuve eran mera diversión, tener alguien para pasar el rato, incluso era una situación más social. Pero esto que siento por ti me ha golpeado por completo. No entiendo este sentimiento y me asusta, y no porque no lo quiera, pero es tan intenso que no puedo con él. El miedo tampoco estaba dentro de mi vocabulario, siempre he sido osado y al pensar en ti, tengo algo de él en mí. Quiero estar contigo, Valeria. Mi miedo es que esto se acabe. No quiero.

Cada vez que recibo un mail o una llamada tuya mi mundo se pinta de mil colores. Adoro tu risa, tus ocurrencias, tus chistes, y el modo en cómo me susurras que me quieres. Quisiera vivir con ello el resto de mis días.

Te extraño, nena, estoy deseoso de volverte a ver.

Con amor.

Christian.

Lo quería, lo quería mucho y tenía miedo, al igual que él, de que nuestros sentimientos fueran efímeros, quería pensar que, en verdad, si lo deseábamos, nuestro amor duraría, pero la distancia lo hacía complicado.

Mi madre me dijo que esperara, que no saliera corriendo en su búsqueda, que me diera tiempo para fortalecerme, que pensara bien las cosas antes de tomar la decisión de regresar, debíamos probarnos y ver qué tanto podía durar el sentimiento. Al pasar los días, y yo seguía exactamente igual, quería verlo, quería verlo ya.

Era febrero y se acercaba el día de los novios, esa fecha era particularmente dolorosa, porque Rafael cumpliría años y fue en estas fechas cuando me pidió que viviéramos juntos, habían pasado casi 2 años y aún regresaba el remordimiento, pero me hacía a la idea de que él estaría feliz por mí.

Salí a dar un pequeño paseo por la playa, contemplé el mar, me cuestioné una y otra vez por qué las cosas pasaron así. Pedí fuerza, consuelo. Pedí respuestas de hacia dónde debía ir mi vida. *“Señor, mi Dios, sé que nunca me has dejado, dime, Dios, qué debo hacer, me has quitado a una persona que amaba y has puesto otra más en mi camino, tengo miedo de equivocarme y de que no esté siguiendo las señales que me mandas y esté tomando este camino por mi propio pie y no seas tú quien me guía. Ayúdame, sabes bien lo que hay en mi corazón, hazme saber que está bien. Que él está bien y que yo puedo seguir sin sentirme culpable.”*

Me quedé en silencio escuchando sólo el vaivén de las olas, sentada. Mis pies descalzos sobre la arena, cerré los ojos, sentí la brisa en mi rostro. Era reconfortante, un suave roce de la grandeza de Dios en este mundo. Increíblemente, sentí que me escuchaba, el viento se aceleró y, al hacerlo, sentí tranquilidad, paz. *Gracias, Dios.*

Volví a casa sintiéndome mejor. Conversé con mi madre sobre lo que sentía y, como siempre, en sus palabras encontré la respuesta que necesitaba.

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber, Valeria?

—No sé, mami, tengo miedo de estarme creyendo todo este amor y que no sea real, es como si me estuviera agarrando de algo para salir adelante. ¿Y si me equivoco?

—Vamos a ver, uno tiene que jugar para ganar, es como la lotería, ¿cómo vas a ganártela, si no la juegas? Si tienes miedo de equivocarte está bien, el miedo nos hace humanos, es por el miedo que no cometemos tantos errores. Este muchacho es un buen cristiano, tiene el valor de la familia, se ve que te quiere a la buena. Aunque a mí me gustaría que fuera más un hombre que un chamaco, pero yo te veo feliz cuando te habla, brincas y sales en chinga por el teléfono, escucho tus cuchicheos en la madrugada. ¿Es bueno para ti? Eso creo yo. Y lo que sientes por el Rafael, que Dios lo tenga en su gloria, nunca va a desaparecer, hija, lo quisiste mucho, no será fácil, pero la culpa debes desecharla, perdónate, si lo crees necesario, y permítete ser feliz. Así que, hija, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero amar, mami.

—Pues, adelante. ¿Quieres irte? Vete y date en la madre, rómpete el hocico, si quieres, pero que sea por una causa en la crees: el amor. Y deja los miedos, si te equivocas, no pasa nada. Tienes toda la vida para seguir intentando.

—Gracias, mami, ¿qué haría yo sin ti?

—Pues pendejadas —me contestó riéndose.

—Qué graciosa mi mami —le dije entre risas.

Agarré mis cosas y, sin decirle nada de nuevo a Christian, me fui a México. Era 14 de febrero; viernes; un día perfecto.

Llegué emocionada. Antes de ir a casa, pasé a comprar algo de ropa para la boutique y se me ocurrió comprar unos globos con forma de corazón. Lo sorprendería con melosos detalles. Le hablé entusiasmada por teléfono.

—¡Hola, nene!

—¡Hola, mi princesa! ¿Cómo estás?

—Estoy perfectamente y estoy en México.

—¿Qué? ¿Cómo? —respondió sorprendido.

—Sí, así como lo oyes, estoy aquí, te extrañaba y quise pasar este día tan especial contigo, ¿cómo ves?

—Nena, me has sorprendido mucho. Pero... es que no puedo.

— ¿Cómo? —pregunté casi gritando.

—Princesa, no sabía que vendrías; tengo un trabajo en equipo con mis compañeros y no tenemos otro día.

— ¿Cómo que no tienen otro día? ¿a qué te refieres?

—A eso, princesa, debo un trabajo en la escuela y es preciso que lo terminemos hoy. Quedé de verme con mis compañeros en la noche.

—Ok —respondí y me quedé callada. Estaba enfurecida.

— ¿Sigues ahí? Princesa, lo siento. No te enojés —y o seguía callada—. En serio, nena, ¿por qué no me avisaste que vendrías? Valeria...

—No te preocupes. Haz tus cosas, y yo vengo otro día con tiempo y aviso previo.

Le colgué. Estaba que me llevaba la chingada. ¡Pero qué pendeja! ¿Cómo iba a hacer un trabajo en pleno día de los enamorados? Seguro saldría con alguien más. ¡Esa tal Fiona o qué sé yo! Le estaba diciendo que viajé desde allá para verlo y era más importante un trabajo escolar. ¡Ay, no! Estaba como leona.

Mi teléfono volvió a sonar, era él. ¿Qué quería? Disculparse, ¿saldría conmigo? Contesté esperanzada.

— ¿Por qué me cuelgas? ¡No vuelvas a hacerlo! Te estoy dando una explicación. ¿Por qué no me entiendes?

— ¡Ya te dije que está bien!

— ¡No! es que porque quieres sorprenderme y no me avisas.

— ¡Porque sí, así soy yo!

— ¡Pues no lo hagas!

— ¿Qué te pasa, Christian? Viaje kilómetros para verte. Lamento arruinar tus planes.

— ¡No me arruinas nada! Sólo es que ahora no puedo y me da coraje.

—Pues no te preocupes, luego nos vemos.

— ¡No se te ocurra colgarme de nuevo!

—De acuerdo, ¿quieres que me despida correctamente? Bien. Un placer oírte. Que te sea leve tu trabajo.

—Valeria.

— ¿Qué, Christian?

—Salgamos mañana, por favor.

—Ya veremos.

—No, dime, ¿a qué hora paso por tí?

—A la hora que te desocupes de tus asuntos tan importantes.

— ¿Vas a seguir así?

—Sí. *Bye*, Christian. Háblame cuando puedas.

Volví a colgar. Estaba decepcionada, no quería hablar con él, pero por babosa ¡Ándele! Cinco minutos después volvió a sonar el teléfono. Lo dejé que sonara. Pero volvió a insistir y descolgué sin decir ninguna palabra.

—Nena, ¿por qué me haces esto? Por favor, entiéndeme. Voy reprobando esa materia, debo hacerlo. Lamento mucho que hayas venido y no pueda atenderte. Me entiendes, ¿verdad? Estarás enojada, pero sé que me entiendes y sabes que no estaría insistiéndote, si no me sintiera mal —me dijo en un tono más calmado y pausado.

—Lo siento, Chris, debí avisarte. En serio, no te preocupes, mañana nos vemos —le contesté más tranquila.

—Mañana después de las cinco soy todo tuyo y haremos lo que quieras, ¿sí?

—Ok, hasta mañana.

¿Qué más hacía? Me habían dejado plantada sin querer, aunque seguía rabiosa por no poder estar con él. Les llamé a mis sobrinos para hacer algo, pero todos estaban ocupados. ¡Genial, pasaría el 14 de febrero sola! Si tan sólo hubiera una tumba, me presentaría a dejar flores o un chupe de tequila para Rafael. Sólo hice una oración. Se me ocurrió entonces hacer planes con mis hermanas, pero Briseida estaba de viaje; Oliva y Olga tenían trabajo; Juana y Eugenia estaban en Toluca. No había modo, la pasaría conmigo misma.

Me arreglé para salir, por lo menos al centro comercial, pero en último momento Nando me habló para decirme que estaba mal, que su novia lo acaba de terminar, pobre. Vino a la casa con una botella de tequila, llegó llorando como niño, me sorprendió mucho.

—Güey, tranquilo, no pasa nada —traté de calmarlo.

—No, Bicha, ¡es una cabrona culera!

— ¡Hey, no hables así! ¿Qué pasa? ¿Qué te pasó?

— ¡Güey, pinche vieja, ya no puedo con ella!

—Bueno, pero ¿qué pasa?

— ¡Ya estoy harto de que me esté comparando con su ex!

— ¿Qué dice o qué?

—Es que siempre está hablando de lo que la hizo sufrir, que si lo quería, que a veces lo extraña. ¿Cómo puede iniciar algo, si no deja atrás lo que le pasó? Aquí estoy de güey y yo, queriéndola, y ella no hace más que estarse quejando de lo mal que se siente de haberlo dejado por mí. Ya estoy harto, juega conmigo.

—Calma. No sé cuáles hayan sido sus problemas, pero seguro te considera alguien de confianza y con quien puede abrirse. No lo tomes mal.

— ¡Cómo no lo voy a tomar a mal, o está conmigo o no está, ya estuvo bueno!

—Bicho, tienes razón, si uno está con alguien debería de dejar de hablar del ex por respeto...

—Claro. Nunca lo hagas, Bicha, porque se siente reculero.

—No, bueno, yo, es distinto.

—No, güey, es igual, neta que si andas con este chavo, no traigas al presente a quien estuvo en tu vida. Si quieres algo en serio, de verdad, calladita. Respétalo.

Tragué saliva y agaché la cabeza, tenía razón, aunque no le hablaba mucho de Rafael, sé que se sentiría como Nando o, de plano, me botaría. Esa conversación con mi sobrino me había hecho pensar en que debía dejar atrás el remordimiento y respetar lo que Christian sentía por mí. Aunque estaba molesta todavía.

— ¿Puedes creer que ese cabrón, todavía que vengo de tan lejos, se digna a decirme que no puede atenderme, que está ocupado con un proyecto escolar? O sea, ¡no jodas!

— ¿En serio? ¿Y sabía que vendrías?

—No, pero ya estoy aquí.

— ¡Ah, pues no inventes! ¿Entonces cómo?

—Bueno, pero no lo podía dejar para otro día.

—Güey, tú no le avisaste, ¿qué querías? ¿Y no te dijo que si se desocupaba antes, te veía?

—No, bueno, sí. Sólo me dijo que mañana y por eso estoy que me lleva...

—Pues brindemos por los insensatos.

— ¡Salud!

De madrugada, después de terminar con la botella, aconsejar a mi sobrino, escucharlo y alentarle a arreglar las cosas con su noviecita, envalentonada le llamé a Christian para saber si estaba realmente trabajando.

— ¡Hola! ¿Cómo está mi niño? —le hablé en tono burlón.

—Hola, princesa, ya estaba dormido —carraspeó.

—O sea, ¿no que tenías mucho trabajo?

—Sí, pero estoy muerto y les demás también, no hemos terminado. Mañana le seguiremos.

—Entonces mañana tampoco nos vemos.

—No, no dije eso, quedamos de vernos a las seis de la mañana, ¿qué hora es?

—Son casi las cuatro —le contesté mirando el reloj.

— ¿Y por qué me has llamado? ¿Pasa algo?

—No, sólo quería saludarte, es todo —dije arrastrando un poco la voz.

— ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

— ¿Estás tomando?

—Sí, con mi sobrino, y nos preguntamos ¿cómo estarías?

— ¿Ah, sí, de verdad?

—Sí, ¿verdad que sí, güey? —me dirigí a Nando, pero él sólo negaba con la cabeza. —Te lo voy a pasar.

Puse a mi sobrino al teléfono, él me hacía caras, negándose, pero hice que tomara el aparato.

— ¿Qué onda? Estamos tomado tranquilos, ¿no vienes?

Escuché que Christian le dio las gracias y dijo que estaba cansado, tenía problemas con la creación de un reactor y debía descansar, porque después de ver a sus compañeros tiene que ir al negocio. Nando le dijo que comprendía y que me mandaría a dormir, que disculpara la molestia. Colgó.

— ¿Por qué le colgaste? me lo hubieras pasado.

—No, güey, sí le creo, estaba cansado, no seas pesada.

— ¿Qué, por qué haces eso? te lo pasé para que me ayudaras a investigar.

— ¿Qué quieres investigar, güey? No está con nadie.

— ¡Ash!

—Ash, ¿qué? Ay, pero de veras, cómo son las viejas, no está haciendo nada, mensa.

—Ya, ya, olvídale. Para eso me servías —le dije manoteando.

— ¡Oh, qué la canción! ¡Qué ganas de hacerte marañas en la cabeza! Créele y ya. Mañana lo aclaras, bueno, más bien al rato. ¿Qué, nos echamos otra botella?

— ¡Naaa! Vamos a dormir ya, ahí está el cuarto de mi mamá, ahí te ves.

Seguía molesta, pero dejaría el asunto en paz por el momento, ya me estaba doliendo la cabeza, el tequila me hacía estragos horriblemente.

Qué dolorón de cabeza. Apenas si podía abrir los ojos. ¡*Vamos, Valeria p'arriba, quién te manda a tomar!* A esas horas Christian ya estaría trabajando, era sábado, el día que más vendía. Aunque estuviera desvelado, era muy responsable y seguro ya estaba ahí. Quedamos de vernos más tarde, pero qué más daba si pasaba por su negocio, nunca me ha dicho bien dónde estaba, pero que tan difícil podía ser encontrarlo en la Plaza de la Computación.

Le hablé a Nando, pero estaba más perdido que yo. Me puse unos jeans, una blusa algo hippie y sandalias. Me hice una colita en el cabello, pellizqué mis mejillas y me fui.

No me costó trabajo encontrarlo, sólo pregunté por el güerito de ojos verdes y todos sabían cuál era su local. Llegué y sigilosamente me asomé. Estaba sentado acomodando una pila de CD's. Casi los tiró al verme.

— ¡Princesa! ¿Qué haces aquí? —se levantó en el acto, me tomó de la cintura y me besó. Se me olvidaron todas las tonterías que tenía en la cabeza.

— ¡Hola! —conseguí decir cuando recuperé el aliento de ese aprisionaste beso.

— ¿Cómo me encontraste?

— Bueno, mi niño, no es difícil ubicar a alguien tan guapo.

— Claro que no —me dijo sonriendo, se le hicieron esos pequeños hoyuelos que me encantaban y, entonces, noté sus ojeras.

— Veo que no descansaste —le rocé el rostro con mi mano y él tomó mi mano para besarla.

— No, estuvo rudo y cuando me estaba quedado dormido, alguien me despertó.

— Lo siento.

— Bueno y, a todo esto, ¿se puede saber por qué me llamaste a esas horas?

— No te creía —contesté frívolamente y el apartó mi mano de su rostro.

— ¿Cómo que no me creías? ¿Qué pensabas? —me dijo levantando un poco la voz.

— No sé, se me hacía sospechoso, que tal si tenías por ahí una amiguita con la que ya tenías planes.

— Óyeme, Valeria, te dije que no tengo nada que ver con nadie. ¿De dónde saca tu cabecita eso?

— No sé, estaba enojada.

— ¿Por qué? ¿Por qué no estabas en mis planes? ¿Por qué querías sorprenderme, como ahorita? —hizo un gesto raro, como de desprecio. Me sentí fatal—. No sé qué pienses, pero yo estoy aquí, pensando únicamente en ti.

— Lo siento —me acerque a él—. Venía toda ilusionada a verte y darte la sorpresa, pero la sorprendida fui yo.

— Te dije que era importante.

— Ya, ok, lo entiendo, disculpa. Para la otra, te llamo antes.

— A ver, no es eso... Oh, sí, ya me acordé de algo, ¿por qué me colgaste? —me acorraló contra el mostrador mostrándose más seductor.

— Porque estaba enojada, ya te dije.

— Pues no vuelvas a colgarme, ¿sabes? eso me enciende.

— ¿Ah, sí? Te enciende, ¿en qué sentido?

— ¡Me encabrona!

—Y en el otro sentido ¿no?

—También.

Me aprisionó contra el mostrador y lo tomé por el cuello para besarlo. Nuestras lenguas se tocaban y me provocaba calor.

—No me vuelvas a colgar y no vuelvas a desconfiar de mí —me dijo entre gimoteos.

Me quiso subir al mostrador, pero mi conciencia entró en función y me percaté de que estábamos rodeados.

— ¡No! ¿Qué haces? Tranquilo.

— ¿Qué? Si no hago nada.

Siguió besándome y apretándome contra él. Mi cuerpo lo reconoció en seguida. Quise apartarme, pero no me soltaba. Me giró y me llevó de espaldas hacia la bodega y comenzamos a dar rienda suelta a ese deseo contenido por meses. Nos tocábamos, estábamos a punto de tirar de nuestras de ropas...

—Buenas tardes —gritó alguien en la entrada del local.

¡Rayos! Los clientes. Acomodándose el bulto y todo lo demás, Christian me besó.

—Te salvaste, princesa.

Atendió a sus clientes, yo estaba embobada con su desenvoltura, casi, casi quería comprar lo mismo que él les ofrecía. Terminó de atenderlos y vino acechante hacia a mí.

— ¿En qué nos quedamos, mamacita?

— ¡Mamacita! —me hizo reír—. ¿Ya no soy tu princesa?

—Siempre, pero estás bien mami.

—Tonto.

—Tontita tú, que viniste a la cueva del lobo.

Me volvió a tomar por el cuello para besarme. Me hacía perderme. Besaba tan rico. Me daba pequeños mordiscos en el labio y yo le correspondía succionando un poco, tirando de ellos, casi hasta comérmelos.

—Mi princesa me está provocando y voy a tener que cerrar para escondernos atrás.

— ¿Qué esperas?

—Qué mala eres —se reía sin soltarme—. ¿Cerramos?

—No sé, decide tú— le dije en un susurro.

Me tomó de la mano, puso un letrero en el mostrador y me llevó para la parte de atrás. Apagó las luces de la pequeña bodega y me acomodó encima de unas cajas, cargándome como muñeca. Se posicionó abriéndome las piernas. Comienzo a besarme el cuello y detrás del oído. Me volvía loca, me descubrió el hombro y lo besó. Lo tomé de la cara y lo besé, adentrando mi lengua. Noté su desesperación. Me levantó los brazos y me quitó la blusa. Se hundió en mis pechos, mientras desabrochaba mi pantalón. Me colgué de su cuello, cuando jaló mis pantalones, dejándolos casi en mis tobillos. Desesperado hizo a un lado mi tanguita e introdujo sus dedos.

—Qué rica y húmeda estás ya, mi princesa. Déjame probarte —se inclinó para lamerme.

—Chris, no hagas eso —se me cortó la respiración.

— ¿Por qué no? Me encantas.

Casi se hincó y me devoraba, mientras metía más sus dedos. Estaba enloqueciéndome, tiraba de sus cabellos, apretaba sus hombros. Quería estirar mis piernas. Sentía un dulce tortura. Lo levanté para besarlo. Lo apreté contra mí con mis piernas. Le besé el cuello y los hombros. Estaba deseando tenerlo dentro.

— ¡Qué pedo, idiota, ya llegué! —gritó una mujer.

Se apartó de mí y me ayudó a subirme los pantalones. Pero no supe dónde botó la blusa. Sorprendida y excitada no lograba controlar mi respiración. Él se reía bajito. Yo lo miraba buscando una explicación.

—Arréglate y sales —me susurró.

— ¿Dónde estás, pendejo?

—Ya voy —le gritó.

Como pudo salió dando tropiezos de la bodega, encendió la luz y puede ver mi blusa tirada en el piso, la agarré y me la puse enseguida. Me acomodé el cabello y esperé un poco.

— ¿Qué haces aquí, babosa? —le reclamó a la mujer.

—Idiota, te dije que venía. ¿No te acuerdas?

—No, no me acordaba —la voz de Christian se escuchaba agitada.

— ¿Qué estabas haciendo, cabrón?

—Cosas.

— ¿Qué cosas, estás espantado?

— ¡No! Déjame presentarte.

Se asomó a la bodega, yo, avergonzada, salí despacio. Christian me tomó de la mano y me hizo salir.

—Te presento a mi novia, Valeria.

La chica era un poco más bajita que yo, delgada, de cabello corto, negro, de tez blanca, no era fea, vestía un poco como hombre. Le sonreí y le estreché la mano, ella se había quedado pasmada.

— ¡Hola! mucho gusto.

—Mi amor, ella es Maggie, una amiga.

—Hola, ¿qué hay? —logró decir la muchacha.

—Hola, Maggie.

—No me habías dicho que tenías novia —dijo dirigiéndose a Chris.

—Sí te dije, babosa, pero nunca me pelas —le respondió.

—Perdona —se dirige a mí—. Nos llevamos un poco pesado, es como mi hermano.

—Ya me di cuenta. No me habías hablado de tu amiga tampoco, Christian —le devolví el golpe y Christian se mostró más avergonzado.

—Mi amor, perdona, se me había pasado. Esta babosita es vecina mía, es la hermana de uno de los chicos con los de tocamos. Nos conocemos desde niños.

— ¡Oh, vaya! Qué bien —contesté levantando las cejas.

La muchacha se sentó en el banco alto, a lado del mostrador, montó los pies sobre el mismo y comenzó una conversación con Christian, sobre sus amigas, preguntándole si van a salir la próxima semana, que ya le había pedido permiso a su mamá. Yo estaba que me consumía la rabia, le hablaba con tanta desfachatez y Christian, aunque trataba de portarse serio con ella, no dejaba de irritarme. Yo sólo miraba las hileras de discos para perderme de la conversación, me sentí excluida y encabronada. Me giré para lanzarle una mirada amenazante a Christian, él, incomodo, trataba de decirle a la tipa esa que no podía seguir conversando, pero ella lo ignoraba y me ignoraba a mí. Me paré frente a Christian entre ella y él.

—Si quieres, vengo otro día —dije con énfasis en las últimas palabras y haciendo signo de comillas con mis dedos.

—No, espérame.

—No, mira, si quieres nos vemos en la noche, me voy a arreglar —me acerqué para despedirme de beso, pero él se apartó.

—Que no, espérame. Maggie, perdón, no me acordaba que vendrías y quedé de comer con ella, nos disculpas.

Ella levantó las cejas, se metió un chicle a la boca y se levantó. Recogió una mochila que llevaba y pasó a mi lado, sin mirarme.

—Nos vemos, mi amorcito —se le colgó del cuello y lo besó en la mejilla. Christian, molesto, la agarró de un brazo y se la llevó fuera del local.

¡Ay no, ésta se la ganó! Estúpida mocosa. Ni siquiera me miró, ni se despidió. Me quedé cruzada de brazos esperando una explicación.

—Perdona, no sabía que vendría —dijo Christian con la mirada apenada.

—Se puede saber, ¿por qué no me habías hablado de ella?

—Porque no tiene importancia.

—¿Ah, no? Porque me pareció escuchar que son como hermanos, si es así, tendría que saberlo yo, ¿no?

—No, si no me interesa contártelo.

Me quedé callada, me había ofendido y se dio cuenta.

—Lo siento, es sólo una amiga.

—¿Una amiga con derechos?

—No, ¿cómo se te ocurre?

—Pues hasta “amorcito” te dijo.

—Estaba provocándote, es una chica muy pesada, no le hagas caso, pero es una buena amiga.

—Ajá, ya veo, tanto como para no contarle que tienes novia desde hace, ¿cuánto?

—No me interesa contarle mi vida, yo sólo la escucho. Me cuenta todas sus locuras.

—Christian, aclaremos esto, porque me estoy enojando. Vengo desde lejos para pasar tiempo contigo, me encuentro con que no tienes tiempo y encima hoy me arruina la sorpresa tu amiguita, quien dijo que te vendría a ver y tú lo sabías. ¿Por eso me dijiste que nos viéramos más tarde?

—No, mujer, no es así. De verdad no me acordaba, quería unos programas y, mira, ni se los llevó.

—Claro, puro pretexto.

—¡No, Valeria! No es así, ¿cómo te hago entender? ¿Me puedes decir por qué estás celosa?

—No estoy celosa.

—Sí lo estás, mamacita.

Otro cliente se acercó y tuvo que atenderlo, fue lo mejor, así pude calmarme.

—¿Comemos? —me cuestionó al terminar con su cliente.

—¿Dónde? —pregunté de mala gana.

—Aquí.

—¿Y qué comemos?

—Lo que quieras, aquí arriba venden tortas, tacos, hamburguesas, quesadillas, *hot dogs*. ¿Qué quieres?

—Un *hot dog* con salchicha extra larga.

—De esos no hay, sólo la mía.

—No sé, no me acuerdo.

— ¿Ah, no? Ahora mismo te demuestro que no hay más grandes.

— ¡Qué miedo me das!

Esta vez jaló la pequeña reja que cerraba el local. Me llevó atrás y me apresuré a desnudarlo yo. Le quité la camisa y la playera que llevaba, me deleité con su abdomen y su pecho. Me senté de nuevo en las cajas en las que me había acomodado y lo jalé para tenerlo cerca, desabroché su pantalón y se lo bajé con todo y bóxer. Con un hábil movimiento me liberó de mis pantalones y entró en mí así, sin más, duro, hasta dentro. Nos fundimos en un vaivén incesante hasta estallar juntos.

Nos quedamos sentados en el piso, él quedo recargado en las cajas y yo, de espaldas, recargada sobre su pecho.

—Oh, mi amor, no te esperaba, pero eres el mejor regalo que he recibido en mi vida —decía mientras me acariciaba el cabello.

— ¿Mi amor? qué bonito se oye. Vine aquí por una razón, ¿sabes? vine a apostar por algo, apostar por este sentimiento que crece día con día; es por ti y por este amor por lo que quiero apostar. Alguien me dijo que para ganar hay que jugar —me giré para quedar frente a él—. Christian, escúchame bien, **apuesto por ti**, por el amor y apuesto porque te amo.

Querida amiga:

Me da mucho gusto que las cosas con él vayan mejor, ¿ves cómo hablándolo lo solucionarían? Deseo que todo en adelante vaya bien, no dejes de seguir cultivado ese amor que, desde un principio, te volvió loca. Sigán manteniendo esa comunicación y, poco a poco, recuperarán la confianza. Sé que todas las cosas por las que has pasado han tenido un propósito, afortunada o muy infortunadamente apareció alguien en tu vida, y eso los ha hecho reavivar esa llama que se está apagando.

Querida amiga, ustedes son unas personas de Dios y estoy segura que, de su mano, podrán saltar cuantas adversidades se les presenten, sólo recuerda por qué están juntos. Ese amor desenfrenado que sentías por él, esa emoción que vi en ti la primera vez que me confesaste que estabas enamorada. Recuerda eso amiga.

Y no olvides que te espero pronto y que haremos ese viaje que desde jóvenes queríamos hacer.

Te quiero, nena, Dios te bendiga.

México, Distrito Federal, 2015

Amiga:

Muchas gracias por haber estado ahí cuando he necesitado de tus consejos. A veces me siento tonta al escribirte, me siento una adolescente cada vez que me quejo sobre mi vida. Sabía que llegaría un día en que todo esto se terminaría, no puedo especificarte cómo fue que acabó porque aún me duele, pese a todo, he perdido un amigo. Pero ahora me siento libre de continuar con mi vida y con el verdadero amor de mi vida.

¿Quién más podría amarme como lo ha hecho él? Todas las situaciones por las que vivimos me hacen reflexionar, no me hacía falta nada, debía ver de frente a quien tengo y es todo.

Querida amiga, ya estoy alistándome para ese viaje. Muero por conocer todo por allá. Veras qué bien la pasaremos. Mientras tanto aquí estoy, acomodando mi vida de nuevo.

Te quiero, besos.

CAPÍTULO 15

TE QUIERO EN MI VIDA

Pasamos el resto de la tarde con arrumacos, le ayudé a cerrar su local y tomamos un taxi, necesitaba pasar a mi casa para cambiarme de ropa. Le sugerí para cenar un restaurante mexicano en Polanco, un lugar que frecuentaba cuando salía con Ariadna, tenía buen ambiente, solía haber hasta mariachi, era un lugar un poco caro, pero después de ver lo que había ganado esa tarde, no creí que fuera un inconveniente.

Nos asignaron una mesita privada y ordenamos unos tragos, él su whisky y yo mi vodka tonic. Lo miré un poco intimidado.

— ¿Qué pasa?

— Nada. No conocía este lugar. Estoy admirándolo.

El lugar tenía la típica decoración mexicana, pero en un estilo más elegante.

—Antes venía mucho por acá.

—¿Ah, sí? ¿Qué tanto?

—Venía con mis amigas de trabajo, cuando modelaba.

—No me habías dicho eso, ¿en serio?

—Sí, lo hacía, pero lo dejé pronto.

—Vaya, tengo una novia modelo.

—¡Ay, no! Ya no, y la verdad no me gusta hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque no la pasé tan bien, bueno, sí la pasé bien, pero siento que cometí muchos errores en ese tiempo.

—Entonces no preguntaré más y de tus errores, ni hablar, tampoco me interesan, sólo tu presente y que estés conmigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, y aunque haya tenido errores, son míos, nada tienen que ver contigo.

—Eso me queda claro, es por eso que no te pregunto nada de tu pasado, me quedo con esto que tenemos, con nuestro presente.

—Ok, sólo nuestro presente —hice un mueca, recordando a la chica ésa, aún tenía cosas por sacar—. Dime, aparte de esa inesperada amiguita, ¿hay alguna otra más?

—¡No, cómo crees! ¿Qué clase de tipo crees que soy?

—Sólo te pregunto, por si tengo que encontrarme con otra situación incómoda.

—No hay más, princesa, yo estoy contigo, pese a la distancia, sólo tú estás en mi cabeza y en mi corazón, no hay nadie más. Claro que tengo amigas, compañeras de la escuela, pero nada y nadie como tú.

—Entonces, ¿debo quedarme tranquila cuando me voy?

—Claro, mi amor, no te das cuenta de cuánto te quiero, ¿verdad?

—Sí, lo siento, pero esta distancia me hace pensar en que tú bien podrías salir con alguien más y yo no me daría cuenta.

—No, mi amor, mi princesa, no, no podría, me has hechizado, no puedo pensar en nadie más y si crees que la distancia es difícil, te tengo una solución.

—¿Cuál?

—Regresa; regresa aquí y estemos juntos.

Su respuesta me sorprendió, nos habíamos visto tres veces desde que empezamos esto y de pronto escucharlo pedirme que regresara, me parecía insólito, era demasiado rápido y bueno para ser verdad.

—No sé, Chris, de eso aún no estoy segura.

—¿Por qué no? No me acabas de decir que viniste a apostar por esto, por mí y por lo que sientes. Pues yo también apuesto por todo y pongo todas mis cartas sobre la mesa. Estoy completamente seguro de que estoy hasta los huesos enamorado de ti.

Me abalancé sobre él para besarlo, era tan sublime lo que sentía, me sentí desequilibrada, sólo quería no despegarme de él nunca. Ese sentimiento emanaba por mis poros, lo sentía dentro de mí.

Sonó una canción ideal para este momento “Something stupid”, de Robbie Williams, interpretada con Mariachi, un buen *cóver*. Así nos sentíamos: algo estúpidos por el amor.

—Christian, te amo.

—Entonces, vuelve.

—Pero, ¿y luego?

—Luego ¿qué, Valeria? Luego estaremos juntos y veremos qué pasa.

Yo lo miraba analizando si en sus ojos veía una promesa más. ¿Cómo iba a regresar y dejar a mis padres de nuevo? ¿Y si no funcionaba?

—Princesa, no puedo ver el futuro, no sé qué sucederá mañana, sé lo que quiero hacer y quiero estar contigo. ¿Cuánto tiempo? El que Dios quiera para nosotros.

—No, sé...

—Ya no digas más, piénsalo, princesa, pero te quiero aquí.

Pasamos la cena entre mordiscos a la comida y a nosotros, nos divertimos cantando con el mariachi. Me cantó “Sabes una cosa”, interpretada por Luis Miguel.

*“Sabes una cosa,
tengo algo que decirte
y no sé cómo empezar
a explicar lo que te quiero contar.*

*Sabes una cosa,
no encuentro las palabras,
ni versos, rimas o prosa,
quizá con una rosa
te lo pueda decir...
Doy gracias al cielo
por haberte conocido,
doy gracias al cielo”.*

Me cantaba y yo me embelesaba con él. Le dediqué una canción de Rocío Durcal: “Me gustas mucho”:

*“Que conste amor, que ya te lo advertí, que no
descansaré hasta que seas mío, no más,
pues tú me gustas de hace tiempo y mucho tiempo atrás.
Me gustas mucho, me gustas mucho tú,
tarde o temprano seré tuya y mío tú serás”.*

—Princesa, yo ya soy tuyo.

— ¿Ah, sí?

—Claro, ¿quieres que te lo demuestre? —me dijo en un ronroneo.

—Sí, siempre —sonrei tontamente.

—Vámonos.

Tomé el auto que le había pedido prestado a mi hermana Briseida para buscar un lugar bonito donde pasar la noche, pero siendo 15 de febrero, en sábado, los lugares estaban repletos. Desde el poniente hasta el norte, todo lleno.

Terminamos en una cabaña en la ex hacienda San Miguel Regla. ¡Ja, vaya recorrido! Más de hora y media y quién sabe cuántos kilómetros, pero valió la pena, el lugar era sumamente lindo, una antigua hacienda del siglo XVII con hermosos paisajes y una construcción divina, llegamos casi a media noche, pero qué más daba. El *bell boy* nos dejó en la habitación y Christian me levantó en brazos para entrar.

— ¿Qué haces? —le pregunté partiéndome de risa.

—Te cargo, como mi princesa que eres, y porque esta noche serás mi mujer por completo.

— ¿Tu mujer? —le pregunté entre risas.

—Sí, mi mujer y te haré el amor hasta marcarte. Entonces, serás mía y yo seré tuyo, ¿no querías hacer eso?

— ¡Sí! —contesté con emoción.

Me dejó sobre la cama, me besó y se metió al baño. La habitación, de estilo rústico con paredes de piedra y muebles de madera tallada, tenía hasta chimenea, pero no era necesaria con el calor que llevábamos.

Aproveché para sacar los globitos de corazones que había comprado. Me apresuré a inflarlos, unos, dos, tres, seis, ocho. Casi me desmayé cuando escuché la puerta del baño abrirse. Corrí en seguida a colocarlos en la cama y, como gatita, salté sobre ella. Con la respiración agitada y mareada, me recosté.

Lo miré salir despistado, en cuanto me miró, soltó una carcajada, mientras se acercaba a los pies de la cama.

— ¿Qué haces? ¿En que momen...? ¿Te sientes bien? —me miró preocupado, seguro tenía la cara pálida, por la inflada.

— ¡Ven aquí y cállate que casi me desmayo! —soltó más la risa. Me levanté, me colgué de su cuello y lo hice caer junto conmigo.

—Mi princesa me tenía una sorpresa...

—Sí, esto era para ayer, pero hoy está perfecto. ¡Feliz Día de San Valentín!

—Más que perfecto, princesa.

—Qué bueno, porque casi se me fueron los pulmones.

Me tenía bajo de él. Me envolvió con besos dulces, poco a poco fuimos quitándonos la ropa, me besó todo el cuerpo y mi latente sexo lo deseaba. Lo apresuraba para que entrara en mí, pero él jugaba conmigo, me lamía hasta hacerme gemir y cuando más fuerte era mi gemido, se detenía. Me giró para besarme la espalda, las nalgas, se detuvo un momento, para mirarme.

— ¿Qué haces amor? —le pregunté en un susurro.

—Me deleito con esta vista, quiero grabarme tu imagen en mi cabeza, así como estás, con esa espalda y estas nalguitas tan ricas.

— ¡Christian, deja de verme!

— ¡No! déjame, eres mía, ¿no?

—Sí —acepté titubeando.

—No te escuché convencida.

—Estando así me pones nerviosa.

—Tranquila, mi amor, sólo quiero observarte y hacer esto...

Se inclinó para seguir besándome, besó mi coxis, ambos lados de mis caderas, bajó para besarme la entrepierna y, de paso, me dio unos mordiscos. Estaba realmente excitada, no pensé sentirme más, pero, de pronto, paró, tomó mis nalgas con sus manos, las masajeó en círculos, las abrió un poco y hundió su boca, lamió una parte de mi jamás tocada, me quise levantar en seguida, pero sus manos me aprisionaron, entonces sí, sentí desmayarme, jamás pensé que eso provocara tanto placer. Introducía su lengua en ambos lados, primero uno y luego el otro. Ya no podía más, iba a estallar.

Notó mi desesperación, se puso sobre mí y siguió con sus besos en mi cuello, yo buscaba su boca, él sólo la rozaba.

—Chris, ya, por favor —le suplicaba.

—¿Ya, mi amor?

—Ya, por favor, te deseo.

Abrió las piernas para él, se colocó el preservativo y entró en mí. Suave, despacio, sintiéndolo todo. Una y otra vez, a un ritmo lento, pero acompañado con mi corazón, estallé de inmediato.

—Sí, princesa, sé mía y cada orgasmo tuyo, quiero que sea mío.

—Oh, Chris, lo soy, seré tuya.

Hicimos el amor una y otra vez, hasta que, de plano, pedí esquina, ya no podía, mis labios estaban escaldados y no sólo los de arriba. Tomamos una ducha y nos tiramos, por fin, quietecitos en la cama.

—¿Estás segura de que no quieres más?

—¿Qué te pasa, estás loco? ¿Quién eres? ¿Superman?

—Soy normal, Valeria —una risa sonora acompañó sus palabras.

—No, mi amor, no lo eres. Estás muy cabrón.

—No me hagas reír.

—Mi amor, es en serio, ¿de verdad tienes 20 años?

—¡Claro que sí, amor!

—Se me hace que me andas chamaqueando.

—¡No! ¿Cómo que chamaqueando?

—Sí, me quieres ver la cara de chamaca. Tú no puedes tener 20 años y hacer lo que haces.

—¿Por qué no? —estaba muerto de risa y yo trataba de ponerme seria.

—Ya, en serio, alguien tuvo que haberte enseñado.

—Valeria, eso no se aprende, ¡simplemente se me ocurrió, se me vino a la cabeza, te vi, se me antojo y lo hice! Escúchame, jamás, nunca he hecho esto con nadie, te lo juro por Dios, tú eres como una musa que me inspira. Así que, ni modo, ahora me aguantas.

Se montó de nuevo en mí, pero me escurrió de entre sus brazos.

—No, no, no, mi niño, déjame recuperarme que tengo, allá abajo, boca de Memin Pinguín.

—¿De dónde se te ocurren esas cosas, princesa? —dijo entre carcajadas.

—Pues del mismo lugar de donde salen tus ocurrencias para hacerme cosas.

Nos dio el amanecer de lleno en la cara. Miré el reloj, eran casi las 10 de la mañana y el sol estaba entrando por las ventanas. Me senté en la cama y lo miré ahí, todo desparramado. Cerré los ojos y recordé lo que habíamos hecho, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Me sentí feliz; este niño me hizo sentir la mujer más deseada y amada. ¿Cómo iba a sobrellevar la distancia, si sólo quería estar con él? No quería levantarme y regresar a casa, con mis padres, y extrañarlo todo el tiempo, pero debía hacerlo. Me acurruqué de nuevo con él, contemplé su hermoso rostro de niño, metí mis dedos entre su cabello, algunos mechones rubios brillaban con el sol. Era tan guapo y era para mí. Me quería y no lo podía creer. Despertó al sentir mis manos perfilando su rostro.

— ¿Qué pasa, princesa?

—Nada, sólo te observo.

—Lo sé, te siento desde hace rato.

—Y ¿por qué no despiertas, eh?

—Dejo que me contemples —me dijo con una sonrisa.

— ¡Eres increíble! — le dije con voz chillona.

—Quédate conmigo, no te vayas.

—No me estoy yendo a ninguna parte; aún.

—No te vayas, quiero amanecer así contigo siempre.

—Temo que eso nos llevara más tiempo. Ven, vamos a levantarnos, este lugar es hermoso, aprovechemos el día.

—Por eso, mejor nos quedamos aquí.

— ¡No! Ven, ¡arriba mi niño!

No cabía duda de que me había dejado marcada, estaba toda adolorida y exactamente no sé de dónde provenía el dolor. Dimos un recorrido por la hacienda, hasta donde pudieron mis pies, eso de no ir preparada y andar en tacones no lo tenía pensado. El lugar era un poco frío, así me salimos al pequeño pueblito y me compré un poncho de lana, para aguantar. Volvimos al hotel, paseamos por el lago y nos tiramos un rato sobre un área verde.

—Este lugar es hermoso, no sé cómo se te ocurrió traerme aquí, princesa.

—Bueno, mi niño, ya te dije, tú júntate conmigo y te enseñaré. Hace mucho tiempo vine con mi familia y siempre pensé que es un lugar tan romántico que un día vendría con el amor de mi vida a disfrutarlo.

—Eso me hace sentir alagado. No sé si soy tu amor, pero por ahora tú eres el mío

—Ahora tú eres el mío también.

—Bueno vendremos aquí de nuevo, me ha encantado este lugar. Así me cueste un huevo.

—Lo siento. Sé que es caro.

—¿Y qué? Lo vale, en verdad, así me gaste todo lo que gane, si es contigo no me importa, aunque ahora tendré que irme con el gordo todos los días.

— ¿Cuál gordo, un amigo tuyo?

—No, el dedo gordo levantado; de aventón —dijo y me sonrió.

—Tonto.

—Me dejarás en bancarrota, en serio, princesa.

—No me digas eso, tontito. Podemos compartir la próxima vez —le dije entre risas.

— ¡No! De ninguna manera, ¿me oyes? A mí me enseñaron a ser el caballero.

— ¡Vaya! No me lo creo, en serio, ¿dónde estuviste toda mi vida?

—Pues yo tomando lechita, esperándote.

—Mira, qué gracioso. Vamos a comer, que mis tripas empiezan a comerse entre ellas. Yo pago.

—Ni lo sueñes. Vámonos.

Entregamos la habitación y salimos al pueblo de Huasca, otro pueblito mágico, a comer al mercadito. Se sorprendió de que pidiera unas quesadillas de huitlacoche.

— ¡No seas payaso y déjame comer! —le dije ante su cara de asco.

—No, pues, tú come, ¿pero qué cosa es eso?

—Es el hongo que le sale al maíz y es buenísimo.

—Paso. No me vayas a besar después.

—A que sí te beso.

—No, no lo harás.

Me abalancé sobre él, entre risas y pucheros lo besé, y de paso le di un lengüetazo.

— ¡Ah! Qué mala eres.

— ¿Qué, te supo feo?

—No, pero a ver, déjame probarte de nuevo.

Se nos fue la tarde mirando artesanías, nos compramos unas pulseras tejidas que nos hicieron al instante con nuestras iniciales V.Y.C. Nos las pusimos con la promesa de no quitárnoslas nunca. Hicimos muchas promesas, seguir siempre en comunicación, hablarnos cuando nos sintiéramos mal, si estábamos contentos, si algo nos preocupaba, no importaba la hora, estaríamos ahí, el uno para el otro. Vólvimos a la ciudad minutos antes de la misa. Me invitó a quedarme y cantar con ellos. Mis hermanos, al verme con él, se quedaron más que sorprendidos. Más mi hermano Joaquín, con quien mejor se llevaba.

En un tiempesito durante la misa me acerqué para preguntarle su punto de vista.

—Y, bien, ¿no me dices nada?

— ¿Qué quieres que te diga? Es tu vida y es buen cuate. Sólo deseo que te vaya bien.

—Gracias, hermanito —le di un besito y regresé a mi banca.

El montón de chicas, que siempre estaban ahí, ya no asistía, incluyendo a la tal Fiona, quizás después le preguntaría por ella o mejor no. Cuchicheaba con mis hermanas sobre esa mágica noche de novios y que ya estábamos más que unidos. Saliendo de misa, Briseida nos invitó a cenar un pan con chocolate caliente y Christian accedió. Me sentí extraña cuando entramos a la casa de mi hermana y que mis hermanos vieran a Christian como uno más de la familia, nos sentamos a la mesa y mis sobrinos bromeaban con él. Me quedé mirando aquella estampa familiar y pensé en el futuro.

Me vi con Christian y mi familia, en una cena de Navidad, lo vi en las reuniones y me sentí cómoda con eso. Lo quería en mi vida. Me levanté de mi silla, me dirigí hacia donde estaba sentado, lo abracé por la espalda y le planté un beso en la mejilla.

—**Te quiero en mi vida** —le dije al oído.

CAPÍTULO 16

REGRESA

Otra vez la bendita despedida, no podía con eso, cada vez que tenía que volver sentía que un parte de mí se desprendía y para Christian era igual, lo veía en sus ojos. Cada vez era peor, y después de ese maravilloso fin de semana más trabajo costaba.

En la terminal de nuevo estábamos sin despegarnos, no quería desprenderme de sus labios. Me adelanté y tiró de mí para estrecharme una y otra vez, me soltó y fui yo la que regresé a abrazarlo.

—Ya, mi amor, no lo hagamos más difícil. Vuelve pronto. Estaremos en comunicación mi princesa

—Es que se me hace tan difícil.

—Y para mí también lo es, princesa. Te espero siempre. **Hasta que te vuelva a ver**, mi amor.

Me di la vuelta, no sé por qué, pero esa vez sentí un nudo en la garganta. Me iba con tristeza. Sabía que lo volvería a ver, pero el sentirme tan bien cuando estaba con él, es lo que más me hacía sentirme mal. Dejar eso, ese sentimiento de bienestar. Eso era por lo que volvería.

De regreso en mi bello puerto de Veracruz, las calles me parecían más frías incluso con el calor. Me paseaba por el Malecón, pensando en qué iba a hacer. O seguía con ese amor a distancia sintiéndome en otro lado o me decidía a regresar y comenzar de nuevo mi vida allá. Buscar un trabajo nuevo. Presentarme para seguir con mi titulación, pero me pesaba dejar a mis viejitos.

El negocio iba muy bien, habíamos crecido mucho, incluso pensamos en abrir otra tienda y sé que eso requería de mí. Sentía mucho pesar por dejarlos, había

charlado con mi madre acerca de eso y aunque siempre me apoyaba, en su interior no quería que me fuera.

—Mami, no sé qué hacer, dime tú, ¿estoy mal, estoy pendeja o qué?

—Bueno, m'ijita, lo de pendeja, quién sabe, pero seguro que anda uno todo apendejado cuando se enamora.

—Es que, mami, ahora estoy peor. Me fui a aventurarme, a jugármela, como me dijiste, y regreso peor, no puedo dejar de pensar en él y no sé si hago bien o mal, pero, mami, quiero volver.

— ¡Ay, hija! Sabía que este día llegaría, te veo tan emocionada, sé que estás enamorada y quieres irte corriendo a sus brazos, pero ¿ya pensaste bien hacia dónde van? ¿Qué es lo que quieren juntos? ¿Te ha hablado de un futuro?

—No, Má, aún no me ha dicho nada, sólo que quiere que regrese y veamos qué nos depara el futuro. Y, la verdad, absurdamente pienso que sí podríamos llegar más allá, no sé, Má, lo siento en mi pecho, como un presentimiento.

—Te entiendo, ¿sabes que vi a tu padre no más de diez veces en todos los años que tuvimos de novios?

— ¿En serio? —pregunté asombrada.

—Sí, él iba y venía de sus viajes que hacía conduciendo, tardaba meses en volver, pero supe, desde que lo conocí, que era él, pese a todo, era él. A veces uno lo sabe, pero te niegas a aceptarlo. Siempre fui altiva y orgullosa, y cuando tu padre se iba me costaba mucho decirle que no se fuera, pero me volvía loca y tenía unos mendigos celos de que se encontrara con otra por allá donde andaba.

— ¡No te creo!

—Sí, hijita, era una orgullosa, no me atrevía a decirle que me volvía loca, siempre me hice la interesante. Lo bueno es que él nunca se dio por vencido, pero yo sabía en mi corazón que él sería el hombre de mi vida.

— ¡Ay, mami! No sé si será el hombre de mi vida, pero ahora lo es y quiero estar con él.

—Pues, piénsalo 5 o 6 veces más y si estás segura, adelante, pero deben plantearse que, si esto es algo serio, deben crearse compromisos, tú debes seguir forjándote un futuro, trabajar y titularte; él debe terminar su carrera, si después de eso aún quieren seguir juntos, ya es otra historia. Me duele que te vayas ahora que te habíamos recuperado, pero así es la vida de los padres, ustedes son prestados y tienen que seguir su camino e ir creando su propia historia.

—Gracias, Má, porque siempre has estado conmigo, para regañarme, reprimirme y alentarme, te amo, mamá, mi querida amiga.

Nos fundimos en un abrazo, sentí una lágrima caer sobre mis hombros, era de mi madre. ¡Dios, cuánto la amaba!

Antes de volver debía dejar en orden el negocio, llevé a mi papi a los aparadores de todas las tiendas de moda con la finalidad de que se fijara en las tendencias y siguiera con las compras como hasta ahora. Mientras tanto, me apetecía disfrutar de aquel hermoso puerto, teníamos a la vuelta de la esquina el precioso mar y, por las prisas, casi nunca me detenía a admirarlo. Me encantaba ir a misa a la catedral y luego salir a contemplar a los viejitos bailando danzones frente a los portales, me reía con mis papás queriendo imitarlos. Tomarme mi café lechero y mi concha con frijoles en el Gran Café de la Parroquia, mi nieve de mamey con guanábana de Los Güeros y sentarnos a contemplar cómo embarcan los autos de VW, que se importaban a todo el mundo.

Entre eso y las salidas de antro con Erin o las comidas para la planeación de su boda, la pasaba muy bien. Sería una gran boda con toda la alta sociedad de Veracruz y Puebla. Para una chica normal, como ella y yo, eso sería como un cuento de princesas. Para muchas chicas, casarse por todo lo alto con un chico guapo de buena familia y con un futuro económico asegurado, estaba de ensueño, aunque, para mí, no lo era tanto.

—Nena, me da mucho gusto poder ayudarte con lo de tu boda —le dije animosamente.

—Ay, flaquita, a mí también, mira que después de tantos años y seguimos aquí, eso es muy lindo.

—Lo sé y haber vivido tantas cosas que, aunque alejadas, fueron tan similares. Pero, ahora, ¡a vivir, nena! ¿Cómo te acostumbrarás a ser una dama de alta sociedad? —le dije sonriendo.

—No sé, flaquita, tendré que comportarme, pero a lo bueno, uno se acostumbra —reíamos, mientras ella agitaba la mano con su anillo y su Rolex.

—Deseo que seas muy feliz, amiga.

— ¿Y, tú? ¿Crees que Christian es el amor de tu vida?

—Hmmm, no... hmmm, ¡sí!

— ¿Qué, lo dudas? —preguntó entre risas.

—Ay, no sé, nena, ahora lo es.

— ¿No te ves en un futuro con él?

—Sí, sí me veo, pero ésa soy yo, no sé qué vea él.

—Pero con él es diferente, ¿no? ¿Te viste así con todos los hombres con los que has estado?

— ¡No!... —lo pensé mejor y contesté—. Bueno, con Gabriel era más la onda de que éramos muy mocosos y uno se hace ilusiones, pero me di cuenta de que no era para casarme con él, lo quise mucho y siempre formará parte de mi vida, pero hasta ahí.

—Pues él te seguía queriendo, ¡eh! La última vez que lo vi aseguraba que tú seguirías siendo el amor de su vida.

— ¡Cállate, güey, no me digas eso!

—Güey, es en serio, eso dijo.

—Sí, pero se acabó. No me digas más, le deseo toda la felicidad y tan-tan —le abrí más los ojos levantando las cejas.

— ¿Y luego?

—Luego, Rodrigo, ¡Uf, vaya drama! Pero, pese a todo; yo sí llegué a pensar que podríamos haber sido una familia, pero su miedo al compromiso y su rechazo me desilusionó, aunque al final se haya portado lindo, lo que pasó con mi hermana no nos hubiera dejado. No sé qué fue de él, supe que tenía problemas con su negocio y que no lo habían vuelto a ver con nadie. Espero que le vaya bien. Era un buen tipo y también lo quise mucho. Luego, el cabrón de José, ése ni cómo imaginármelo. Después resultó que sí me quería, ¿no? ¡sí será pendejo! No, nunca pensé en él para un futuro y, bueno, Rafael...

Me quedé en silencio por un rato, agachando la cabeza, mientras Erín me tomaba la mano, me costó trabajo mencionarlo.

— ¿Qué te digo de él? ahora es mi ángel y sé que me cuida, y yo lo seguiré queriendo hasta el día de mi muerte. ¿Qué si teníamos planes? Muchos. Y no puedo dejar de pensar en él sin que se me erice la piel. Lo amé como mi novio, como mi amigo y sólo espero que, desde allá, él me dé su bendición, porque lo que siento por Chris es igual o más, aunque me niegue a reconocerlo. Así que, sí, nena, veo a Christian más allá, lo veo cómo se lleva con mi familia, con mis hermanos, con mis sobrinos. Lo veo como un hombre social que no me apartaría de mi familia, ni de mis amigos, pero estamos adelantándonos mucho, nena.

—Valeria, estoy contenta por ti, también te quiero ver feliz, y tienes que hacer que venga, tengo que conocerlo.

—Claro, pequeña, eso tenlo por seguro. Oye, ¿y ya sabes dónde vivirán?

—Pues, por ahora, aquí, pero ya no en su departamento, sus padres están construyendo unos fraccionamientos nuevos, por Mandinga, yo no sé qué voy a hacer entre tanta arena.

—Pues serás la reina de desierto —le dije entre risas.

—Mientras no quiera un harem, todo está bien.

—Tonta, claro que no, ese tipo te ama, no haría eso.

—Pues eso espero, dejé a mi familia por estar con él y va a aceptar unos negocios por Europa, espero que no se le ocurra querer irse para allá.

—Pues si es así, ya te estaremos visitando y por tu familia no te preocupes, seguro te visitarán o vendrás a verlos.

—Sí, claro, eso es seguro, pero así es el amor, nena, con los ojos cerrados estoy aceptando cambiar mi vida, espero que tú lo hagas también.

La boda de Erín sería a mediados de septiembre y estaba muy entusiasmada por ella, también por presentarle a Christian. Le llamé para contarle las noticias, como todos los días.

—Hola, mi niño.

—Mi princesa, ¿cómo estás hoy?

—Estoy contenta, mi amor, vengo de estar con Erín, ando ayudándole con lo de su boda, y me dijo que tienes que venir para que te conozca. Le queman las ansias por saber quién me trae de cabeza.

— ¿Y para cuándo es, princesa?

—Para mediados de septiembre, el 13.

—Ok, pues será un placer asistir a su boda, aunque dile que para conocerme no tardará mucho tiempo.

— ¿Cómo?

—Pues a mí también me comen las ansias, pero de verte, así que estaré ahí en Semana Santa, ¿me recibes?

— ¿Cómo? ¿Es en serio, mi amor? —le pregunté casi gritando.

—Sí, mi amor, ¿puedo? —me preguntó alegremente.

— ¡Ay, por Dios! —me puse a dar brinquitos y a gritar.

— ¡Hey, princesa, me reventarás el tímpano!

—Oh, Chris, ¿es en serio?

—Que sí, mi amor, te lo juro, ya compré mi boleto, llego el miércoles a las 9 de la noche. ¿Podrías ir por mí?

— ¡No inventes, claro que sí!

—Oh, mi amor, te extraño tanto.

—Y yo a ti, mi niño, quiero verte ya, se me hará larga la espera hasta que vengas. ¿Oye, pero estás consciente de que conocerás a mis papás?

—Claro, princesa, ¿tienes algún problema con eso?

—No, mi amor, para nada.

—Pues, entonces, ya está hecho. Conoceremos a los suegros.

Salí disparada a contarle a mamá, ella sólo me veía dar vueltas por todo el comedor. Estaba loquita. Se me hizo eterno el tiempo, pero conseguí controlarme.

Al fin llegó el día, Christian no sólo lidiaría con mis papás, también con mis hermanas mayores, ya que pasarían las vacaciones aquí, con Briseida la tenía fácil, pero Juana e Eugenia serían una prueba difícil.

Fui puntual a recogerlo. La cara que puso al verme, me hizo aventarme sobre él, corrí al verlo en la puerta de salida. No podía estar más contenta, me le trepé como chango y casi lo derribé. Él me giraba, mientras lo besaba.

—Mi niño, cuánto te extrañaba.

—Mi princesa, al fin en mis brazos, también te extrañaba, por eso estoy aquí.

—Bienvenido, amor.

Un sin número de besos me acompañaron hasta llegar al auto. Guardó su pequeño equipaje y saltó sobre mí.

—Si no fuera por este calor, te haría el amor antes de irnos —su rostro y cuerpo estaban empapados de sudor.

—Tranquilo, te acostumbrarás rápido. Y me encantaría, pero no me gustaría darles show a todos los camioneros. Mejor nos esperamos a llegar a casa.

—Muero de ganas.

—Bueno, en realidad, no sé cómo vaya a estar el asunto, mi niño, debo decirte que hay casa llena.

— ¿Cómo?

—Sí, amor, mis hermanas están de visita, con mis cuñados y sobrinos. Así que, prepárate.

—No me digas —respiró hondo, se secó el sudor con el brazo y se tronó los dedos—. Estoy listo, vámonos.

Le di un breve recorrido por la costera antes de llegar a casa, le iba señalando como guía de turistas, todos los lugares que solía frecuentar.

—Me gusta, me gusta hasta para vivir.

—No sabes lo que dices, el calor no deja.

—Bueno, sería cuestión de aclimatarnos.

Llegamos a casa, estacioné el auto y respiré hondo, venía lo difícil. Con un poco de miedo y expectativa, esperé que Chris bajara del auto, lo tomé de la mano y le di un beso en la mejilla, al notar su nerviosismo.

—Tranquilo, no comen, si acaso critican, pero no te morderán —me sonrió tímidamente, sus ojos siempre conquistadores ahora parecían de ovejita.

Entramos en la casa y el primero en recibirnos en el patio fue mi papá. ¡Válgame! Con mirada serena, mi papi lo saludó y Chris se portó estupendo, le estrechó la mano, le sonrió y palmeó su hombro.

—Encantado de conocerlo, señor.

—Buenas noches, muchacho. Pedro Peña, para servirle.

—Buenas noches, gracias por recibirme.

—Pásale, estás en tu casa —le dijo, invitándolo a pasar. Yo besé a mi papi en la frente y le di las gracias.

Después vinieron todas las presentaciones, les había advertido que se comportaran y realmente no hubo necesidad de recordárselos, lo recibieron muy bien. Mis hermanas, un poco sorprendidas por la guapura de Christian, se portaron tímidas. Mis cuñados lo recibieron bien y mis sobrinos, ni se diga.

Mi madre enseguida le ofreció de cenar, él no acepto, pero mi madre ya le tenía el plato encima y lo hizo sentarse. Yo, emocionada y nerviosa, me senté con él, al igual que mis hermanas. Con Briseida la cosa fue más suave y me ayudó a romper el hielo con Eugenia, Juana y mis cuñados. Hablamos de la iglesia, que era donde nos habíamos conocido, les hablé de su negocio y de sus estudios, prácticamente lo bombardearon con preguntas para saber quién era y el salió muy bien librado. Mis hermanas, con sus sonrisitas, lo aprobaban. Con mis sobrinos eran como cuates, estuvimos casi hasta la 2 de la madrugada hablando de diversos temas, hasta que mi madre me llamó para ponernos de acuerdo para dormir. La casa de mis padres era muy amplia y con varias habitaciones, ellos siempre pensando en sus hijos. En la planta baja estaban las habitaciones de mis padres y arriba había cinco más, yo dormía sola en una.

—Tú te duermes en mi recámara y a este muchacho le dejamos la tuya.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, no pensarás que los voy a dejar dormirse juntos en mis narices?

—¡Ay, mamá no inventes! Si sabes bien cómo es mi relación.

—¿Y qué? eso no importa, ésta es mi casa y éstas son mis reglas, además, que van a decir tus cuñados.

—Mami, me vale lo que digan ellos y los demás.

—Pues no, que se duerma con los muchachos, y tú, a mi recámara. No voy a dejar que hablen de ti a tus espaldas. ¡Ahora, a dormir!

—Pero, Mami.

—¡Nada! ya te dije.

Avergonzada, me dirigí a Christian para decirle dónde dormiría, él, aunque me hizo caras, lo tomó bien, pero yo no estaba contenta.

—Ya, princesa, tranquila, ya nos la arreglaremos. Puedo irme a un hotel, si quieres

—No, cómo crees, mi mamá no me dejaría y sería descortés.

—Pues no pasa nada, ya nos las arreglaremos.

— ¿Ah, sí? Podría meterme en tu cama a media noche —le dije en mi modo seductor.

— ¡No!

— ¿Por qué no? No seas miedoso.

—No, ni lo mande Dios, qué tal que nos descubre tu mamá y me lo corta.

—No seas tonto —solté una carcajada.

—No, mi amor, muero de ganas de estar dentro de ti, pero si no se puede, no.

— ¡Christian!

— ¡No, Valeria! Mañana pensamos en algo, ¿va?

—No quiero, quiero dormir contigo —le dije en tono mimoso.

— ¡Princesa!

— ¡No!

— ¿Entonces qué quieres?

—Ven.

Lo dirigí hacia su habitación, mientras los demás seguían charlando y despidiéndose para dormir. Subimos las escaleras a la planta alta.

— ¿Ves esas otras escaleras? dan a la azotea. Te haces el dormido y ya que estén dormidos todos, nos vemos arriba.

— ¿Cómo haré eso? —me dijo con una risa sonora.

—Pues así, fácil, yo te espero arriba.

—No, ¿y si nos cachan?

— ¡Que no! ándale, ¿sí?

—Princesa, eres malvada.

— ¿Y no te gusta?

—Me encanta.

Casi eran las tres de la madrugada, me levanté a pasitos de gato. Salí hacia el salón, subí por las escaleras. Abrí el armario de los blancos y saqué unas mantas. Pasé por la habitación donde estaban él y mis sobrinos. Las habitaciones de arriba aún no tenían puertas. Sólo unas cortinas de velo. Me asomé para dar un vistazo, ya dormían. Me acerqué sigilosa y le acaricié el cabello. Se giró enseguida. Le hice un ademán para que me siguiera.

Con cuidado abrí la puerta para salir a la azotea. No había nada más que una cuerda donde colgábamos la ropa. A mí me gustaba subir para fumarme un cigarrillo por las noches y contemplar el cielo entre los enormes árboles que rodeaban mi casa y la hacían un poco más fresca. El clima era perfecto. Tiré las mantas y unas almohadas, y esperé a Chris. Se asomó tímido por la puerta y le di unos golpecitos al piso, junto a mí, invitándolo.

—Mi amor, estás bien loquita.

—Mi niño, ¿me puedes decir de qué otra forma íbamos a estar juntos? Además, no estamos rompiendo las reglas, ni estás en mi habitación, ni tampoco dormiremos —le sonreí pícaro. Nuestros rostros estaban perfectamente iluminados por la luna y el recubrimiento del piso era blanco, así que daba una claridad increíble.

—Ven aquí, eres tan traviesa y eso me encanta. Te he extrañado tanto.

— ¿Qué parte de mí?

—Toda tú, desde aquí hasta aquí —dijo besando mi mejilla y luego agarrándose de las nalgas. Nos recostamos, entrelazamos nuestras piernas y ahí, bajo el domo

más precioso, hicimos el amor.

Fue muy intenso, lo extraordinario de la situación fue mantenerme calladita y con la adrenalina de que nos descubrieran, fue algo muy loco. Me quedé recargada sobre su pecho, mientras acariciaba mis brazos.

—Princesa, esto ha sido tan pinche rico y loco, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Amarme?

—Eso ya lo hago, pero creo que ahora no me querré ir.

—Pues no te vayas.

—No pensaba hacerlo, me voy a quedar aquí.

—Eso está genial, mi niño.

—¿Crees que pueda seguir estudiando aquí?

—Claro.

—Ok, porque lo voy a hacer.

—Sí, claro —solté una carcajada.

—¿Qué? ¿No me crees? —me dijo con tono de decepción.

—No, ¿cómo vas a hacer eso?

—Valeria —se levantó para quedar sentado frente a mí—, ¿sabes a qué vine?

—Sí, a pasar las vacaciones.

—Sí y no, vine para decirte que regreses o me quedaré aquí.

—Estás bromeando, ¿no? —en mi rostro se dibujó una sonrisa, pero la quité cuando vi su rostro serio.

—No estoy bromeando, o te vienes conmigo o me quedo aquí.

—Christian, no me puedes estar diciendo esto, no te creo.

—¿Por qué no me crees?

—¿Cómo dejarás tu escuela, tu negocio, tu familia?

—Yo lo haría por ti, ¿y tú por mí?

—Yo... sí, tal vez sí.

—¿Por qué lo dudas, princesa?

—No sé, mi amor, esto me parece tan increíble y rápido que no logro asimilarlo. Me encuentro en una nube cuando estoy contigo. Todo me parece perfecto, todo lo que me haces sentir es inmenso. Todo lo que me dices me hace sentir la mujer más amada del planeta, pero ¿y si nos equivocamos?

—¿Por qué piensas que nos equivocamos? ¿Acaso no te he demostrado cuánto quiero estar contigo? —su tono de voz se había puesto más serio, incluso parecía enojado.

—Sí, lo sé, estás aquí ahora y sé que me quieres, ¿pero estás seguro de querer estar conmigo, no sé, para siempre?

—Lo estoy —lo dijo con tal seguridad que mi estómago sintió un pellizco. Me acerqué, tomé su rostro entre mis manos, delineé sus cejas y lo besé en la frente.

—Si tú lo estás, yo lo estoy. Si tú saltas, yo salto.

— ¿Citaste una frase de la película de *Titanic*?

— Sí, se me ocurrió —le dije con risita tonta.

Se quedó mirando hacia el horizonte.

— ¿Saltamos?

— ¿Qué tan alto? —le respondí pensando en una metáfora.

— Desde aquí —me señalaba con la mirada el borde del techo.

— ¡Estás loco, nos romperíamos la madre!

— Entonces, no saltamos. A que no te descuelgas por el árbol.

— ¿Me estás retando? —mostraba mi sonrisa entre pícaro y burlona.

— Vas, tú saltas, yo salto o, en este caso, tú te descuelgas, y yo me descuelgo.

— ¡Órale!

Nos levantamos para ponernos en la orilla, cerca del gigantesco árbol.

— No, espera, ¿y cómo entraremos? la puerta está cerrada.

— Ah, pues sí, ¿verdad? Ok, para abajo y luego subimos.

— ¡No! ¡Estás loco! ¿Qué tal que nos caemos? ¡Olvidalo!

— No está difícil, sólo brincas hacia él, no está tan lejos, ni tan alto —me dijo seguro.

— ¡No, olvidalo! Además nos oirían.

— Anda, es fácil, observa.

— ¡Christian, no!

Con toda agilidad se lanzó hacia la primera rama cercana al techo y se cogió del tronco.

— ¿Ves? No pasa nada —me dijo esbozando una sonrisa confiada.

— ¡Ajá! ¿Y qué me dices de la araña que está parada en tu mano? —bromeé con él. Inmediatamente hizo un gesto de terror y soltó abruptamente el tronco, dando un grito ahogado y resbaló.

— ¡Christian! —grité tapándome la boca.

— Estoy bien —me dijo con voz apagada unos metros más abajo. Me agaché para mirar dónde había caído; colgaba de una rama que atrapaba sus calzoncillos y, con dificultad, se abrazaba a otra rama. Sin poder detenerme, solté la carcajada más de nervios que de otra cosa.

— No te rías y ayúdame. Te van a oír.

— Es que, ¿cómo? —no paraba de reírme.

— Valeria, en serio, ayúdame —su voz sonaba más preocupada.

— ¿Cómo carajos te ayudo?

— ¡No sé, aunque sea jálame de las putas patas!

— ¡Espérate! —trataba de controlar mi risa nerviosa. Miré hacia todos lados y lo único que se me ocurrió fue quitar el lazo de la ropa y arrojársela, sin saber si iba a soportar tu peso o a servir de algo.

— ¿Para qué quiero eso?

—No sé, agárrate y escala.

— ¿Y cómo carajos me desatoro de los calzones?

— ¡Pues quítate los! —le grite riéndome.

Como pudo se cogió de la rama torciéndose la espalda, se rompió los calzoncillos y se cogió de la cuerda que yo había puesto a modo de polea sobre una rama más alta, sólo por seguridad, por si acaso no se lograba agarrar. Temiendo que se rompiera la cuerda, en cuanto pudo se abrazó del tronco y escaló. Le ayudé a subir el último tramo dándole la mano y tirando de él. Ya tocando piso, mi risa volvió. Y él, más avergonzado que nunca, sólo se frotaba los brazos y las piernas, y verificaba que su “aparato” estuviera intacto.

— ¿Te lastimaste? —le dije más controlada.

—Me duele tanto, como me duele el pinche orgullo.

—Como eres tonto. Ven acá, te amo.

Lo estreché entre mis brazos y lo besé con mucha dulzura.

—No había ninguna araña, princesa. ¡Soy aracnofóbico!

— ¿En serio? perdón, mi niño. Lo siento, ¿me perdonas?

—Sólo si me sobas.

— ¿Dónde te duele?

—Aquí —dijo señalando su pene.

—A ése no le paso nada.

—Sí, casi se me cae de la vergüenza —soltó una estrepitosa risa.

—Calla, ya no me hagas reír, no sé cómo no se han levantado los demás, se escuchó como si hubiera aventado un costal de papas.

— ¿Y mis calzones?

— ¿Te quieres lanzar de nuevo a recuperarlos? —me burlaba de él.

Agarré una de las mantas y se la lancé.

—Vamos para abajo, ya fue demasiada actividad física para ti —agarramos nuestras ropas y Chris sólo se cubrió con la manta.

Me levanté adolorida de los brazos. Mi papi ya estaba preparando el café y mi mamá había salido por algo para desayunar. Le di los buenos días a papá. Me dio mi café y enseguida se levantaron los demás y fue el desfilar de un lado a otro en lo que nos sentamos a desayunar. Pasamos una mañana de buenas charlas. Christian se sentía como parte de la familia, se integraba, ayudaba a mi papi.

Salimos a la playa, toda la familia, y pasamos el día ahí. Ellos jugaron fútbol, mientras nosotras estábamos en el chisme. Por la noche salimos de antro con mis sobrinos. La pasamos muy bien. Tenía mucho tiempo que no me divertía con ellos y ahora, con Chris, era perfecto. Saliendo del antro, nos fuimos a “La barra”, así le llamábamos a toda la costera, donde los jóvenes solían reunirse. Pusimos música en el coche y seguimos bailando y tomando cerveza.

Chris y yo nos apartamos un rato para dar un paseo por la playa. La noche era perfecta para cumplir fantasías y, obvio, no nos opondríamos a cumplirlas.

Así que ahí, sobre una piedra, por aquello de que la arena raspa, me fue llevando a un ritmo lento que se tornó fuerte por la sensación de que alguien nos observaba. Aunque traté de calmar mis gemidos, al final estallé con un sonoro alarido. Empecé a reirme al pensar que alguien nos podía haber escuchado. Reíamos y nos acomodamos la ropa para volver con mis sobrinos.

Fue una noche loca, con mis sobrinos ya medio ebrios corriendo por el malecón con las nalgas al aire, al ritmo de la canción de “All the small things”, de Blind.

Chris y yo nos moríamos de risa.

El viernes mi mamá nos hizo guardar ayuno y nos pidió que fuéramos al Viacrucis. Sorprendida me quedé cuando Chris, sin chistar, se levantó para salir con ella.

—¿Quieres ir, mi amor? —pregunté intrigada.

—Claro, mi amor, me encanta la representación. Yo fui el personaje de Cristo el año pasado.

—¡Nooooo! ¿En serio? —preguntamos todos al mismo tiempo.

Sin ninguna vergüenza él admitió que era un honor serlo. A mi madre le brillaron los ojos. Él, con toda su galanura, su humor y sus buenas costumbres, de pronto se convirtió en el partido perfecto. Esa noche nos portamos seriecitos.

El sábado armamos una guerra de globos de agua para celebrar el sábado de Gloria. Siendo Chris el nuevo miembro de la familia, por así decirlo, fue como una novatada. No lo puede evitar y me uní al ejército contra él, pero era astuto, ágil y con una puntería impresionante. Todos terminamos mojados.

Por la tarde todos tenían planes diferentes y les dije que Chris y yo teníamos ganas de ir al Acuario, pero siendo Semana Santa las filas eran impresionantes para entrar, así que optamos por caminar hacia el Centro. Lo llevé por el rompeolas que lleva a uno de los faros que señalan la entrada a este bello puerto. Caminamos observando los erizos en las rocas, en esa zona el agua era cristalina, se miraban pequeños bancos de peces y los cangrejos que, con gracia subían, a las rocas. Llegamos hasta el faro y nos sentamos sintiendo la brisa en nuestros cuerpos. Mirando alrededor podías ver todas las rocas marcadas con nombres de enamorados, sin duda, era un lugar emblemático para las parejas.

—Siempre quise caminar hasta aquí —le dije, mientras miraba hacia los astilleros.

—¿No habías venido?

—Sí, cuando era niña y había viento del norte, venía con mi familia a retar al viento. Nos agarramos de las manos haciendo una cadena. Era divertido, pero nunca caminamos hasta acá y no sé por qué.

—Pues es muy bonito, tanto como tú —me rodeó con su brazo para acercarme y besarme en la mejilla

—¡Mi amor! Me avergüenzas.

—Mi princesa, esto es perfecto para decirte que te amo, lo sabes, ¿no?

—Sí —contesté, mientras sonreía.

—Pues ya no quiero estar lejos de ti. Te llevo clavada aquí, muy dentro —dijo señalando su corazón—, eres lo primero que pienso cuando me levanto y mi último pensamiento por la noche.

—Chris, haces que mi corazón lata tan fuerte y se detenga al mismo tiempo —le dije embelesada.

—Valeria —me tomó de las manos y las acarició con su rostro— ¿vienes conmigo o me quedo aquí? Por favor, **regresa**.

CAPÍTULO 17

CAMBIOS

Después de esas hermosas vacaciones que pasé a lado de Christian y de mi familia me había convencido de que quería estar donde estaba mi corazón, y mi corazón gritaba con fuerza el nombre de Christian. No sé si era mi destino, pero no me perdería la posibilidad de intentarlo.

La despedida de mis padres me pesó mucho, sentí un gran dolor dejar a mis viejitos, sabiendo que se quedaban solos de nuevo, aunque ellos así lo quisieron o, más bien, mi papi había convencido a mi mamá de hacerlo, sé que mi madre deseaba estar con sus hijos. Y ver su rostro cuando me dio la bendición al salir de casa, me hizo agachar la cabeza y posarme en su pecho. Me acunó mientras lloré como ya no lo había hecho, dejé fluir mis lágrimas, lloré de agradecimiento por apoyarme y por qué sabía que le partía el alma al dejarme ir. Me dio la bendición para que las decisiones que tomara fueran las correctas. Lloré por todas las veces que la hice sufrir con mis comportamientos rebeldes. Lloré porque en este tiempo con ella estrechamos más esta relación de amigas y cómplices, porque me refugié en ella y en mi papi cuando llegué abatida por la pérdida de un amor. Me abrigaron, me consintieron, me alimentaron, curaron mis alas y ahora me bendecían para seguir volando. Nunca podremos agradecer el amor tan sublime y divino que nos proporcionan nuestros padres con la ayuda de Dios. Casi 11 meses pasé con ellos y fueron los mejores que recuerdo desde mi infancia.

Despedirme de Erín fue un poco menos difícil, pero por supuesto también me dolía. Estaba feliz por ella y ella estaba feliz por mí. Le agradecí haberse aparecido en el momento en que necesité una amiga y prometimos no perdernos nunca más, regresaría para su boda y sería su dama de honor, así como ella sería la mía, si me casara.

De nuevo en casa, pero ya no estaba sola. Desde que llegué, Christian fue por mí y me ayudó con todas mis cosas. El coche se lo vendí a mi hermana Briseida para ayudarme en lo que conseguía trabajo y ella se lo regaló a mis papás. Tenía que encontrar rápido un trabajo, para no quedarme sin un centavo. Mi hermana Eugenia, quien regresó a la Ciudad de México por cuestiones de trabajo, me había estado ayudando para colocarme en la empresa donde ella trabajaba: un importante banco americano, ella era asesor financiero; a mí me consiguió una entrevista en el área de venta de tarjetas. Ya me habían entrevistado los de recursos humanos y me tenían que dar el visto bueno los gerentes.

Mientras me llamaban para esa entrevista, hice otras y aunque cubría bien el perfil para otros puestos, incluso una supervisión de productos de belleza, dada mi experiencia anterior, ese trabajo parecía de ensueño; la ubicación en un moderno e impresionante edificio en Paseo de la Reforma, con unas vistas impresionantes, sería el piso donde me tocaría trabajar, aunque de nuevo mi trabajo sería en campo. El ambiente parecía muy cordial, pero lo que más me gustaba eran el sueldo y las prestaciones.

Christian estaba feliz y aunque nos viéramos sólo un ratito por las mañanas, porque él se iba a trabajar y, por la tarde, a la escuela, disfrutaba salir con él a desayunar; nos manteníamos en constante comunicación y, lo más lindo de cada vez que nos veíamos, eran nuestras cartas.

Mi cielo, mi princesa.

Sólo quería escribirte para decirte cuán feliz estoy que estés de vuelta, me has traído nuevas esperanzas y, con tu llegada, me queda claro que juntos adquirimos compromisos. Yo, Christian, sé muy bien que has dejado a tus padres y el refugio que tenías con ellos, estoy consciente de que has dejado cosas por mí y yo, princesa, me comprometo a que nuestra relación funcione y que nunca te arrepientas de haber vuelto, sobre todo, de haber vuelto por mí.

Sé que tenemos mucho tiempo por delante, proyectos que debemos cumplir, pero lo haremos juntos, así como tú me dijiste que me querías en tu vida, yo te quiero en la mía, a mi lado siempre.

Mi princesa no sabes cuánto te amo. Haría lo que fuera necesario por ti. Gracias por estar conmigo. Que dios nos bendiga siempre.

Christian.

Siempre lograba embobarme con sus cartas, no podía creer que fuera tan perfecto, siempre amándome, sin ningún reproche, ninguna discusión, me parecía tan inverosímil, lo único que me brincaba en la mente es que no conocía a su familia. Cuando le preguntaba por sus padres esperaba que me dijera: algún día te los presentaré, pero no lo hacía. Sabía dónde vivía, la historia de su familia, incluso conocía a sus hermanos, pero me intrigaba que no me hubiera invitado a pasar a su casa.

Un día, en una charla que manteníamos acerca de que mi hermana Eugenia vendría a vivir a casa de mis padres por una temporada en lo que les construían una casa en un terreno que habían adquirido cerca de la ciudad, le dije que las cosas serían diferentes, ya que viviría de nuevo con ellos, y con el antecedente de mi relación con Gabriel, sabía bien que a Eugenia y a mi cuñado no les gustaba recibir a mis “novios”. Así que le dije que me apenaba mucho, pero ya no podríamos hacer nuestras travesuras, pues a mi hermana no le parecería.

—No, princesa, en mi casa no.

—¿Por qué no?

—Porque nunca he llevado a ninguna de mis novias a casa.

—¿Por qué?

—Porque mi madre me ha dejado bien claro que no quiere a ninguna mujer en su casa, hasta que sea a la que lleve al altar.

Su respuesta me paralizó, no es quisiera que me diera un anillo de inmediato. Pero me hizo sentir que todo lo que decía no era tan profundo.

—O sea, me dices que me quieres en tu vida, que me amas y te comprometes pero no estás seguro de llevarme a tu casa. ¡Pues quién carajos te crees para hablarme así entonces!

—¡No, mi amor, no lo mal intérpretes! mi madre es un poco especial y no me gustaría que te hiciera una grosería. Ella es... un poco insoportable.

—¿Cómo puedes hablar así de tu madre?

—Princesa, ella no es como la tuya, de verdad. No quiero que te ofenda, dame tiempo.

—¿Tanto así? —preguntaba incrédula.

—Y no sólo ella, mi padre es igual. El día que una de las gemelas se casó, aun cuando él ya lo había aceptado, se fue de la casa. Llegó justo cuando el juez los estaba casando y paró toda la boda. Sacó a mi hermana y le preguntó a gritos por qué se quería casar, al final, mi hermana llorando le dijo que amaba a su novio, pero de cualquier forma mi papá amenazó a mi cuñado. Es muy celoso y ambos lo han sido con todos sus hijos.

—¡No inventes! ¿De verdad?

—Es verdad, mi amor, no me pidas eso ahora, déjame ir suavizando el hecho de que ya estás aquí.

—Christian, eso no me gusta. ¿Por qué tendrías que esconderme?

—Por protegerte.

—¿Cómo van a saber cómo soy, si no me conocen, cómo voy a crear confianza, si me ocultas como la novia misteriosa? Que sepan que te amo.

—No, ahora no. Por favor.

Ya decía yo que no podía ser todo tan perfecto. Eso de que sus padres fueran celosos, no me lo esperaba. Pero soy más necia que bonita, no podía creer que no me dejara acercarme a su casa sólo porque mis suegritos fueran celosos. Así que ideé un plan. En unos días sería el cumpleaños de Chris y le daría una sorpresa, les gustara o no a mis futuros suegritos.

Le compré unas camisas y, mi bobada más grande, compré unas flores. Le solicité ayuda a mis sobrinos Nando, Orlando y Tomás, a mis sobrinas Lili y Loli. Así reuní el gran coro que quería.

Muy de madrugada, el día de su cumpleaños, nos dirigimos a su casa. Subimos las escaleras de su edificio y me aventuré en mi locura: mi serenata para él.

Le di indicaciones a Nando, que sabía tocar la guitarra, me persigné y nos arrancamos cantándole “Las Mañanitas”. No puedo negar que se me caían los calzones de nervios, ¿qué tal si su madre salía y nos aventaba agua? ¿o él salía molesto?, pero me arriesgué. Terminó la canción y no salieron, me sentí avergonzada, triste y humillada.

—Güey, ¿seguro que es aquí? —me preguntó Lily, con rostro avergonzado.

—No mames, güey, se me hace que nos equivocamos de casa, Bichita —dijo Nando.

—¡No, ésta es su casa! —me quedé mirando la puerta un tanto decepcionada y preocupada—. ¿Y si lo está regañando?

—No se oye nada —dijo Orlando—. Mejor vámonos antes de que...

El pestillo de la puerta se escuchó e instintivamente todos retrocedimos temiendo saliera una Cruella de Vil o una Úrsula. Salió él, sonriente de oreja a oreja. Traía pijama y, aun desarreglado, estaba hermoso. Se abalanzó a abrazarme y mi miedo desapareció. Nos besamos delante de mis sobrinos. Les agradeció el gesto de felicitarlo y nos invitó a pasar. Yo me quedé fría.

—Siempre me vas a sorprender, princesa.

—Sí, es mi función, mi niño.

—Ahora conocerás a mi madre, y ya estarás contenta —me dijo con un tono sarcástico.

—No, mejor no, y a me arrepentí —di un paso atrás.

—No, ahora te aguantas. Me empujó hacia adentro y mis sobrinos nos siguieron.

Lo primero que notamos todos fue una gran cantina. Perfectamente decorada y abarrotada de todo tipo de botellas, tallada en una preciosa madera, seguro de caoba. Abarcaba más de la mitad de la estancia del salón. Una sala negra de piel un poco gastada y un pequeño comedor tubular. Era una mezcla entre muebles ostentosos y otros sencillos, pero impecablemente limpia. La señora bajó por las escaleras y yo sentí sus pasos en mi cabeza.

Una señora chaparrita, gordita y morena se apareció. Su gesto era un poco inexpresivo, pero cuando tocó el último escalón, con una voz chillona, nos saludó muy amable. Christian me tomó de la mano y tiró de mí para presentármela.

—Mami, mi novia.

—Buenos días, muchacha, Margarita Aranza, mucho gusto —me dijo un poco seca, pero sin ser grosera, y me extendió la mano, y yo la saludé de beso.

—Mucho gusto, señora, perdone que la hayamos levantado con nuestro ruido.

—No te preocupes, siempre me levanto estas horas para hacer limpieza —y, la verdad, se notaba, todo estaba en perfecto orden.

—Pues, señora, muchas felicidades, esto es para usted —señalé el ramo de flores que traía Loli.

—¡Ay, Dios! ¿Y a mí por qué?

—Bueno, es un detallito, después de todo, hoy cumple años el ser tan maravilloso que usted engendró.

Su rostro era de poema, definitivamente le bajé la guardia y me agradeció. Christian, sorprendido, me besó en la mejilla y acto seguido le di su regalo.

— ¡Feliz cumpleaños, amor! Ahora nos vamos, ellos deben de ir a la escuela —dije, señalado a mis sobrinos.

—No, esperen, les hago algo, ¿quieren un café, leche, un pan, un licuado? —dijo amablemente mi suegrita.

—No, señora, gracias —dijo Nando.

—No, espérense, hijo, siéntate con ellos —le ordenó a Chris.

—No se moleste, de verdad —le pedí.

Pues no nos hizo caso y nos hizo sentar. Nos preparó un licuado de plátano con chocolate. Agradecemos y nos despedimos. La señora Margarita se mostró amable conmigo y Christian estaba que no cabía de felicidad, lo notaba en su rostro. Me despedí de él en las escaleras con un beso que parecía interminable. Hasta que mis sobrinos nos gritaron que ya nos soltáramos.

— ¿Sabes de que me acabo de dar cuenta, princesa?

—No, ¿dime de qué?

—Será un secreto, ¿me lo guardas?

—Claro, mi amor.

—No le digas a nadie, pero estoy loco por ti y me doy cuenta de que eres la mujer de mi vida.

Lo besé aprisionándolo lo más que podía, no cabía de gusto, después de haberme arriesgado a presentarme en su casa, sentí que lo había hecho bien. Quedamos de vernos en la noche, no asistiría a sus últimas clases, así que podríamos salir a tomar algo o ir al cine.

Más tarde recibí una llamada, al fin lo que esperaba. Me estaban citando para presentarme a la siguiente entrevista, me sentí emocionada. No sabía si lograría pasar el filtro, pero daba saltos por toda la casa. Llamé a mi hermana para informarle y me dio una serie de consejos que me ayudarían mucho.

Por la noche Christian pasó por mí, todo guapo, con la camisa azul que le había regalado, un suéter marrón con cuello V y unos jeans azules. Me fascinaba esa imagen de niño bonito, aunque él solía ser más roquero, el look de niño fresa le quedaba perfecto.

Fuimos a un café bohemio, en el centro de Coyoacán. Uno de los barrios más *hippies* y antiguos de la ciudad. Por si las dudas, me llevé lo necesario para pasar la noche y mi traje para la entrevista al día siguiente. Christian se emocionó conmigo cuando le conté, se levantó de la mesa, me alzó en brazos y me hizo girar.

—Christian, suéltame, me vas a tirar —le dije entre risas.

—No te tiro, estoy tan contento por ti, es lo que esperabas. Saldrás bien, princesa, eres inteligentes y tienes excelente presentación.

—Eso no es suficiente, pero espero tener suerte.

—La tendrás, mi princesa. Además, estaré apoyándote.

—Eso es lo mejor, mi amor, me motivas —tomé su mano y la besé—. Por cierto, cambiando de tema, no me has dicho qué te dijo tu mamá.

— ¡Uf! Mi madre es especial, pero supiste darle en su punto débil. Antes de abrirte me comenzó a sermonear, ¿quién eras tú? ¿Qué hacías ahí? Me atreví a decirle que eras muy especial, me hizo caras, por supuesto, pero cuando te vio, supo por qué lo dije.

— ¿Te dijo algo más?

—No, nada más. Salvo que era un chamaco atolondrado. Le contesté que enamorado era la palabra. Me quiso dar con la escoba, pero hui. Siempre ha sido celosa, pero creo que le caíste bien.

— ¡Vaya! Eso está genial.

— ¿Y tú papá?

—A él no le hablo bien de esto, supongo que mi mamá le pasará el reporte y ya me dirá algo, pero no pasa nada, princesa.

— ¿Por qué me da la impresión de que es difícil hablar de esto con tu familia?

—No, sólo que ellos piensan que soy joven y que no debería estar tomándome las cosas tan en serio.

—¿Y tú que piensas?

—Que me vale madres, princesa, yo a ti te amo y nadie me dirá lo contrario.

Pasamos una velada muy tranquila, claro, hasta que llegamos a la habitación del hotel donde pasaríamos la noche. Tras muchos días sin habernos tocado, las caricias con desesperación no se hicieron esperar, nos fundimos en lenguas y cuerpos casi hasta el amanecer.

Por la mañana nos duchamos juntos, nos arreglamos, me puse frente al espejo tratando de secarme el cabello y vio mi prisa, así que me quito la secadora de las manos y comenzó a secarme el cabello con mucha paciencia. Le agradecí con una sonrisa, mientras me secaba, yo me maquillaba. Me puse mi traje sastre azul marino de falda casi untada. Christian se quedó devorándome con la mirada, por poco y nos quedamos en la habitación

Me acompañó hasta la puerta del edificio y subí nerviosa a la entrevista. Me entrevistaron dos de los gerentes de ventas y, al final, me pasaron con el director del área, quien no sólo me dio el visto bueno, sino que me invitó a unirme a su equipo de Centuriones, eso quería decir vender esas tarjetas negras a clientes exclusivos. Salí más que feliz, abracé a mi niño y me lo devoré a besos. Recorrimos a pie gran parte del Paseo de la Reforma y en Insurgentes tomamos el metro.

—Valeria, sólo quiero que sepas que estoy feliz. Verás cómo acomodamos nuestros horarios para vernos —me dijo al notar que comencé a preocuparme.

—Lo sé, mi niño, no te dejaré, porque, aparte de todo, ya te necesito.

—Y yo a ti. Hoy comienza una nueva etapa en nuestras vidas y, primero Dios, nos irá muy bien.

Y sí, durante un tiempo todo fue bien, después comenzaron las discusiones, que si llegaba tarde, que si no le regresaba la llamada o yo no lo encontraba cuando lo buscaba, que si él salía hasta tarde de la escuela y ya no pasaba a verme porque estaba cansado y no había transporte, que si no salíamos por falta de dinero, que si salía con sus amigos sin mí y aunque procurábamos vernos todos los días, las discusiones de hasta porque pasaba la mosca se hacían importantes.

La situación en casa estaba tensa, viviendo con mi hermana y mi cuñado, Christian no entraba porque así lo había solicitado mi cuñado, por respeto a sus hijas. Nuestros encuentros se limitaban a charlar en la acera afuera de la casa, me sentía como novia de pueblo y esa situación nos molestaba un poco.

— ¡Es que, Valeria, hace días que ya no estamos juntos! Entre tus visitas hasta tarde con tus clientecitos, tus comidas con tus compañeros, en las que por cierto no soy requerido y estar pegada todo el día al teléfono, no me das tiempo.

—Tú tampoco me incluyes con tus amigos —le reclamé defendiéndome.

—Ellos no son como tú, son estudiantes normales y no están a tu altura.

—No digas tonterías, ¿a cuál altura?

—A la altura a la que te has subido, ahora pareces más inalcanzable.

—Christian, en serio, no digas tonterías, no estoy trepada en ninguna parte.

—A ver, ¿qué pasó el otro día que fui por ti a tu trabajo? te quise abrazar y me alejaste.

—Christian, estaba mi jefe, no me pareció correcto.

— ¡Esas son mamadas, Valeria!

— ¡No, no lo son! Debo comportarme en el trabajo.

— ¡Estábamos en el ascensor!

—Da igual, donde sea.

— ¡Parece como si yo te avergonzara!

— ¡Ay, no! ¿En serio? —Me giré para ignorarlo, pero arremetí de nuevo—. A ver, escúchame bien, mi amor. Tú a mí no me avergüenzas en nada, ¿acaso no ves que eres el hombre que amo, quien llegó a mi vida cuando más lo necesitaba? ¿Cómo puedes decir que me avergüenzo? si estoy orgullosa de que me ames tanto. En dado caso, tú te avergüenzas de mí, si no fuera porque me presenté en tu casa el día de tu cumpleaños, no conocería a tu madre, no conozco a tu papá y no me has invitado nunca a reuniones con tu familia. Sales con tus amigos y hasta me lo ocultas. ¿Qué explicación me das a eso?

—Eres diferente, mis papás son más sencillos y tú eres tan... ostentosa, siempre estás hablando de los lugares a los que has ido, de los lugares en los que comes,

los clientes que tienes y con mis amigos sería lo mismo, nosotros nos vamos a divertir a un changarro ilegal, donde te sientas sobre botes y tomas directo de la botella. Eso no va contigo.

—¿Quién te ha dicho eso? Christian, yo no soy así.

—Sí lo eres, me parecía tan increíble que te fijaras en mí y siempre temo que te vayas con alguien que llene tus expectativas.

Sus palabras me estaban desarmando, ¿en verdad era tan soberbia o presumía tanto que lo hacía sentir mal?

—Mi amor, perdóname, no me había dado cuenta, me apena que te sientas así, es que no lo entiendes, por mucho que yo hable de más, mi esencia es simple, no me importa que me lleves a tomar chelas y sentarme en un bote, como tampoco me importa tragarme unos tacos en la calle y no tiene nada de malo que yo quiera enseñarte lo que me gusta, conozco más que tú porque viví diferente.

—¿Ves? ¡Me importa una chingada cómo hayas vivido y con quién hayas ido a esos lugares! Estás conmigo ahora y esto es lo que ofrezco. ¿Lo quieres o no?

No podía creer lo que me estaba diciendo, no entendía qué había hecho para que me pusiera un ultimátum.

—Christian, de verdad te amo —le dije modulando mi tono de voz—. No sé por qué me dices eso, me siento mal. Sí, tengo un pasado y ése viene conmigo.

—Sí, lo sé y siempre lo traes a tu presente —me interrumpió.

—No te entiendo, si te estoy diciendo que te amo, que me disculpes si te hago sentir mal, no es que quiera traer mi pasado al presente, sólo quiero enseñarte el mundo, que conozcas la ciudad, es todo. ¿Por qué te pones agresivo?

—¡No me estoy poniendo agresivo!

—Mi niño, tú y yo estamos en las mismas condiciones, estamos creciendo, ¿ok? Quiero crecer contigo, ahora estás estudiando, pero llegará el día en que trabajarás y delegarás ese negocio tuyo a alguien más y te enfrentarás a otras responsabilidades, tendrás compromisos y, cuando sea así, estaré aquí para apoyarte. ¿Me entiendes?

—¿A qué viene tu comentario? No entendí.

—Viene para explicarte que no soy más que nadie, lamento haberte dado esa imagen, si crees que debes decirme que me estoy pasando, dímelo, y para que entiendas que mi trabajo me gusta y tengo que ser responsable; así como yo entiendo que tus fines de semana son para trabajar, cuando yo quisiera estar contigo. Quiero conocer a tu familia y quiero convivir con tus amigos, como sea. ¿Entiendes ahora?

—Sí, ajá, lo entiendo —me dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? ¡a la chingada! No voy a tolerar tus bobadas.

Me di la vuelta y me metí a la casa. Le cerré la puerta casi en las narices, me estaba volviendo loca, ¿pero qué carajos quería? Ya me había disculpado, ¿por qué ahora le surgió esa inseguridad? Era la primera vez en casi un año que le había hecho semejante grosería, pero se la merecía, por idiota, y nunca, desde que comenzamos, nos habíamos dejado de hablar o escribir.

Pasó casi una semana y no sabía nada de él. Mi estúpido orgullo se estaba haciendo a un lado y me ganaba más lo que sentía por él, pero pensaba que no quería verme porque, de lo contrario, me hubiera llamado. Yo estaba pasándolo muy mal.

Pasó otro día más y mis compañeros y yo bajamos al restaurante del edificio donde trabajaba. Platicaba amenamente con Rosalba, una pelirroja muy agradable, y con Jorge, un chico gay muy guapo, acerca de los tintes y tratamientos para el cabello.

—¡Papito, que niño más sexy, me lo como! —exclamó Jorge.

Mi compañera y yo, sabiendo cómo era él, preferimos no voltear.

—Tú te alocas con cualquiera —le dije riéndome.

—No, mamita, que éste está para lanzarlo contra la pared. Mira, hasta flores me trajo.

Giramos las dos hacia la ventana, era Christian, tan guapo como siempre, buscándome entre la gente. Me levanté para hacerme notar, me miró sonriéndome y sacó un cartelón que decía: “Te amo, soy un pendejo, perdóname”.

Las piernas se me hicieron de goma, salí tropezando con todo, corrí hasta brincar sobre él. Rodeándolo con mis piernas y besando sus carnosos labios, enseguida lo empecé a morder con más rabia. El trataba de zafarse, pero yo lo apresaba con mis dientes.

—Pendejo, eres un pendejo —le dije mientras seguía besándolo.

—Perdóname, princesa, sí lo soy, pero soy un pendejo que te ama. No sé qué me pasa, perdóname —me tomaba con las manos el rostro mientras seguía besándome.

—Te mereces que te trague.

—Trágame, no me importa, pero no me vuelvas a dejar así. Te amo.

Me disculpé con mis compañeros, subí por mi portafolio, me inventé una cita con un cliente y me fui con Christian a encerrarnos en un hotel y darnos el mejor sexo de reconciliación: salvaje y tierno a la vez.

Las cosas mejoraron, su inseguridad no era otra más que verme tan bien. Le daban celos que otros hombres me vieran, cuando íbamos juntos hasta parecía presumirme como pensado: “Miren la vieja que traigo”, pero cuando salía a mis reuniones con los clientes, se le botaba la locura, pero supo controlarse y cuando por fin me presentó a sus amigos, ellos, aunque un poco tímidos conmigo, al final se abrieron y terminamos como cuates todos.

Lo único que no habíamos podido resolver era lo de entrar a casa y hacer nuestras travesuras libremente, pero lo arreglamos pasando ratos en un hotel; adoptamos uno casi como nuestra casa.

Llegó septiembre y venían fechas importantes, una era el aniversario del atentado y, la otra, la boda de Erin, además de nuestro aniversario, por así decirlo. Mi cabeza, siempre jugándome mal, me torturaba, esa fecha me removía muchos sentimientos. Estaba irritada todo el tiempo y, sin quererlo, aún por las noches lloraba. Seguía la misma fórmula para calmarme: rezarle a Dios y pedirle a Rafa que intercediera por mí. Sólo así las lágrimas se iban.

Marina, la hermana de Rafa, me había mandado un mensaje con los datos para la ceremonia que organizaba la asociación y la misa que su madre pedía; le conteste que estaría ahí. No sabía si decírselo a Chris o no, pero me aventuré a decirle que antes de que nos fuéramos a Veracruz debía asistir a la ceremonia.

—Pues te acompaño —dijo sin pensarlo mucho.

—¿De verdad? ¿Quieres hacerlo?

—Claro, mi amor.

—Es que no sé si deba.

—¿Por qué?

—No sé, se me hace una falta de respeto.

—¿Hacia quién?

—Pues hacia todos, hacia su familia, hacia a ti, hacia él.

—Valeria, él ya no está contigo, yo sí y estoy aceptando ese pasado.

—No tendrías por qué no hacerlo, es parte de mí —le dije con tono molesto.

—Por eso, sé que es parte de ti, lo acepto y no quisiera que pasaras sola esto, bien sé cuánto te sigue doliendo.

—Pero es que su familia... no, Chris, no sé. No te quiero hacer sentir mal, pero esto es mío.

—¡No! Ya es de los dos.

—No, mi amor, es mío, pero déjame pensarlo, ¿ok?

Llegado el momento decidí que iría con Chris, pero sólo a la ceremonia en la embajada.

La ceremonia, como siempre, había sido muy conmovedora, era inevitable no derramar una lágrima por toda la gente que murió en ese atentado. Nombraron a todos los mexicanos que seguían desaparecidos y a quienes, con suerte, ya habían identificado. Rafa no estaba en ese grupo, sin tener restos de él, seguía figurando como desaparecido, aunque en nuestro corazón sabíamos que ya no estaba. Christian se mantuvo serio, pero logré ver un rastro de tristeza en su rostro.

Al término del evento, le pedí que esperaba mientras saludaba a la familia de Rafa, les explique qué venía con un amigo y que, en cuanto lo despidiera, los

alcanzaría en su casa, para una comida. Pero la mamá de Rafa me pidió que ambos los acompañáramos, a lo cual yo no accedí.

Me acerque a Chris para despedirlo, pero él me miraba con compasión y, sin más, me abrazó. No sé por qué, pero comencé a llorar.

—Tranquila, estoy aquí contigo. Te entiendo, no pasa nada, no llores más —me repetía mientras acariciaba mi espalda—. Ya pasó, tienes que estar bien, él no te hubiera querido ver así, yo tampoco.

Me refugié un buen rato en los brazos de mi niño, me secó las lágrimas con sus dedos. Me besó la frente y me acompañó hasta la casa de la madre de Rafael. Pasé la tarde con su familia, que ya estaba más resignada, Marina me preguntó por Christian y yo le dije la verdad, que era mi novio y que quiso acompañarme. Ella, sin criticarme, ni nada, se alegró por mí.

Fuimos a la misa y su madre había mandado hacer una gran fotografía de Rafa para adornarla de flores, me partía el alma, su mirada, que siempre fue oscura, parecía sonriente. Recordar que esa foto era una de las que habíamos tomado en nuestro departamento, me hizo llorar más. Terminó la misa y me paré frente a la fotografía, puse mis dedos sobre mis labios y le mandé un beso. Me despedí. *“Acompáñame siempre, hasta que te vuelva a ver”*.

Al siguiente día trabajé un rato, luego fui a casa a preparar mi maleta y por la noche partimos a Veracruz, a la boda de Erín. En el camino ya no hablamos de lo que pasó en la ceremonia, sólo nos cubrimos con la manta que te dan en los camiones de lujo, inclinamos los asientos y nos acurrucamos, estaba emocionada por ver a mis papás, por la boda de mi amiga y porque Christian viajaba conmigo. Lo miré fijamente y sentí un profundo agradecimiento. Lo besé con devoción, merecía todas mis caricias, el beso se tornó más profundo, noté como su respiración se aceleraba, me hizo voltear hacia la ventana, me levantó el vestido, apartó mis bragas y ahí, bajo la manta, me hizo el amor con mucha lentitud, me aferré a las cortinas del autobús y mordí mi brazo para no hacer ruido. No teníamos prisa, así que lo hicimos una y otra vez. Mirábamos a nuestro alrededor, pero la gente dormía o se hacía la dormida, unas sonrisitas perversas se nos escapaban, pero nos hacíamos callar con la mano. Fue el mejor trayecto México-Veracruz que había tenido.

Llegamos casi a las 5 de la madrugada, tomamos un taxi a casa de mis padres y mi madre ya nos esperaba con café, pan y enchiladas. Dormimos un rato, esta vez juntos, ya no había nadie que nos criticara y mi mami, aunque tronando la boca, había hecho como que no veía.

Despertamos unas horas más tarde, salimos de la habitación un poco tímidos por la mirada de mi papá, pero Chris, de nuevo con su encanto, lo amoldó enseguida, le estuvo ayudando a cortar el pasto, mientras que mi madre y yo nos pintábamos las uñas. Nos pusimos al tanto de todos los chismes, siempre nos hablamos por teléfono, pero no hay como comer gente sabrosamente en una charla. Más tarde fuimos al centro comercial para confirmar el envío del regalo de bodas, y por unos zapatos para Chris. Yo me pasaba por los aparadores de ropa y Chris, dándose por vencido, me dijo que nos veíamos en media hora, mientras él veía instrumentos.

La ceremonia sería a las seis de la tarde en un prestigioso hotel. Me compré un encantador vestido de corte sirena con encaje, me hice un peinado alto, y Christian vistió, muy a su pesar, un smoking con moño. Se quejaba por tener que usar smoking en la playa; a mí me causaba risa y verlo todo elegante me excitaba sobremedida.

Mi papi nos fue a dejar para no preocuparse de que regresáramos tarde o con unos tragos encima. El lugar estaba decorado con un gusto exquisito, cortinas de flores adornaban el pasillo, con alfombra roja y toda la cosa, había prensa de sociales, que nos tomó fotos a todos. Le asignaron a Christian un lugar en las bancas para la ceremonia religiosa y luego la civil, y yo tome lugar cerca del altar junto con las otras damas de honor. Mi amiga lucía preciosa, con un vestido de corte sirena de fina gasa, se veía radiante, me miró al pasar al altar y le solté una gran sonrisa. La ceremonia terminó y nos adelantamos a saludar a los novios. Le presente a Chris, por fin, ya que en la visita pasada no nos habíamos podido ver.

— ¡Vaya! Encantada de conocerte, Chris. Gracias por venir.

—Gracias a ti, muchas felicidades, al fin se me hizo conocerte.

—Nena, te ves hermosa, felicidades, ¡quiero llorar! —le dije echándome aire.

—Tonta, ni se te ocurra, porque arruino las plastas de maquillaje que me pusieron.

—No seas tonta, te ves divina. Bueno, ahora sí, nena, a celebrar, no te olvides de mí, tenemos muchos tragos por echarnos.

—Pero por supuesto, por favor, hasta caer —dijo Erín y todos nos reímos.

Nos dirigimos a otra área del hotel, en una terraza que daba hacia el mar, todo iluminado con antorchas y bombillos blancos. Tomamos asiento en la mesa de los amigos de Erín. Me encontré con una compañera de la preparatoria que asistía con su marido y comenzamos a ponernos al día sobre lo que habíamos hecho. Le presenté a Chris y más tarde ya estamos charlando con otras personas en la mesa. Sirvieron la cena, brindamos con los novios y me excusé para ir al sanitario. Chris se levantó para acompañarme, pero le dije que no se molestara, que tomara su trago, iría sola. Saliendo del sanitario, una persona de la prensa, me abordó para pedirme mi nombre y el de Christian para sus fotos, me pidió una fotografía más y yo posé cual diva.

—Siempre luciendo bella y perfecta —dijo una voz detrás de mí.

Se me erizaron los vellos. No sabía si voltear o ignorarlo. Le sonreí al fotógrafo y me di la vuelta.

— ¿No me vas a hablar?

Me detuve por un momento, pero decidí seguir adelante.

—¿De verdad, no merezco ni un saludo?

Giré sobre mis talones y lancé una mirada asesina.

—Hola, José.

CAPÍTULO 18

QUÉDATE CONMIGO

Volver a verlo me hizo sentir una patada en el estómago, se veía más viejo, pero su mirada coqueta y su sonrisa cínica no habían cambiado.

—¡Vaya! Pero qué sorpresa encontrarte —me dijo con tono seductor.

—A mí también me sorprende —le dije con tono seco—. No sé qué hagas aquí, pero, bueno, veo que estás bien, te dejo.

—¡Hey! ¿A dónde vas, por qué tan cortante? —se adelantó un poco para cortarme el paso—. ¿Tan mal recuerdo tienes de mí?

—No —traté de esquivarlo, pero él de nuevo se posó frente a mí.

—Oye, no te hecho nada como para que me evadas así, sólo te estoy saludando, me da gusto verte.

—No, claro —le dije con sarcasmo—. Disculpa, es que tengo prisa.

—Estamos en una fiesta, ¿qué prisa puedes llevar?

—Me esperan en mi mesa.

—¿No podrán esperar? Quisiera que habláramos, aprovechar el habernos encontrado.

—José —me detuve frente a él—. Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar, quedó claro la última vez que nos vimos, me liquidaste, se acabó y ya no hay por qué remover nada.

—Perdón, pero sí hay algo que quedó entre nosotros.

—No, no quedó nada, ahora, mírame, me toma por sorpresa encontrarte aquí, no te esperaba y ahora debo irme.

—No, espera —me tomó de la muñeca y enseguida me solté—. Tal vez no sea el lugar, pero hablemos, dame tu teléfono.

—No te daré mi teléfono, no quiero hablar contigo. Por favor, no me sigas.

Me encaminé aprisa, antes de que volviera a impedírmelo, por suerte ya no me siguió, me sentí asustada, qué carajos hacía en la boda de mi amiga, ¿por qué carajos me lo tenía que encontrar? ¡maldita suerte!, lo único que quería era estar limpia de culpas y lo que él representaba era mi pasado culposo.

Llegué a la mesa con mucho calor, sentía la sangre bombear en mi cerebro, respiré hondo y me senté al lado de Chris.

—¿Qué te pasa? —me preguntó preocupado.

—Nada, mi amor, es que hace calor. Me siento sofocada.

—Bebe algo, ¿qué te pido?

—Pídemme una cerveza.

Se asomó para buscar al camarero, mientras yo me abanicaba con la servilleta y me estiraba un poco el vestido por el escote.

—¿Quieres que te ayude? —me dijo coqueteándome

—Ajá, claro —le contesté nerviosa.

Se inclinó para soplar me dentro del escote y aprovechó para darme un beso entre mis senos.

—¡Christian, no!

—¿Qué?, te estoy ayudando.

—No creo, así lo empeorarás.

—Es que me encantas con este vestido, ¿no te pica el encaje?

—No, no me pica.

—Segura, te ves incomoda, ¿quieres que te lo quite?

—¡No! Estate quieto, compórtate —le dije abriendo los ojos.

—Está bien, estaré quietecito.

Llegó mi cerveza, la cual tomé de un tirón, la dejé a un lado para levantar la vista y buscarlo. Lo encontré a unas 4 mesas de nosotros, compartía lugar con otros señores grandes, seguro socios comerciales de la familia del novio. Me giré en cuanto vi que se percató de que lo miraba, en seguida sonrió y yo, disimuladamente, seguí con mi jugueteo de la servilleta.

Christian hablaba con el resto de los invitados de la mesa, pero yo no podía concentrarme, no supe de qué estaban hablando, sentía la mirada de José encima y me estaba poniendo nerviosa.

—¿Verdad, princesa? —me preguntó Christian.

—Perdón, ¿qué?

—¿Dónde andas, amor?

—Me distraje, ¿qué decían?

—Que vivías aquí y que, aun con la distancia, salimos adelante.

—Ah, sí, claro, así fue.

Me sentí avergonzada, Christian hablando de nuestra hermosa relación y yo de babosa por otro lado, seguí la conversación, lo más concentrada posible. Chris me besaba en la mejilla y rozaba mi espalda; yo miraba de reojo si José nos miraba, lo vi con un gesto molesto, pero decidí ignorarlo. Seguimos con la charla, hasta que la banda tocó una canción de rock and roll y Chris me invitó a bailar, un poco indecisa porque no quería hacerme notar, me encaminé tímida a la pista.

Los novios también bailaban y traté de acercarme poco a poco a ellos.

—*Hey*, nena, súper la fiesta.

—Gracias, gordita, espero que la estén pasando bien.

—Excelente —le contestó Christian.

—Ahorita los busco para tomarnos algo —nos dijo Erín, mientras su ahora esposo la hacía girar.

Bailábamos animosamente, dejé de pensar en si me observaba o no y empecé a divertirme. Erín y yo bailábamos y al cambio de música cantábamos y nos empujamos con las caderas. Christian y el novio nos trataban de seguir el paso. Después de varias piezas me rendí, nos disculpamos y nos fuimos a la mesa. Me ayudó a sentarme y se excusó para ir al sanitario, tiempo que yo aproveche para fumar, ya que a Chris no le gustaba el humo y no había nadie más en la mesa. Estaba tomándome otro vodka cuando se apareció detrás de mí.

—Si algo he recordado siempre, es que me encanta cómo bailas —me susurró al oído, lo que me provocó un respingo.

— ¡Qué susto! ¿Qué quieres?

—Nada, sólo convencerte de que hablemos, anda, dime que sí, antes de que venga tu novio.

Me quede paralizada, ¿pues qué carajos quería?

—José, no sé qué pretendas, pero si estás buscando problemas, seguro que los encontrarás, ya te dije, no le veo caso a hablar, no sé qué parte de “ya es pasado” no entiendes —le dije sin dejar de mirar al frente.

—Es que aún sigo un poco confuso, quiero que me hables de tu embarazo.

— ¡Qué! —me levanté de un tirón, enojada—. En serio, déjame en paz, no quiero hablar de eso en mi vida, es algo que me duele.

—Pero yo quiero saber qué paso.

—Lo que pasó, pasó, déjame en paz.

—A ver, entiéndeme, sólo quiero saber de ti y por lo que hayas pasado lo siento —me tomó del brazo y me habló voz más calmada.

— ¿Qué siente? disculpe —la voz de Christian con tono severo sonó detrás de nosotros.

Me sentí desmayar, de inmediato me solté de su agarre. No tenía respuesta, no sabía qué decir.

—Le decía a esta encantadora mujer que siento que la dejen sola.

—No está sola, está conmigo —Christian tenía el rostro desencajado, los ojos parecían salirsele.

—Sí, ya veo, eso me comentaba la señorita, me disculpo, pero no deberías dejarla sola, hay cada lobo por ahí —se irguió como si estuviera presumiendo su porte.

—A mí los lobos me la pelan —Christian se irguió igual, los dos se sostenían una mirada asesina.

—Bueno, señor, disculpe, pero mi novio y yo bailaremos —dije calmada y apartado a Christian—. Con permiso, ven, mi amor, quiero bailar.

Christian le sostenía la mirada retándolo y el otro imbécil igual. Lo aparté tomándolo de la mano, pero al llegar a la pista me miró con rabia.

— ¿Quién chingados era ése?

— Qué se yo, Christian, se acercó a hablarme y es todo.

— ¿Por qué te dijo que sentía por lo que habías pasado?

Me quede fría, ¿acaso había escuchado lo que me dijo? Y ¿hasta dónde?

— No me dijo eso, no sé a qué te refieres.

— Se bien lo que escuché, dijo que sentía por lo que habías pasado.

— Pues es pasado ya y no vale la pena recordar —le dije tronando la boca.

— Entonces, ¿lo conoces?

— Sí, lo conozco, pero no vamos a hablar de eso —le dije tajante y miré hacia otro lado.

— Ok, no sé quién sea y qué se traiga contigo, pero más vale que no se te vuelva a acercar o tendré que ayudarlo a salir del lugar y de tu vida.

Me tomó de la cintura y, como si estuviera marcando su territorio, me cogió del trasero, me apretó contra él, besándome y bailando conmigo. Aunque no me gustó que me tomara las nalgas en público, dejé que lo hiciera, estaba nerviosa y alterada y sabía por qué lo hacía. Continuamos bailando y José no disimulaba sus miradas, lo peor es que Christian ya no le quitaba los ojos de encima, le sugerí que regresáramos a la mesa, los novios paseaban por cada una tomándose fotos y brindando, así que nos sentamos a esperar. Erín y José Manuel brindaron con nosotros y nos tomamos fotos.

— Nena, uno de tus invitados resultó ser un encuentro inesperado de mi pasado —le dije en secreto, mientras la abrazaba fuerte.

— No jodas. ¿Quién?

— Ya te platicaré.

— No, dime, qué tal que es de mi familia.

— Lo dudo, pero luego hablamos.

Erín y esposo estuvieron un rato más charlando con nosotros y con el resto de la mesa, se veía muy feliz con ese muchacho y me sentía feliz por ella, me imaginaba algún día estar así, recorriendo las mesas, saludando a nuestros invitados, bailando al centro de todos. No hay mujer que no sueñe con vestir de princesita, aún las más feministas y revolucionarias, sólo por instante sueñan con casarse con el príncipe azul. Pero, de pronto, miré a Christian y mi fantasía de ensueño de esfumó. Seguía observando a José con la misma mirada, lo distraje brindando de nuevo, tomamos otro trago más y Erín se retiró a otra mesa.

— Voy al baño. ¿Me acompañas? —le pregunté esperando que lo hiciera.

— No, ve tú, aquí te espero, voy a pedir un whisky más.

— Ok, regreso enseguida.

Caminé por la orilla de las mesas para evitar pasar cerca de José, él no me vio, así que fui con calma. Me volví a retocar el maquillaje, me encontré con la mamá de Erín, quien me saludó con afecto, charlamos brevemente y salí. Me detuve cerca de una columna para sacar otro cigarrillo y darle dos fumadas.

— ¿Me das uno? —se asomó José por detrás de la columna.

— ¿Otra vez tú? no inventes, ¿no estás viendo que vengo acompañada? Por favor, respeta.

— Y por qué te deja sola, si no quiere que te vean los demás.

— No jodas, ya, en serio. ¿Qué quieres?

— Que me des otra oportunidad de hablar, de aclarar lo que pasó.

— Lo que pasó, José —me volví a plantar de frente—, es que no era tuyo.

— ¡Cómo que...! —se quedó con los ojos bien abiertos, apretó la mandíbula y dio un resoplido—. Me estás mintiendo, ¿verdad?

—No, nunca estuve segura.

— ¿Cómo te atreviste a decirme eso? —se adelantó tanto que me hizo retroceder y chocar contra la columna.

—Porque no estaba segura.

— ¡O sea que me engañaste!

Levantó tanto la voz que me hizo llevarme las manos a la cara instintivamente para cubrirme.

— ¿Qué no entendiste, imbécil?

Christian arrojó a José hacia un muro cercano, a la vez que lo tomaba de cuello y presionaba con fuerza.

— ¡Tú qué, mocoso!

— ¡Este mocoso te va a romper tu madre!

No logré contener a Christian y se fue sobre él con una patada en las rodillas que lo hizo doblarse; luego le propinó otro golpe en la quijada, se escuchó como si se rompiera un peldaño.

— ¡Christian, no! Déjalo —le grité.

Pero Christian no le daba tregua, lo levantaba para volver a golpearlo en el estómago, y aunque José trataba de esquivarlo, él era implacable en sus golpes.

— ¡Para ya, por favor! —miraba hacia todos lados esperando que alguien me ayudara a sepáralos y a la vez para que nadie se diera cuenta—. ¡Christian suéltalo!

Dios mío, esa persona que estaba dentro de él no era mi Chris, tenía los ojos encendidos, emanaba rabia y me daba miedo, parecía Hulk. En menos de dos segundos el personal del hotel ya estaba sobre Christian, pero no lograban controlarlo, aventaba a todos. Un hombre más grande lo levantaba y Christian se deshacía de su amarre. Me desquició tanto que quise golpearlo y o también. Otros dos tipos resguardaron a José y comenzó a gritarle improperios.

— ¡Te vas a arrepentir, mocoso de mierda!

— ¡Vete a la mierda, pendejo!

Christian volvió a arremeter contra él, esquivando a los otros tipos, y volvió a patearlo, los tipos se abalanzaron sobre Christian para tratar nuevamente de detenerlo. El gerente del lugar se acercó a mí para pedirme que nos retiráramos, me dio mucho coraje que me estuvieran echando de la boda de mi amiga. Miré que Erín venía disparada hacia a nosotros, asustada, y entonces me puse frente a Christian y le grité con todas mis fuerzas.

— ¡Ya, Christian, contrólate, me avergüenzas!

Su rostro se descompuso de inmediato, se hizo un profundo silencio, él relajó los hombros y se liberó de los tipos. Me lanzó una mirada que, de haber tenido lanzas, me hubiera atravesado.

— ¡Eso me pasa por pendejo, quédate con tu pinche abuelo!

Se dio la vuelta y comenzó a caminar rápidamente para atravesar la terraza, yo no sabía qué hacer, me quedé muda, enfurecida por la vergüenza del numerito que montaron. Me acerqué con paso firme a José, él no retrocedió para nada.

—Tú... —le dije apuntándole con mi dedo índice—, no te atrevas a volver a aparecer en mi vida.

—Esto no acaba aquí.

—Esto se acaba aquí o te armo un circo del que podrías arrepentirte —le dije entre dientes.

Erín me jaló para calmarme. Reaccioné de inmediato.

—Discúlpame, amiga, de verdad lo siento.

— ¿Qué fue lo que pasó?

—Nena, es que Chris... —me di cuenta de que ya no estaba—. Perdóname amiga, de verdad. Perdóname.

Salí corriendo hacia a la playa, miré a ambos lados y no lo veía, mi corazón palpitaba como galopes de caballo, regresé unos pasos para ver si estaba por la terraza y tampoco lo vi. A lo lejos, por la playa, se veía un silueta, me lancé a correr tras él, me quité las zapatillas y me recogí el vestido. Por fin alcancé la silueta, pero no era él, se había ido.

A la mañana siguiente estaba hecha una piltrafa, había estado llorando toda la noche, Christian apagó su celular, no lo pude localizar, caminé durante horas con todo el miedo y el remordimiento de haber dicho lo que dije. Caminé hasta sentir escozor en mis pies, volví a casa con la esperanza de encontrarlo ahí, pero nada. Mi madre se despertó para recibirnos y le conté todo, me acunó, mientras me escuchaba y me tranquilizaba.

No podía dejar de pensar en lo que le dije, “me avergüenzas”, estaba arrepentida. ¿Cómo pude soltar algo tan hiriente? Si es el hombre al que amo, su reacción tan violenta me espantó, lo desconocí y, ahora que lo pienso, me excedí, me estaba defendiendo, pero eso yo no lo vi. Me embarga la tristeza de no saber dónde estaba, no quise llamar a su casa para no preocupar a sus padres, quizás se hubiera regresado a México, pero no lo creía capaz de haberse ido. Empecé a preocuparme, ¿y si le había pasado algo? No, no, eso no me lo perdonaría.

¿Por qué me perseguía mi pasado? ¡maldito destino! ¿Para qué apareció, por Dios? Debí de haberme marchado en cuanto lo vi, ¿para qué propicié esta situación? Pasé gran parte del día yendo y viniendo de lugares, buscándolo. Fui al centro comercial, incluso al hotel que se encontraba cerca de la casa, si ya se había ido, no lo encontraría en la terminal de autobuses, pero decidí probar, tomé todo el Boulevard Ruiz Cortines pensando en dónde podría estar.

Me vino a la mente un lugar y aceleré para llegar pronto. Estacioné el auto de papá, me palpitaba la sangre en la cabeza, sentía dolor en cada paso. Recorrí aquel rompeolas esperanzada de encontrarlo al final del camino y sí, ahí estaba, sentado sobre una roca, mirando hacia el horizonte, aún vestido con el pantalón del smoking doblado hasta las pantorrillas, mostrando sus blancos pies, la camisa desabotonada, y su hermoso rostro serio, con el ceño fruncido.

Me acerqué despacio, me levanté la falda amplia que llevaba y subí por la roca, me coloqué a su lado, él levantó la mirada que reflejaba tristeza y volvió a mirar hacia el mar.

—Perdóname. —Le dije casi en un susurro.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —me preguntó carraspeando.

—No lo sabía, sólo lo intuí.

Hizo la cabeza hacia atrás a la vez que levantaba la ceja.

—Perdóname, amor, no debí gritarte —esperaba alguna reacción o una palabra, pero no la soltaba—. No espero que me entiendas, sólo quería decirte que lo que vi anoche me espantó y no supe reaccionar...

—¿Quién era él? —me paró en seco.

—Una persona de mi pasado, ése del que nunca quieres que te hable.

—¿Qué quería?

—Atormentarme, ¿qué más?

—¿Por qué?

—Porque no debí hacer ciertas cosas, Christian

—¿Qué cosas?

—¿De verdad quieres saber?

Dudó un poco, frunció el ceño y pasó saliva.

—Sí.

Un suspiro se escapó de mi pecho, me armé de valor para decirle lo que tanto me dolía y me avergonzaba; si quería estar libre, debería decírselo aunque podría arrepentirme de las consecuencias.

—Christian yo estuve embarazada y no...

— ¡Basta! —levantó las manos—. ¿Sabes qué? No, no quiero saber.

—Pero es que yo...

— ¡No! He dicho que no, no quiero.

—Christian, perdí a ese bebé, tuve que sacarlo y es otra de las cosas más dolorosas que me han pasado —la voz se me quebraba—. ¿Cómo vas a enamorarte sólo de la rosa y no de las espinas? Si vas a amarme, que sea completo, de mi cara bonita cualquiera puede enamorarse, pero mira adentro y ve mis demonios y si aun así me amabas, quédate.

Él me miró con tristeza, analizó mis ojos, mis facciones, vi brillar un poco sus ojos con una lágrima, los cerró, me cogió de la nuca y me hizo abrazarlo, me recargué en su cuello y acaricié su rostro, mientras él acariciaba mi cabello.

—Me hiciste sentir tan humillado —logró decir con voz ronca.

—Lo sé, mi amor, perdóname.

—Yo sólo quería defenderte.

—Lo sé, por favor, discúlpame.

—Te amo, me revienta el hígado pensar que alguien más te tuvo entre sus brazos, no lo soporto, me da rabia.

—Mi amor, mi niño, ¿acaso no ves que todo pasa por algo? si no me hubiera pasado todo esto, tal vez no nos hubiéramos conocido. No pienses así.

—No quiero pensar, por eso te dije que no quería saber nada de tu pasado.

—Christian; Yo soy la conjunción de lo que otras personas han dejado en mí y lo que muchas se han llevado. No podemos negar que el pasado existió, he aprendido que hay que dejarlo atrás, sí, pero de vez en cuando hay que mirar la senda que hemos recorrido para ver cuánto hemos avanzado. Hoy estoy aquí, el destino me quiso recordar algo que debías saber para poder seguir nuestro camino. Hay cosas feas y hay cosas buenas, y lo mejor es que todo eso me llevó hacia ti. Y con eso me quiero quedar, no sé qué pienses —levanté el rostro para mirarlo a los ojos—. ¿Crees que puedas vivir con eso?

— ¿Qué dices, tontita, acaso no lo ves? —esbozó una media sonrisa, ésa por la cual me derrito—. Tú eres el centro de mi vida, me levanto y me acuesto pensando en ti, te tengo tatuada en cada poro de mi piel y te voy a decir una cosa, no me importa cuántos hombres hayan pasado por tu vida, no seré el primero, pero seré el último. Quiero verte conmigo toda mi vida, eres la mujer con quien quiero tener hijos, a quien veo a mi lado en mis triunfos y mis fracasos, con quien quiero aprender a vivir y a crecer juntos, el verte ayer con ese imbécil me hizo pensar que quiero que seas mía, no quiero perderte nunca, quiero navegar contigo en estas aguas misteriosas que tendrá la vida para nosotros. Valeria, te amo con el corazón, con la cabeza, con todo mi espíritu. Perdóname, nunca quise lastimarte ni asustarte. Valeria —metió la mano al bolsillo trasero de su pantalón—, Valeria Peña, esto es algo que venía pensado desde hace mucho, no es improvisado, sabía que lo haría, no eran éstas las condiciones que imaginé, pero sí el lugar. Aquí mismo, hace unos meses, te pedí que regresaras, aquí, en este mismo lugar, te pido que te quedes conmigo. Acepto tu belleza y acepto tus demonios. Es en este lugar emblemático donde te lo pido.

—Valeria, mi princesa, ¡cásate conmigo! Quédate conmigo.

CAPÍTULO 19

PREPARÁNDOME

Me dijo: “No seré el primero, pero seré el último”, a partir de ahí mi corazón comenzó a latir desbocado. Mi mente empezó a dibujar escenas, imaginé un bebé entre mis brazos, asistiendo a su baile de graduación, me imaginé en una casita y el resto de sus palabras las escuché a lo lejos. Mis pensamientos inundaban mi mente. ¿De verdad estaba pasando? ¿Me diría lo que estaba pensando? ¡Oh, por Dios! “Valeria, te amo, con el corazón”. ¡Ay Dios mío, me iba a desmayar! “Te amo con la cabeza y con todo mi espíritu”. ¿Lo diría? No, no podía ser, ¡oh, por Dios! metió la mano a su bolsillo. ¿Qué traía ahí? No, ¿en serio? “Que acepto tu belleza y acepto tus demonios”. ¡Ay, mi niño!... “Cásate conmigo, quédate conmigo”.

Me quedé mirando aquel precioso anillo, dos curvas que se unían al centro con un hermoso brillante. No logré contener mis lágrimas, fluyeron cálidas por mi rostro, barriendo mis inseguridades, los amargos momentos que había tenido en mi vida, estaba pasando, había encontrado al amor de mi existencia.

— ¡Sí! —me abraza a él con toda la intensidad que pude y más.

—Señorita Valeria, con este anillo sello mi promesa de hacerte feliz, de luchar siempre por ti y de comprometerme a ser un mejor hombre por ti.

Tomó mi mano y colocó el anillo, me besó la mano y yo besé la suya también.

—Christian, yo prometo estar siempre a tu lado, amándote, apoyándote, ayudándote, siendo siempre tu novia, tu amiga, tu amante, tu mujer.

El silbato de un barco nos sacó de nuestro momento. Un gran barco estaba entrando al puerto, arrastrado por un pequeño remolcador.

— ¡Me caso con esta mujer! —le gritó Christian al conductor, al mismo tiempo que se ponía de rodillas, señalando el anillo y dibujando corazones en el aire—. ¡Me caso!

El conductor de la pequeña embarcación nos miró a lo lejos y lo entendió, dio unos silbidos cortos y largos; el gran barco hizo sonar su gran silbato con estruendo. Nos estremecimos, nos fundimos en un abrazo y entre lágrimas de emoción saludamos, algunos marineros nos saludaron al pasar y hacían ademán de abrazo. La gente cerca de nosotros, en aquel corredor, corrió a ver tal espectáculo de sonido y algarabía, y una que otra señora nos aplaudió.

Me sentí la mujer más dichosa, si ese momento no lo planeó, cómo rayos se habían acomodado las cosas para que esto sucediera tan maravillosamente, miré al cielo, era la única razón: *gracias*.

Permanecimos ahí observando cómo entraba el gran barco, las señoras se despidieron y nos felicitaron, me sentí abochornada, pero esponjada como pavo real. Miré a Christian, con su gran sonrisa y su pequeño hoyuelo que me encantaba, sus hermosos ojos que se ponían a tono con el mar, y pensé, ya está, es él, después de todo lo que viví, este niño me llevaría a cumplir mis sueños y caminaría a mi lado el resto de mi vida. Lo amaba.

Después de toda esa emoción, nos enfrentamos a otra más: decirselo a mis padres. Estuvimos gran parte de la tarde planeando cómo les diríamos, pero finalmente dijimos: ¡Qué rayos, como sea! Para empezar teníamos que decirles que lo ocurrido la noche anterior ya estaba arreglado. Cuando llegamos a casa, mis padres estaban en el comedor jugando con sus barajas, mi mami se mostró un poco seria, mi papá saludó normal.

— ¿Ya se arreglaron? —se dirigió a Christian.

—Sí, señora, disculpe, fue un mal entendido.

—Pues la dejaste a medianoche y te estuvo buscando hasta la madrugada, ¡sola!

—Sí, lo siento mucho —contestó Chris avergonzado.

—Mami, no pasa nada, ya lo hemos arreglado —le dije tratando de que ya no se fuera sobre Chris.

—Pues me alegro, ¿y en qué quedaron?

—Pues de eso vengo a hablarles, señora, a usted y a Pedrito —tomamos asiento juntos y nos tomamos la mano. Mi padre nos miró por encima de los anteojos y carraspeó.

—Pues, te escuchamos muchacho.

—Esta tarde le he pedido a su hija que se case conmigo.

Se hizo un silencio y mi padre, extrañado, frunció las cejas; mi madre emitió un sonido raro, yo miré a los dos y les sonreí.

— ¿Cómo es que ayer se pelean y hoy se quieren casar? —dijo mi padre muy serio.

—Lo de ayer fue una insensatez de mi parte y ya lo hablamos, pero mi propósito de este viaje, Don Pedrito, siempre fue éste. Yo sé que soy muy joven y que no tengo mucho que ofrecerle a su hija, pero créame que tengo las mejores intenciones con Valeria y espero de su bendición para hacerlo.

— ¿Y cómo le van a hacer? —intervino mi mamá—. Tengo entendido que sigues estudiando, ¿cómo vas a casarte sin haber terminado una carrera? Valeria, por lo menos, ya va más avanzada, tiene un trabajo. Pero ¿y tú? ¿acaso vas a abandonar tus estudios?

—No, señora, de ninguna manera, pero podemos con ambas cosas, no creo que sea complicado.

—Ay, mijito, no sabes lo que dices, casarse es una responsabilidad, aunque hoy en día las cosas sean muy modernas, tú, como hombre, siempre debes tener un papel protector, tu deber es proveer a tu mujer y a tu familia, si es que tienen hijos. Por eso te pregunto, ¿podrás?

—Mami, trabajaremos los dos.

—Sí, claro que trabajarán los dos, las mujeres deben labrarse su camino. Pero eso no quiere decir que el hombre se desentienda de su deber protector, proveedor.

—Lo entiendo, señora, y créame que así será, mi padre es un padre protector y nos ha enseñado con el ejemplo, de eso no se preocupe.

—Y a tus padres, ¿cuándo los conoceremos? —dijo mi papá.

—Pues en cuanto regrese, trataré de hablar con ellos y hacer esto más formal.

—¿Y cuándo tienen pensado casarse? —continuó mi papá.

—Papi, acabamos de decidirlo, no tenemos idea, sólo queríamos decirles a ustedes primero.

—Antes de que lo den por hecho, piénselo bien y traten de resolver los problemitas que tienen.

—Don Pedrito, yo amo mucho a la flaca y, sea lo que sea, lo resolveremos

Mi padre después de acomodarse varias veces en la silla y de pestañear más, como suele hacerlo cuando quiere llorar, nos dijo:

—Pues que Dios los bendiga; traten siempre de invitar a Dios a su relación y las cosas serán mejores, de mi parte, yo les doy mi bendición. Y ámala, como la he amado yo desde el día en que nació.

Escuché esas palabras de mi padre y me levanté envuelta en lágrimas, pero sonriente para abrazarlo y besar su prominente calvicie. Me senté en sus piernas y lo abracé.

—Gracias, papi. Te amo, siempre.

Luego vinieron más abrazos de mi madre y terminamos el día cenando en un restaurante de Boca de Río.

El siguiente día fue festivo, se celebraba el aniversario de la independencia de México, así que por la noche fuimos con mis padres a ver el “Grito” frente al Palacio Municipal de Boca de Río, a escuchar los grupos de marimbas, comer elotes y a tomarnos unas famosas Glorias. Estábamos felices, esa noche fue especial, hablamos de mil cosas que pensábamos para nuestra boda, hacíamos planes para juntar el dinero para casarnos y todo lo veíamos en un estupendo color rosa. Estábamos embargados de una profunda emoción, esa noche, cuando subimos a dormir, fue una hermosa veneración, me tomó delicadamente para levantarme y adentrarnos a la habitación, me depositó en la cama con suavidad, se arrodilló a mi lado y me besó con gentileza.

—Gracias por querer compartir el resto de tus días conmigo —tomó mis manos y las besó con la misma delicadeza.

Se levantó, se recostó en la cama y me fue besando al tiempo que se deshacía de mi ropa, hasta dejarme completamente desnuda y expuesta, volvió a besar cada parte de mí, desde los pies hasta el cuello, se detuvo en mis labios, hasta hacerme estremecer, hasta hacerme desear tanto tenerlo dentro. Yo me removía inquieta, él sólo tomaba mi rostro con sus manos y lo recorría con caricias.

—Me has hecho sentirme tan dichoso, que mereces que hoy te adore con besos.

Y continuó generoso con sus besos, pasó por mis pezones, que le encantaba torturar, los lamía y les daba pequeños apretones con sus labios, besó mis costillas hasta hacerme reír a carcajadas, intentó levantarme, pero lo impidió, aprisionando mis manos y bajó a lamerme toda, su cálida lengua refrescaba mi ardiente sexo, sin detenerse introducía su lengua lo más que podía y la sacaba sólo para aprisionar mi clítoris y succionarlo, en esa marea de ricas sensaciones, estaba a punto de estallar e introdujo sus dedos dando un delicado masaje y no puede más, grité y grité de éxtasis.

—Oh, sí, princesa, dámelo.

Retorciéndome aún, se quitó la ropa y sin más entró en mí, con mi palpitante sexo, no tardé en sentir la hipersensibilidad que me provocó el orgasmo, me retorció levantando mis caderas; él, con exquisitez, se deslizaba dentro y fuera, nos mirábamos directo a los ojos. Lo vi, estremecerse.

—Gracias, Christian —le susurré—. Eres lo que siempre anhelé.

—Y tú eres algo tan sublime, tan bella, tan majestuosa.

—Te amo.

—Y yo... Te adoro —me dijo con lágrimas en los ojos y con la voz quebrada.

—¿Por qué lloras? —pregunté conmovida.

—Porque nunca en mi vida había amado tanto y es un sentimiento que no sé cómo expresar, lo único que puedo hacer es llorar de alegría. No lloro de dolor, sino

por amor.

Entre lágrimas y delicados movimientos, estallamos al mismo tiempo abandonándonos en ese mar de sentimientos.

—Esposos, seré tu esposa.

—Serás mi reina ahora.

Nos quedamos dormidos, desnudos y abrazados, imaginándonos que, en adelante, todas nuestras noches serían así.

Al volver a la ciudad, después de repetir la hazaña del autobús, esta vez de día y con el camión repleto, entendimos que éramos unos perfectos perversos y nos encantaba hacer ese tipo de locuras, pero era momento de ponerse serios y empezar a planificar nuestra boda; conscientes de que no ganábamos la millonada, había que trabajar duro.

La noticia la compartimos en el cumpleaños de mi hermana Eugenia, mi familia la recibió con sorpresa e incredulidad, pero nos felicitaron todos, desde mis sobrinos y mis hermanas hasta mis cuñados. En el centro de la mesa, mis hermanas emocionadas se apuntaban para ser nuestras madrinas. Volaban las ideas de una gran boda, pero Christian las detuvo diciéndoles que sería algo sencillo que nosotros pudiéramos pagar, pero, claro, mis hermanitas hicieron caso omiso y dijeron que de ninguna manera su última hermanita no iba a tener la boda de sus sueños. Y las discusiones por el dinero empezaron a surgir.

—Valeria, no empieces, yo no puedo pagar eso.

—Pero, amor, mis hermanas nos ayudarán, no te preocupes, yo me encargo.

—No, nada de que tú te encargas, esto lo haremos los dos y con lo que podamos, lo importante es unirnos ante Dios.

—Pero es que yo siempre he querido esto, toda mujer lo desea.

—Pero no podemos gastarnos todo en una fiesta, piensa que todavía no tenemos ni en donde vivir.

—Pues viviremos en uno de los departamentos de casa de mi madre.

—No quiero eso, al rato nos dirán arrimados, de por sí, escucho a tus cuñados vociferar que cuando ellos se casaron, ya tenían hasta casa, terrenos y autos. Me dejan como un don nadie.

—No es cierto, nadie te ve así, deja de hacerte menos.

—Valeria, el negocio no va tan bien, cada vez hay más competencia y bajan tanto sus precios que ya no puedo competir con ellos.

—Pues empieza a buscar otro trabajo relacionando a tu carrera.

—¿Y mi escuela? No es tan sencillo. Valeria, esto es lo que te ofrezco, por favor, sé más sensata.

—Soy sensata y si te digo que lo podemos hacer, lo haremos.

—¡No seas necia chingao, no podemos!

—Déjame, por favor, ven, mírame. Sí podemos, déjame hacerlo, deja que nos ayuden.

—No, no y no. Esto es lo que hay.

Parecía imposible ganarle la batalla, pero yo estaba empeñada en hacerlo a mi manera. Le sugerí que si no quería ayuda de mis hermanas, entonces hablara con sus padres y eso nos llevó a otra discusión.

—Mis padres aún no saben nada.

—¿Cómo? ¿Por qué no les has dicho?

—Porque no sé cómo decirles

—¡Pues así, se los dices y ya! Han pasado casi dos meses y no les has dicho nada. ¿Por qué Christian? ¿Qué pasa?

—Se los diré, tranquila, es que con la operación de mi madre, me ha parecido inapropiado —a su madre la habían operado por una hernia que tenía en la columna

y todos habían estado muy preocupados—. Con tanta gente en la casa yendo y viniendo, y mi madre lamentándose todo el día, no he podido. No me he atrevido.

—¿Quieres que le digamos juntos? —le pregunté moderando mi tono, pensando en que sí era un poco insensato.

—No, preciosa, yo se los diré, ¿ok? Y, como verás, tampoco puedo pedirles ayuda económica, ni siquiera a mis hermanos, ya ves que no viven holgadamente.

—Ok, amor, perdóname, por ser tan insensible, he estado tan emocionada que no me percaté de que en tu casa las cosas no están fáciles, discúlpame. Lo haremos como quieras.

—No, mi amor —me tomó de la cara—. Perdóname tú, te dije que serías mi reina y no puedo de momento darte todo como te mereces, pero un día lo haré.

—Tranquilo, saldremos adelante.

Cuando por fin les hablé a sus papás de la boda, las cosas no fueron como las esperaba, su mamá hizo un drama, reclamándole que no terminaría la escuela, su papá también lo reprimió por la misma razón y por el dinero, a lo que Chris les contestó que con o sin ayuda se casaría, que no dejaría de estudiar y que yo era lo mejor que le había pasado en la vida, que era inteligente, independiente, con trabajo, de buena familia.

—¿Quién es mejor partido? ¿Yo, estudiante y comerciante o ella, licenciada, con un buen trabajo, quien decidió unir su vida a la mía porque cree en mí? —su papá no tuvo más objeción.

El resto de su familia se fue enterando poco a poco y sus hermanos sí se mostraron felices por él, aunque preocupados y era razonable, Christian estaba a la mitad de su carrera, tenía 22 años, era comprensible que dudaran de su capacidad.

Seguimos trabajando para ir pagando lo que sería nuestra sencilla boda. Yo ganaba bien, al menos para ahorrar unos cuantos pesos, los clientes querían su tarjeta negra, eso les daba distinción y, por ende, era muy exclusivo que el banco la otorgara, regularmente era una cartera de clientes ya seleccionada, no podías ofrecerla a cualquiera, el departamento de marketing te pasaba la lista y ya estaba en ellos aceptar la estrepitosa cuota anual por mantenerla. Una vez aceptándola, la entregabas en una caja negra con terciopelo y todo.

Aquel día llegué a la oficina presumiendo que ya tenían cinco tarjetas vendidas y mi jefe me premió con otra lista de clientes a los que debía atender, tres estaban en color verde, eso significaba: venta segura, el cliente sólo espera que le lleven contrato en menos de 48 horas. Tomé la lista, besé a mi jefe y le robé su café, me fui contoneándome a mi escritorio. Arrojé mi bolso, mi portafolio, me senté, le di un sorbo al café y me quemé la garganta... Encabezando mi lista: José Arozamena.

No podía ser que no dejara de cruzarse en mi camino, una de dos o era karma o es maldición, me levanté enseguida para decirle a mi jefe lo que pasaba.

—Luis, no puedo atender a este cliente —le dije plantándome con la mano en la cintura.

—Pues no es opción, señorita, ¿por qué no puedes?

—Conflicto de intereses.

—¿Cuáles conflictos?

—Mi novio lo golpeó hace unos meses.

—No me digas.

—Sí, verás que no puedo atenderlo.

—Pues lástima, mi niña, era una lana más.

—Sí, pues pásaselo a Lorena y que se moche con la comisión.

—Le daré los datos.

Me fui gloriosa de no volverlo a ver, pero después pensé que tal vez debía aclarar las cosas con él, finalmente le mentí, o no, nunca supe, pero le hice creer que era de él y eso no fue completamente limpio y menos haber recibido su dinero. Pero lo pensé y decidí que era mejor no moverle.

Hice mi plan de trabajo, subí al *roofgarden* con otro de los gerentes a fumarnos un cigarro y cuando bajé, mi jefe se asomó por la sala de juntas y me hizo señas con la mano para que lo alcanzara.

—Sí, diga, ¿qué se le ofrece?

—Tu cliente está aquí.

— ¿Cuál?

— El que rechazaste.

— ¡No inventes!

— Sí, Lorena no está, atiéndelo.

— Luis, no me digas eso, tú atiéndelo.

— No, señorita, yo debo subir con mi jefe a su oficina.

— ¿Por qué vino?

— Porque dice que le urge, que su hijo se va a Suiza y le urge la tarjeta adicional.

— *Dammit!*

— *Come on, baby, you got it.*

— Sí que lo tengo.

Ni hablar, me alisé el pantalón, fui por mi carpeta, me puse mi saco y me dispuse a ser profesional. Tomé aire y abrí la pesada puerta de cristal de la sala de clientes.

— Buen día, sí soy yo, ahórrate la sorpresa —le dije en cuanto volvió la vista hacia la puerta y me miró anonadado.

— ¿Trabajas aquí?

— Sí, soy tu ejecutivo asignado, pero no te preocupes, sólo me firmas el contrato y yo me encargo de que otra persona recoja la documentación que requerimos para el trámite —me senté al borde del pequeño escritorio.

— Espera un momento, aquí el molesto soy yo, tu animal me atacó.

— Tú lo provocaste.

— No, tú me provocaste. O sea, tú te acostabas con otros, aparte de mí.

— Estaba en mi derecho, tú no querías nada más, ahora, ¿podemos continuar?

— ¿Y al otro qué, también le pasaste la cuenta?

— ¡Hey, idiota, no te pases! Él se quedó conmigo fuera o no de él.

— No era de él.

— Eso no lo supimos.

— No era de él, a mí se me rompió el preservativo.

— ¿Qué? —grité—. ¿Y hasta ahora me lo dices?

— No me di cuenta, hice mucha memoria, pero pensé que al quitármelo lo rompí, pero no, se rompió antes, en cuanto me lo dijiste lo recordé. Por eso te di el dinero, yo sabía que era mío.

— José —me levanté serena y enseguida también se levantó—. Eso es algo que me dolió mucho y lamento haberte mentado, si el destino te ha hecho aparecerte en mi vida para ofrecerte disculpas, te pido, por favor, que me perdones. Tomé caminos equivocados y sufrí por ello. Y en todo este tiempo tampoco me dijiste nada no sabes como la pase. Pero bueno ya está hecho todo y voy a olvidarlo.

— Me enfurecí cuando me dijiste que no era mío y me pasé contigo, discúlpame también.

—Perdonado.

—Disculpada, pero tu novio no.

—Oye, tú hubieras hecho lo mismo.

—Te atreviste a amenazarme.

—No te tengo miedo.

—Pues deberías.

—¿Ah, sí? ¿Qué piensas hacer?

—Acosarte —lo dijo muy serio, tanto que me espantó.

—José, no te pongas así, dejemos las cosas en paz, por favor.

—Claro, podemos negociarlo —dijo con una sonrisa retorcida. Se sentó y cruzó las piernas.

Me quede fría, sería posible que ese cabrón me estuviera insinuando algo.

—No sé qué quieras negociar, pero mi dignidad no es negociable.

—Es broma —soltó una carcajada.

—Eso no está bien —le dije poniendo mi rostro serio.

—Perdón, está bien, lamento mucho todo, pero ya pasó.

—Ok, ¿podemos hablar de lo que te trajo aquí?

—Sí, claro, en realidad tengo mucha prisa.

—Pues quedará en segundos.

Llenamos el contrato, lo firmó y lo acompañé a la puerta. Estiré la mano para despedirlo.

—Bueno, en el transcurso de la semana te la estaríamos entregando, en teoría debo ser yo, pero quizás asista una compañera.

—Págame viniendo tú, por favor. Prometo no ser grosero.

—Hasta luego, José.

Listo, asunto finiquitado, sentí caer el costal de pena. Lo que seguía.

Hacer los trámites para casarse era un lío, tanto papel, y la iglesia era peor, diez meses de antelación para reservar la fecha, claro que gracias a Chris, al ser feligrés de la comunidad y colaborador, nos hicieron una excepción y nos dieron la fecha que habíamos elegido en julio, con luna llena. Por lo civil nos casaríamos en mayo, estábamos en tiempo perfecto para seguir juntando para los gastos.

El día que fui a entregarle su tarjeta a José, se portó más amable y, claro, más seductor.

—Es que ahora que te veo, no logro entender por qué te deje ir así.

—Me dejaste porque amabas tu libertad más que a mí. Hiciste bien, todo pasa por algo.

—¿Es tu novio el que se quedó?

—No, fue mi mejor amigo, después vino Christian.

—¿Y lo amas?

—Que pregunta más tonta, claro que sí, ¡nos casaremos!

—Pues felicidades, dime cuándo, para enviarte mi regalo de bodas.

—No, gracias, no es necesario, con que cerremos esto, es más que un regalo.

— ¡Lástima! Espero que te cuide como te mereces.

—Lo hace.

—Pues te deseo lo mejor, sé que es tarde, pero sabes bien que te quería y si algún día necesitas algo, aquí estaré.

—Gracias, buena vida.

Mi última navidad soltera la pasamos en casa de mi hermana Olga, brindamos como todos los años por la unión en la familia, por la salud, por la bendición de Dios de tener a nuestros padres, brindamos por los cambios, por los trabajos, pero, en especial, ese año brindé por el amor, por ese amor que golpea duro, que hace girar tu vida y te transforma por completo.

Los días de enero pasaron rápido, con el trabajo y la búsqueda del lugar para la recepción, en promedio una gasta 260 horas en la planificación de su boda, yo lo hice en tiempo récord, ya estaba todo pactado, sólo faltaba empezar a pagar y liquidarlo antes de la boda.

Para mi cumpleaños nos dimos un descanso e hicimos una pequeña excursión con mis sobrinos y sus novias a un precioso lugar para acampar: las Grutas de Tolantongo, un río hermoso de cristalinas aguas azules y, lo mejor, calentitas, que emanaban de unas grutas enormes.

En ese viaje, aparte de convivir con todos mis sobrinos, incluyendo a mi sobrina Ámel y esposo, Nando, Lili, Loli, Orlando, Manuel y Beatriz, hermanos de Ámel, me sirvió para sincerarme con Christian y confesarle que había visto a José y que había arreglado las cosas con él. Estábamos dentro de la gruta, sentados de una roca.

— ¿Por qué no me dijiste antes?

—Porque ya está arreglado y no quería que te molestaras.

—Pues estoy molesto porque no me lo hayas dicho en su momento.

—Perdón, mi amor, pero ya está finiquitado.

— ¿Hay alguien más a quien tenga que romperle la cara algún día porque te moleste?

—Ya no, mi pasado se quedó atrás.

— ¿Eso del embarazo y el aborto?

—No me preguntes, Chris, me afectó mucho, aún lo hace, no puedo dejar de creer que, después de eso, ahora ya no puedo tener bebés.

—No, princesa, ¿por qué dices eso?

—Mi amor, no te has dado cuenta de que, sin cuidarnos, no nos hemos embarazado.

—Bueno, princesa, eso es porque yo me controlo mucho.

—Sí, pero ya le jugamos mucho al vivo y nada.

—Mi amor, ya vendrá, no llevamos prisa, que sea lo que Dios quiera. Además, como nos vamos a reproducir, si lo hacemos cada día de santo.

—Eso no es cierto, eres un joven calenturiento y me has llevado a la oscuridad.

—Qué va, te he llevado a la iluminación.

—Tontito, ven aquí, hay que reproducirnos —le dije al tiempo que me sentaba a horcadas sobre él.

Mi cumpleaños número 25 fue espectacular con mis sobrinos, con Christian haciendo carne asada sobre piedras, asando bombones y poniéndonos una borrachera impresionante. Era lo que me gustaba, bueno lo de la borrachera no tanto, regresar a trabajar con clientes estirados y creyéndose los reyes del mundo me

parecía pesado a comparación de estar con los seres queridos y vivir aventuras típicas de chicos como nosotros.

En ese momento valoré cuán importante es no adelantarse a la edad, muchas veces siendo jóvenes nos sentimos y pensamos que todo lo podemos, y realmente lo podemos hacer, pero bajo qué consecuencias, la vida va por etapas y alterar el orden tarde o temprano deja secuelas, yo lo llamé aprendizaje. Viví apresuradamente, aunque no me arrepentía de las cosas que hice, podía decir que quizás, si hubiera tomado otras decisiones, no habría sufrido tanto, pero al final, todo es parte de un propósito y tenemos muchas cosas que aprender, y muchas más por enseñar.

En mi caso, esos momentos eran el inicio de una nueva etapa. Estaba preparándome.

CAPÍTULO 20

BENDECIDA

Estaba estresada, como toda novia, la planeación me resultaba agobiante, aunque recibí ayuda de mis hermanas y de Erín, con quien no había hablado desde su boda y después de disculparme una y otra vez por el teatrillo que se armó, estaba más que colaboradora enviándome a sus proveedores, pero me decepcionaba al no poder pagarlos, de cualquier forma le agradecía la ayuda y apoyo, pero no dejaba de alterarme por todo. Y eso también repercutía en nuestra relación.

— ¿Qué te pasa, princesa?

— No sé, no entiendo qué me pasa, me siento tan mal, nos vemos cada vez menos, siento como si me fuera a casar con un desconocido.

— Mi amor, no digas eso, estoy contigo todo lo que puedo, sabíamos que no sería fácil, no te quejes, lo único que quiero, cuando salgo de la escuela, es venir a estar un rato contigo y lo único que haces es bombardearme con temas de la boda, dame un respiro.

— ¡Pues es que lo hago yo todo!

— ¡Eres la novia, así es esto! Yo no sé de banquetes, ni del color de las fundas y el tipo de sillas. Princesa, yo te dije, tenemos tanto y tu haz lo que puedas.

— ¡Ése es el problema, no me dejas pedir ayuda!

— ¡Ahí vas otra vez! Dije que no, lo que tengamos nosotros y ya.

— Quiero que sea perfecto.

—Valeria, ¿te vas a casar conmigo o con la gente?

—Contigo —le dije haciendo pucheros.

—Pues ya está, lo único que quiero es llevarte al altar y que Dios nos dé su bendición. Por mí ni me casaba por el civil.

—Pues eso es otra cosa que tenemos que arreglar.

—¿Qué?

—El régimen de separación de bienes.

—Pues si no tenemos nada, qué rayos vamos a dividir.

—Ahora no, pero lo tendremos.

—Como quieras, me da igual.

—¿Ves? Todo te da igual.

—No voy a discutir nada, yo estoy como siervo a tu disposición.

— ¡No quiero un siervo, quiero un compañero que me ayude a decidir!

—Ya te dije, ¡haz lo que quieras!

Mi madre tenía razón, era complicado, pero mi hermana Olga me lo dijo bien, esto de la planeación era una prueba que había que saltar, no todo podía ser color de rosa, al final una tiene que centrarse en por qué llegamos hasta aquí y era porque nos amábamos. Sobre esos cimientos construiríamos nuestra vida.

Para Abril ya teníamos todo, hicimos un pequeño viaje solos, para entregar todas las invitaciones a nuestros parientes de Guadalajara, Jalisco, de donde es casi toda mi familia, y a Guanajuato, de donde es la familia de sus padres, en ese viaje pudimos relajarnos y hacer un poco más de labor de romance.

En Guanajuato paseamos por sus pintorescos callejones y túneles, nos unimos a las estudiantinas que hacen las famosas “callejoneadas” y dan un tour por los principales lugares históricos y de leyendas, como el callejón del beso, un emblemático lugar donde las parejas sellan con un beso su amor, realmente la leyenda era muy trágica, pero la gente hace que, con sus vibras, ese lugar se vuelva exótico. Claro que nos besamos para no perder la tradición.

En Guadalajara, después de presentar a Christian con tíos y primos, los más irreverentes, graciosos y pesados, quienes intentaron hacerle bromas, pero con el ingenio y palabrería de Chris, no pudieron. Nos dieron un paseo gastronómico por la ciudad, probando desde las tortas ahogadas, el tejuino, que a Chris no le gustó, el pozole, las carnes en su jugo y rematando con un jarro de tequila en el Parían. Realmente la pasamos muy bien, conoció al resto de mi familia y yo la de él, y quedamos muy contentos de que aceptaran acompañarnos.

Cuando volvimos a la Ciudad de México nos prometimos no estresarnos más, yo le prometí que tomaría las cosas con calma, pero méndiga cabeza no me dejaba, tenía estrés de trabajo, el hecho de que tenía una inmensa necesidad de sentirme acompañada, pensando en que moría de ganas de no tener que despedirnos cada noche, nuestra manera de refugiarnos y liberarnos era haciendo el amor, y cada vez que podíamos tratábamos de hacerlo, aunque fuera a escondidas, porque aunque ya estábamos comprometidos, él no pasaba a mi casa, pero nos las arreglábamos para hacerlo en el garaje o en cuarto de servicio de la azotea, a donde lo invitaba a acompañarme para lavar la ropa, claro, yo me encargaba de lavar algo más que eso. Eran esos momentos en lo que sólo existíamos él y yo, no importaba nada más, sólo nosotros entregándonos por completo.

Estábamos más que locos y ansiosos de tenernos, así que lo que más apremiaba era tener nuestro propio lugar, y nos dimos a la tarea de encontrarlo. Un amigo de su escuela tenía un departamento en uno de los antiguos edificios de Tlatelolco, él se iría de intercambio y lo dejaría libre por casi 3 años, le ofreció a Chris que nos quedáramos sin pagar alquiler, salvo los habituales servicios de agua, luz y mantenimiento. Pero cuando fuimos a conocerlo, salí disparada.

El lugar estaba cargado de una vibra muy densa, tanta gente que murió ahí en el terremoto del 85, simplemente no podía con eso, me negué rotundamente. Resignado a mi decisión, seguimos buscando, teníamos la opción de quedarnos con uno de los departamentos de casa de mi madre, pero queríamos vivir cerca de su escuela y de mi trabajo. Tlatelolco hubiera sido buena opción, pero yo y mi miedo a atraer espíritus nos hicieron desistir.

Encontramos una oportunidad en Lindavista, el edificio era viejo y casi se desmoronaban las escaleras, las paredes estaban llenas de moho, la cocina era vieja con un fregadero oxidado, las estanterías eran de lámina, oxidadas y cochambrosas, tenía una estufa viejísima, estaba segura de que si abría el horno saldrían todo tipo de animales. La sala y el comedor no eran tan grandes y estaban un poco oscuros. Los pisos eran de madera laminada, tenía dos baños y lo que lo rescataba era su habitación, el área más iluminada, con el piso de madera y un gran armario con vestidor. Al verla nos miramos levantamos la ceja y lo supimos, era ahí. Pactamos el precio y firmamos el contrato. Finalmente haríamos de esa pocilga un lindo y coqueto nido de amor.

Cada tarde nos veíamos para pintarlo y resanarlo, lavar los baños hasta dejarlos decentes. Aprovechando la intimidad, entre pinturas y solventes, hacíamos el amor, parados, en la escalera de metal, sobre la taza del baño, en la cocina, ya limpia por supuesto, en fin, estábamos, como le decíamos, “bendiciendo nuestro hogar”.

Llegó el día de nuestra boda por el civil, 11 de junio, finalmente no se pudo en mayo, el juez nos citó en el registro civil a las 9:00 de la mañana, ¡pero qué crueldad! ¿Qué no sabe que no puede uno dormir en paz, pensando en que se te hará tarde para tu propia boda? Amanecí con bolsas en los ojos, daba vueltas y vueltas en cama, pensando en que ésa sería mi última noche como soltera, que a partir del día siguiente me llamarían señora, la señora de Christian Kuri; él que estuvo ahí, justo en el momento en el que pensé que mi vida no podía cambiar más. En el momento en que alguien superior a nosotros, así lo decidió.

Me unté la falta, y sí, literalmente era la falda más apretada que había usado en mi vida, era color marfil de raso con un blazer ajustado de la cintura, una blusa de tejido muy fino a tono, unos taconazos impresionantes, Chris apenas si me llegaba a la mitad de la cabeza.

En la entrada del lugar lo vi esperándome en la escalinata con una gran sonrisa. Él con una camisa gris oscuro y una corbata negra brillante, sus pantalones negros, un poco ajustados a su lindo trasero, me hicieron desestabilizarme con mis grandes tacones y torcerme un poco el tobillo, me alcanzó de inmediato.

—No te desmayes antes de tiempo, mi princesa, aún falta para arrancarte el aliento —me dijo sonriéndome y haciendo un guiño.

—Calla, tontito, no eres tú el que lleva la falda tan ajustada que te corta la respiración.

Hizo el cuerpo hacia atrás sólo para admirar mi trasero.

—Me encanta, deja ver tus atributos. Vamos, princesa, a ser mi esposa.

Tomó mi mano y subimos juntos, arriba ya nos esperaban, nos acompañaron sólo nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros testigos.

El juez nos recitó la epístola de Melchor Ocampo:

...Que éste es el único medio moral de fundar la familia, de conservar la especie y de suplir las imperfecciones del individuo que no puede bastarse a sí mismo para llegar a la perfección del género humano. Que éste no existe en la persona sola, sino en la dualidad conyugal. Que los casados deben ser y serán sagrados el uno para el otro, aún más de lo que es cada uno para sí. Que el hombre, cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar, y dará a la mujer, protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil, esencialmente cuando este débil se entrega a él, y cuando por la sociedad se le ha confiado. Que la mujer, cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura, debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende, y con la delicadeza de quien no quiere exasperar la parte brusca, irritable y dura de sí mismo. Que el uno y el otro se deben y tendrán respeto, deferencia, fidelidad, confianza y ternura, y ambos procurarán que lo que el uno se esperaba del otro al unirse con él, no vaya a desmentirse con la unión. Que ambos deben prudenciar y atenuar sus faltas. Que nunca se dirán injurias, porque las injurias entre los casados deshonran al que las vierte y prueban su falta de tino o de cordura en la elección, ni mucho menos se maltratará de obra, porque es villano y cobarde abusar de la fuerza. Que ambos deben prepararse con el estudio y amistosa y mutua corrección de sus defectos, a la suprema magistratura de padres de familia, para que cuando lleguen a serlo, sus hijos encuentren en ellos buen ejemplo y una conducta digna de servirles de modelo. Que la doctrina que inspiren a estos tiernos y amados lazos de su afecto, hará su suerte próspera o adversa; y la felicidad o desventura de los hijos será la recompensa o el castigo, la ventura o la desdicha de los padres. Que la sociedad bendice, considera y alaba a los buenos padres, por el gran bien que le hacen dándoles buenos y cumplidos ciudadanos; y la misma, censura y desprecia debidamente a los que, por abandono, por mal entendido cariño o por su mal ejemplo, corrompen el depósito sagrado que la naturaleza les confió, concediéndoles tales hijos. Y, por último, que cuando la sociedad ve que tales personas no merecían ser elevadas a la dignidad de padres, sino que sólo debían haber vivido sujetas a tutela, como incapaces de conducirse dignamente, se duele de haber consagrado con su autoridad la unión de un hombre y una mujer que no han sabido ser libres y dirigirse por sí mismos hacia el bien.

Cada palabra que daba el juez era un apretón de manos y una emoción diferente se generaba en nosotros, al final de la lectura nos miramos y ambos teníamos una lágrima. El juez nos declaró marido y mujer y la sala estalló en aplausos. Me prendí de él, nuestro primer beso como esposos nos hacía derramar lágrimas de emoción, me besó la frente.

—Gracias por siempre —me susurró al oído.

—Siempre. Te amo.

La pequeña recepción fue en mi casa. Sólo la familia y unos amigos de Chris. Mis hermanas me miraban incrédulas, me decían que no podían creer que su pequeña hermanita estuviera casada, ya miraba a Chris bromear con mi hermano y mis cuñados y tampoco me lo creía. Mi esposo, al fin.

Comimos una rica Cochinita Pibil que mi hermana Olga preparó junto con mi mamá. Cantamos en el karaoke y bailamos a modo de vals “*The Power of Love*”, de Celine Dion.

“Cause I am your lady

and you are my man,

whenever you reach for me,

I'll do all that I can.

We're heading for something,

somewhere I've never been.

Sometimes I am frightened,

but I'm ready to learn

of the power of love”

—Porque yo soy tu mujer y tú eres mi hombre, mi amor —le canté al oído—. A veces puedo luchar, pero siempre estoy dispuesta a aprender del poder del amor. Te amo, Christian.

—Y yo a ti, mi mujer.

Esa noche nos dimos una pequeña luna de miel en mi habitación, al fin de cuentas, ahora sí, éramos marido y mujer. Era extraño tenerlo en mi cama después de tanto tiempo durmiendo en hoteles, haciendo el amor en rincones. Y ahora estábamos casados con todos los derechos. Nos amamos toda esa noche, hasta caer en un profundo sueño. Nuestra primera noche de dormir juntos y abrazados como esposos.

Los días siguientes a la boda civil fueron para seguir preparando la ceremonia religiosa y comenzar a hacer compras para nuestro departamento. Compramos un colchón, una sala y un comedor pequeño, y, claro, un televisor. La estufa nos la regaló mi hermana Juana, y el refrigerador y una plancha de vapor nos los regaló mi mami, porque Chris estaba acostumbrado que su madre le planchara hasta los calcetines, por supuesto, y yo no iba a hacer eso. Era todo lo que había en el departamento y sentíamos que con eso teníamos suficiente.

Yo estaba vendiendo bien y alcanzaba a cubrir mis cuotas de ventas, así que proyectábamos que, con mi trabajo y el negocio de Chris, podríamos tener un crecimiento rápido.

Un sábado por la noche estaba en casa de mi hermana Briseida viendo películas con mis sobrinos, miré el reloj y tomé mi teléfono, Chris ya debería de haber salido de su local, quedamos de vernos para ir por unas cajas de vino. Pero marqué y no me contestaba, dejé el teléfono y continúe viendo la película; más tarde volví a marcar y seguía sin contestar, me pareció extraño y llamé a su casa, no había nadie. Seguro mi suegra se había ido a rezar.

—Güey, no me contesta, ya me preocupé —le dije a mi sobrino.

—Cálmate, ya vas a empezar de paranoica —me dijo Nando haciéndome burla.

—Igual se fue con unas viejas —le siguió Manuel, el hijo de Juana.

—Baboso, claro que no.

—Ya, deja ver la peli, ahorita se reporta.

Me quede jugueteando con el teléfono, mis alarmas en la cabeza comenzaban a sonar.

—¿Saben qué? Voy a casa de sus padres.

—¿A dónde vas, bicha? No seas exagerada. Espérate.

Me quise levantar del sofá, pero pensé que estaba exagerando. Pasé otra hora más con la inquietud y, al final, me levanté y volví a marcar, pero volvió a entrar la contestadora.

—Güey, no es normal, voy a buscarlo, acompáñenme.

—¡No manches! ¿A dónde? —dijo Nando.

—No sé, a su negocio o a la parada de camión. Ya me hubiera contestado.

—A lo mejor dejó su teléfono.

—No, no me late, acompáñame.

—Vamos, pues.

Tomé mi chaqueta y las llaves del coche de mi hermana.

—Dámelas, yo manejo, estás muy tonta ahorita —dijo Manuel.

Subiéndonos al auto, sonó el teléfono. Lo contesté aprisa.

— ¿Princesa?

—Sí, ¿qué pasó? Te estoy esperando.

—No podré llegar

— ¿Por qué, qué pasa?

—Estoy detenido en el Ministerio Público.

— ¿Qué? —exclamé.

—Tuve problemas en el negocio. No te preocupes, ya viene mi amigo Polo, es abogado.

— ¿Qué hiciste? —le grité espantada.

—No te puedo decir ahora.

— ¿Dónde estás? Voy para allá

—No, princesa, no tiene caso, quédate tranquila, aquí están mi papá y mi mamá.

—Oye, soy tu esposa, no me digas eso. ¿Dónde estás?

—Estoy en la agencia del Ministerio Público de la colonia Doctores.

Colgué y nos fuimos hacia allá, mis sobrinos también estaban preocupados. Les dije lo que había pasado y compartíamos la misma incertidumbre. Al llegar vi a sus papas y a su amigo Polo hablando con ellos, me apresuré a su encuentro, sus papás se sorprendieron al verme.

—Hija, ¿qué haces aquí? —me dijo mi suegro.

—Estoy donde debo estar, don Bruno. ¿Qué pasó, Polo?

—Pues le incautaron mercancía ilegal.

— ¿Cómo?

—Pues es que al parecer llegaron los del AFI (Agencia Federal de Investigaciones) a hacer operativo en toda la plaza, en busca de piratería y le encontraron programas ilegales.

— ¿Por qué llegó hasta acá? No les dio “mordida”.

—Al parecer, hoy sí se pusieron decentes los agentes, detuvieron a varios y les incautaron su mercancía.

— ¿Y qué procede?

—Según su argumento, él no sabía que eran ilegales, pero no tiene facturas porque los compró sin ellas. Hay que esperar a que se fije una fianza, y eso estoy viendo, alego que él no sabía y de ahí no nos moveremos.

— ¿Dónde está, dónde lo tienen? —preguntó Nando.

—Está en los separos, tenemos hasta 48 horas para resolverlo o lo pasarán a la grande.

— ¡No, por favor! —mi corazón se estremeció al imaginar a Chris tras las rejas de una penitenciaría. —Polo, por favor, ayúdalo.

—Tranquila, esto es con dinero, aquí todo se mueve con dinero.

—Pero, ¿a qué hora sabremos?

—Deja que llegue el juez de su cena y comienzo a hacer presión, pero hay que moverse para conseguir una afianzadora o conseguir el dinero.

—¿Tienes una idea de cuánto?

—Pues depende de cuánta mercancía sea, pero va de los 30 mil hasta los 250 mil pesos.

Me llevó la mano a la boca, ¿de dónde carajos sacaríamos esa cantidad?, con la boda a escasas 3 semanas, sólo tenía unos 15 mil pesos, lo que restaba de pagar al salón. Miré a sus padres, quienes también se asombraron por la cantidad.

Pensé en cancelar todo, pedir un préstamo en el trabajo, pero ni así alcanzaríamos a juntar el total. Rogué a Dios que fuera lo mínimo. Polo se movió de un lado a otro, entre papeles y papeles, pero el juez se portaba muy déspota. Temíamos lo peor.

Al final, me acerqué echando mano de mis encantos; le lleve un café y las clásicas donas, logré suavizarlo un poco para que nos atendiera de buen modo, le platicué que estábamos por casarnos, que nos ayudara, que pagaríamos la fianza, pero no podíamos pagar tanto, saqué mis dotes histriónicos y comencé a llorar a mar abierto, con todo y moco hasta el cuello.

El hombre se sintió avergonzado por su actitud, me trató de calmar y en seguida llamó a Polo para tratar con él. Después de casi 8 horas, el juez fijó una fianza de 42 mil pesos, aunque era mucho dinero para nosotros, le agradecemos. Finalmente el delito de Christian fue comprar mercancía libre de permisos y sin facturas. No robó, pero vender programas de cómputo ilegales es un delito. Hice unas llamadas y entre ambas familias logramos pagar la fianza.

Christian salió después de 28 horas, para ambos fue el tiempo más largo y angustiante que pasamos; en todo momento tanto mis suegros, sus hermanos como mis hermanas y mis sobrinos no se movieron de ahí. Las familias se fusionaron.

Cuando salió, corrí hasta a él para abrazarlo. Parecía que esas 28 horas habían hecho estragos en su rostro, pareció envejecer en ese tiempo. Le movía la cabeza en forma reprobatoria y él me hacía un gesto de dolor, disculpándose.

—Tonto, eres el más tonto de todo México —le dije con tono tierno.

—Más tonta tú, por casarte con el más tonto.

—En eso tienes razón, pero a donde tú vayas, donde estés, aquí estaré para ti.

—Perdóname, donde quiera que vaya y lo que sea que haga, te llevaré siempre, para que estés ahí diciéndome “no la cagues”.

— ¡Baboso!

—Pero un baboso que te ama. Y que se le hizo fácil un negocio, y todo por querer darte lo mejor.

—No así, mi vida, no sabes la angustia por la que hemos pasado. No vuelvas a hacerlo.

—Lo sé mi amor, he aprendido la lección, y no sabes cuánto me duele hacerles pasar por esto.

—Familia es familia mi amor, y tanto ellos como yo, estaremos siempre, y lamento si te sentías presionado a hacer algo así para satisfacerme, lo siento, lo siento mucho. Perdóname.

—Perdóname tú a mí, estoy arrepentido. Y no tengo más que agradecerte.

—Ya lo dijimos, tú saltas y yo te digo qué tan alto.

Aparte de la fianza por dejarlo salir, el AFI se agenció mucha mercancía. Quedó poco en su negocio y lo que había ahí pagaría lo que habíamos pedido prestado, pero eso significaba que no habría más. A dos semanas de la boda, Christian remató todo su local a uno de sus competidores, que pagó sin regatear, de contado y al momento.

Acordamos entrar libres de deudas a nuestro matrimonio, aunque nuestro futuro fuera incierto en cuanto a la economía, sólo teníamos mi trabajo y él tendría que ponerse a buscar otro.

Pagamos a nuestras familias, algunos recibieron el pago, otros no y les agradecemos de corazón. Nos sentimos muy apoyados, nos sentimos bendecidos por contar con ellos, porque, al final, familia es familia y por más que tomemos las decisiones equivocadas, es en ella en quien podemos encontrar ayuda.

Christian y yo aprendimos duro de las malas decisiones, pero con la ayuda de Dios y el amor de nuestras familias estaríamos entrando a formar la nuestra con

los valores que nos habían grabado en nuestros corazones.

Ocho días antes de la boda. Estábamos listos, el departamento recién pintado en color marfil, nuestra cama en el piso, con un coqueto edredón de rayas café. Nuestro maravilloso armario, que era lo más genial del departamento, ya repleto con nuestra ropa.

Los baños relucientes, gracias a mi cuñada Alma, que me hizo favor de enseñarme sus trucos, mi cocina con los muebles renovados con un papel tapiz que conseguí en color madera. El fregadero limpio, la sala y el comedor perfectamente iluminados con unas lámparas de piso, y unas pequeñas plantas a lado de los sillones hacían un ambiente más cálido.

Al ver nuestro trabajo terminado, nos tiramos en el sillón, me recargué en su pecho, mientras veíamos hacia arriba.

— ¿Puedes creer por todo lo que hemos pasado en los últimos días? —dijo mientras me acariciaba el hombro.

— ¡Es increíble!

— Bueno, no todo podía ser color de rosa, mi amor.

— Lo sé, pero ¿sabes? Estoy muy confiada de que lo que venga, lo podremos resolver siempre.

— Seguro que sí, princesa, nos amamos, tenemos una buena familia, Dios nos quiere mucho, por eso debemos seguir regresándole un poco de lo que nos da, yendo a cantarle y hacer nuestra pequeña contribución llevando un mensaje a quien lo necesite.

— Así es, mi vida, tengo tanto que agradecerle, desde que me puso en esta tierra, la familia que me dio, los grandes maestros de vida, mis padres, las cosas por las que pasé desde niña, siempre estuve solitaria. Siendo la más pequeña, sin una figura paterna permanente, porque mi papi iba y venía de Estados Unidos, crecí con una huella de abandono y quizás por eso me dejé llevar por lo que creía correcto. Sé que no te gusta que hablemos de esto, pero yo salí con hombres mayores, quizás buscaba la figura de mi papá y ahora lo entiendo. Pero no culpo de nada a nadie, mis padres sólo son padres, son humanos y, sea como sea, la manera en que nos hayan educado, si nos equivocamos o no, somos sólo nosotros, y gracias al libre albedrío que Dios nos da, tomamos decisiones. Es más, la culpa no debería existir.

— Pues no, pero cómo le llamaríamos.

— Le llamaríamos responsabilidad. Nadie es culpable, somos responsables. Así que yo reconozco y me responsabilizo de todo lo que haya hecho. Aunque hay cosas por las que no puedo dejar de sentirme mal, pero tenemos una vida para corregir y ser mejores seres humanos.

— Oye, princesa, ¿tenía algo la comida? Estás muy filosófica.

— Baboso, estoy abriéndote mi alma y tú sales con tus bobadas.

— Perdón, mi amorcito, no me gusta que te pongas seria.

— ¡Ah, chingá! ¿Por qué?

— Porque me excitas.

— ¡No tienes remedio!

— Sí, sí tengo y te puedo enseñar en nuestra suite nupcial cómo sí lo tengo.

— ¡Cállate, hablador!

— Para eso sí tengo remedio, conozco unas 20 formas de tenerme con la boca ocupada. ¡Vamos!

— Qué persuasivo eres, vamos antes de que me... —me quedé pensando.

— ¿Qué? ¿Qué piensas?

Me levanté como resorte, fui hacia la cocina para mirar el calendario pegado al refri. Empecé mi conteo, Christian, detrás de mí, me miraba intrigado.

— ¿Qué, qué ves? —me dijo mientras se acercaba para tomarme por la cintura y recargar su rostro en mi hombro.

Me giré para verlo de frente y mirarlo directo a sus hermosos ojos.

— Mi amor... no sé... pero... creo que estoy bendecida.

Me miró con extrañeza, frunciendo el ceño y levantando los hombros.

— ¿No lo entiendes, mi amor?

—Hmmm... nop.

— ¡Vamos, acompáñame! —me sentí nerviosa y entusiasmada.

— ¿A dónde?

—Abajo, a la farmacia.

Siguió mirándome sin entender, tire de él para salir de la cocina, tomé mi bolso de la sala, lo tomé de la mano y, casi arrastrándolo, lo llevé hacia la salida, parecía petrificado, su rostro pensativo no reflejaba más que preocupación.

Bajamos aprisa por las escaleras y en unos minutos ya estábamos fuera de la farmacia, lo dejé en la entrada, mientras yo hacía mi compra.

Salí con una bolsa negra pequeña en mis manos, que él siguió observando sin decirme nada. Subimos al departamento al mismo paso rápido, entré, tiré el bolso en el sillón y me adentré en el baño.

Salí a los 5 minutos, lo miré dar vueltas a la sala, me acerqué sigilosamente, me miró con un rostro que no podría describir, entre preocupación y esperanza, tomé la prueba casera y la puse en sus manos.

— ¡Oh, Dios mío!

CONTINUARÁ...

EPÍLOGO

ABRIL 2014

Grupo de lectura de Flor Bonelli

Gaby: Me vuelvo loca, esta escritora me trae desvelándome todos los días.

Cristy: Estás igual que yo, llevo días como caballo lechero.

Gaby: jajajaja, ¿qué es caballo lechero?

Cristy: Pues así, como zombi.

Valeria: ¿Qué onda, viejas? ¿Sigues con Roger o con cuál estás, Gaby?

Gaby: Estoy con mi Nahuel adorado.

Valeria: Yo sigo obsesionada con Eliah, se me hace que mi próximo hijo se llamará así.

Cristy: No, mamacita, búscate otro. Él es mío.

Valeria: Cristy, no seas envidiosa, lo compartimos.

Jossy: ¿De qué hablan? a mí déjenme a mi Roger.

Valeria: Sí, Jossy a ti nadie te lo quita de encima.

Jossy: Qué más quisiera yo que tenerlo encima.

Valeria: No, ya en serio, chicas, no saben cómo les agradezco a ustedes y a Rossana también que me hayan enseñado el camino a la luz, estaba harta de ver tanta novela cachonda de millonarios, pitonudos y sados. Jajaja. Amo la historia romántica y me encanta Flor, tienen de todo sus novelas.

Dastan: Yo no sé cómo se emocionan tanto con esta escritora, sus libros se me hacen pesados y aburridos, no puedo con ellos.

Valeria: ¿Qué osas decir, mortal? Ella es una diosa.

Dastan: Lo que veis, no veo por qué le hacen tanta fiesta. Hay escritores mejores.

Gaby: Oiga, con todo respeto, si no le gusta, qué hace en este grupo.

Valeria: ¿Sí leíste que es un grupo de apoyo a esta escritora? o ¿las publicaciones también se te hacen pesadas de leer?

Dastan: Alguien me agregó, pero ahora mismo me salgo, no soporto a la gente que no acepta una opinión.

Valeria: Es que, papacito, tú te fuiste directo a la yugular, hay modos de hacerlo. No entres aquí con tu pedertería.

Dastan: Qué pena que seas más bonita que lo que sale de tu boca.

Valeria: ¡Perdón! O sea, ¿te estoy faltando al respeto o algo parecido?

Cristy: Bueno, Dastan, te invitamos a leer, lo que quieras leer, si aquí no te parece estar, pues como vas, puedes retirarte.

Dastan: Qué amables, damitas. Con permiso.

Valeria: Adiós.

Dastan: Adiós, Valeria.

Valeria: ¿Qué? ¿Cómo sabemos que ya se fue?

Gaby: Ahorita se sale solito.

Valeria: Pues qué cabrón este.

Gaby: Ja ja ja, ya, dejemos el tema en paz.

Últimamente había estado inmersa en estas lecturas, había encontrado el género que me apasionaba y, en especial, esa escritora, así que si alguien se metía con ella, me ofendía, sabía que debía respetar las opiniones de los demás, pero este tipo llegó para prender fuego. Una notificación de mi Messenger saltó con un perfil sin foto.

—¡Hola! Soy Dastan. ¿Te puedo enviar una solicitud?

El tipo estaba loco, ¿qué carajos le pasaba?

—No acepto a nadie que no conozca.

—Pues, entonces, deja que me conozcas.

—Estás loco, acabo de conocerte y, como dijiste tú, paso.

—Oye, creo que empezamos mal, ¿me permites?

—¿Qué te permito? ¿Qué empezamos?

—Perdón por ofender a la escritora, es tu favorita seguramente.

—Estás en lo correcto.

—Hace días me agregaron y he visto las publicaciones que haces y me parecen siempre muy graciosas y quise conocerte.

—Ay, no me digas, ¿te divierto?

—La verdad sí, me encantas, eres de México, ¿no?

—Sí.

—Yo soy de España.

—Hmmm.

—Hmmm, ¿qué?

—Nada, chico, bueno, tú a lo tuyo y yo lo mío.

— ¿Qué es lo tuyo?

Ya, no iba a contestarle más, que no se pasara. Me quedé mirando la pantalla y volvió a brincar un mensaje.

— ¿Sigues ahí?

Me hacía poner los ojos en blanco.

— ¿Queeeeé?

—Te preguntaba, ¿qué es lo tuyo?

—Lo mío es mi casa, mis hijos y mi marido, ya.

— ¡Ah! vale, perdón, no te molesto más.

—Gracias.

—Buena vida, Valeria, por cierto, me encanta tu nombre.

Cerré el Messenger, pero me quedé con una sensación extraña, entre a su muro y pude ver su foto de perfil, reflejaba una personalidad fuerte, unos ojos azules o verdes con grandes pestañas, cabello medio ondulado y barba cerrada, más que español parecía talibán, seguro que era uno de esos que se dedican a perseguir lectoras solitarias. Se hacen perfiles falsos y luego las enamoran, terminan pidiéndoles dinero y ellas, con tal de estar con ellos, les dan para el ticket del avión y a la mera hora, ¡tómala! Es un fraude. Esas personas ni existen.

Pero me brincó la curiosidad y abrí sus álbumes, sus fotos eran públicas, ¡vaya, qué hombre! Seguro se estaba robando la identidad de alguien, sus fotos parecían como para una revista, muy profesionales, y él se veía muy, muy guapo, con un estúpido cuerpazo, increíble. Posaba con las mismas mujeres, una se parecía a él, tal vez una hermana, la otra no mucho, y una señora ya mayor, ¿su madre? ¿Fotos con el Dalai Lama? ¿Quién era ese tipo? Ponía sus comidas elaboradas, seguro, en un restaurante gourmet. Se tomó una foto junto a un Lamborghini, ¡qué naco! No sé quién sería, pero sí llamaba la atención, alguna pobre idiota seguro caería...

NOTA DE LA AUTORA

Estimados lectores, hemos llegado al final de esta travesía por la vida pasada de Valeria.

Esta historia no termina aquí, como la vida misma, continua y tengan por seguro que tendrán más noticias de estos hermosos personajes.

De nuevo agradezco a todos los lectores de Wattpad, que me animaron a publicarlo.

Este libro, siempre fue un proyecto personal, estaba en mi cabeza desde hace varios años, los personajes que aquí aparecen son ficticios, aunque tuve grandes maestros de vida que me inspiraron a dejar en cada personaje un pequeño tributo a ellos.

No se pierdan la continuación y desenlace de esta novela.

No olviden entrar a la página de Facebook, *Hasta que te vuelva a ver* y darle like. Ahí estaré publicando todas las novedades de esta novela y de los siguientes proyectos.

De nuevo muchas gracias, felices lecturas. Un beso.

Con todo mi cariño.

Lizzy Kashougui

[1] En México, se usa la palabra “gata” para referirse de forma despectiva a la persona que se encarga de hacer labores de limpieza. (N. de la A).

[\[2\]](#) Así se le llama al lugar donde se encuentra la Basílica de Guadalupe. (N. de la A.).